CHERRY CHIC

Giulia, el amor y un puñado de lavanda



Planeta

Índice

Portada

Portadilla

Dedicatoria

Prólogo. Fiorella

1. Giulia

2. Giulia

3. Giulia

4. Giulia

5. Giulia

6. Giulia

7. León

8. Giulia

9. León

10. Giulia

11. León

12. Giulia

13. Giulia

Fiorella

14. León

15. Giulia

16. León

17. Giulia

18. León

19. Giulia

20. León

21. Giulia

22. León

23. Giulia

24. León

25. Giulia

26. León

27. Giulia

Fiorella

28. León

29. Giulia

30. León

31. Giulia

32. León

33. Giulia

34. León

35. Giulia

36. León

37. Giulia

38. León

39. Giulia

40. León

41. Giulia

42. León

43. Giulia

44. León

45. Giulia

46. León

47. Giulia

48. Giulia

49. Giulia

50. León

51. Giulia

52. León

53. Giulia

54. León

55. Giulia

56. León

57. Giulia

Fiorella

58. León

59. Giulia

60. León

61. Giulia

62. León

63. Giulia

64. León

65. Giulia

66. León

Epílogo. Giuliano

AGRADECIMIENTOS

Créditos

GIULIA, EL AMOR Y UN PUÑADO DE LAVANDA

Cherry Chic

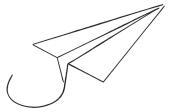
Planeta

Dedicado a las buenas madres que han parido.
Y a las buenas madres que encontraron a sus hijos en el camino.
Dedicado, en realidad, a las que aprendieronque la maternidad es un acto de amor elegido cada día.

Y a mi madre,
hacia la que todavía corro cuando siento que la vida me asfixia.
La persona que más admiro en el mundo.
Ojalá llegue a ser algún día la mitad de increíble de lo que tú eres.

Prólogo

Fiorella



No quiero. No debería querer, pero tengo que hacer esto. Lo necesito más de lo que he necesitado nada nunca. Sé que nadie me va a entender. Creerán que soy una persona horrible... y puede que tengan razón. Incluso yo creo que lo soy.

Pero no tengo elección. En realidad, nunca la he tenido. Por eso he terminado en esta situación. Sea como sea, la decisión ya está tomada y no hay vuelta atrás.

Y solo hay una persona con la que puedo contar. Una persona que siempre va a apoyarme. Alguien que va a ayudarme, aunque no quiera: Giulia.

1

Giulia



No tengo tiempo para esto.

O, bueno, tal vez sí tengo tiempo, pero no quiero invertirlo en venir aquí. Ni siquiera recuerdo con claridad mi última visita a este pueblo, pero sé que solía comprar Betadine en la farmacia para intentar secar mis granos de adolescente a la desesperada y subía cosas a las redes sociales de las que ahora me avergüenzo con toda mi alma. Aunque, para ser sincera, depende del fin de semana y de la cantidad de alcohol que beba, sigo subiendo cosas a mis redes sociales que dan una vergüenza ajena tremenda.

Y, de todos modos, ese no es el tema: el tema es que no me da buena espina nada de esto. Ni la reunión familiar de urgencia concertada por mi prima Fiorella ni saber que han venido mis padres, y mucho menos los soberbios de mis tíos.

Aunque, en realidad, tengo una teoría. Mi prima se ha enamorado de alguien del pueblo. Seguro. Y por eso esta reunión de urgencia. Fiorella es capaz de eso y mucho más; siempre ha sido la modosita de las dos. La buena, la recatada, la responsable y la niña criada en internados de élite que jamás pierde la compostura. El problema con ella es que no es nada de eso por voluntad propia; la han reprimido tanto desde pequeña que ha adquirido como dinámica contenerse hasta que no aguanta más. Y entonces, cuando llega a ese punto, comete una locura y lidia como puede con las consecuencias. De ahí, por ejemplo, que se quedara embarazada con dieciocho años y decidiera mudarse a este pueblito español ella sola. Y conste que no la juzgo, porque no sé si es peor su contención o mi

irresponsabilidad innata, pero estoy rezando para que, esta vez, el dique se haya roto de un modo sano.

Tal vez esta sensación de que algo horrible está a punto de suceder no es más que mi ansiedad gritando cosas incoherentes. Si Fiorella se ha enamorado, ¿quién soy yo para no alegrarme por ello? ¡A lo mejor hasta se va a casar! Sería precioso, la verdad. Ese niño necesita un padre. O no. Yo qué sé. La última vez que lo vi fue una Navidad en Italia. Tenía dos años y toda la familia me acusó de querer envenenarlo cuando lo único que hice fue intentar agradarle cumpliendo su capricho. Lástima que su capricho fuera tomar de mi *espresso* y yo no tuviera ni idea de que los niños no deben tomar café, por mucho que mis tíos digan que es algo que sabe cualquier persona con un mínimo de sentido común. Al menos mis padres me defendieron. Claro que eso no es nada extraño: ellos siempre me defienden. Según mis tíos, lo hacen hasta cuando no deben.

—No recordaba tantas curvas —murmuro tragando saliva para intentar paliar las náuseas.

No es que me maree en el coche normalmente... Es que ayer bebí más de la cuenta, pero no se me puede culpar: de algún modo tenía que infundirme ánimos para coger un vuelo desde Los Ángeles y venir hasta aquí.

—¿Vacaciones? —pregunta el señor del Uber.

Su deducción no es descabellada. Hablo un español fluido, pero mi acento italiano es muy marcado. Incluso tras dos años viviendo en Estados Unidos.

—Algo así —mascullo en respuesta.

—Es un buen pueblo. Tiene unas pozas de agua increíbles y este año, como ha llovido bastante, el río va bien cargado de agua. ¡Incluso las cascadas parecen más vivas que nunca! ¿Las ha visto alguna vez?

—Sí, veraneaba aquí antes, cuando era niña.

—Entonces no necesita que le haga recomendaciones. Unos familiares míos viven aquí; es un buen lugar, aunque esté un poco apartado del mundo.

Decir que esto está un poco apartado del mundo es ser generoso en exceso. Podría definirlo como el valle más recóndito del sur de

España y, aun así, me quedaría corta. O puede que esté exagerando por los sentimientos contradictorios que me provoca estar en este sitio.

La verdad es que, visto con objetividad, Valdelila ya es precioso desde que vas llegando. Las montañas se alzan fuertes y poderosas a nuestro alrededor, y el bosque que nos rodea es cada vez más denso. Si me fijo bien, puedo intuir retazos del río que divide en dos el pueblo. Recuerdo que, de pequeña, siempre oía a mis padres hablar de que era como Verona, pero más pequeña. «La pequeña Verona», lo llamaban ellos.

Mi abuelo era español: nació, creció y vivió aquí hasta que se enamoró de mi abuela cuando ella visitó el pueblo durante unas vacaciones. Según nos contaron siempre, ella era una niña de familia adinerada de Italia viviendo una escapada con amigas del todo inusual, porque en aquellos tiempos las mujeres no solían tener ese tipo de libertades. Sin embargo, mi abuela siempre fue muy libre y, aunque su familia era bastante tradicional, la apoyaron en todas las decisiones que quiso tomar a lo largo de su vida, incluso cuando se enamoró del chico español que vivía en la finca de lavanda de la que ella se prendó en una excursión.

En resumen, se enamoraron tan rápido y con tanta fuerza que ella le ofreció llevarlo a Italia solo un mes después de conocerse. Se casaron, a pesar de las protestas de la familia de mi abuelo porque todo era demasiado rápido y ellos, demasiado jóvenes. Además, contaban con él para que siguiera ocupándose de la finca, pero mi abuelo prefirió a mi abuela y su amor por ella.

Aun así, y pese a que se instalaron en Italia, mi abuelo se encargó, con la ayuda de mi abuela, de que su familia española no pasara necesidades. Los ayudó con el negocio en la distancia y les dio todo el apoyo económico que necesitaron.

Así que, sí, mis abuelos se marcharon a otro país y allí crearon su propia familia, pero jamás perdieron los lazos con Valdelila, y cada vez que tenían oportunidad volvían aquí, *a casa*.

Como resultado de todo ello, mi padre y mi tío pasaron los veranos entre estos bosques y calles y, al crecer, aunque los dos se enamoraron y formaron sus respectivas familias también en Italia,

siguieron viniendo a veranear aquí. Recuerdo pasar las largas tardes corriendo entre los campos de lavanda y plantas medicinales con mi prima y bañándome en cada poza que descubríamos, además de la piscina de la finca; por aquel entonces éramos como hermanas. Comíamos lo que la abuela cocinaba y enfadábamos a mi abuelo pisoteando sus cultivos. Hicimos amigos aquí, de los de verdad, de esos que esperaban a que volviéramos cada verano. Fue precioso hasta que perdimos a mis abuelos en un desgraciado accidente de tráfico y la familia cerró las puertas de la finca.

Mi padre no quiso regresar después de aquello; no soportaba la idea de recorrer estas calles si ellos no estaban para acompañarlo. Aún hoy suele decir que el pueblo sigue siendo bonito, pero ya no tiene magia, porque murió con ellos.

Yo, por mi parte, aunque al principio eché mucho de menos volver, poco a poco fui acostumbrándome y olvidando este sitio. Los amigos que hicimos aquí dejaron de escribirnos, y nosotras a ellos. Los campos se secaron. Mi prima y yo crecimos y la vida nos llevó a cada una por un camino; sus padres se fueron volviendo más y más estrictos con su educación hasta que se convirtió en una persona demasiado seria, demasiado correcta. Dejé de reconocerla y supongo que a ella le ocurrió lo mismo conmigo. Siempre he sido consciente de que piensa que sigo anclada en la adolescencia, que no he crecido, igual que yo pienso que, por culpa de sus padres, perdí a una prima que consideraba una hermana y Fiorella pasó a ser poco más que una conocida.

En fin, fuera como fuese, no volvimos a Valdelila.

Al menos hasta que Fiorella tuvo una de sus crisis, se quedó embarazada con dieciocho años y, después de un montón de negociaciones, a cuál más absurda, se mudó aquí para criar sola a su hijo.

Yo no he vuelto desde que tenía quince años, y apenas he visto a mi prima en un par de ocasiones en los últimos tiempos, en las reuniones familiares obligatorias celebradas en Italia. Tal vez debería haber venido a visitarla a raíz de que se mudara aquí, pero regresar si no estaban mis abuelos me parecía mal..., aun sabiendo que es absurdo. De hecho, mis padres me animaron a hacerlo un montón

de veces, pero en el fondo sé que a mi padre le debió de doler que la finca se reabriera. Claro que, cuando se lo insinué, lo negó y me dijo que más bien cree que el embarazo de Fiorella fue una señal divina de mis abuelos para que la finca cobrara vida de nuevo. Mi madre se mostró de acuerdo. Yo sigo pensando que, en realidad, debe de dolerle, pero es que ellos son muy místicos y, de los tres, soy yo la más escéptica y, según a quién le preguntes, cínica. Prácticamente una bruja. Eso me dijo una vez un chico con el que salí: que era prácticamente una bruja. Me encantaría negarlo, pero es posible que tuviera razón.

—Ya casi estamos —dice el conductor del Uber adentrándose en la curva que lleva hacia la finca familiar, que no está en el pueblo, sino a las afueras—. ¡Vaya! Es un buen lugar para veranear, ¿eh? ¿Lo has alquilado por internet?

—Es de mi familia —contesto escueta.

—Ah. Joder, pues menudo sitio.

Se ríe, pero no le respondo. Estoy demasiado nerviosa como para hacerlo mientras observo el paraje en el que antaño crecían los campos de lavanda. No sé por qué me sorprende que estén sembrados. O sí, claro que lo sé: me sorprende porque, cuando mis abuelos murieron y la finca se cerró, mi familia dejó morir los cultivos. Imagino que Fiorella ha hecho algo al respecto, pero el caso es que no la imagino trabajando en el campo. Y es que, por más que le guste dárselas de humilde, mi prima es de todo menos eso. Ninguna lo somos, a decir verdad. Tanto sus padres como los míos tienen una situación económica más que holgada; la diferencia es que en mi familia no somos unos esnobs ni nos creemos más que nadie.

Aparto esos pensamientos tan amargos y observo la casa. A un lado, las filas de lavanda pintan de lila el terreno hasta perderse en el horizonte. Al otro, el muro no deja ver el patio con la piscina y el huerto. La última vez que estuve aquí estaba lleno de plantas medicinales, tomates, pimientos y un sinfín de verduras. Ahora no sé qué tendrá porque, si soy sincera, Fiorella era de las que solían pensar que los tomates crecían en la sección de verduras del supermercado.

Pago el Uber, ignoro los comentarios del conductor con respecto a la casa y bajo del coche de una vez por todas. No traigo maleta. Ha sido mi forma de rebelarme porque no pienso estar aquí más que un par de días, sobre todo si la arpía de mi tía anda cerca.

Me encamino hacia el portón de hierro y abro el cerrojo, no sin esfuerzo. De verdad, con el dinero que tiene esta familia, podrían haber puesto un portón automático.

Apenas he cruzado el umbral y he tenido tiempo de mirar la casa empedrada de dos plantas con el corazón acelerado, porque juraría que casi puedo sentir a mis abuelos aquí, cuando una vocecita me saca de mis pensamientos.

—Llegas tarde. Eres la única que falta.

Me giro y veo al hijo de mi prima sentado en el suelo. Sé que es él. La última vez que lo vi tenía dos años y ahora debe de estar a punto de cumplir seis, pero sus ojos siguen igual de vivos e impresionantes que entonces. Son de un verde increíble, como los bosques profundos de Valdelila. Hay algo en la mirada del hijo de Fiorella que me desconcierta y me pone nerviosa.

—Ey, Giu —murmuro—. ¿Qué tal? ¿Te acuerdas de mí?

—Me llamo Giuliano, no Giu.

—Lo sé. Te llamas así por mí —respondo en un intento de ser simpática.

—No. Tú te llamas así por tu abuela. Y yo también me llamo así por ella.

Tiene razón. Me llamo Giulia, como mi abuela. Y él se llama Giuliano, en honor a mi abuela. Ni mis padres ni mi prima van a ganar un premio a la originalidad, desde luego.

—¿Están todos dentro?

—Sí.

—¿Tus abuelitos también? —Asiente—. ¿Y qué haces tú aquí fuera?

—Esa señora me da miedo.

—¿Qué señora?

—La madre de mi madre.

Me río, dejo la mochila en el suelo y me siento a su lado.

—A mí también, ¿sabes? Creo que voy a quedarme aquí contigo.

—No puedes.

—¿Por qué no?

—Porque eres adulta. Te toca ir dentro.

—Prefiero estar fuera.

—No importa lo que prefieras. Tienes que estar dentro.

—Bueno, voy a quedarme aquí.

—¿Por qué?

—Porque necesito respirar, Giu. Dame un segundo.

—Puedes respirar dentro también.

Lo miro conteniendo un suspiro de frustración. Tiene cinco años. Debo tener en mente eso. Además, recuerdo que mis padres siempre me dicen que Giuliano es un niño increíble, fuera de lo común. Yo no tengo ni idea porque mi contacto con los niños se limita a..., pues a este, la verdad. La última vez que traté con un niño fue con él y, como ya he dicho, no salió bien.

—¿Te acuerdas de cuando te di *espresso*? —pregunto con una sonrisa.

—Fue una mala idea.

—Oye, tú lo pediste.

—Tenía dos años. No deberías hacer caso a un niño de dos años.

—¿Sabes, Giu? Eres un poco aguafiestas.

—Es «Giuliano».

Esta vez no contengo el suspiro. Lo suelto largo y profundo, porque llevo aquí cinco minutos y ya estoy arrepentida. Quiero volver a Los Ángeles, a mi vida caótica, ansiosa y desordenada y...

—Si no entras, la madre de mi madre saldrá. Y no quiero que salga. Ni que me vea.

Miro al hijo de mi prima fijamente, a esos ojazos verdes que parecen ver más de lo normal, y asiento. Supongo que, de los dos, soy la que está más jodida por ser la adulta, así que hago lo que se espera de mí. Me levanto sin ganas, cojo mi mochila sin ganas y arrastro los pies sin ganas hasta los escalones de la casa familiar en la que viví algunas de mis mejores épocas y a la que pensé que no volvería jamás.

2

Giulia



El murmullo del salón llega hasta mis oídos mientras me adentro en la casa. La puerta estaba abierta, pero eso no es raro. O no solía serlo. Cuando veníamos en verano la puerta siempre estaba abierta porque éramos un montón de gente entrando y saliendo constantemente, así que mis abuelos cambiaron la cerradura por una con manivela. Solo se echaba la llave de noche, cuando todos entrábamos y nos íbamos a dormir.

Recorrer el pasillo de entrada es doloroso, sobre todo porque Fiorella no ha cambiado casi nada. Pensé que, a estas alturas, habría hecho suyo este lugar. No sé, no hay fotos de Giuliano y ella por ninguna parte, al menos hasta donde alcanzo a ver. No es una casa que dé sensación de antigua, pese a los años, pero porque mantiene ese aire rústico que rara vez pasa de moda. Las lámparas de forja negra, los muebles de madera y los suelos de barro cocido, tan limpios que brillan, son exactamente como los recuerdo de mi infancia. Es una sensación extraña: como si todo lo que viví aquí hubiera quedado suspendido en el tiempo, esperando mi regreso.

Es absurdo, joder.

El murmullo de las voces aumenta a medida que me acerco al gran salón familiar. Reconozco alguna que otra risa, incluso la tos seca de mi tío, pero el resto se me mezcla en un zumbido que no termino de procesar. Me detengo frente a la puerta doble entreabierta y respiro hondo. No quiero entrar, pero tampoco voy a quedarme en el pasillo.

Puedo hacerlo. Tengo que poder porque, cuando Fiorella me pidió que viniera, parecía realmente preocupada, y siento pánico de que haya vuelto a experimentar uno de esos picos de ansiedad que la descontrolan por completo. Tal vez hayamos perdido el contacto y no esté de acuerdo con su manera de ver la vida, pero eso no significa que haya dejado de quererla... o de echarla de menos.

Giro el pomo de la puerta, la abro del todo, cruzo el umbral y me doy perfecta cuenta de que las conversaciones cesan y todas las miradas se posan en mí. Busco a mi madre con los ojos y, cuando la veo sonriéndome, trago saliva. Mi padre, al fondo, junto a la chimenea, tiene los brazos cruzados, pero los descruza en cuanto me ve y los abre mientras se acerca con paso ligero.

—*Piccola mia!* —grita justo antes de rodearme y apretarme de un modo que me hace cerrar los ojos.

Dios, adoro a este hombre, pero nunca sé cuánto ni de qué forma hasta que lo tengo delante o, como ahora, abrazándome.

—Papá —susurro con voz estrangulada—, ¿cómo estás?

—¡Ahora que estás aquí, muy bien!

—*Principessa*... —La voz de mi madre, tras la espalda de mi padre, me hace emocionarme.

Me aparto para poder verla, tan preciosa, dulce y menuda comparada con mi padre, que es alto y corpulento. Me dejo envolver también por su abrazo y, por un instante, olvido todas las razones por las que tomé la decisión de marcharme a otro país hace un par de años. Alejarme de ellos fue duro pero necesario. Mis padres son unos consentidores increíbles; jamás me han puesto ningún límite, ni moral ni económico y, aunque eso me proporcionó una infancia feliz, también me hizo convertirme en una adulta que no tiene muy claro qué quiere hacer con su vida. Cuando me di cuenta de ello, pagué una cantidad de dinero impresionante (y casi insultante) a un chamán que me dijo que yo había nacido para ser actriz o modelo. Sin ser muy creyente de nada, aquello me pareció divertido, así que hice las maletas y me fui a Los Ángeles a probar suerte..., amparada por el dinero de mis padres, claro, aunque con la idea de ser capaz de mantenerme a mí misma en algún momento. Y así llevo dos años, haciendo *castings* y jurándole a mi familia que estoy muy bien

viviendo mi sueño cuando, en realidad, no tengo ni idea de qué estoy haciendo exactamente ni hacia dónde me dirijo.

Porque lo cierto es que no consigo encontrar nada que me haga palpitar hasta el punto de creer que he hallado, por fin, mi trabajo soñado. O más importante aún: mi lugar en el mundo.

—Maria Giulia —murmura mi tía, haciendo que cuadre los hombros de inmediato.

Maria Giulia es el nombre que figura en mi partida de nacimiento. Nada más. Nadie, salvo ella, lo ha empleado jamás, y solo me lo pusieron porque a mi madre le parecía poético. No puedo criticar sus preferencias, porque he heredado de ella más cosas de las que me gusta admitir, pero toda la familia sabe que siempre me he hecho llamar «Giulia» a secas; lo que pasa es que mi tía tiene tanto veneno dentro que estoy segura de que, si se mordiera la lengua, moriría en el acto.

—Tía. —Sonrío con falsedad antes de mirar a mi tío, el hermano de mi padre. Mi intención era ser estirada y fría con él, pero lo veo comer pasteles de una bandeja que hay en la mesita baja con tantas ansias que me da pereza, así que me limito a asentir en su dirección —. Tío.

No me distraigo midiendo su reacción o fijándome en cómo me devuelve el saludo, porque de inmediato me centro en mi prima. Ella me mira con una mezcla de alivio y culpa que me hace fruncir el ceño al instante.

Hago un barrido por el salón, buscando al chico del que Fiorella debería estar enamorada para cumplir con mi profecía, pero no hay nadie salvo nuestros padres. Me acerco a ella, que se levanta en cuanto estoy a dos pasos y me abraza con fuerza antes de sollozar, escondiendo la cara en el hueco de mi cuello.

Bueno, no parece una mujer enamorada, eso es evidente, pero a lo mejor es que se ha peleado con su novio perfecto. Eso es normal, ¿no? Los novios discuten, sobre todo con los nervios de los preparativos de la boda.

—Hola, primita, ¿qué tal? —pregunto con una sonrisa, sobre todo porque Giuliano ha entrado en el salón y se ha sentado en el suelo, junto al sofá, intentando mimetizarse con los muebles.

—No sabes cómo he rezado para que llegaras cuanto antes —dice Fiorella gimoteando.

—Bueno, pero ya estoy aquí, ¿verdad? Lista para una reunión familiar de emergencia, tal y como me dijiste. Espero que haya comida, porque tengo *jet lag*, resaca y un mal humor que crece por minutos. —Beso la frente de mi prima y voy hacia el sofá, donde me siento entre mis padres, cruzando las piernas con más dramatismo del necesario—. ¿Y bien? ¿Dónde está el novio?

—¿El novio? —repite Fiorella desconcertada, mientras toma asiento en el sillón orejero que usaba mi abuela para coser los pantalones que no dejábamos de romper.

—Ese con el que vas a casarte. Para eso estamos aquí, ¿no? Para el gran anuncio —insisto—. Vamos, sácalo de la chistera, primita.

—No hay ningún novio —replica mi tía—. No seas ridícula, ¿quieres? Y céntrate, porque claramente aquí pasa algo grave.

—¿Grave? —pregunto intentando ponerme seria.

Sobre todo porque mis padres no parecen estar tomándose a broma esta reunión. Y mis padres son de tomarlo a broma todo. De verdad. Todo. Mi madre es la típica que tiene ataques de risa en los momentos más inapropiados, como las reuniones formales o los funerales, y mi padre, por lo general, está deseando aflojarse la corbata y fumar un poco de marihuana mientras alega que su médico se la receta para la ansiedad. Es mentira. Para la ansiedad le recetaron ansiolíticos, pero él prefiere la marihuana. Así son ellos: relajados, pasotas y despreocupados... casi siempre. Ahora mismo, por ejemplo, no parecen despreocupados. Y eso me da un miedo tremendo.

—En realidad, sí que hay alguien —dice Fiorella.

—¡Ja! ¡Ahí lo tenéis! ¿Lo veis? Soy adivina. Debería montar una consulta o algo así.

—Quizás tendrías más suerte que con esa pantomima de ser actriz —murmura mi tía.

—Mi hija es una gran actriz, Bianca —contesta mi padre a su cuñada—. Y el día que menos te lo esperes la verás recoger un Óscar, ya lo verás.

Agradezco la confianza, pero igual está exagerando. Hace dos años que llegué a Los Ángeles y, de momento, solo he hecho un anuncio de crema para picores vaginales. Mis padres me llamaron llorando para decirme que era el mejor anuncio del mundo. Ese es el tipo de actitud al que me refiero cuando digo que quizás, y solo quizás, me han dado demasiadas alas. ¿Soy un desastre? Por supuesto. ¿Culpo a mis padres por ello? ¡Pues claro! ¿A quién, si no?

—Ni siquiera voy a responder a eso —dice mi tía—. Fiorella, habla de una vez. Y tú, Giorgio, deja de comer pasteles.

Mi tío tose, lo que hace que un montón de azúcar, o lo que espero que sea azúcar, salga espolvoreada por su boca. Pongo cara de asco inevitablemente y miro a Giuliano, que se acerca aún más al sofá. Siento el impulso de sentarme en el suelo, junto a él, pero eso lo pondría en el punto de mira y sospecho que es lo último que él quiere, así que lo dejo estar.

—No hay una forma fácil de decir esto —comienza mi prima.

—¿Cómo que no? Nos dices su nombre, su edad, a qué se dedica y luego nos enseñas una foto —contesto, empeñada en que todo esto se debe a que Fiorella ha encontrado un amor de película.

—¡Que dejes hablar a mi hija! Santo Dios, sigues siendo igual de maleducada que siempre.

—¡Mi hija tiene una educación exquisita! —grita mi madre—. ¡La mejor educación del mundo!

—¡La mejor! —asiente mi padre—. Cuida la boca, Bianca. Y tú, hermano, deja de engullir, joder.

Mi tío bufa y se enzarza en una discusión con mi padre mientras recuerdo, de pronto, por qué mis abuelos eran dados a tener un martillo de madera —de esos de golpear los filetes— siempre a mano. Cuando no podían soportar más la tensión, golpeaban en la mesa y hacían callar a todo el mundo. ¿Debería ir a la cocina a buscarlo? No sé qué cara pondría esta gente si me viera aparecer con un martillo, pero a lo mejor debería descubrirlo.

—¡He dicho que sí que hay un hombre! —La sala queda en silencio con el grito de mi prima.

Sus padres parecen estupefactos, los míos sonríen encantados y yo estoy muy tentada de ponerme en pie, alzar los dos puños y

gritarle a mi tía algo como «¡Chúpate esa!». Pero creo que sería inmaduro incluso para mí.

—¡Me alegro tanto por ti! —empiezo a decir antes de mirar a Giuliano—. ¡Y también por ti, peque!

—¿Por mí? ¿Por qué?

—¿Cómo que por qué? ¡Porque mamá está enamorada! —No quiero gritarle que ahora va a tener un padre. No sé cómo pueden afectarle esas palabras a un niño, pero igualmente me alegro.

A lo mejor él aún no lo ve del todo, pero tener un referente paterno es importante, ¿no? Para el desarrollo y todas esas mierdas. No sé. No entiendo mucho de niños, pero yo diría que es una buena noticia.

—Giuliano, cariño, ve fuera, ¿quieres? —le dice mi prima—. Tengo que hablar con la familia sobre cosas de mayores.

El niño se levanta y se marcha sin rechistar. Supongo que ha salido igual de comedido que su madre. O, más bien, que lo han educado para que sea igual de comedido que ella. Cuando a mí me mandaban abandonar la sala para que los mayores hablaran, lo hacía de morros o después de montar un espectáculo con berrinche incluido; pero él se limita a cerrar la puerta del salón cuando sale, dejándonos de nuevo a solas a los adultos.

—Hija, ¿cómo que tienes a alguien? —pregunta mi tía entonces—. ¿Quién es? ¿Es de aquí? ¿Del pueblo?

El modo en que dice «pueblo» es lo que hace que la mire mal. Mi tía es la persona más esnob y clasista del mundo. Nadie en la familia entiende qué le vio mi tío de joven, pero pensé que, incluso ella, siendo como es, conseguiría alegrarse por su hija en unas circunstancias como estas.

—En realidad eso da igual —suelta Fiorella—, porque no vais a conocerlo.

—Hombre, digo yo que, si vamos a ir a tu boda, sí que vamos a conocerlo —contesto riéndome.

—Que no hay boda, Giulia. Deja de hablar de eso porque nadie ha dicho nada de boda en ningún momento.

—Pero has dicho que había un hombre y nos has hecho venir hasta aquí y...

—Sí, hay un hombre, pero no vais a conocerlo.

—Y entonces, ¿por qué nos hablas de él? ¿Y por qué estamos aquí? —pregunto—. ¡Yo quiero ver una foto! ¿Está bueno?

—Me voy con él, Giulia. —Mi prima centra los ojos en mí y lo que veo en ellos me da tanto miedo que tengo que apretar los puños.

Agradezco estar sentada, porque creo que me fallarían las rodillas de no ser así.

Se ha desatado. Otra vez. Mierda. Eso es malo. Eso es muy malo. Conozco a Fiorella, sé que se le va la cabeza cuando llega a ciertos límites. Y claramente estamos ante una de esas situaciones.

—¿De qué estás hablando? ¿Te mudas? Pero... ¿y la casa? ¿Y Giuliano? ¿Sabe que os vais?

—Lo sabe. Le he explicado mi versión de la historia y lo ha entendido perfectamente —me dice sin más—. Le he pedido que se vaya ahora porque..., bueno, porque sospechaba que las cosas se pondrían feas. Pero, sí, en resumen, lo sabe.

—¿Feas? ¿A qué te refieres? ¿Y qué es eso de tu versión de...?

—Sabe que voy a marcharme un tiempo y sabe que vas a quedarte con él. Está de acuerdo, Giulia. No te preocupes, ¿vale? Lo he atado todo muy bien.

Miro a mi prima con la boca abierta. He oído sus palabras. Sé que las he oído porque están resonando en mi mente, pero, por alguna razón, no soy capaz de procesarlas. ¿Qué demonios...? ¿Qué cojones significa eso?

—Perdón, pero no te sigo —murmuro.

—Me voy del pueblo, pero Giuliano no. Él se queda aquí contigo.

Fiorella tiene la respiración acelerada y los ojos cargados de lágrimas, e intento por todos los medios entender lo que quiere decirme, pero todo lo que consigo pensar es que esta casa es demasiado grande y parece tambalearse. Es como si estuviera perdiendo los cimientos. Estoy mareada. Tiene que ser la resaca. O a lo mejor todavía estoy borracha.

Debe de ser eso.

Ella no puede... Ella no puede estar haciéndome esto.

3

Giulia



—¿Qué demonios estás diciendo, Fiorella?

Podría haber sido yo quien dijera eso, pero ha sido mi tía y, por una vez, estoy completamente de acuerdo con ella. No puedo hablar.

Joder, no puedo casi ni respirar.

—Mamá, no te metas. Tú solo estás aquí porque no quiero que te interpongas luego en mis decisiones con respecto a Giuliano.

—¿Que no quieres...? ¿Qué significa eso?

—Significa que no quiero que te metas en lo que yo ya he decidido y atado.

—¡No has atado nada! No vas a irte y mucho menos vas a dejar a Giuliano con alguien que no sea yo. ¡Giorgio, dile algo a tu hija!

Mi tío, que hasta ahora ha permanecido sentado en el sillón, con las comisuras de los labios ridículamente llenas de azúcar, solo resopla, se pone de pie y me señala.

—Hija, ¿tú has visto a tu prima? Es un desastre. Sé coherente, por favor.

—¡Eh! —exclama mi padre, pero incluso él se ve tan contrariado que no es capaz de decir más—. Un respeto. Mi hija no es ningún desastre.

—Tu hija vive en un cuchitril compartido en Los Ángeles mantenida por vosotros porque no es capaz de hacer algo de provecho con su vida.

—Cuidado, Bianca. —Mi madre emplea un tono de voz acerado y tan frío que se me eriza el vello de la nuca—. Puede que mi hija sea irresponsable, inmadura y un poquito caprichosa...

—A ver, como defensa está siendo... —Pero no puedo decir más, porque ella sigue hablando.

—Puede que esté un poco loca y que no la hayamos criado en internados de élite, pero no es ella la que hace las mayores locuras en esta familia. No fue ella la que se quedó embarazada con dieciocho años, ni la que ahora intenta abandonar a su hijo.

—¡No estoy abandonando a Giuliano! —grita Fiorella llorando—. He hablado con él, le he explicado la situación, le he dicho que mamá no puede más y lo ha entendido perfectamente.

—Dime, por favor, que no le has dicho al niño que no puedes más —murmuro.

Hasta yo, que le di *espresso*, sé que eso no se debe hacer.

—¡Es que no puedo más! ¿Entiendes, Giulia? —Está desatada, sus ojos parecen medio idos mientras intenta fijarlos en mí—. He encontrado a un buen hombre. Me entiende, me cuida, me ama y quiere enseñarme el mundo. Tú has vivido en Los Ángeles, has viajado, has acumulado un montón de aventuras, pero ¿y yo? ¡Yo no he hecho nada! Siento que se me ha escapado la vida. He pasado de estar encerrada en internados a estar encerrada aquí con un bebé y sin tener ni idea de cómo criarlo.

—Lo has hecho así porque has querido —interrumpe su madre—. Te ofrecimos ayuda. Queríamos que os quedarais en Italia.

—¡No iba a permitir que arruinarais también su vida! —chilla Fiorella fuera de sí—. Y no voy a permitirlo ahora, ni siquiera al marcharme. Giuliano va a quedarse con la única persona que puede ayudarle a vivir de verdad. La única en esta familia que vive de verdad.

—¿Y esa soy yo? —pregunto estupefacta. Cuando todos me miran, no puedo evitar reírme, un tanto histérica—. ¡Fiorella, vivo en Los Ángeles porque me lo dijo un chamán! ¡Me presenté a *castings* de modelos y no mido ni un metro sesenta y cinco! ¡Me hice un tatuaje borracha yo misma que está tan mal que podría haberlo hecho tu hijo! Joder, soy un desastre con patas. ¿Cómo puedes siquiera pensar que yo soy la persona que debe quedarse con él?

—¿Lo ves? —sigue su madre—. ¡Está loca, hija!

—¡Mi hija no está loca! —grita mi padre—. No en el mismo sentido que la tuya, al menos.

—Papá, te adoro, pero no ayudas —murmuro, aunque casi me dan ganas de reír histéricamente de nuevo cuando me fijo en él y veo que tiene los ojos enrojecidos y las pupilas dilatadas.

Dios mío, ¿cómo puede pensar nadie que, habiendo sido criada por alguien así, voy a ser una buena opción para Giuliano?

—No puedes hacer esto —le digo a mi prima—. No puedes abandonar a tu hijo como si nada.

—No lo estoy abandonando. Solo necesito un tiempo. Unos meses. Cinco. Seis como mucho.

—Fiorella, joder, que no es un perro. ¡Y si fuera un perro tampoco lo vería bien! Es tu hijo, tu responsabilidad.

—Pero lo he hablado con él y lo entiende.

—¿Cómo puedes decir eso? Tiene cinco añitos.

De pronto, se me rompe el corazón por ese niño al que apenas conozco. Mi prima le va a arruinar la vida, de la misma manera en la que mis tíos se la arruinaron a ella. Bueno, quizás no de la misma manera, pero el resultado será idéntico: un pobre crío inocente que, tarde o temprano, se convertirá en un adulto roto por culpa de las decisiones de sus padres. Casi se me llenan los ojos de lágrimas al pensar en mi prima en esos términos, al recordar que ella también fue una pobre niña que ha terminado pagando los errores de otros. Pero entonces Fiorella interrumpe mis pensamientos.

—Casi seis —me aclara—. Su cumple es en diez días. Le he prometido que le harás la mejor fiesta de su vida. Tú en eso eres una experta. Todavía recuerdo tus cumpleaños.

—Tienes que estar de coña. ¿Vas a largarte diez días antes de su cumpleaños?

—Berni dice que eso le forjará la personalidad.

—¿Quién es Berni?

—Mi novio. Es artista. Pintor. Voy a acompañarlo en una gira mundial —explica Fiorella, y cuando ve nuestras expresiones de incredulidad, añade—: Por favor, tenéis que entenderlo. Es una oportunidad única, y no es que vaya a marcharme para siempre. Solo... solo quiero vivir por y para mí, por una vez.

—Me estoy mareando —dice mi tía Bianca.

—Berni es nombre de fracasado —sigue mi tío.

Yo no digo nada. Solo observo a mi prima con la respiración alterada y la mirada más caótica que le he visto jamás. Trato de ver en ella a la Fiorella del pasado porque, aunque ahora me cueste recordarlo, no siempre fue así. Cuando éramos pequeñas, era una niña salvaje como yo, alegre y llena de vida. Era... mi hermana. Pero luego se convirtió en esta Fiorella: la buena, la modosita, la educada... Fiorella, la reprimida. La que estalla cuando menos se lo espera nadie porque está tan contenida que no sé cómo se las ingenia para no romperse en miles de pedazos.

Y aun así, ahora mismo el problema no es que ella estalle —eso me da igual, de verdad—; a mí lo que me está jodiendo es lo egoísta que está siendo con su hijo, después de todo lo que ella misma sufrió por culpa de sus padres. Se vino aquí, de hecho, porque quería criarlo lejos de ellos, porque son tóxicos y manipuladores. Bueno, eso su madre; su padre solo es imbécil. Lo entendí, e incluso entendí que aceptara la condición que le pusieron de dejarla vivir aquí a cambio de ver al niño un mínimo de tres veces al año. Pensé que Fiorella protegía a su hijo así. Pero ahora, de pronto, pretende largarse y dejarlo con alguien que no está capacitado.

Porque no estoy capacitada, de eso no tengo una sola duda.

—¿Y qué pasa con mi vida? —pregunto con voz estrangulada. En realidad, es lo que menos me importa ahora mismo; mi vida no es... nada, en sí misma. No dejo nada en Los Ángeles. Pero no se me ocurre qué más decir para disuadirla.

—Serán unos meses, Giulia. La última vez que hablamos me dijiste que necesitabas un respiro de tu propia vida. Que tenías que replantearte las cosas porque no conseguías triunfar como actriz ni sentirte plena.

—¡Me refería a unas vacaciones, no a criar a tu hijo! —exclamo. Mierda, con lo poco que hablamos, y precisamente tuve que confesarle algo que ahora ella puede usar en mi contra.

—¡Puedes hacer las dos cosas! ¿Ya no te acuerdas de lo bien que lo pasabas aquí? No se te puede haber olvidado. Créeme, nadie en Valdelila lo ha olvidado —puntualiza con tono acusatorio.

—¿Y eso qué significa?

—Que, en parte, tienes la culpa de que no consiga integrarme aquí. Todo el mundo recuerda lo salvaje que fuiste hasta que dejaste de venir, con quince años. ¡No me quieren por tu culpa!

—Y una mierda, Fiorella. ¡Y una mierda, joder! No puedes decirme que llevas aquí seis años y no te has adaptado porque yo era una niñata haciendo cosas de niñata. ¡Han pasado diez años!

—¡Solo habían pasado tres cuando yo vine! Todo estaba demasiado reciente.

—Pero, hija, ¿qué hiciste tan grave como para que tu prima diga eso? —pregunta mi madre.

—¡Nada!

—Convenciste a algunas chicas del pueblo de pintarse el pelo de colores —dice mi prima porque, al parecer, ahora la conversación gira en torno a mi adolescencia.

—Oh, por Dios. ¿Y eso te parece grave?

—No tanto, pero te liaste con el sobrino del cura.

—No es para tanto.

—¡En la iglesia!

—¡Fue idea suya!

—Las iglesias tienen un punto prohibido que puede resultar morboso —señala mi padre—. Yo eso no lo veo tan criticable.

—¿Cómo no? —murmura mi tía—. ¿Y te extraña que tu hija esté desatada?

—¡No es mi hija la desatada, Bianca! Ni la que intenta abandonar a un niño a su suerte.

—Exacto. Además, por aquel entonces yo tenía quince años —digo ofendida—. No es para tanto.

—¡Robaste un caballo a la familia Lobo! —continúa mi prima.

—¡No lo robé! Solo quería dar un paseo.

—¡No sabías montar!

—¡Créeme, Fiorella, me di cuenta en el momento en que ese maldito bicho me tiró al suelo! Y, de todos modos, ¿qué diablos te pasa? Si tan mala soy, ¿por qué intentas endosarme a tu hijo?

—¡Porque los demás son aún peores! Y porque Giuliano necesita que se le pegue algo de ti.

—¿Algo de mí?

—Es demasiado serio. Demasiado... demasiado estricto de pensamiento. Necesita ver la vida con tus ojos.

—¡Tiene cinco años!

—¡Casi seis!

—¡Dejad de gritar! —nos interrumpe mi madre—. ¿Os dais cuenta de que es posible que el niño esté detrás de la puerta oyéndolo todo?

Es como un jarro de agua fría. La habitación se queda en silencio y las dos nos miramos con la respiración alterada y los ojos brillantes. Ella por las lágrimas y yo por la rabia.

—No pienso hacer esto —murmuro.

—Sí lo harás.

—No puedes obligarme.

—No, pero si tú no te lo quedas, lo harán mis padres. Dime, Giulia, ¿estás dispuesta a cargar con esa culpa?

Mi tía grita algo a lo que mi padre responde con otro grito, pero no los oigo. Es como si todos los sonidos a mi alrededor se hubieran evaporado, porque lo único que oigo es el retumbar de la sangre en mis venas y mi corazón al galope. Y todo lo que puedo mirar es la cara desesperada de mi prima mientras aguarda a que acepte su chantaje como si nada.

Esto es injusto, es una mierda inmensa y una completa locura, pero las dos sabemos que, con esas palabras, acaba de salirse con la suya. Porque no, tal vez no conozco a ese niño, pero no voy a permitir que hagan con él lo mismo que hicieron con Fiorella. No voy a permitir que le arruinen la vida.

4

Giulia



El balancín del porche todavía cruje al moverse. Es una tontería que esté pensando en eso, pero mientras miro las estrellas del cielo de Valdelila, es lo único que me viene a la mente. Son las once y media de la noche y, después de una tarde horrible de gritos, discusiones y llantos, tengo en las manos los poderes oficiales que me autorizan a hacer y deshacer en la vida de Giuliano.

Los he firmado en modo autómata, sin tiempo ni para ir al baño casi, porque mi prima quería marcharse cuanto antes. No me ha dado ni un día para pensarlo. La amenaza era clara: Giuliano se quedaba con la malvada Bianca y el inútil de Giorgio... o conmigo. Todavía no sé si ha salido ganando, pero el caso es que ahora tengo un niño. Como quien tiene un tamagotchi.

No es una adopción. Intento recordarme eso constantemente. Son solo unos poderes legales para facilitarme la vida estos meses. Nada más.

Así me lo ha explicado el notario que mi prima ya tenía apalabrado desde por la mañana. Ha llegado a eso de las siete, con los papeles impresos y cara de querer estar en cualquier otro sitio. Apenas ha dicho nada, salvo lo imprescindible para que firmara con conocimiento de causa. Fiorella le ha ofrecido un café, mi tía ha gritado y pataleado un rato más, mi tío se ha mostrado tan implicado como si estuviéramos decidiendo el precio de una malla de naranjas, y mis padres..., bueno, ellos tan solo me han dicho que me apoyarían hiciera lo que hiciese. Vaya, lo que han hecho siempre.

A la hora de la cena ya estaba todo firmado, mi prima se había largado y yo tenía entre manos la responsabilidad más grande de mi vida.

Yo, que nunca he tenido ni un perro porque todos sabían que no era buena idea, de pronto soy la encargada de cuidar a un niño.

Es tan absurdo que se me escapa la risa. Si pudiera llorar, lloraría, pero creo que tengo una especie de problema, porque no soy muy dada a llorar. No se me da bien. Es curioso, en general se me da bien moverme por impulsos y dejarme llevar por todas mis emociones, menos por aquellas que van unidas al llanto.

Así que, cuando me ocurre algo, simplemente entro en shock y miro a la nada preguntándome cómo demonios he llegado a esa situación.

Justo como estoy haciendo ahora. No tengo ni idea de cómo he acabado aquí. Ni de cómo voy a salir de esta. Por no tener, no tengo nada, porque todas mis cosas están en otro continente. Ni siquiera he podido plantearme qué voy a hacer con todo lo que he dejado en Los Ángeles. Tampoco es que vaya a quedar allí nada muy importante, pero, no sé..., ni siquiera me he traído ropa interior para pasar aquí más de dos días, maldita sea.

Levanto el botellín de cerveza que sostengo en la mano y doy un gran trago, intentando que el líquido me ayude a aclararme un poco. Lo sé, es irónico, pero, yo qué sé. Cosas peores se han visto.

—El alcohol mata, ¿sabes? Lo he visto en un vídeo. Si te mueres, voy a tener que quedarme con la madre de mi madre y ya te he dicho que me da miedo.

Me sobresalto y miro a mi lado. En el centro del porche, descalzo sobre el suelo de piedra, Giuliano me mira con los ojos muy abiertos, despeinado y con un pijama de dinosaurios.

—Ey, Giu.

—Es «Giuliano».

—Sí, sí, lo sé. Ven aquí, ¿quieres? Acompáñame un momento.

—Debería irme a dormir. Los niños tienen que dormir mucho para crecer sanos y fuertes. Lo he visto en un vídeo.

—Ves muchos vídeos, ¿eh? —pregunto en un murmullo.

—Sí.

Me río, porque no pretendía que me respondiera. Aun así, estiro el brazo y le señalo el sitio justo a mi lado en el balancín.

—No vas a dejar de crecer por trasnochar un día, te lo prometo. Ven aquí, quiero hablar contigo.

—¿He hecho algo malo?

—Dios, no. Es solo que no te he visto mucho esta tarde y me gustaría saber cómo estás.

—Estoy bien.

—Me alegra oír eso. —El niño se acerca y se sienta en el extremo opuesto del balancín. Cuando cruje se asusta, pero intenta disimularlo a toda prisa—. Dime, Giu, ¿hay algo de lo que quieres hablar?

—Sí.

—Perfecto. Dale. No tengas miedo de soltar lo que sea, soy toda oídos.

—¿Por qué me sigues llamando Giu? Te he dicho muchas veces que me llamo Giuliano.

Me muerdo la mejilla por dentro y lo miro atentamente.

—De todo lo que ha pasado hoy, ¿esa es tu duda más grande?

—Ajá.

—Vale, pues te sigo llamando Giu porque tienes cinco años y siento que Giuliano es un nombre demasiado grande para un cuerpo tan pequeño.

—Ya casi tengo seis.

—Lo sé, colega. Prepararemos una fiesta, ¿vale? Invitaremos a tus amigos y...

—No tengo amigos.

—¿Cómo que no? ¿Y los del cole? —Giuliano me mira con sus increíbles ojos verdes y algo dentro de mí se arruga.

No necesita hablar, lo sé. Puedo verlo todo en esos ojos y, en el acto, odio a cada ser humano pequeñito de Valdelila.

—Solo una niña juega conmigo, pero porque me obliga.

—¿Cómo que te obliga? —Encoge los hombros y yo aprieto los dientes—. Nadie puede obligarte a jugar si no quieres, Giu.

—Es «Giuliano».

—Vale, joder. Nadie puede obligarte a jugar si no quieres, Giuliano.

—No digas palabrotas. Las palabrotas son feas y si las dices mucho, a lo mejor se me pegan. Y si se me pegan vas a tener otro problema más, porque en el cole, cuando dices muchas palabrotas llaman a tus padres, pero como yo ya no tengo, te llamarán a ti.

Joder con Giuliano. Y yo que pensaba que no era muy hablador.

—Punto número uno: tú sí tienes padres. Bueno, tienes madre —puntualizo porque, en efecto, del padre de Giuliano nunca supimos nada.

—Pero se ha ido.

—Unos meses nada más. Y te llamará un montón por videollamadas —le aseguro, aunque, en realidad, mi prima no ha mencionado nada de eso.

El niño no responde de inmediato y se me vuelve a estrujar el corazón, porque quiero tenerle más fe a Fiorella; pero, bueno, aquí estamos, ¿no?

—Si tú lo dices...

—Punto número dos: si me llaman del cole quejándose de que dices muchas palabrotas, iré allí y diré que no te las he enseñado yo, sino... ¿Cómo has dicho que se llama la niña que te obliga a jugar?

—Isabela.

—Diré que ha sido Isabela.

—¡No puedes!

—¿Y por qué demonios no?

—Porque eso sería mentir. ¡Y no puedes decir «demonios»!

—Joder, Giu, qué difícil todo.

—¡Que no digas palabrotas! ¡Y que me llames Giuliano!

—Jod... —Me paro en seco al ver su cara y me cuido mucho de no reírme. Casi parece un señor mayor encerrado en un cuerpo de niño —. Vale, perdón. Cambiemos los puntos: intentaré no decir palabrotas, nada de mentir y nada de echarle las culpas a la niña repelente que te obliga a hacer cosas que no quieres. Prometido.

—No tienes que prometerlo, ¿sabes? Las promesas no sirven de nada.

—¿Cómo que no? ¿Eso quién te lo ha dicho? ¿Tu amiguita?

—No, mamá. Ella dice que las promesas no sirven de nada porque nadie las cumple nunca.

Aprieto los dientes. Jodida Fiorella. Me acerco un poco a Giu, apenas nada, pero lo justo para que él acepte mi proximidad sin sentirse acorralado. Estiro la mano despacio, con la palma boca arriba. Espero. Y cuando siento el peso pequeño y tembloroso de sus dedos sobre los míos, algo dentro de mí se rompe... o se recompone. No lo tengo claro. Cinco años. Tiene cinco malditos años. ¿Cómo puede una madre decirle eso a su hijo?

—Mírame, Giu. —Él lo hace. Con recelo y desconfianza, pero lo hace—. No voy a prometerte que dejaré de decir palabrotas, porque es posible que no pueda dejarlo tan fácilmente y tengas que regañarme algunas veces más, pero te prometo que no te mentiré nunca. Y te prometo que, cuando yo hago una promesa, es porque pienso cumplirla. Siempre. ¿Lo entiendes?

Asiente con la cabeza, pero más importante aún es el apretón que siento en la mano. Si fuera una mujer dada a llorar, creo que ahora mismo lloraría.

—¿Puedo ir a dormir ya?

—Sí, colega, ve. ¿Quieres que te lea un cuento?

—No, ya tengo casi seis años. Sé leer muy bien yo solo.

—Bueno, aunque sepas leer puedo leerte yo. A mí me encantaba que mi padre me leyera.

—Tu padre es raro.

—Sí —digo riendo—, pero se inventa los mejores cuentos. ¿Quieres comprobarlo? Podemos ir a pedirle uno.

—Está dormido. Estaba roncando cuando he pasado por delante de su puerta.

Sonrío de nuevo. Gracias a Dios, mis padres no se han marchado cuando lo ha hecho mi prima. Creo que un solo vistazo a mi cara les ha servido para saber que, por ahora, no puedo quedarme sola aquí con Giuliano. No estoy preparada. Desgraciadamente, mis tíos han debido de pensar lo mismo, porque ellos tampoco se han largado.

—Podemos despertarlo, no es problema —le digo al niño, pero él duda y se muestra receloso, así que decido respetar su espacio. Sonrío y hago un gesto con la mano—. O mañana. Creo que se quedará aquí unos días más. —Al menos, eso espero.

—¿Y la madre de mi madre también?

—Dios, no. A ella tengo que echarla cuanto antes.

—¿Me lo prometes?

Sé que, viniendo de él y después de la conversación que acabamos de tener, esa pregunta guarda mucho más que tres palabras. Sobre todo cuando veo el modo en que arruga la tela del pantalón estampado con dinosaurios en uno de sus pequeños puños. Me ablando enseguida y noto un dolor punzante en el pecho.

—Te prometo poner todos mis esfuerzos en conseguir que ella y tu abuelo se vayan cuanto antes.

La sonrisa esperanzada que me dedica Giuliano es lo que hace que por primera vez me plantee que, después de todo, tal vez no he hecho mal al aceptar quedarme con él un tiempo.

5

Giulia



Me concentro en la cafetera italiana que tengo puesta al fuego mientras espero a que el líquido que me va a traer de vuelta a la vida suba. Cierro los ojos cuando oigo a mi tía Bianca, otra vez, enumerar todas las razones por las que su hija ha cometido el mayor error de su vida.

Sin ser yo una gran fan de Fiorella en estos instantes, he de decir que esta señora me tiene completamente agotada y no son ni las nueve, joder, así que no puedo ni imaginarme lo que habrá sido toda una vida con ella. ¿Por qué estoy levantada a esta hora un domingo, escuchando a esta mujer? Es inhumano.

—¿Me estás oyendo, Maria Giulia?

—Créeme, es difícil no oírte —murmuro de mala gana mientras me recojo el pelo en un moño improvisado. Empieza a estar demasiado largo y las ondas se esparcen por todas partes—. ¿De verdad no podríamos hablar de esto dentro de un par de horas?

—No sabes nada acerca de criar a un niño.

—No quisiera yo ofenderte, pero creo que tú tampoco.

—¡Yo crie a Fiorella!

—No, la metiste en internados carísimos que se encargaron del trabajo. Y déjame decirte que, viendo los resultados, fue un dinero más bien tirado. —Mis padres se ríen sin disimulo y yo les sonrío de vuelta—. Os adoro.

—Y nosotros a ti, *principessa* —dice mi padre—. En cuanto a vosotros —mira a su hermano y luego a Bianca—, creo que ya habéis cumplido con vuestra parte. Fiorella dejó muy claro, tanto

verbalmente como por escrito, que el trato se mantenía: podéis ver a Giuliano varias veces al año, pero no convivir con él.

—Es absurdo. ¡Esta casa es nuestra! —grita mi tía.

—Tú no tienes nada —digo riéndome—. Esta casa es de mi padre y de mi tío.

—Todo lo de tu tío es mío. Giorgio, díselo.

Mi tío no dice nada, porque está distraído intentando comerse todo el beicon que hay en la mesa. De verdad pienso que este hombre solo come así porque mientras mastica no oye a su esposa.

—La casa es la herencia de nuestros padres —dice mi padre—. Si accedí a que Fiorella viviera aquí con su hijo fue porque pensé que le daría al niño una buena infancia. No sé si ha sido así, pero sé que se ha largado dejándolo aquí al cargo de mi hija. Personalmente, considero que hemos sido muy generosos, pero estamos cansados.

—¿Qué quiere decir eso? —La cara de Bianca adquiere un tono más pálido del que ya es natural en ella.

—Vuestra hija ha disfrutado de esta casa durante casi siete años, contando desde que se quedó embarazada de Giuliano. Así que lo justo ahora es que Giulia disfrute de la finca como lo ha hecho su prima, y que sea ella quien decida quién puede quedarse y quién no. Y, por si fuera poco, repito: Fiorella dejó por escrito que las condiciones con respecto a vuestra relación con el niño se mantenían. No quiere que estéis cerca de él y, si me preguntáis, creo que es lo único sensato que esa chica ha hecho desde que toda esta locura empezó.

Mi madre y yo miramos a mi padre boquiabiertas. Adoro a este hombre en todas sus versiones, pero nadie puede negar que, cuando no está colocado, es más impresionante aún.

—Y entonces, ¿qué? ¿Hacemos las maletas y nos vamos? —pregunta Bianca.

—Básicamente, sí.

No digo más porque, ante la mención de la maleta, acabo de recordar una vez más que yo llegué ayer aquí con una mochila en la que hay dos pantalones, dos camisetas, un vestido, dos tangas y un sujetador de repuesto. Necesito hablar con mis compañeras de piso y que me envíen mi ropa. Y ya que estamos, necesito dejar ese piso,

porque es absurdo pagar alquiler si no voy a estar. Me mareo al pensar en las consecuencias de todo esto, así que agradezco muchísimo que el café por fin suba. Apago el fuego, aparto la jarra y me la sirvo entera. En teoría esta cafetera hace dos tazas, pero las necesito completas para mí. Le pongo hielo, un poco de leche y tres cucharadas de azúcar. Y una más de regalo.

—El azúcar puede matar. Lo he visto en un vídeo.

Doy un respingo al oír la voz de Giuliano. Tiene el pelo aún más desordenado que ayer y los ojos hinchados por el sueño.

—Una de las primeras cosas que vamos a trabajar es tu adicción a los vídeos —le digo—. Buenos días, colega.

—Buenos días. ¿Por qué te pones tanto azúcar? Puede matar.

—Te he oído la primera vez, cielo. Mañana intentaré poner menos.

Él me mira dudando de mi palabra y no lo juzgo. Dudo hasta yo. Aun así, poso una mano en su hombro y miro a los cuatro adultos que nos observan atentamente.

—En lo referente a la conversación que estábamos teniendo, ya está todo dicho. Voy a ir al pueblo con Giuliano, así que espero que, al volver, ya no estéis. —Estas últimas palabras se las dedico tan solo a mis tíos.

No me corto en decirlo delante del niño. Él mismo ha admitido que Bianca le da miedo, así que quiero que entienda que yo estoy de su parte y que esa señora se tiene que marchar cuanto antes.

Miro a mis padres, sentados alrededor de la mesa redonda de madera que ocupa gran parte de la cocina. Siempre me encantó esa mesa. Era donde desayunábamos todos por las mañanas cuando veraneábamos juntos. Me gustaba sentarme al lado de Fiorella y saber que, en cuanto acabáramos, podríamos ir al pueblo, o al río a bañarnos, o a la inmensa piscina de Valdelila, en la que solían estar los chicos guapos deseando ver a chicas guapas. Y éramos chicas guapas, eso no podía negarlo nadie.

Sí, adoraba desayunar en esa mesa antes de empezar un gran día de verano, pero lo que más adoraba era contarles a mis abuelos todo lo que había hecho el día anterior mientras la abuela Giulia preparaba la lavanda para secar o el abuelo tomaba café tranquilamente.

En realidad, eso era lo que más me gustaba: estar con ellos. Vivir con ellos durante todo un verano, porque en Italia apenas los veía más allá de los fines de semana. Aunque lo de Fiorella era aún peor, porque a ella solo podían verla en vacaciones escolares por culpa del maldito régimen militar al que la tenían sometida en esos internados.

Trago saliva. De pronto, la nostalgia se me anuda en el pecho con fuerza, tironeando de mí e intentando llevarme a un lugar oscuro en el que odio estar. Un lugar al que procuro no ir nunca, porque ya soy lo bastante impulsiva como para dejarme arrastrar por los sentimientos negativos que a veces me invaden.

Sujeto la mano de Giuliano y lo saco de la cocina después de hacerles una señal a mis padres con la cabeza. Ellos asienten, de acuerdo con que proceda así y, aunque no tengo ni idea de lo que voy a hacer en los próximos meses, lo que sí tengo claro es que lo primero es asegurar el bienestar de Giuliano. No sé nada de alimentación, educación o crianza de niños, pero el simple hecho de recordar la infancia de mi prima me ha servido para confirmar que alejarlo de Bianca y Giorgio es una prioridad, así que me dirijo hacia su dormitorio con él y me extraña que, con lo serio y formal que es, no suelte mi mano en ningún momento. No rechaza el contacto físico, y es bueno saber que en eso no ha salido a su madre, porque mi prima podía ser un témpano de hielo cuando quería.

—¿Y bien? ¿Qué quieres ponerte hoy? —pregunto mientras nos adentramos en su dormitorio y abro las puertas del armario.

No me ha sorprendido comprobar que Fiorella le dio a su hijo la habitación que yo solía ocupar cuando venía aquí. No es la mejor de la casa, pero tiene unas buenas vistas del valle y los campos de lavanda. Y, además, está al lado de la de Fio, que es donde he dormido yo. Tampoco está mal, pero reconozco que he echado de menos mi viejo cuarto. Seguramente porque es el único pintado en tonos alegres. Me gustaría decir que lo pintó Fiorella cuando nació Giuliano, pero mantiene el tono lila que elegí yo hace años. Está renovado, eso sí, ha quitado los pósteres que yo colgué y se nota que lo ha seguido repintando, pero algo me dice que no se ha

molestado en preguntarle a su hijo si le gusta o si querría decorar su propia habitación de otra forma.

—¿Qué quieres decir? —pregunta el niño sacándome de mis pensamientos.

—¿Eh?

—Me has preguntado qué quiero ponerme hoy. ¿Qué quieres decir?

—Ah, pues que elijas la ropa que quieres ponerte.

—Pero no puedo elegir. Tengo cinco años.

—Casi seis.

—Mamá decía que no podía elegir hasta que no aprendiera a combinar la ropa.

—¡No tienes que estudiar un máster para combinar ropa, Giu! —Miro el armario y saco un peto vaquero y una camiseta de rayas—. Esto con esto. ¿Ves? Fácil.

—Mamá dice que ese peto solo puede ir con camisetas lisas.

—¿A ti te gustan las camisetas lisas?

—A mí me gustan los dinosaurios. Y los caballos.

—¿Tienes camisetas de dinosaurios o de caballos? —pregunto entonces—. Sin contar la de pijama que llevas. —Él niega con la cabeza.

—Mamá dice que los estampados cutres son para niños cutres.

—Mamá debería meterse la lengua en el culo más a menudo —murmuro sin que me oiga—. ¿Sabes qué? Te vas a poner esta, pero voy a ocuparme de comprarte algo estampado hoy mismo.

—Es domingo.

—Mañana.

—¿En serio?

—¡Pues claro!

—¿Y no es cutre?

Lo miro atentamente. Su manita vuelve a enrollar la tela de su pantalón en un puño. Me agacho frente a él y me encargo de que me esté mirando a los ojos antes de hablar.

—Oye, Giu, sé que mamá tenía sus ideas acerca de la moda, pero las mías son diferentes, ¿vale? Hay unos límites a la hora de vestir, pero son unos límites bastante amplios. Si quieres una camiseta de

caballos, me ocuparé de que la tengas lo más pronto posible. Eso no es un problema.

—¿Y si se enfada cuando se entere?

—No lo hará, pero si te quedas más tranquilo, me ocuparé de hablar yo con ella.

—Vale.

Después de eso consigo, por fin, que se ponga la ropa que le doy. Luego lo peino un poco con agua y le pongo las zapatillas deportivas de último modelo que mi prima le compró. Está guapísimo. Es un niño precioso, listo y sensible, se ve a leguas, y por un instante me invade la rabia. ¿Cómo ha podido Fiorella hacer esto? ¿Cómo ha podido largarse y dejarlo aquí sin más? ¡Conmigo! Dios, si quisiera a su hijo lo dejaría con cualquiera antes que conmigo.

Detengo la avalancha de sentimientos. No serviría de nada dejarme llevar por ellos, porque Fiorella no va a volver solo porque yo me enfade, así que me recompongo y voy a prepararme para salir yo también.

Me visto con un pantalón corto vaquero y un top sin mangas, me cepillo el pelo a toda prisa sin fijarme demasiado en las ondas que caen por todas partes. Lo llevo largo, castaño y con hebras doradas que a veces parecen mechas, aunque son reflejos naturales. Es un pelo bonito, pero aun así cojo una goma de pelo y me la pongo en la muñeca porque es posible que, en un rato, me moleste. Me pinto los labios de rojo, como cada día desde que tengo memoria, ya que hay algo en el rojo que me aporta seguridad, aunque odie reconocerlo. Y todo eso lo hago mientras Giuliano me mira atentamente porque, al parecer, no piensa despegarse de mí. No sé si planea ser mi sombra durante los próximos meses o solo hasta que Bianca se largue, pero imagino que lo descubriremos pronto.

Salimos de la casa, nos dirigimos al garaje y es ahí donde me encuentro con el primer problema: el coche de mi abuelo; un BMW con más años que yo, amarillo como el sol, descapotable y sin aire acondicionado, que yo recuerde.

Sería la solución perfecta para llegar hasta el pueblo..., si no fuera porque yo conduzco como el culo. De verdad, conduzco tan mal que, cuando Fiorella me contó que estaba usando este coche, le dije que

yo jamás tocaría un vehículo que había sido un tesoro para mi abuelo. Pero aquí estamos, teniendo que desplazarnos y sin otro medio de transporte a nuestra disposición. A no ser que...

—¿Sabes montar en bici, Giu?

—Es «Giuliano». Y sí.

—¿Crees que puedes llegar al pueblo pedaleando?

—Mmm. —Se rasca la cabeza y niega—. Está lejos y hace calor.

—Por lo menos eres sincero —murmuro—. Está bien, iremos en este monstruo amarillo.

—¿Por qué lo llamas así?

—Porque algo me dice que va a convertirse en mi peor pesadilla.

—Yo a veces tengo pesadillas también.

Lo miro y agradezco en silencio que su comprensión de algunas situaciones todavía sea limitada. Bendita inocencia.

—Oye, colega, ¿esa sillita que veo en el coche es tuya?

—Ajá.

—¿Y sabes atarte solito?

—Ajá.

—¿Y crees que esas correas son fuertes?

—No sé. ¿Por qué?

—Curiosidad —respondo sin más.

Puede que no tenga ni idea de cómo criar a un niño, pero hasta yo sé que no es buena idea confesarle a Giuliano que soy una inepta conduciendo y que no confío en mi capacidad de llegar a Valdelila sin chocar con algo. Trago saliva y me digo a mí misma que, si no voy muy deprisa, no tiene por qué haber ningún problema.

Subimos al coche, me aseguro —cuatro veces— de que Giuliano esté bien atado, arranco y tardo exactamente doce minutos en salir marcha atrás del garaje. Para cuando lo consigo, mis padres, que han acabado asomando por allí, aplauden como locos. Por suerte, no hay nadie más para presenciar mi bochorno.

—¡Eres una campeona, *principessa*! —grita mi madre—. ¡Estamos muy orgullosos de ti!

Literalmente lo único que he hecho es arrancar y salir marcha atrás de un garaje. A esto me refiero cuando digo que el exceso de amor puede ser tan perjudicial para un niño como la falta de este.

—¡Shhh! —Los miro mal, pero ellos están demasiado emocionados para notarlo.

—¿Podemos ir? —pregunta mi padre—. Hace mucho que no voy al pueblo y no quiero quedarme aquí solo con la bruja.

Estoy a punto de reñirle, pero Giuliano suelta una risita que me hace mirar atrás de inmediato. Es la primera vez que lo oigo reír, de modo que sonrío y le guiño un ojo.

—¿Tú qué dices? ¿Pueden venir?

—¡Sí! —grita entusiasmado.

Me río y me digo a mí misma que esta es una señal más para convencer a mis padres de que se queden un tiempo conmigo. Si tengo que estar aquí unos meses, lo mínimo que puedo hacer es rodearme de gente que ya ha criado a alguien antes..., aunque ese alguien sea yo. Además, me consta que se lo podrían permitir: tienen dinero de sobra, los negocios familiares se dirigen solos a estas alturas, y su casa en Italia puede soportar permanecer un tiempo cerrada; no es que tengan plantas ni mascotas que mantener con vida.

Cuando al fin se suben al coche, inspiro hondo, meto primera y, antes de pisar el acelerador, me aclaro la garganta.

—Una cosita. ¿Alguno de vosotros sabe o recuerda cómo rezar?

—Uf, ha pasado mucho tiempo —dice mi madre desde el asiento del copiloto.

Mi padre ha subido atrás con Giuliano, que niega con la cabecita.

—Yo no sé.

—Yo me sé el juramento de la Guardia de la Noche.

—No jodas, papá; eso es de *Juego de Tronos*.

—¡Dijiste que nada de palabrotas! —grita Giuliano.

—¡Dije que lo intentaría! —grito de vuelta—. ¡Mamá, deja de reírte! ¡Papá, deja de hacer el payaso!

—Bueno, hija, entre decir eso o sugerir que llamemos al sobrino del cura para que nos recuerde una oración, he preferido lo primero.

Mi madre vuelve a soltar una carcajada que secunda Giuliano, que no entiende nada, pero se ve que quiere congraciarse con mis padres. Yo apoyo la frente en el volante y tomo aire.

Dios mío. Van a ser unos meses muy largos.

6

Giulia



Los bordillos son una mala obra de Dios. Ya está, ya lo he dicho.

De hecho, se lo digo a mis padres justo antes de mirarlos. Mi madre está repentinamente blanca y no entiendo por qué. Quitando el hecho de que casi nos caemos por el puente que atraviesa el pueblo, no lo he hecho tan mal. Mi padre tiene un brazo sobre la silla de Giuliano, a pesar de que el niño está atado.

Por cierto, el crío es el único que no me mira raro.

—Cielo, creo que los bordillos están ahí para que tú no atropelles a la gente —murmura mi madre.

—Puf, bobadas —les digo—. ¡Están aquí para hacérmelo todo más difícil! —Doy marcha atrás con la intención de bajar de la acera en la que, al parecer, no debería haber subido—. Si las calles fueran más anchas...

—Hablaremos con el alcalde y pondremos una queja oficial, cariño.

—¡Por lo que más quieras, Luca, no la animes! —exclama mi madre.

—Oye, un poquito de respeto —le digo a ella ofendida—. Al menos él cree en mí.

—Siempre, cariño. Siempre. Solo una cosita: lo que me dijiste sobre no tomar mis medicinas naturales hasta por la noche... ¿sigue en pie?

Lo que él llama «medicinas naturales» es en realidad marihuana, pero tiene la poca vergüenza de llamarlo así constantemente. Aunque, por primera vez en mi vida, lo agradezco, porque así nos ahorramos que Giuliano aprenda cosas que no debe. Por esa misma

razón, ayer aproveché un momento a solas con mis padres para pedirles que mantuvieran las formas delante del niño y que, en la medida de lo posible, limitaran sus «actividades recreativas» a la noche, cuando Giu ya no pudiera ser testigo de ellas.

—Sí, papá. Por supuesto que sigue en pie. ¿Qué pasa? ¿No puedes estar en este coche sin tus mier... medicinas naturales? —me corrijo a tiempo de ver a Giuliano mirarme fijamente.

—¿Qué son tus medicinas naturales? —pregunta el niño.

—Son cositas que toma el abuelito para ser más feliz.

—Tú no eres mi abuelito.

—Soy mejor que tu abuelito y, además, como es mi hermano, eso hace que yo pueda ser tu abuelito también.

Yo creo que el niño ya tiene bastantes cosas que asimilar con esto de que su madre se haya largado y lo haya dejado conmigo, y estoy a punto de decírselo, pero entonces veo que Giu vuelve a hacerlo: sonríe de un modo tan relajado que me arrugo por dentro.

—Vale. Me gusta tener un abuelito simpático. Isabela tiene uno así.

Ya está. Así de fácil ha conseguido mi padre que el niño lo adore. Razón de más para insistir en que no se vayan hasta que todo esto acabe, pero ahora no puedo pensar en eso. Estoy muy ocupada sacando este trasto de la acera. Los adoquines de Valdelila son irregulares y hacen que el coche tiemble. Mis acelerones no ayudan, desde luego, pero entre eso, que mi familia no se calla y que el coche chirría, es lógico y normal que no oiga los gritos hasta que son muy muy altos.

—¡Que pares, joder!

Freno en seco a tiempo de ver por el retrovisor que el coche ha quedado a un escaso centímetro de un perro que, más que perro, parece uno de los lobos de *Crepúsculo*. Sería aterrador si no fuera porque tiene la lengua fuera y jadea con lo que parece ser una sonrisa. ¿Los perros sonríen?

—¿A ti qué hostias te pasa en la cabeza?

No ha sido el perro, sino el dueño. Qué mala suerte que el coche sea descapotable, porque el hombre que se acerca intimida muchísimo más sin un techo que me haga de escudo. Es altísimo,

eso no ayuda, pero es que casi parece que esté encima de mí cuando se pone al lado de la puerta. Y conste que, en otro momento, no me habría importado tenerlo encima de mí, porque tiene los hombros anchos, un pelo que no llega a ser largo pero tampoco corto, a capas y en ondas desordenadas que le caen sobre unos ojos oscuros e impresionantes, barba de varios días y..., Dios mío, está buenísimo. Ya podría haber estado a punto de atropellar a un abuelito.

No es que tenga yo algo en contra de los abuelitos, pero no me ponen tan nerviosa como los tíos así de..., bueno, así de increíbles, aunque este tenga la frente arrugada y me mire como si acabara de tirar un saco de gatos al río, quemar un hospital y declararme enemiga del pueblo. Todo en el mismo día.

—¿Puedo ayudarte en algo? —pregunto como si nada.

—¿Que si pued...? ¡Puedes no atropellar a mi perro, para empezar!

—Casi. Casi atropellar. He parado justo a tiempo y lo veo bastante sanote —puntualizo mirando al perro.

Mala idea. El bicho lo interpreta como una señal, se acerca y coloca las patas sobre la puerta, haciéndome dar un respingo.

—Escucha, no sé quién eres ni cómo se hacen las cosas en el sitio del que vengas, pero aquí conducimos por las calles, no por las putas aceras. ¡Y miramos antes de dar marcha atrás!

—¿Te crees que lo he hecho a propósito? —pregunto fuera de mí —. ¡Ni siquiera estoy segura de cómo he conseguido llegar aquí viva, así que deja de atosigarme, apártate del coche y no digas palabrotas, porque hay un niño al que no le gustan nada, joder!

—Acabas de decir una.

—¿Qué?

Bufa y mira al cielo, como si no pudiera creerse su mala suerte al toparse conmigo. Estoy a punto de decirle algo, una grosería lo bastante potente como para que me deje en paz de una vez, pero entonces mi nuevo amigo ve a Giuliano, centra los ojos en él y tengo que reconocer que, de inmediato, su postura se relaja un poco.

—Hola, Giuliano —le dice—. ¿Cómo estás? ¿Y qué haces aquí?

—Bien. Es que mamá se ha ido —responde el crío.

Joder, no había cosas para decir y elige la más problemática.

El dueño del perro se agacha un poco, poniéndose las manos en las caderas y dejándome ver los hombros tan increíbles que tiene. La culpa es de la camiseta deportiva sin mangas. Esas cosas dejan ver los músculos y así una no piensa con claridad.

—¿Adónde se ha ido?

—No sé. Lejos. Ahora vivo con Giulia. Y con ellos —explica el niño señalando a mis padres—. Él es mi nuevo abuelito, porque mi abuelito de verdad no me gusta. Y mi abuelita de verdad me da miedo. Se llaman Luca y Mariella.

Creo que es la frase más larga que Giuliano ha dicho desde que yo llegué ayer. Insisto, podría haber elegido otro tema, otras palabras y otro receptor para su mensaje, pero aquí estamos y, al parecer, no puedo ir a ninguna parte porque, si meto primera y me voy ahora, a lo mejor le pillo los pies al buenorro borde. O las patas a su perro.

Lo primero no me importaría, pero lo segundo me daría mucha pena.

—¿Qué demonios...? —murmura el tipo antes de mirarme—. ¿Has secuestrado al niño? Porque si es así pienso llamar a la policía y... No, ¿sabes qué? La voy a llamar ahora mismo. —Se endereza y saca un móvil de su bolsillo al mismo tiempo que la ansiedad me carcome.

—¡Oye, para de una vez! —Abro la puerta y no me importa lo más mínimo que, con el movimiento, esta se estrelle contra su entrepierna, arrancándole un gruñido que me llena de satisfacción—. Ni se te ocurra llamar a la policía porque aquí nadie está haciendo nada malo. ¡Salvo que ser un imbécil se considere ilegal en este pueblo! En ese caso, el que se irá detenido serás tú.

—Calma, por favor, calma —dice mi madre bajando del coche también—. Querido, lo siento mucho por todo este embrollo, pero es una confusión de nada. Verás, somos familia del pequeño Giuliano.

—Exacto —corrobora mi padre—. De hecho, Casa Lavanda es mía.

«Casa Lavanda» es como llamamos a la finca desde siempre. Incluso hay un pequeño letrero en la entrada, junto al buzón, que así lo indica.

—Esa casa es de Fiorella y su familia —dice el idiota de pelo bonito.

—Sí, Fiorella es mi sobrina —insiste mi padre antes de bajar del coche y ofrecerle una mano con simpatía—. Soy Luca del Valle. Ella es mi esposa, Mariella, y ella mi hija, Giulia. A Giuliano ya lo conoces.

—Es al único que conozco, en realidad —susurra antes de mirar al niño—. ¿Es cierto, Giuliano? ¿Son tu familia?

—Sí. Ahora vivo con ellos porque mamá se ha ido.

Definitivamente, el abandono temporal de su madre ha causado más estragos en el crío de lo que él mismo se permite mostrar. Y apenas hace un día que se marchó. Algo tendremos que hacer con esto. Tendré que hacer yo, en primera persona, porque se supone que soy la encargada, ¿no?

—Oye, chico, ¿y por qué no te desato de esa silla y te vienes a casa conmigo mientras aclaramos esto? —le pregunta el desconocido.

—Si tocas a ese niño, te arranco la cabeza.

No sé de dónde me sale la voz tan grave, pero me sale. El susodicho vuelve a mirarme y no me pasa inadvertido el repaso que me da. Empieza en la cabeza y acaba en los pies. Me encantaría que estuviera pensando en lo sexi que le parezco, pero, seamos sinceras, tiene más cara de estar pensando que a su lado soy un pitufo y podría tumbarme con un solo dedo si quisiera.

—¿Estás amenazándome?

—Estoy advirtiéndote que, si tocas al niño, te arranco la cabeza.

—Eso es una amenaza.

—«Consejo», me gusta llamarlo a mí.

Eleva una ceja y se acerca un paso. Mierda, es alto de verdad. Se pasa del metro noventa, fijo. A mí no me dejaron ser modelo por no llegar al metro setenta... y no llegaba por casi diez centímetros. Al parecer, hoy todo van a ser problemas.

—Como hayas secuestrado a ese niño, me encargaré de que el pueblo entero se te eche encima como si fuera una caza de brujas, y yo mismo llevaré la antorcha más grande. ¿Lo entiendes?

—Perfectamente. ¿Entiendes tú que, si lo tocas, te arranco la cabeza?

—Sí, lo has dejado claro y, aunque me encantaría comprobar si eres capaz de hacerme aunque solo sea un arañazo, he cubierto el cupo de aguantar a chicas locas por hoy, así que voy a coger a mi perro y voy a marcharme a casa para hacer unas llamadas.

—¿Unas llamadas a quién?

—Ya sabes. Aquí y allá. Veremos si es verdad que no has secuestrado al niño.

—¿Te crees que, si fuera así, estaría paseándome por el pueblo con un descapotable amarillo que perteneció a mi abuelo y que debe de conocer todo el mundo? ¿Acaso todo lo que tienes de grande lo tienes de tonto?

—¡Eh, no me insultes!

—¡No me insultes tú a mí, joder!

—¡Has dicho una palabrota otra vez! —grita Giuliano.

Cierro los ojos y aprieto los dientes, más tensa y estresada que en toda mi vida. Miro a Giuliano, que sigue en su sillita mientras mis padres, fuera del coche, intentan controlar el tenso ambiente. Sonrío, no sé ni cómo, y señalo al dueño del perro.

—Cariño, dile a este señor tan amable que muchas gracias por sus palabras, pero que ya puede largarse.

—Ya puedes irte, León —le dice Giu obediente.

—¿«León»? —Miro al hombre con las cejas elevadas y una sonrisa de lo más socarrona en mis labios—. ¿En serio? ¿«León»?

—¿Tienes algún problema con la gente que se llama León?

—Solo si rugen tanto como tú.

Para mi satisfacción más absoluta, León gruñe y a mí se me escapa la risa porque, de pronto, enfadarlo es más divertido que frustrante.

—Conduce con cuidado o haré que te quiten el coche.

—¿Harás que me quiten el coche o el niño?

—¡Las dos cosas!

Se da la vuelta y se va mientras miro su ancha espalda y el modo en que el perro se adapta a su paso de inmediato, sin palabras ni orden, como si se tratara de una extensión de su cuerpo y lo natural fuera ir pegado a su lado.

—Dios, qué hombre...

—¡Mamá! —exclamo.

—¿Qué? Hija, no me negarás que está..., uf.

—La verdad es que sí que está buenísimo —murmura mi padre.

Me río y me froto los ojos, porque no es ni mediodía y ya estoy completamente exhausta. Vuelvo al coche y me giro para mirar a Giuliano.

—Oye, ¿de qué conoces a León?

—Es el tío de Isabela.

—¿Isabela?, ¿la niña que te obliga a jugar?

—Ajá.

—Ahora voy entendiendo algunas cosas —musito—. Al parecer, Isabela y su tío necesitan que alguien les ponga límites.

El niño no responde; creo que es porque no me oye o porque está distraído con el tropezón que mi padre ha dado para volver a entrar en el coche. En cualquier caso, arranco de nuevo e intento tener todo el cuidado del mundo para no atropellar a ningún otro perro, porque ya he tenido suficientes dueños bordes por hoy.

7

León



Abro la puerta de la camioneta y miro a mi perro, que a su vez me observa con la lengua fuera y la cola dando bandazos de un lado a otro, ansiando una orden que, por lo general, detesta cumplir.

—Venga, Bambi, sube.

Todavía me cuesta no fruncir el ceño cuando lo llamo por su nombre. Y todavía sospecho seriamente que, el día que mi sobrina me convenció para ponérselo, yo estaba sufriendo un aneurisma. De otra forma, no entiendo que un pastor alemán que parece un lobo gigante haya acabado llamándose como un cervatillo huérfano.

—Te lo digo en serio. Sube a la maldita camioneta —le ordeno.

Él inclina la cabeza hacia un lado y yo aprieto los dientes. Pienso tener una conversación muy seria con Samuel, mi cuñado, por varios motivos: el principal es que él fue quien me lio para que me quedara con Bambi, y el segundo, que me prometió que el bicho aprendería órdenes básicas en menos de seis meses. Me agacho, cojo en brazos la masa de 35 kilos y lo meto en el coche mientras él se limita a dejarse arrastrar. Por lo menos no es de gruñir. Lo suyo es más de hacerse el muerto y verte lidiar con ello. Cierro la puerta cuando por fin está dentro, rodeo el coche, subo y, antes de arrancar, le hago una foto a Bambi y abro el grupo de WhatsApp familiar.

LEÓN
(Foto)
He tenido que meterlo a rastras en el puto coche
porque no hay forma de

que obedezca. ¿Cómo era eso de que aprendería tan rápido que ni me daría cuenta de que tenía un perro?

MAMÁ

Ay, cariño, es tan adorable que se le perdona todo.

LEÓN

No quiero un chucho adorable. Quiero un chucho que obedezca. Hoy ha salido corriendo y no lo han atropellado de milagro. Esto es culpa vuestra.

ABIGAIL

¿Está bien? No me jodas. ¿Te consigo un perro con el que soñaría cualquiera y te dedicas a dejar que lo atropellen?

Mi hermana, señoras y señores. Es mi enemiga número uno y una tocapelotas, así que su respuesta no me sorprende.

MAMÁ

¿Está bien el pequeño Bambi? No me apetece tener que explicarle a Bella que el perro se ha muerto. La semana pasada tuve que hacer un entierro para una cucaracha. Tener nietos es agotador.

Inspiro hondo e intento calmarme. Mi madre es un alma caritativa, pero solo hasta que empezamos a dar tanto trabajo que se estresa. Entonces se enfada y empieza a acusarnos de ser unos malos hijos.

LEÓN

Abigail, el chucho te lo dejaron en una caja en la puerta de casa junto con dos más. Tú no has conseguido nada, salvo arruinarme un poco más la vida.

PAPÁ

En mis tiempos, si uno no quería un perro, lo llevaba al río y...

Ese es mi padre, práctico hasta la médula, incluso cuando mete la pata hasta el fondo, como ahora.

ABIGAIL

Qué aberración, papá, joder.

PAPÁ

No he dicho que yo lo hiciera.
He dicho que es lo que hacían.

MAMÁ

Lo verdaderamente importante es saber quién ha intentado asesinar a Bambi.

LEÓN

Una loca que conduce como si una pandilla de monos la hubiera drogado, maniatado y vendado los ojos antes de ponerla al volante.

SAMUEL

Te veo estresado, cuñado. No habrá sido para tanto.

Aprieto los dientes. Samuel está locamente enamorado de mi hermana, aunque yo no entiendo por qué, y piensa que todo lo que ella dice o hace es una idea maravillosa, lo que lo convierte de forma automática en mi enemigo número dos.

LEÓN

Me ves estresado porque estoy estresado. Y la culpa es tuya. Y de tu mujer, que por desgracia también es mi hermana.

ABIGAIL

Menudo imbécil estás hecho. Casi me da pena la conductora con la que te has topado.

LEÓN

No debería. Creo que ha secuestrado a Giuliano.

Las reacciones a mi último mensaje son varias y todas completamente exageradas. Mi hermana organiza una videollamada familiar y me grita como una histérica; mi madre llora porque «ya sabía yo que algún día la desgracia llegaría a Valdelila en forma de secuestro infantil»; mi padre me mira a través de la pantalla con el ceño fruncido, aunque solo le veo un trozo de cara porque ese hombre no ha aprendido aún a enfocarse con el móvil, y mi cuñado parece tan calmado que no sé qué coño pinta en esta familia. Y esto último lo pienso más a menudo de lo que me gustaría.

—¿Giuliano? ¿El de Casa Lavanda? —pregunta Abigail.

—Este pueblo tiene menos de mil habitantes y Giuliano es un nombre italiano. ¿Cuántas posibilidades hay de que se trate de otro?

—No seas idiota, ¿quieres? —me responde ella—. Más de lo que ya es normal, quiero decir. Escúpelo todo. ¿Qué ha pasado?

Me retrepo en el asiento del coche con un suspiro. Me apetece contarles todo esto tanto como dejarme matar a pellizcos, pero me lo merezco por irme de la lengua. Tendría que haberme quedado callado y punto, pero la tal Giulia me ha puesto de mal humor.

—Al parecer, Fiorella se ha largado y ha dejado a su hijo a cargo de unos familiares.

—¿Cómo que se ha largado? —suelta mi madre estupefacta—. ¿Adónde?

—¿Y yo qué coño sé?

—Cuida la boca, muchacho.

—¿Cómo se llaman los familiares? —quiere saber Abigail.

—Luca, Mariella y Giulia. La última es la loca al volante. —El grito de mi hermana me hace apartarme el teléfono de la cara, y eso que no lo tenía tan cerca—. ¿Qué?

—¿Giulia del Valle está aquí?

—¿La conoces?

—¡Todo el mundo la conoce, zoquete! Es una leyenda local. O lo fue, hace unos años.

—Todo el mundo, no. Yo no la conozco.

—Eso es porque tú viviste fuera de Valdelila durante sus años de gloria. Fiorella y ella veranearon aquí hasta que fueron adolescentes. Después solo volvió Fio, cuando se quedó embarazada de Giuliano. De su prima nadie supo nada... hasta ahora.

—Oh, Dios. ¿Fue ella la que...? —pregunta mi madre.

—Sí. —Mi hermana se ríe como una histérica—. La que nos robó un caballo en plena noche.

—No jodas. ¿Fue ella? —exclamo—. Pero ¡si es muy joven! Y de eso hace años.

—Bueno, es más joven que yo, pero por aquel entonces apenas era una adolescente.

Tal vez no conozca a Giulia, pero sí que recuerdo esa historia, porque se formó un revuelo increíble en el pueblo. Yo estaba fuera, inmerso en mi carrera y sin pensar en nada que no fueran mis metas. No preguntaba por lo que ocurría en Valdelila porque, sinceramente, no me importaba. El cotilleo nunca ha sido lo mío. Pero aquello voló como la pólvora. Mi padre estuvo un montón de tiempo refunfuñando acerca de lo indignante que era que una chiquilla rebelde fuera capaz de robar un caballo así como así. Supongo que es la razón por la que ahora está gruñendo al teléfono.

—¿Esa mocosa ha vuelto?

—Ya no debe de ser ninguna mocosa, papá. —Mi hermana sigue riéndose. Por lo visto, encuentra toda esta situación tronchante—. Rondará los veintitantos. La última vez tenía mechones fucsias en el pelo e intentaba convencer a las chicas de Valdelila de hacerse lo mismo. Lo logró con un par. Lo sé porque aquello también fue motivo de conflicto. Tengo curiosidad por verla. ¿Cómo es ahora? —Me quedo mirando la pantalla, intentando asimilar toda la información—. ¡León!

—¿Qué?

—¿Cómo es ahora?

—No sé. Normal, supongo.

—El que no es normal eres tú —murmura mi hermana—. ¡Cuenta algo más, hijo!

—¿Qué quieres que te cuente? No me he fijado en ella más allá del hecho de que pensaba que era una secuestradora.

Para ser totalmente sincero, eso es una patraña. Primero, porque he tardado menos de un segundo en darme cuenta de que esa chica no iba a hacerle ningún daño a Giuliano. Todo lo contrario: parecía dispuesta a defenderlo con su vida. Y segundo, porque claro que me he fijado en ella. Es difícil no hacerlo, con todo ese pelo castaño alborotado alrededor de sus hombros, esos ojos avellana que parecían brillar cuando el sol le daba de frente y esa boca roja y mullida.

Tal vez Giulia del Valle sea un mal recuerdo para Valdelila, pero eso no quita que sea preciosa.

—Tengo que investigar más acerca de todo esto —dice mi hermana—. Si ahora es ella quien cuida de Giuliano, junto con Luca y Mariella, que son sus padres, mañana irán al colegio. Alguien tiene que llevar al crío.

—Uy, pues mañana vamos juntos a llevar a Bella —dice Samuel.

—Yo también voy —se suma mi madre.

—Pienso decirle unas palabras a esa mocosa, así que yo también voy. —Mi padre toca algo y la pantalla queda en negro, pero se le ha oído perfectamente.

Miro a mi familia a través de mi teléfono. Están pirados.

—¿De verdad pretendéis plantaros en la puerta del colegio para avasallarla solo para cotillear?

—No, perdona. Para cotillear, no —aclara mi hermana—. Se llama «recopilación informativa por el bienestar de Giuliano». Que bastante tiene ese pobre niño con la madre que le tocó. A ver si, con un poco de suerte, su tía se esfuerza más por integrarlo en el pueblo.

—Ya, y una mierda. Solo quieres ver cómo está Giulia después de tantos años.

—Eso también. ¿Te vas a apuntar?

—Ni muerto. Tengo un millón de cosas mejores que hacer que forzar encontronazos con esa loca.

—Como quieras. Entonces te lo contaré todo cuando te vea.

—No hace falta, créeme —contesto en tono seco—. Y ahora dejadme en paz. Voy a volver a casa y no quiero saber nada de vosotros en todo el día.

—Como quieras, cariño —dice mi madre—. Te veo para la comida.

—¿Qué parte de que no quiero saber nada de vosotros en todo el día no entiendes?

—¿Qué parte de que es domingo y como no vengas a comer a casa te desheredo es la que no entiendes tú?

Mi madre sonríe como la sádica que es y yo frunzo el ceño y cuelgo sin despedirme. Tiro el teléfono sobre la guantera y miro a Bambi con la frustración brotándome del pecho.

—Sé que me quejo mucho de tu compañía, pero en realidad eres, con diferencia, el mejor miembro de esta familia.

No sé si el ladrido que me dedica es porque está de acuerdo o no, pero sé que me hace sonreír mientras emprendo el camino de regreso a casa.

8

Giulia



Busco a ciegas el teléfono en mi mesita de noche. De hoy no pasa que cambie el tono infernal que suena con el despertador. Es horrible, no hay ser humano capaz de despertarse de buen humor con eso de fondo. Y la cosa no mejora cuando, al despegar los párpados, lo primero que veo son los ojos verdes más profundos del mundo clavados en mí. Me sobresalto sin querer y me siento de golpe en la cama.

—¡Joder, Giu!

—Es «Giuliano». Dijiste que se irían, pero están abajo.

—¿Qué?

—Mis abuelos de verdad. Tú dijiste que se irían, pero siguen aquí. Están en la cocina.

Apoyo la nuca en el cabecero y suspiro, frustrada. Ayer, después del susto con el buenorro y su perro, decidimos que ya habíamos paseado suficiente y volvimos a casa. Descubrimos que mis tíos seguían aquí, así que les di un ultimátum y luego subí las escaleras con el niño y me dediqué a entretenerlo con pelis, juegos de mesa y unos coches diminutos con ruedas gigantescas que le fascinan tanto que rio a carcajadas por primera vez conmigo, así que insistí en seguir jugando a eso durante mucho mucho tiempo.

Nos saltamos la comida y, cuando bajamos a cenar, no vimos a mis tíos por ninguna parte. Tuve la ilusión de que se hubieran marchado sin despedirse, pero, al parecer, eso no ha sido así. Esta casa es tan grande que, si quisiéramos, no tendríamos que cruzarnos durante días, salvo si coincidimos en la cocina para comer,

pero el simple hecho de saber que están aquí me causa ansiedad. Y no hace falta ser un lince para saber que a Giuliano le ocurre lo mismo.

—Hablaré con ellos. Otra vez.

—No quiero que estén aquí. Me dan miedo.

—Lo sé, cielo. Me ocuparé de ello, ¿vale? —Sus ojos siguen fijos en mí—. ¿Quieres algo más?

—Tienes que decirme qué ropa me pongo. Y prepararme un desayuno para el cole.

Aprieto los párpados. Hasta hace tres días, mis despertares consistían en sentarme en la cama y tocarme la nariz con el índice de cada mano y los ojos cerrados. Si atinaba a la primera, significaba que la resaca no era de las malas. No digo que fuera mejor que esto porque, de hecho, era una existencia bastante vacía de la que llevaba tiempo queriendo huir. Simplemente no sabía cómo. Soy lo bastante adulta para admitírmelo a mí misma y para saber que no, no era mejor que esto, pero sí distinto. Tengo que acostumbrarme, eso es todo.

—Está bien. ¿Qué te gusta desayunar? —Él encoge los hombros—. Oye, tienes que colaborar, ¿recuerdas? No he estado nunca con niños.

—Tú solo no me pongas *espresso* para el recreo.

Lo miro boquiabierta mientras él se pinza el labio inferior. Después rompo a reír como una lunática porque, al parecer, el pequeño Giu sí que tiene sentido del humor, solo que lo usa poco y muy a su manera.

—Esa ha sido buena. Está bien, vamos a ponernos bien guapos y bajar a la cocina. ¿Qué te parece desayunar tortitas?

—¿De avena?

—Vale. Con Nutella.

—La Nutella no es buena. Mucho azúcar.

—¿Nata montada?

—Demasiado azúcar.

—De la leche condensada ni hablamos, ¿no? —Su mirada me basta para guardar silencio.

Lo hacemos todo juntos porque a Giu le dan miedo mis tíos y, si soy sincera, a mí un poquito también, pero me callo porque soy una cobarde. Por eso y porque quiero que el niño piense que lo tengo todo bajo control. Lo cual es mentira, por supuesto, pero con cinco años no tiene por qué saberlo.

Primero se viste él, luego yo y, cuando bajamos, descubrimos que mis tíos, en efecto, siguen aquí. Por fortuna, también he visto una maleta en el pasillo, así que imagino que la tortura de su presencia se acaba hoy.

La parte buena es que ni siquiera me saludan, así que me voy directa al frigorífico, abro y sirvo un vaso de leche para Giu antes de ponerme con la cafetera. Mis padres no están, pero anoche los oí hasta bien entrada la madrugada, así que imagino que andan de resaca, ya sea de alcohol, marihuana o sexo. Ninguna de las opciones me gusta, pero soy lo bastante madura y estoy lo suficientemente traumatizada como para saber que no me equivoco.

—Giu, cielo, los abuelos van a marcharse hoy.

Mi tía Bianca habla con una voz tan lastimera que me alegro de estar de espaldas a ella, porque no puedo evitar poner los ojos en blanco.

—Vale.

—Queríamos estar contigo, porque eres sangre de nuestra sangre y, ahora que tu madre se ha ido, somos lo único que te queda, pero bueno, ya has visto que eso no será posible.

Será cerda, la cabrona. ¿Qué necesidad hay de hablarle así al niño? ¿Está intentando hacerlo sentir mal cargándolo con un montón de emociones que él ni siquiera debería conocer?

—Vale —repite Giuliano.

—El abuelo Giorgio y yo vamos a dejarte nuestro número de teléfono apuntado en la nevera. Si en algún momento alguien te trata mal, o sientes que es hora de que vengamos al rescate, solo tienes que llamarnos. ¿Podrás hacerlo, cielo? ¿Podrás marcar nuestro número de teléfono?

No dejo que el crío conteste. El tono es tan asqueroso que me giro, la miro con una sonrisa cínica y me cruzo de brazos mientras espero a que el café suba.

—¿Y qué harás para salvarlo de mis garras, tía? Aparte de inscribirlo de inmediato en un internado elitista y encerrarlo ahí el mayor tiempo posible.

—No pienso pedir perdón por desear lo mejor para mis descendientes. Algunos valoramos la educación por encima de todo.

—Sí, está claro que vuestra hija ha valorado la educación recibida por encima de todo —digo bufando.

Después me doy cuenta de que Giuliano sigue aquí y, por mucho que yo tenga una opinión muy clara con respecto al comportamiento de mi prima, no quiero soltarla delante del niño. Bastante tiene con que su madre se haya largado sin él como para que yo eche más leña al fuego. Además, puede que yo esté un poco obsesionada con el tema, porque sé que apenas ha pasado un día, pero de verdad me preocupan las secuelas que puedan quedarle a Giuliano por culpa de este abandono. Ya he pasado por algo parecido una vez; he visto los estragos que causa una crianza negligente en una persona, y me niego a dejar que a este niño le suceda lo mismo que a su madre. Sí, sé que el caso no es el mismo, y sé que Fiorella va a volver, lo ha prometido y quiero pensar que cumplirá su palabra, pero, hasta que lo haga, ¿qué? ¿De verdad piensa que puede dejar correr seis meses en la vida de un niño, volver y pretender que todo siga como siempre? ¡Son niños! Crecen tan rápido que seis meses, para ellos, son una eternidad.

—¿Me oyes, Maria Giulia?

—¿Mmm?

Miro a mi tía, que pone los ojos en blanco, dejando claro que me soporta tan poco como yo a ella.

—Cuando esto te venga grande, porque te vendrá, créeme, avísame. Me encargaré de limpiar el desastre que mi hija y tú dejéis a vuestro paso por la vida del niño.

No lo digo, pero que me compare con Fiorella me duele. Repito, no soy una persona madura y responsable. No lo he sido la mayor parte de mi vida, pero incluso siendo un poco caprichosa, mimada y alocada, sé que nunca dejaría a un hijo de esta forma. Y ya, ya sé que no tengo hijos, pero simplemente lo sé, del mismo modo que sé que no abandonaría un cachorrito en una gasolinera.

La despedida con Bianca y Giorgio es tensa, el niño está tan recto y serio que apenas abre la boca y, cuando por fin se van, relajo los hombros y me agacho abriendo los brazos en dirección a Giuliano. Me sorprende lo rápido que corre hacia mí. Y me sorprende aún más el alivio que siento cuando me alzo con él enroscado en mi cuerpo, abrazándolo con fuerza para que sepa que estoy aquí y no pienso ir a ninguna parte.

—Todo saldrá bien, ¿de acuerdo? No quiero que te preocupes por nada, Giu. Tú solo encárgate de vivir una gran vida.

—Giulia —susurra con la cara escondida en mi cuello.

—¿Sí, cariño?

—Es «Giuliano».

Bufo y me río, porque es un niño increíble, pero también algo estirado, y eso lo hace aún más genial. Le hago algunas cosquillas que le hacen reír y luego lo bajo y me ocupo de preparar unas tortitas sin azúcar que acompañamos con un poco de miel y frutas, todo guiado por él, porque si hubiera sido por mí habríamos desayunado Nutella a cucharadas del bote.

Preparo su mochila bajo su atenta mirada y, cuando estamos a punto de marcharnos, mis padres aparecen en la cocina por fin.

—Ay, gracias a Dios —murmuro—. Tenéis que llevarnos al cole. Es el primer día y no quiero atropellar a nadie. Eso causaría una imagen terrible.

—Por supuesto, no te preocupes por nada. Iremos juntos, como una gran familia, y nos presentaremos al director del colegio para que sepa que Giuliano sigue en buenas manos.

—¿Significa eso que habéis pensado en mi petición y vais a quedaros? —pregunto esperanzada.

Ayer les pedí por activa y por pasiva que no volvieran a Italia todavía; les expliqué que no puedo con la ansiedad que me genera quedarme todo el tiempo a solas con Giuliano. Y no es por él, que prácticamente podría cuidarse solo, visto lo visto, sino porque me temo a mí misma. En cualquier momento podría producirse un episodio como el del *espresso*, y yo ni me daría cuenta de que estoy envenenando al niño.

—De momento, nos quedamos. Pero en cuanto lo tengas controlado nos marcharemos a Italia. Estar aquí me pone nervioso. Y tengo negocios que atender.

Miro a mi padre más agradecida que en toda mi vida y voy hacia él para abrazarlo con cariño, porque sé bien lo difícil que le resulta estar en esta casa a la que se había negado a volver desde que murieron mis abuelos. Y también sé que es cierto que tiene sus negocios, aunque normalmente los lleva a distancia sin problemas.

—*Ti amo tanto*. ¡Tanto tanto tanto!

—*Ti amo molto di più, principessa* —responde él besándome las mejillas—. Y ahora vamos al colegio. ¡Tenemos que causar sensación! ¿Verdad que sí, *piccolo*?

—Vale, pero no habléis italiano en el cole.

—¿Y eso por qué? —pregunto ofendida—. ¡Somos italianos! ¡Eres italiano!

—No, yo soy de Valdelila.

Mi padre se lleva una mano al corazón, porque sus raíces españolas le encantan, pero las italianas lo llevan en volandas constantemente.

—¡Puedes ser de los dos sitios! ¿Sabes la suerte que tienes? Tienes sangre poderosa en las venas, *piccolo*. —Giuliano lo mira frunciendo el ceño y mi padre suelta un quejido lastimero antes de mirar a mi madre, que intenta aguantarse la risa—. Tenemos mucho trabajo por delante. Mucho mucho mucho.

Me río y los insto a salir de una vez de casa, porque llegar tarde el primer día que somos los encargados de su cuidado no es algo que vaya a hacernos ganar puntos. Y bien sabe el cielo que necesitamos tantos puntos como sean posibles, ya que todavía no me he enfrentado a nadie de mi pasado en Valdelila, pero algo me dice que hay gente en este pueblo que no va a estar feliz de verme.

9

León



Aparco la camioneta en el llano de tierra que hay junto al colegio justo a tiempo de ver a mi hermana con un vestido demasiado floreado para un lunes por la mañana en un colegio, a mi cuñado con un montón de folletos de la clínica veterinaria de mi familia, a mi madre con un bolso gigantesco y a mi padre murmurando por lo bajinis, aunque no lo oiga. Mi sobrina es la única que baja con naturalidad. ¡Y tiene seis años recién cumplidos!

No sé qué demonios estoy haciendo aquí, la verdad. Solo sé que me he levantado, he salido a correr por el bosque, he vuelto, me he dado una ducha y, mientras preparaba café, he pensado que no quiero ser el único que se quede sin ver entrar en el colegio a Giuliano con sus nuevos cuidadores. Me convenzo a mí mismo de que es porque mi familia tiende a dramatizarlo todo y seguro que luego me cuentan las cosas mal, pero la realidad es que quiero asegurarme de que el niño está en buenas manos con Giulia del Valle.

Ayer, durante la comida, mi hermana y mis padres se encargaron de enumerar las distintas proezas que realizó la tal Giulia en su tierna adolescencia en Valdelila.

- Robar caballos: hecho.
- Convencer a varias chicas de pintarse el pelo a escondidas de sus padres: hecho.
- Liarse con el sobrino del cura, que además es un imbécil, y lo sé de buena tinta porque tengo la desgracia de conocerlo: hecho.

- Infectar la oreja de una chica del pueblo al hacerle un piercing con una chincheta: hecho.
- Emborracharse, colarse en la iglesia —otra vez, al parecer, tenía fijación—, subir al campanario, tocarlo y hacer creer a los ancianos que alguien había muerto, porque solo se toca cuando alguien fallece: hecho.
- Alegar que no estaba borracha, sino que había bebido agua bendita de la iglesia cuando el alcalde la detuvo hasta que llegó la policía del pueblo de al lado, porque aquí no tenemos: hecho.
- Montar una sesión de espiritismo a los pies del río y convencer a varios adolescentes de que los espíritus querían pizza y cerveza e iban a tomarla a través de ella: hecho.

La lista es larga y he de decir que, para cuando acabaron, estaba impresionado, aunque todavía no sé si para bien o para mal. Sobre todo porque, cuando dejó de venir al pueblo, solo tenía quince años. Según los cálculos que hicieron ayer durante la comida, ahora debe de tener veinticinco. Yo voy a cumplir treinta y uno. Siempre supe que la familia Del Valle era grande, italiana y caótica. La historia de amor de los abuelos de Giulia es famosísima en Valdelila, y sus campos de lavanda echados a perder los años que nadie vino, después de que murieran, fue algo que lamentó todo el pueblo. Pero cuando yo era niño Giulia no existía, cuando ella era niña yo era mayor y ya pasaba mucho tiempo fuera de casa concentrado en mi carrera. Y para cuando yo volví, ella ya había dejado de venir. Así que nuestros caminos nunca habían llegado a cruzarse, pero ahora todo es distinto.

Ahora los dos estamos en el pueblo, ella es una catástrofe andante, al parecer, y yo no pienso permitir que joda a Giuliano más de lo que ya lo jodía su madre. Porque lo que dijo Abi ayer no era ninguna mentira: bastante tiene ese niño con la madre que le tocó. Yo apenas he coincidido con él, porque Fiorella no se molestaba en relacionarse con nadie del pueblo y lo arrastraba a ese exilio consigo, pero todas las veces que lo he visto, el pobre crío estaba siempre solo y rodeado de un aire de tristeza que rompía el corazón.

—Mira a quién tenemos aquí... —Mi hermana se acerca con una sonrisa que no me gusta nada, así que hago lo que todo buen hermano menor sabe hacer: ignorarla para provocarla.

—Vamos, Bambi, baja.

Abro la puerta de la camioneta y, si no es porque estoy atento, el perro se me escaparía en una carrera desenfrenada hacia ninguna parte. Por suerte, he venido preparado con correa. Sabiendo que Giulia anda cerca, no me fío de dejarlo suelto.

—¿Te has animado a cotillear con nosotros? —insiste mi grano en el culo personal.

—He venido a comprobar que no acosáis de forma abierta e ilegal a una habitante del pueblo.

—Oh, ¿vienes a defenderla? Qué caballeroso.

En realidad, no. Me importa más bien poco lo que le hagan a Giulia, pero es lo primero que se me ha ocurrido, y ahora estoy jodido pensando que espero no tener que defenderla, porque no me apetece una mierda.

—Hola, tito guapo.

Me agacho frente a Bella, mi sobrina. La única que merece la pena en esta familia y a la que enseñé, a la edad de dos años, a llamarme «tito guapo». Según mi hermana, aquello fue infantil y una demostración del ego desmesurado que tengo. Según yo, fue una forma estupenda de asegurarme de que, sin importar cuánto cabree a mi familia —y suele ser mucho—, siempre habrá alguien con algo bonito que decirme.

—Hola, niña preciosa.

Abro los brazos sin soltar a Bambi y, cuando se refugia en ellos, besuqueo su mejilla y su cuello hasta hacerle cosquillas con la barba. En cuanto se ríe, el perro entiende que alguien pretende quitarle el protagonismo y se pone a darnos lametones, reclamando su atención.

—¡Hola a ti también, Bambi guapo!

—¿Lista para un día más de cole? —pregunto.

—¡Sí! ¿Me llevas?

—Te llevamos todos, princesa —dice Samuel, su padre, cogiéndola en brazos y guiñándome un ojo—. Te ha podido la curiosidad, ¿eh?

—Ni siquiera sé de qué hablas —murmuro mientras me levanto y tiro del perro para ponerlo a mi lado.

—Vamos de una vez. No quiero que suene el timbre, entren y me quede sin decirle cuatro cosas a la mocosa esa —gruñe mi padre.

Solo está aquí porque quiere gritarle a Giulia por robarle un caballo hace diez años, aunque, en realidad, el asunto tampoco fue tan grave. El caballo la tiró nada más salir de la cuadra y no llegó muy lejos, pero mi padre es feliz gruñendo por todo. Según mi familia, me parezco a él, pero no entiendo por qué. Soy una persona sumamente simpática cuando quiero. El problema es que no suelo querer.

Caminamos hacia el colegio y me doy cuenta, en cuestión de minutos, de que se ha corrido la voz. He traído muchas veces a Bella a clase, y en mi vida he visto tanta congregación a las nueve de la mañana. Hay padres, madres, abuelos y tíos. Joder, juraría que hay gente que ha pedido entrar más tarde en el trabajo para estar aquí hoy. ¡Está hasta el sobrino del cura junto a su tío!

—Venimos a bendecir este lunes —dice Juan, el cura.

—Yo solo vengo a ver si está igual de buena que hace diez años.

Y aquí lo tenemos: Rubén, sobrino indiscutible y coprotagonista de uno de los mayores escándalos, al parecer, de Valdelila.

Tiene veintiséis años; lo sé porque justo hoy he hecho las cuentas de la edad que tendría al liarse con una adolescente y, muy a mi pesar, no puedo tacharlo de pervertido, además de idiota, porque por aquel entonces él era otro niñato.

Y aun así, menudo imbécil es, en serio. El típico tío que no crece acorde a su edad. Parece que se haya quedado en la adolescencia, pero, por alguna razón, a las mujeres les resulta divertido. O eso dice mi hermana. Que tiene algo divertido. Y tierno. Yo no le veo ni una cosa ni la otra.

El descapotable amarillo característico de los abuelos de Giulia llega y me alivia ver que quien conduce es el padre. Aparcan en el llano bajo la atenta mirada de todo el pueblo y, cuando el niño baja, me arrepiento de inmediato de haber venido. No deberíamos estar haciendo esto. Giuliano necesita calma, sobre todo si su madre se ha ido y ahora mismo está confuso. Ya es bastante tímido e introvertido

de por sí, y el hecho de que estemos todos aquí, algunos para cotillear y otros para asegurarnos su bienestar, no le debe de estar ayudando en nada, pero todo eso se me olvida cuando me fijo en la chica que baja del coche con un vestido de punto de colores demasiado veraniego, zapatillas deportivas y una chaqueta vaquera. Se ha pintado los labios de un rojo tan intenso que se ve desde aquí. Está... llamativa. No fea, joder, es imposible que alguien diga que esa mujer va fea, pero llamativa, sí. Y vestir llamativa, en un pueblo que está deseando quemarte en la hoguera por cositas del pasado, no parece la mejor idea del mundo.

Si se sorprende al vernos a todos aquí, no lo demuestra. Sonríe, saluda a algunas personas y, cuando pasa junto a mí, tiene el descaro de guiñarme un ojo y sonreír de lado.

—Me pareció ver un lindo gatito...

Abro la boca para decir algo. Cualquier cosa. Pero todo lo que puedo hacer es mirarla mal mientras ella se adentra en el colegio pasando de todo el mundo.

—Joder, qué estilazo —murmura mi hermana.

—No me gusta esa chica —sentencia mi padre.

—¿Por qué te ha dicho eso? —pregunta mi cuñado.

—Buenas caderas, sí, señor.

Miro a mi madre con la frente arrugada.

—¿Y eso a qué cojones viene?

—No digas tacos, León. Que se note que he criado hijos educados, ¿quieres? Además, solo he dicho que tiene buenas caderas, ¿qué tiene eso de malo?

—Nada, Carmen —dice Rubén, el imbécil—. No tiene nada de malo. Son unas caderas buenísimas. Se ha desarrollado muy bien. Se lo digo yo, que las vi hace años muy de cerca.

—¿Podemos, por favor, dejar de hablar de las caderas de la gente? —pregunto incómodo.

—Ojalá quiera ser mi amiga. Necesito una amiga —susurra mi hermana.

—Más te vale que no sea esa. Es una ladrona.

—Abigail, tienes muchas amigas —le respondo yo ignorando a mi padre.

—Pero no con tanto estilo.

Pongo los ojos en blanco, le doy la correa de Bambi a mi madre, cojo a Bella sin que me importen una mierda las quejas de todos, y entro en el colegio. La única que me sigue es mi hermana y no se lo puedo impedir porque, bueno, ella parió a la niña que llevo en brazos. Al final, eso te da privilegios.

—Ni se te ocurra dejarnos en evidencia —murmuro entre dientes mientras nos acercamos a la clase de infantil en la que están Giuliano y Bella.

—Perdona, pero soy una persona sumamente simpática, no como tú. En todo caso, intenta controlar tu carácter de mierda.

—Yo no tengo un...

—Llegáis tarde. —Miramos de inmediato a Martina, la maestra. Está intentando mantenerse seria, pero enseguida sonríe y señala el interior de la clase—. ¿Qué? ¿Cotilleando?

—Sí —admite mi hermana.

—No —digo yo al mismo tiempo.

Martina se ríe y pone los ojos en blanco.

—¿Tú también te has enterado? —pregunto entonces bajando a Bella y dejando que entre en clase.

—Es difícil no hacerlo —comenta con una sonrisa—. Además, nada más entrar, me ha pedido una reunión aparte —murmura en voz baja, solo para nosotros.

Los tres miramos el modo en que mi sobrina se dirige a Giuliano y lo abraza mientras este pone cara de circunstancias. Eso no es raro, su relación es así desde siempre. Le hemos dicho a Bella un montón de veces que no puede abrazarlo si eso le hace sentir incómodo, pero la niña dice que no, que a Giuliano le gusta, solo que no lo sabe.

Yo tengo dudas acerca de esa teoría.

Giulia se agacha y llama la atención de los dos niños. Mientras sus padres se mantienen al margen, un paso más atrás, ella consigue que se separen, pero sin ser borde. Saluda a mi sobrina estirando la mano y con una sonrisa en los labios.

—Ya me cae bien —dice Abigail.

—Ya te caía bien antes sin hacer nada. —Intento no sonar seco, pero no me sale.

—Bueno, perdón por estar abierta a pensar en positivo de la gente, al contrario que tú.

—¿No piensas bien de ella? —pregunta Martina elevando su perfecta ceja rubia.

Medito un poco mis palabras. Martina fue algo así como un rollo a intervalos en el pasado que corté cuando me di cuenta de que podía hacerle daño, porque yo no tenía ningún interés en ir en serio y ella sí.

—Ni bien, ni mal. Me resulta indiferente.

—Si te resultara indiferente, no estarías aquí —responde mi hermana con malicia.

—¿Quieres dejar de tocarme las pel...?

—¿Reunión secreta? Si lo llego a saber, me pongo mis mejores galas, porque me apuesto lo que sea a que todo esto tiene algo que ver conmigo.

La interrupción de Giulia hace que los tres nos quedemos mirándola con distintos grados de atención. Martina intenta sonreír como la profesora dulce y atenta que es. Mi hermana sonríe enseñando todos los dientes como la lunática que es, y yo... no sonrío. Yo solo la miro, porque no sé qué se supone que tengo que responder cuando, en realidad, no tengo ninguna excusa creíble para estar aquí.

10

Giulia



Antes muerta que permitir que esta gente me vea nerviosa.

No sé si como lema sirve, pero de alguna forma me tengo que motivar. Martina, la maestra, sonríe con dulzura. La otra chica también, pero León... no. Él no sonríe con dulzura. Ni siquiera sonríe. Empiezo a creer que no sabe hacerlo, y eso que lo conocí ayer.

—No hablábamos de ti, tranquila —dice la maestra.

Es simpática. Mentirosa, porque es evidente que sí lo hacían, pero simpática. Aun así sonrío y me hago la tonta, porque he aprendido que a menudo funciona mejor que ir de sabelotodo.

—¿Podemos hablar un momento aparte? ¿O me das una tutoría?

—Si quieres, y tus padres vienen contigo a recogerlo a la salida, pueden llevarse a Giuliano y tú y yo nos quedamos charlando de lo que necesites.

—Me parece perfecto.

—Si necesitas hablar con alguien más, aquí me tienes —dice la mujer que está con León.

Su cara me suena bastante, pero no consigo identificarla. Claro que no es algo raro. Cuando dejé de venir a este pueblo, yo estaba más interesada en mí que en el resto. De toda la gente que había en la salida solo he reconocido a Rubén y a su tío, el cura. Y porque los dos me traen recuerdos muy... curiosos.

—Perdona, supongo que nos conocemos, pero...

—No, oficialmente no. Soy Abigail Lobo.

—Ay, mierda. ¿Estás aquí por lo del pequeño incidente de hace diez años?

—Robaste un caballo de mi familia. Yo no lo llamaría «pequeño incidente», sino «hurto».

Miro a León y, aunque debería estar sintiendo vergüenza por lo que acaba de recordarme, todo lo que siento es una curiosidad completamente insana. Porque ha dicho «mi familia» y eso significa que...

¡Joder, es verdad! Había un León Lobo en el pueblo. Nunca llegué a verlo en persona, que yo recuerde, pero oí hablar infinidad de veces de él.

—¿León Lobo? ¿La estrella de Valdelila?

No pretendía halagarlo, pero tampoco esperaba la tensión que recorre su mandíbula mientras aprieta los dientes.

—Al parecer, y según me han contado, tú conseguiste ser más famosa que yo.

—Vaya, ¿te has estado informando? Sí que debí de impresionarte ayer.

—Sí, pero no para bien.

—Lo importante es dejar huella.

—Si es mala, no.

—Vale, gatito, lo que tú digas.

Suspira como si estuviera agotado del día, cuando solo está comenzando, y entrecierra los ojos mirándome.

—Dime que eso de «gatito» no es ironía por lo de mi nombre y de verdad no eres tan básica.

—Lo siento, pero soy superbásica —contesto sonriendo tanto como puedo.

León me mira mal, pero no me importa porque, a su lado, Abigail se ríe sin ningún disimulo.

—Quiero que sepas que, aunque mi hermano sea un imbécil, yo estoy de tu parte.

—¡Eh! —exclama León.

—Somos mejores amigas desde hoy mismo —respondo yo.

Abigail se ríe más alto. Me cae bien. Me cae tan bien que ahora me arrepiento de haberle robado un caballo a su familia. A mi favor

tengo que decir que ni siquiera había salido de la finca cuando me caí, y el bicho no sufrió daños ni se perdió por mi culpa. La única humillada fui yo.

—Hecho. Mejores amigas —me dice—. La verdad es que recuerdo verte por aquí, pero por aquel entonces yo ya estaba con Samu y, bueno, tenía cosas más importantes que hacer, como perder la cabeza por él.

—Lo importante es: ¿sigues perdiéndola?

—Oh, sí, ese cabrón me tiene loca.

—Ese cabrón es el padre de tu hija; está fuera esperándote y no creo que le guste que lo llames así —interrumpe León.

—¿Y este cabrón no te tiene loca? —pregunto con sorna.

Abigail suelta una carcajada, Martina se pone colorada, no sé por qué, y León me mira mal. Otra vez.

—Desde luego, pero este no me recompensa con las mismas cosas que mi marido por aguantarlo. —Y aunque me río, por alguna razón, ella piensa que debe aclararlo más—: Me refiero al sexo.

—Joder, qué asco, Abigail. —León está enfadado, pero enseguida ignora a su hermana y procede a señalarme con un dedo y a mirarme mal desde las alturas. En algún momento tendré que superar que sea tan alto—. Y tú, más te vale cuidar bien de ese niño, que bastante ha debido de sufrir ya. Todavía estoy a tiempo de llamar a las autoridades.

—Amenaza captada. ¿Algo más?

—Te lo digo en serio: no jodas a Giuliano.

—Gracias por el consejo. No te lo he pedido y me importa una mierda lo que pienses, pero de todos modos te lo agradezco porque soy una persona sumamente educada.

—Uy, sí, se te nota.

Pone los ojos en blanco y ni siquiera espera a que le responda. Se larga dando zancadas mientras Martina, Abigail y yo miramos cómo su anchísima espalda desaparece entre pasillos empapelados con dibujos infantiles.

Me encantaría recrearme en el modo de caminar seguro y firme que tiene, pero estoy más preocupada por Giuliano y toda esta situación que por mis placeres visuales, así que vuelvo a mirar a la

maestra y, sin importarme que Abigail esté delante, hablo, porque total, parece ser la única en este pueblo que tiene interés en relacionarse conmigo. Al menos, de toda la gente congregada hoy frente al colegio, ella ha sido la única que se ha molestado en venir a dirigirme la palabra. Y me consta que los demás estaban al tanto de mi presencia, porque casi han formado un corrillo de mirones a mi alrededor cuando he llegado.

—Aparte del poder que firmó Fiorella, ¿debo traer algo más? —le pregunto a Martina.

—No, con lo que me has dado ya vale. Lo entregaré en dirección para tener constancia formal.

—Vale.

Mis ojos se van a Giuliano, que está sentado en su silla, junto a Isabela, mientras mis padres están detrás de pie, como guardaespaldas ansiosos de poder ayudarlo en algo. Entonces miro a Abigail, que a su vez me mira a mí.

—¿Isabela es tu hija? —pregunto, aunque sé la respuesta. He visto que la niña llegaba con León y con ella, y el parecido entre ambas es indiscutible.

—Bella, sí.

—Giuliano dice que lo obliga a jugar.

—Y tiene razón. He hablado con ella un montón de veces, pero me dice que, si no lo obliga, no juega.

Miramos de nuevo a Giuliano y suspiro. Pensaba tener una charla muy seria con la maestra acerca de eso, pero solo he tenido que ver cómo interactúan para darme cuenta de que puede, y solo puede, que a Giu le venga bien que Isabela lo atosigue un poquito, porque algo me dice que, de no ser así, no jugaría con nadie.

—¿Tiene amigos? —pregunto mirando a Martina.

—Se integra bien en las actividades en grupo y...

—No, no es eso lo que me interesa. O sea, me alegra que se integre en clase y ya me has dicho que es muy bueno y listo. Eso ya lo sé. Quiero saber si tiene amigos. Si juega con los demás cuando sale al patio. —El silencio de Martina es respuesta suficiente y me sorprende mucho el latigazo de dolor interno que siento—. Vale,

tendremos que profundizar en ese tema para saber cómo puedo ayudarlo.

—Por supuesto. Ahora tengo que entrar en clase con ellos, pero déjame decirte que Giuliano es un niño maravilloso, aunque sea tímido.

—Lo sé —respondo sonriendo.

Martina entra en clase, tal y como ha prometido, y se va directa a mis padres, imagino que para informarlos de que no pueden quedarse toda la mañana siendo las sombras del niño.

—Siento que he sido un poco intrusa en esta conversación —dice Abigail llamando mi atención—. Y a lo mejor me estoy metiendo donde no debo, pero creo que parte de la culpa de todo esto es de su madre. —La miro muy seria y ella alza las manos como si estuviera defendiéndose—. Todavía quiero ser tu mejor amiga y no tengo ni idea de lo que ha pasado, pero si de verdad te preocupa el tema de Giuliano y las relaciones con otros niños, creo que te iría bien oír algunos puntos de vista. El mío, por ejemplo.

Una parte de mí quiere negarse, defender a Fiorella a toda costa y fingir que en realidad no hay ningún problema. Es lo que habría hecho si esto solo me afectara a mí, pero no es así, porque también afecta a un niño de cinco años que, al parecer, está teniendo problemas en más de un aspecto de su vida. Problemas que, si puedo, voy a intentar solucionar por su bien. Así que asiento y suspiro.

—Vale. Está bien. ¿Cómo...?

—Ven con Giuliano a cenar a casa. Podrás ver de primera mano cómo se relaciona con Bella y hablaremos largo y tendido sobre todo esto.

—Está bien.

—¿Esta noche?

Miro una vez más a Giuliano, que parece un poco abrumado, y niego con la cabeza.

—Prefiero que hoy el día sea calmado. Preparar un poco el terreno. ¿Mañana?

—Hecho. Trae a tus padres también, si quieres. Cenaremos, hablaremos y nos haremos mejores amigas.

Me río, y apenas he tenido tiempo de procesar sus palabras cuando Abigail Lobo me abraza y luego da un paso atrás sonriendo.

—Te veo mañana, mejor amiga —digo riendo.

—¡Estoy deseándolo! —grita justo antes de marcharse.

Yo espero a mis padres y nos vamos a casa, no sin que antes varias personas del pueblo me saluden con la clara intención de sonsacar información acerca de Giuliano o de mí.

En el camino de vuelta me quedo pensativa porque, hasta hace una semana, mi vida consistía en fracasar en *castings*, beber más de lo recomendable, salir de fiesta y hacer deporte solo para contrarrestar los efectos de la bebida. Jamás, ni en un millón de años, me habría imaginado que hoy estaría llevando a un niño al colegio y concertando citas con las madres de otros críos.

Ni siquiera sé cómo me siento al respecto. Lo que sí sé es que todavía pienso que Fiorella está loca y que, desde que se fue hace dos días, no he recibido un solo mensaje suyo, lo que me parece increíble, porque su hijo está aquí y, al parecer, ella no ha sentido la necesidad de mirar atrás ni una sola vez. Solo espero que el tiempo que esté fuera le sirva para recapacitar y pensar en esta tremenda cagada. Mientras tanto, a mí lo único que me queda es invertir los próximos meses en hacer que Giuliano sea tan feliz como pueda. Es posible que me haya visto envuelta en esto sin comerlo ni beberlo, pero cuarenta y ocho horas con el niño me han bastado para ver lo especial que es... y lo necesitado que está de un poco de cariño y atención.

Además, por primera vez en mucho tiempo, siento que tengo un propósito, y esa es una sensación refrescante.

¿Quién sabe? Puede incluso que, en medio de mi intento de ayudarlo, acabe ayudándome a mí misma.

11

León



El martes llego a casa por la noche después de un entrenamiento que ha sido... intenso. Si por *intenso* podemos entender que ha sido un desastre, como todos de un tiempo a esta parte, pero al menos nadie ha llorado. Siempre es un alivio que nadie llore.

Ahora mismo lo único que quiero es darme una ducha, prepararme un sándwich para cenar y tirarme en el sofá a ver una peli. Ha sido un día asquerosamente largo y, cuando veo el descapotable amarillo aparcado frente a la casa de mi hermana, intuyo que está a punto de hacerse eterno.

Podría pasar de largo tal y como he hecho con la casa principal, que es la de mis padres. La finca de la familia Lobo es tan grande que mi hermana hizo su propia casa de madera a varios metros de la de ellos. Y más tarde yo hice la mía aún más alejada, al fondo de la zona boscosa que compartimos. Las inmensas tierras lo permiten. De este modo, todos estamos cerca del núcleo del negocio familiar, que son los establos de caballos y la clínica veterinaria y de rehabilitación. Y, cuando digo que es un negocio «familiar», lo digo en el sentido más literal que existe. Al principio todo esto era una granja de ganadería que fundó mi bisabuelo. Muchos años después, mi padre creó la clínica especializada en rehabilitación. Tratamos a todo tipo de animales, pero sobre todo a caballos.

Primero mi padre contrataba a gente externa y, con el tiempo, la familia fue abriendo ramificaciones. Hoy en día ofrecemos, además de los servicios naturales de una clínica veterinaria, clases de hípica

a todo el que quiera aprender a montar a caballo, excursiones para los colegios y terapias alternativas para niños con necesidades especiales, que están demostrando funcionar de maravilla.

Es un buen negocio y uno de los que mantienen a flote la economía en Valdelila. Ahora mismo toda mi familia trabaja aquí. Samu estudió Veterinaria, así que es el veterinario principal junto con mi padre, que puede que no tenga la carrera, pero entiende de animales y caballos más que nadie que haya conocido nunca. Mi madre se ocupa de mantener el orden, nadie sabe exactamente cuál es su puesto, pero todos tenemos muy claro que es la que más manda, y Abigail lleva la oficina y la parte de relaciones públicas porque, por lo que sea, en la familia piensan que mis habilidades sociales son un desastre.

Yo no pensaba formar parte del negocio, tenía mis propios planes de futuro, pero entonces todo se fue a la mierda y, como resultado, ahora soy el encargado de impartir clases aleatorias que me van asignando cuando creen que el grupo será capaz de soportarme. Esas palabras son de mi hermana, no mías.

También me encargo de enseñar a los más pequeños a montar. Y dirijo las excursiones escolares porque Martina está loca por mí y debería salir con ella. Eso no lo dice mi hermana, sino mi madre.

En realidad, yo solo soy un pringado de treinta años que intenta esquivar a toda la familia y acaba aceptando porque, bueno, no puedo quedarme encerrado en mi cabaña contando billetes y lamiéndome las heridas. Eso lo dice mi cuñado.

El único que no dice nada es mi padre y casi mejor, porque algo me hace pensar que tampoco diría nada positivo.

En fin.

Como decía, podría pasar de largo y dejar atrás la casa de mi hermana, pero en un impulso aparco al lado del descapotable amarillo, no sé por qué. Es como pegarme un tiro en un pie. Últimamente me pego muchos tiros en los pies. Al final va a resultar que Abigail tiene razón y soy masoquista. No voy a contar por qué mi hermana tiene esa opinión de mí, pero la tiene.

Bajo junto con Bambi, que en cuanto se da cuenta de que estamos en casa de mi hermana se pone a ladrar y dar saltos. Casi

parece un niño entusiasmado ante la idea de ver a Bella, que es su verdadera adoración. Subo los escalones del porche y entro sin llamar. Si todo el mundo puede entrar en mi casa sin llamar a la maldita puerta, yo puedo hacer lo mismo.

Me lleva diez segundos darme cuenta de que mi hermana y la paria de Giulia no son las únicas que están aquí. Y otros diez entrar en la cocina con mi perro y encontrarme a mis padres, a Samu, a Giulia con sus padres y a Rubén. Lo de mis padres y Samu lo entiendo, lo de Giulia y sus padres lo he deducido al ver el coche, pero ¿el imbécil de Rubén? Eso sí que no me lo esperaba.

—¿Qué haces tú aquí? ¿Y cómo has venido? Tu coche no está fuera —pregunto de una forma que yo considero educada y mi hermana no, a juzgar por cómo me mira.

—He ido a casa de Giulia para ponerme al día, por los viejos tiempos. Me ha dicho que venía a cenar y he intuido que podía haber lasaña. Adoro la lasaña de tu hermana, ya lo sabes. Así que me he autoinvitado y he venido con ellos en el coche.

—No puedes autoinvitarte a la casa de la gente.

—Tú acabas de entrar sin que nadie te haya llamado —puntualiza mi hermana elevando una ceja.

—Es distinto. Tu casa está en mis tierras.

—Las tierras de papá y mamá, en realidad.

—Lo que sea, joder. ¿Qué es todo esto?

—No gruñas, hijo —dice mi madre.

—No estoy gruñendo.

—No puedes decir que no estás gruñendo mientras gruñes, cuñado. Es ilógico.

Gruño. Esta vez sí gruño de verdad, porque se lo ha buscado, pero Samuel solo se ríe y da un trago a su cerveza antes de apiadarse, ir a la nevera, sacar otro botellín y pasármelo.

—¿Por qué estáis todos aquí? —insisto.

—Porque he invitado a Giulia a cenar, ya te lo ha dicho Rubén —contesta mi hermana en tono repelente.

Miro a la italiana, que me devuelve la mirada con una ceja alzada, como si todo esto le divirtiera. Lleva un vestido amarillo y suelto atado al cuello. No es gran cosa, no debería estar tan guapa con un

simple vestido, pero lo está. Y que se haya vuelto a pintar los labios de un rojo tan vivo no ayuda. No es que eso le sume puntos. Si acaso le resta. Es una pena que una chica tan preciosa esté tan loca.

Me olvido de ella y miro a sus padres, que me sonríen con amabilidad. Es el padre el primero en levantar la mano para saludar.

—¿Qué tal, León? ¿Cómo va eso?

—Bien, supongo. —Miro a mi propio padre, que está comiendo aceitunas de la mesa como si se las fueran a quitar en cualquier momento. Es casi tan alto como yo, y bastante más corpulento. Es, en realidad, alguien que impone mucho por lo general. Y teniendo en cuenta lo enfadado que estaba ayer, no entiendo nada—. ¿A ti te parece bien esto?

Hasta ahora, mi único aliado en mi rencor hacia Giulia era él, pero ahora parece que está tan tranquilo con el ruido de fondo y confraternizando con el enemigo.

—Ayer, cuando fuimos a recoger a Bella al cole, le dije a esa chica lo que pienso de su robo de hace años —dice muy serio mientras señala a Giulia—. Le grité y todo. ¿Y sabes qué hizo? No movió ni una pestaña. Cuando acabé de gritar sonrió y dijo que solo lo robó porque nunca había visto un caballo tan bonito. —Mi padre suelta una risotada y se encoge de hombros—. Es zalamera y tiene ovarios. Me gusta.

—¿Y ya está? ¿Te gusta porque no se echa a llorar cuando le gritas?

Mi padre encoge los hombros otra vez y yo resoplo y miro a Giulia, que tiene una sonrisa tan orgullosa en la cara que cualquiera pensaría que la han nominado a un Óscar.

—¿Qué te parece? Soy tan encantadora que tu familia ya me adora.

—No te adoran, no te pases.

—Yo sí la adoro —dice Abigail.

—Tú naciste para tocarme los huevos, joder. No cuentas.

—León, como sigas soltando tacos sin ton ni son voy a lavarte la boca con jabón y luego vas a largarte de aquí.

Miro a mi madre con los dientes apretados. Está ayudando a Abigail con la puta lasaña. ¿Qué? No puedo decir tacos en voz alta,

pero puedo pensarlos. ¡Tengo treinta años, joder! No debería reñirme como si fuera un crío. Y hablando de críos...

—¿Dónde están Giuliano y Bella?

—En el salón, con los legos —contesta mi hermana despreocupada.

—No.

—¿Qué?

—En el salón no están.

Todos me miran en silencio. Esta vez soy yo quien encoge los hombros. Abi sonríe y se limpia las manos en un trapo de cocina antes de carraspear como si no estuviera en absoluto preocupada. Por mi propia experiencia, cuando mi sobrina desaparece sin hacer ruido, lo mejor que se puede hacer es temblar.

—Seguro que han ido a la habitación a por más legos —le dice Abi a Giulia.

Esta sonríe sin darle mayor importancia, pero dos minutos después, cuando mi hermana vuelve de la habitación de Bella, carraspea de nuevo y, en esta ocasión, no se muestra tan tranquila.

—Vale, pues... pues no está. En su habitación, quiero decir.

—Voy a las cuadras —dice Samu de inmediato.

—Miraré en el tractor —sigue mi padre.

—Daré una vuelta por los terrenos de atrás. —Incluso Rubén se pone en marcha. Y eso que es un idiota.

—¿Qué pasa? —pregunta Giulia.

A su favor tengo que decir que, en cuanto intuye el nerviosismo que se ha apoderado de la cocina de repente, se pone tan tensa que me hace darme cuenta de inmediato de que, independientemente de la opinión que yo tenga sobre ella, se preocupa de verdad por el hijo de su prima.

—Nada, nada. A veces Bella hace estas cosas —dice mi madre quitándole importancia con un gesto de la mano.

—¿Qué cosas? —insiste Giulia.

—Desaparecer. —Esta vez, tanto Giulia como sus padres abren la boca y boquean, sin conseguir decir ni una palabra—. Pero ¡no os preocupéis! Siempre acaba apareciendo.

—¿Cómo que...? —Me mira con los ojos muy abiertos, como si yo tuviera la culpa. O como si tuviera que darle una explicación—. ¿Qué demonios significa eso?

Encojo los hombros, doy un sorbo a mi botellín y, por primera vez en todo el día, sonrío como el cínico que soy.

—Significa que, desde que nació Isabela Lobo, dejaste de ser oficialmente la persona más rebelde, caótica y loca de Valdelila.

—¡No tiene gracia, León, joder! —grita mi madre mientras se dispone a salir de la cocina.

—Esa boquita, mamá. A ver si voy a tener que lavártela con...

No acabo la frase. Mi madre se gira, me dedica una sola mirada y, de repente, recuerdo todos los motivos por los que no debería olvidar que puede que yo tenga treinta años, pero aquí quien manda es ella.

12

Giulia



Diez minutos después de buscar por todas partes a Giuliano y a Bella, Carmen, la madre de Abigail y León, sigue asegurando que no pasa nada, pero a mí la boca se me ha secado y el corazón me late tan deprisa que empiezo a sospechar que podría sufrir un infarto en cualquier momento.

El terreno de los Lobo es inmenso. Solo estuve aquí una vez, cuando robé el caballo hace muchos años, y, bueno, no estaba concentrada en nada que no fuera mi pequeño hurto, así que no me fijé del todo bien. Ahora tampoco es que esté muy centrada, pero me doy cuenta de que esta finca mide kilómetros, porque se me hace completamente infinita mientras recorro cada metro de tierra, cuadra y bosque intentando dar con Giuliano.

No quiero mirar hacia el río que transcurre por un lateral de los terrenos. No quiero, porque entonces siento que la ansiedad me mata, pero mi padre se da cuenta y pone una mano en mi hombro.

—Abigail dice que los dos saben nadar. No habrá problema.

Gimo, angustiada, y mi padre me aprieta un poco más el hombro en señal de apoyo. Mi madre no dice nada, lo que me demuestra que no soy la única que ha pasado de estar preocupada a aterrorizada en cuestión de minutos.

—Venga, Bambi, busca a los chicos, ¿quieres?

Miro a León, que está agachado frente a su inmenso perro, al que le pega llamarse de todo menos Bambi. Le está poniendo los legos en el hocico y el perro olisquea, pero yo no creo que sirva de nada. Según me ha contado Abi antes, apenas es un cachorro que no llega

al año. Dudo que esté entrenado para hacer de Rex el policía, así que los ignoro y sigo buscando.

No sé cuánto tiempo pasa, pero sé que, cuando oigo a Rubén gritar que los ha encontrado, me lanzo a correr hacia su voz y la zona boscosa como si la vida me fuera en ello.

—¡Están bien, tranquila! —grita Rubén.

Supongo que mi cara es un reflejo de todo lo que siento ahora mismo. Él me señala a los niños. Giuliano está situado al fondo del terreno mientras sostiene el extremo de una cuerda de varios metros por encima de su cabeza. Sigo el recorrido y, en el otro extremo, subida a la rama de un árbol, veo a Isabela con su preciosa cara angelical, su sonrisa angelical y su actitud angelical, sosteniendo una percha que ha enganchado a la cuerda y que, con toda probabilidad, pensaba usar de tirolina.

—Cielo, créeme, no es buena idea —le digo mientras me acerco caminando con aparente calma, porque si de verdad la niña es el nuevo terror de Valdelila y se parece en algo a mí, mis consejos no van a disuadirla, sino todo lo contrario.

—¡Se lo he dicho! —grita Giuliano—. ¡Le he dicho que es una idea mala y estúpida, pero no me hace caso!

Que parezca tan frustrado y, aun así, sostenga la cuerda por encima de su cabeza, me hace pensar en dos posibilidades: la primera es que Bella lo tiene completamente dominado. Y la segunda, que es la que más me creo, es que Giuliano se queja de la actitud de Bella, pero en el fondo la sigue porque le gusta estar con ella.

—Baja de ahí, ¿quieres? Es peligroso.

—Yo sé trepar árboles y sé bajar —me dice ella.

—No lo dudo, pero me da un poco de miedo verte ahí arriba.

—¡Yo no soy una miedica!

—Ya veo. Quizás si...

—¡Isabela Lobo, baja de ahí inmediatamente!

El grito de su abuela no es tranquilo, ni cauteloso, pero la niña suelta la cuerda de inmediato y baja del árbol tan rápido que lo único en lo que yo puedo pensar es en que, de mayor, quiero ser como Carmen Lobo.

—Lo siento, abu...

Isabela hace temblar su labio inferior y su barbilla de un modo tan exagerado que pongo los ojos en blanco y reprimo una risa. He hecho eso con mis padres infinidad de veces a lo largo de mi vida. Y todas y cada una de ellas funcionaron a la perfección.

Sin embargo, me llevo una sorpresa cuando Carmen no solo no se deja convencer, sino que se acerca, le quita la percha y señala a Giuliano.

—Si te hubieses tirado, Giuliano no habría podido aguantar tu peso. Te habrías estampado contra el suelo y te habrías hecho mucho daño. Y si por casualidad él hubiese podido contigo, habrías recorrido la cuerda cogiendo velocidad hasta estamparte con él. Y entonces os habríais hecho daño los dos.

—Abu...

Guau. Es buena. Es muy buena poniendo carita del gatito de Shrek. Sin embargo, Carmen no parece particularmente conmovida, lo que despierta todo mi respeto. Camino hacia Giuliano y me acuclillo frente a él mientras le acaricio la mejilla.

—¿Todo bien, Giu?

—Yo le he dicho que no era buena idea.

—Lo sé, colega, pero de todas formas la has seguido y eso no ha estado bien.

—Pero ha sido su idea.

—Ya, pero deberías haber avisado a algún adulto de esa idea, en vez de seguirla.

—No soy un chivato.

Intento no reírme, porque admiro su nobleza, pese a todo. Llevo menos de cuatro días conviviendo con él y ya me he dado cuenta de que tiene un sentido de la lealtad impresionante. Por ejemplo, nunca habla mal de su madre. Jamás. Pero es evidente que la relación que tenían no era muy estrecha. O, al menos, no era el tipo de relación que yo tengo con mis padres, que es el único referente con el que cuento. No pregunta por Fiorella y, cuando ayer le dije que su madre le mandaba saludos por mensaje y que lo llamaría en algún momento, en cuanto tuviera mejor cobertura dondequiera que esté,

solo se encogió de hombros y dijo que vale. No pareció demasiado decepcionado o triste. Y no sé si eso debería preocuparme.

Maldita sea, no sé cuáles son las señales que deberían hacer que me preocupe por él y cuáles no. Por eso estoy aquí, porque quería hablar con Abigail y que me arrojara un poco de luz, así que, cuando mi nueva amiga aparece y me pide disculpas un sinfín de veces por la idea de Isabela, sonrío y niego con la cabeza.

—Oye, yo robé un caballo de tu familia hace diez años. Creo que no tengo derecho a ofenderme por una travesura inocente.

—No quiero ni pensar lo que habría pasado si se hubiese tirado desde esa rama —murmura Samu—. La culpa es tuya, Abi. Me convenciste de ponerle tu apellido primero y le metiste el gen del peligro en el cuerpo.

—Ay, no seas imbécil, cielo. No te pega nada.

Samu se ríe, lo que me da carta libre para reírme también. Me gustan. Me caen bien, son simpáticos, comprensivos, y creo, de verdad, que hacen un buen trabajo con Isabela. Sobre todo después de ver cómo le dan una charla acerca de lo peligroso de su plan. Mis padres habrían alabado mi inventiva sin decirme nada más.

Tal vez, si a mí me hubieran puesto algún límite, no habría acabado robando un caballo.

O sí, pero habría tenido algún tipo de remordimiento, porque lo único que sentí después de caerme fue dolor de culo y pesar por no haber cumplido con mi plan de cabalgar hasta el amanecer. En mi mente sonaba épico y solo hice el ridículo.

Volvemos a entrar todos en casa. Y cuando digo «todos» también me refiero a León, que protesta continuamente hasta que Abigail lo obliga a poner la mesa en el jardín.

Todos colaboramos haciendo algo y, minutos después, nos sentamos a cenar en una inmensa mesa de madera. El jardín de los Lobo es infinito, porque no está vallado y se funde con los árboles del bosque. Hay guirnaldas solares colgadas de los árboles y pequeños farolillos clavados en la tierra, dibujando varios senderos hacia los columpios, la piscina o los establos. Admito que, de todo Valdelila, Casa Lavanda es lo que más bonito me parece, pero este sitio posiblemente sea el segundo lugar más hermoso del pueblo.

La conversación es amena y divertida. Bueno, entre todos excepto con León, que sigue gruñendo, al menos hasta que su hermana le sirve un inmenso trozo de lasaña que él engulle de buena gana. Dios, qué bueno está. Odio pensarlo, pero es inevitable. Lleva puesto un pantalón de deporte corto y una camiseta negra y lisa que se adhiere a sus bíceps. No es que sea gran cosa, pero, de alguna forma, su pelo desordenado, sus ojos oscuros, la barba y ese ceño siempre fruncido hacen que me pregunte si para todo es igual de serio o hay algún momento en el que consigue relajarse y disfrutar de la vida.

No ayuda en nada ver lo inmensas que son sus manos mientras come. Me planteo, no por primera vez en mi vida, si esa ley no escrita acerca del tamaño de las manos y...

—¿Quieres ensalada? —pregunta Rubén a mi lado.

Carraspeo, salgo de mi ensimismamiento y sonrío asintiendo. Mi reencuentro con Rubén ayer fue divertido. Coqueteó conmigo de un modo que me hizo reír y recordar por qué acabamos haciendo cosas del todo indecentes en la iglesia del pueblo. Tiene el pelo rubio oscuro, los ojos azules, barba y una sonrisa preciosa y seductora que en estos instantes está puesta en mí.

Esta tarde, cuando ha pasado por casa, me he alegrado de ponerme al día con él. Confieso que, a ratos, incluso me pregunto si sería posible retomar nuestra amistad con derechos. Total, voy a pasar aquí unos meses y no es que Valdelila destaque por tener una lista interminable de solteros buenorros. Además, a juzgar por el modo en que se ha autoinvitado a esta cena y ha hecho todo lo posible por sentarse a mi lado, creo que él está más que interesado en recuperar aquel trato. Y no estaría de más ver cuánto ha aprendido en los últimos diez años.

—Me encanta la ensalada. En realidad, me encanta comer de todo —contesto intentando sonar coqueta.

Oigo un bufido y no tengo que mirar para saber que se trata de León, pero no me importa porque todo el mundo está hablando de algo y, sinceramente, si de todos los temas de conversación que hay sobre la mesa ha elegido espiar este, es porque es más idiota de lo que yo pensaba.

Dejo que Rubén me sirva la ensalada. También dejo que me haga tantos cumplidos como se le ocurran. Descubro que no ha madurado demasiado desde nuestra adolescencia, pero yo tampoco, así que eso no es problema.

La cena es divertida. El padre de León no habla mucho, pero me cae bien y sé que me lo he ganado al no amilanarme con sus gritos. La madre, Carmen, maneja a toda la familia sin disimulo y es divertido ver cómo incluso León tiene que aceptar lo que ella le ordena para no caer bajo sus garras. Abi y Samu son un matrimonio increíble, no necesito más que esta cena para darme cuenta de cuánto se quieren y lo bien que se complementan. Y Bella es... es tremenda. En el buen sentido. Cada vez tengo más claro que a Giuliano le viene bien su amistad. En gran parte porque Martina me confirmó que no juega con nadie más, pero también porque creo que la niña lo ayuda a no ser tan serio.

Por eso, en cuanto la cena acaba y Abigail me propone dar un paseo a solas, acepto encantada y más tranquila que cuando he llegado aquí. Sirve dos copas de vino afrutado, me da una y caminamos hacia uno de los senderos iluminados.

—¿Has visto la dinámica que tienen? —me pregunta, yendo directamente al grano.

—Sí, he estado observándolos todo el tiempo. Bueno, menos el rato que han desaparecido.

Abi se ríe y da un sorbo a su copa antes de rotar los hombros, como si intentara quitarse de encima la tensión del día.

—Bella es muy intensa. Intentamos controlarla y tenemos un montón de conversaciones con ella acerca de su comportamiento en algunos momentos, pero es un alma libre. Y no puedo juzgarla porque mi marido dice que se parece a mí.

—Algo me dice que tu marido tiene razón. —Abi se ríe, lejos de ofenderse.

—Lo que quiero decir es que intentamos controlarla respetando su personalidad, aunque no es fácil. No es una niña mala, pero sí un poco mandona y con unas ideas que no siempre son buenas. Entiendo que te preocupe que Giuliano se relacione con ella, pero...

—No me preocupa tanto, después de esta noche.

—¿En serio? ¿No te preocupa tanto después de que lo haya convencido para hacer de extremo de una tirolina casera?

Me río, porque dicho así suena raro e ilógico.

—Ayer, cuando recogí a Giuliano, lo dejé en la puerta con mis padres y volví para hablar con más calma con Martina. Me confirmó que no tiene más amigos y que..., bueno, que es muy serio, reservado e introvertido. Insistió mucho en ello, de hecho.

—Martina puede ser demasiado directa a veces —murmura. Cuando la miro, alza una mano en señal de defensa—. No digo que no tenga razón, pero a veces es demasiado rígida a la hora de encasillar a los niños.

—Joder, es un alivio que tú también lo veas. Quiero decir, en ningún momento me habló mal ni nada parecido, pero sí noté que hacía mucho hincapié en que Giuliano se integra a la perfección en las actividades del cole, pero no en las relaciones sociales. Me quedé muy preocupada. También pensé que, quizás, como soy italiana y hace mucho que no hablo español con alguien que no sean mis padres...

—Tu español es perfecto y seguramente no la entendiste mal. Es una gran persona y maestra, pero a veces se olvida de que cada niño tiene una circunstancia. No todos pueden ser iguales. —Guardo silencio, de acuerdo con ella. Y, al parecer, se lo toma como una invitación para seguir hablando—. No todos tienen la misma familia, ni red de apoyo, tampoco.

—Dijiste que parte de lo que le pasa a Giu es por mi prima —susurro sin mirarla.

No quiero admitir que me avergüenza el comportamiento de Fiorella hasta puntos inimaginables. No quiero, porque en realidad sé que yo tampoco soy un ejemplo de nada. Joder, es un milagro que Giuliano sea un niño tan responsable con la familia que le ha tocado tener.

—Ella era... complicada —comienza Abi—. No se relacionaba con nadie. Entendí que era tímida, pero al principio, cuando Giuliano entró en el cole y empezaron a invitarlo a cumpleaños y cosas así..., fue ella quien decidió no llevarlo. Con sinceridad, soy de las que piensan que puedes ser tímida, introvertida o que no te gusten las

interacciones sociales, pero nada de eso debería perjudicar a tu hijo. Sé que lo tuvo muy jovencita y que es probable que no se sintiera cómoda con otras madres o tal vez pensó que la juzgarían. No sé, pero la realidad es que evitó cualquier tipo de contacto con todo el mundo y encerró a Giuliano con ella en Casa Lavanda.

—Suena horrible.

—No quiero hablar mal de tu prima, Giulia. No sé qué relación tenéis y, de verdad, no soy nadie para juzgar a otra madre. Pero creo que su actitud no le hizo ningún bien a Giuliano. ¿Sabes que incluso hablé con ella varias veces para que lo trajera a montar a caballo? El niño ha estado aquí en la excursión de la clase de tres años, y luego en la de cuatro, y en ambas se quedó prendado de los caballos. Es evidente que le gustan. Le prometí a Fiorella que ni siquiera tendría que pagar, aunque estaba claro que el dinero no era un problema para ella, pero aun así puso excusas y se negó.

Aprieto los dientes. No tenía ni idea de nada de eso, no. No tenía ni idea de nada porque mi relación con mi prima es casi nula desde hace muchos años; se reduce a los encuentros familiares o las felicitaciones por nuestros cumpleaños.

—Me dijo que le gustaban —le cuento a Abi—. Los caballos, quiero decir..., a Giuliano. Me dijo que le gustaban los dinosaurios y los caballos, pero hablábamos de estampados de camisetas. No sabía que también le gustaran los de verdad —confieso, sintiéndome un poco idiota y culpable por no saber ni siquiera lo más básico del niño.

—Pues, por lo visto, le encantan. En la excursión de los cuatro años se quedó embobado y Bella dice que no para de hacerle preguntas sobre ellos —me explica ella—. Al principio pensé que a tu prima le daban miedo, así que tampoco le insistí mucho más y, en lugar de eso, le sugerí que apuntara a Giuliano al equipo infantil de baloncesto que dirige mi hermano. Son malísimos y, sinceramente, solo van allí a correr desorientados e intentar botar la pelota, pero se divierten.

—Espera un momento —digo antes de dar un sorbo a mi copa de vino, porque creo que no he oído bien—. ¿Tu hermano da clases de baloncesto a niños pequeños?

—Sí.

—¿León?

—Ajá.

—¿El mismo León que no es capaz de decir dos frases sin gruñir?

Abigail se ríe, lejos de ofenderse, y se encoge de hombros.

—El mismo León que jugó en la NBA hasta que hace casi tres años una lesión de rodilla le destrozó el brillante futuro profesional que tenía por delante, sí.

Es como si me hubieran dado una patada en el estómago. Ahogo un jadeo y la miro con los ojos muy abiertos. Cuando supe que se llamaba León Lobo recordé de inmediato que, en el pasado, todo Valdelila lo adoraba. Si no llegué a conocerlo fue porque, cuando yo era pequeña, él pasó años en un centro de alto rendimiento y apenas salía de casa más que para entrenar. Y, cuando yo era adolescente, él ya triunfaba en Estados Unidos como jugador de baloncesto. Reconocí su nombre, pero, la verdad, estos cuatro días he estado tan centrada en Giuliano y en intentar asimilar mi nueva realidad que ni siquiera me he preguntado cómo es que está de vuelta aquí, en Valdelila.

—No sabía nada —murmuro—. Perdón, quizás debería haberme informado y...

—En realidad, sería más raro aún que lo hubieras buscado en internet. A no ser que te interese mucho mi hermano. Y no es el caso..., ¿verdad?

—¿Eso que noto es un tono esperanzado? —pregunto irónica.

—Mi hermano necesita salir con alguien o va a volverse loco. Incluso peor: va a volverme loca a mí. Por favor, Giulia, te lo pido como tu nueva mejor amiga: sé una buena chica y tíratelo.

Esta vez me río abiertamente.

—Siento no poder ayudarte. Ahora mismo estoy más inclinada a estrangularlo que a tirármelo, pero volvamos a lo importante: ¿cómo es posible que alguien como él dé clases a niños pequeños? Será un exjugador de la NBA, pero también tiene un carácter de mierda.

—Cierto, pero los niños lo adoran. De hecho, también se ocupa de muchas de las clases de hípica.

—Venga ya. —Me río.

—Te lo juro. Es inexplicable, pero los niños lo admiran e idolatran de inmediato. Mi propia hija me arrojaría por un barranco si tuviera que elegir entre su adorado tío y yo.

Vuelvo a reírme, porque me encanta Abigail, pese a conocerla muy poco.

—¿Y a Giuliano le gusta el baloncesto? —Chasqueo la lengua—. Perdón por preguntarlo, soy una prima de mierda, pero... no conozco al niño. Hasta hace unos días, mis interacciones con él se reducían a una ocasión en la que le di café cuando tenía dos años y poco más.

Abi se ríe sin pudor y asiente con la cabeza.

—Me llegó la historia del café. Al parecer, Giuliano se lo contó a Bella.

—Para hablar tan poco conmigo, habla mucho con tu hija —musito molesta.

—Si te soy sincera, creo que mi hija lo abruma tanto a veces que él habla solo para que ella se calle un poco.

Esta vez soy yo quien se ríe a carcajadas. Entonces Abi me cuenta que no sabe si a Giuliano le gusta el baloncesto, pero el deporte siempre es bueno para los niños y, si no lo prueba, no sabrá si le gusta o no.

Cuando acaba nuestro paseo, me he bebido la copa de vino y tengo muy claras tres cosas:

1. Giuliano va a aprender a montar a caballo y jugar al baloncesto.

2. León Lobo va a tener que soportarme en esas dos actividades, le guste o no.

3. Estoy tan segura de que no va a gustarle como del placer insano que siento al saber que podré molestarlo varias veces a la semana.

13

Giulia



Tres días después de mi cena en casa de los Lobo estoy en la cocina debatiéndome entre abrir una cerveza o hacerme una infusión. Bueno, en realidad no me debato. Es casi medianoche y sé muy bien que quiero la cerveza; lo que no quiero es que Giuliano se despierte, aparezca de pronto y me diga que el alcohol mata porque lo ha visto en un vídeo.

Mañana hará una semana que llegué a Valdelila pensando que me iría antes de tener tiempo siquiera de sacar el poco contenido de mi mochila, y todavía, en algunos momentos, no tengo ni idea de cómo he acabado envuelta en toda esta situación. Me estoy dejando llevar, porque no puedo hacer mucho más, y Giuliano es increíble; me ha puesto las cosas tan fáciles que ni siquiera me ha costado acostumbrarme a esta rutina tan extraña para mí. De hecho, disfruto llevándolo al colegio, ayudándolo a decidir cada día qué ponerse y qué comer —aunque, para ser sinceros, muchas veces es él quien me ayuda a mí—, y descubriendo qué le gusta y qué no a medida que se va sintiendo más cómodo en mi presencia. Es un niño maravilloso, de verdad, y me encanta pasar tiempo con él, pero no puedo quitarme de la cabeza el abandono de Fiorella.

Mi madre dice que no es abandono, porque piensa volver, pero para mí lo es. Todavía no se ha dignado a hacer una videollamada con su hijo. Le he insistido varias veces en los pocos mensajes que hemos intercambiado, incluso le he dicho que el niño pregunta por ella, aunque sea mentira, pero eso no parece importarle lo suficiente. Quiero pensar que mi madre tiene razón, que esto no es

más que otro arrebato de mi prima, pero, honestamente, es la primera vez que uno de esos arrebatos hace que me den ganas de zarandearla hasta que espabile y se dé cuenta de que es muy posible que le esté generando un trauma a un niño increíble que no tiene la culpa de haber nacido.

Me decanto por la cerveza, porque mi ánimo de mierda, esta noche, no me permite siquiera plantearme la idea de hacer una manzanilla o algo parecido. De pequeña, cuando no podía dormir, mi abuela me hacía una infusión a la que agregaba lavanda. No importaba que fuera manzanilla, tila, menta o cualquier otra variedad. Siempre añadía una cucharadita de flores de lavanda seca envuelta en unas bolsitas de papel especiales para infusionar. Decía que era el distintivo de la familia. Esta casa era su todo. Igual que era el todo de mi abuelo. Y ahora yo estoy aquí intentando criar temporalmente al hijo de mi prima mientras esta explora el mundo con un novio al que ni siquiera he visto, y mis padres... ¿Dónde están mis padres? Quién sabe, pero no pienso quejarme porque vivo con el pánico de que, en cualquier momento, me digan que se vuelven a Italia.

Suspiro, abro el botellín y me dirijo al porche trasero con la intención de sentarme en el balancín y esconder la cerveza entre trago y trago por si Giuliano aparece, como la primera noche que estuve aquí.

Llevo un pijama que no me gusta, pero es lo único que tengo. Tuve que echar el mío a lavar y esto es lo que he encontrado en el armario de Fiorella. En realidad, nada de su ropa me gusta, porque ella es mucho más estirada que yo en todos los sentidos: sus pantalones me quedan largos, porque yo soy más bajita, y hasta sus prendas de dormir me resultan serias. Así que a diario utilizo las pocas mudas que traje en la mochila y, cuando no me queda otro remedio, alguno de los vestidos más monos que he encontrado entre sus cosas. Le he prometido a Giuliano ir de compras mañana, que no tiene cole, y conseguirle algo de dinosaurios y caballos. Lo último lo dije así, como quien no quiere la cosa, pero no me pasó desapercibido el modo en que sus ojos se abrieron con sorpresa. Me duele el alma cada vez que me doy cuenta de que a Giuliano sí le

gustan muchas cosas, pero no se atreve a mostrarlo abiertamente porque... No sé. ¿Quizás porque su madre le ha hecho creer que es impropio y ridículo, como cuando le dijo que los estampados eran para niños cutres?

Abro la puerta del porche y salgo, pero mis planes se ven interrumpidos de inmediato. En el césped, justo enfrente de mí, mi madre se contorsiona haciendo yoga desnuda a la luz de los pequeños focos nocturnos que hay en el saliente de la entrada y los que adornan el borde de la piscina. Mi padre está en los escalones, sentado con una cerveza entre las manos y con la mirada fija en ella.

—¿Por qué haces yoga casi a las doce de la noche? ¿Y por qué estás desnuda? —Sueno enfadada, pero de verdad esperaba tener un momento de paz a solas.

—Pilates, cariño. Es pilates.

—Lo que sea.

—¿No has visto a Miley Cyrus? El pilates te deja el cuerpo de una diosa.

Podría decir muchas cosas. En serio, muchas, pero decido mirar a mi padre y elevar una ceja.

—¿Y tú? ¿También piensas hacer pilates?

Señala su botellín y bufa.

—¿Crees que esto es compatible con el pilates? Además, no puedo. Estoy demasiado concentrado.

—¿Concentrado en qué?

—Ya sabes, en la vida, en tu madre, en el césped que crece bajo nuestros pies sin que nosotros lo apreciemos siquiera. Lo pisamos como si nada, *principessa*, ¿no te parece cruel?

Observo a mi padre fijamente. Reparo en sus ojos rojos, en su sonrisa bobalicona... Abro la boca en un intento de decir algo, pero de primeras solo logro boquear como un pez fuera del agua. Y cuando consigo decir algo estoy tan enfadada que apenas me controlo.

—Mierda, papá, ¿estás colocado?

—Shhh. No digas tacos. A Giuliano no le gustan; prometiste no decirlos y tienes que ser un buen ejemplo.

—Giuliano está dormido y creo que, de los tres, yo soy el mejor ejemplo que tiene ahora mismo —contesto enfadada—. Y eso ya es bastante malo —murmuro en tono apenas audible.

—En realidad, el mejor ejemplo soy yo —dice mi madre mientras se contorsiona en otra postura imposible que me hace cerrar los ojos para no ver sus partes íntimas, y aun así encuentra la forma de seguir hablando—. Giuliano debería hacer pilates conmigo. El deporte fortalece el carácter.

—Ese niño ya tiene suficiente carácter —respondo—. Además, hará deporte, pero no este. ¡Ni viéndote así! Mañana vamos al entrenamiento de baloncesto del equipo infantil.

—El pilates es mejor que el baloncesto —insiste mi madre.

Quiero responder, pero mi padre suelta una carcajada y, cuando me fijo en él, está mirando las estrellas mientras niega con la cabeza y se ríe de a saber qué cosa que esté imaginando.

—Dios mío, no puedo con esto ahora mismo. —Mi tono es seco mientras le hablo a mi padre—. Tú, vete a la cama y procura que Giuliano no te vea colocado. Teníamos un trato, joder. ¡Y tú, vístete! —digo señalando a mi madre.

—Me dijiste que no fumara nada delante del niño ni de día. ¿Tú ves al niño? ¿Tú ves el sol, *principessa*? He cumplido las normas.

Resoplo, porque técnicamente tiene razón, pero aun así estoy saturada, estresada y ansiosa, así que vuelvo dentro dando un portazo. Me bebo un buen trago de cerveza y subo a mi habitación. Al parecer, la única manera de relajarme será encerrarme y esperar a que llegue el día para ver de qué formas contribuyo a mejorar o empeorar los traumas de Giuliano.

Entro en mi dormitorio y me paro en seco al ver el pequeño bulto que hay en la alfombra, justo al lado de mi cama.

—¿Giu? —pregunto antes de encender la luz de la lámpara de la mesita de noche.

—¿Puedo dormir aquí?

Me acerco en cuanto me doy cuenta de que tiene los ojos llenos de lágrimas. Entro en pánico, trago saliva y me siento a su lado mientras le acaricio el pelo.

—¿Qué pasa, colega?

—¿Puedo dormir aquí? —repite—. No ronco y te prometo que no te molestaré. Tengo miedo.

—No puedes dormir en la alfombra, Giu —murmuro con el corazón roto.

—Es «Giuliano» —susurra entre lágrimas, con sus increíbles ojos verdes puestos en mí.

—El suelo es incómodo y está duro, Giuliano.

—No quiero estar solo.

—Duerme conmigo, entonces.

—Los niños grandes duermen solitos. Ya casi tengo seis. Solo faltan cuatro días.

Odio-a-Fiorella-con-todas-mis-fuerzas.

Es un hecho irrefutable porque está claro que alguien le ha tenido que repetir eso hasta la saciedad, y ese alguien solo puede ser ella, teniendo en cuenta que se encargó de no relacionarse con nadie. Y de que el niño tampoco lo hiciera.

—Los niños grandes duermen donde quieren. ¿Dónde quieres dormir tú?

—Solo, no.

—Pues sube a la cama. Vamos, colega. No quiero que te constipes tumbado ahí.

Sus lágrimas cesan poco a poco. Creo que lo hacen conforme se da cuenta de que voy en serio. No voy a cogerlo en brazos porque no quiero invadir su espacio así, ni obligarlo a hacer algo que no quiera, pero él solo se incorpora, se levanta y mira el colchón.

—¿Yo soy valiente, Giulia?

—Lo eres. Muy muy valiente.

—Pero no me gusta dormir solo —insiste.

—A veces las personas valientes no queremos dormir solas. Está bien. No eres menos valiente por eso, Giu.

—Es «Giuliano».

Contengo mi suspiro de frustración y le acaricio el pelo.

—Venga, te contaré un cuento.

—Eso dijiste ayer y me cantaste una canción.

Es cierto. Otra de las partes de nuestra nueva rutina que más he estado disfrutando es la de acostar a Giuliano y acompañarlo hasta

que se duerme. Aunque quizás no se me ha estado dando tan bien como yo pensaba.

—Era bonita —me defiendo.

—Era de reguetón.

—Mira, Giu... liano, si te pones quisquilloso esto es un rollo.

Se ríe un poco y, cuando se da cuenta de que lo está haciendo, se pone serio muy rápido, como si lo hubiese pillado en falta. Contengo mi propia risa, sobre todo al verlo subir al colchón y mirarme ansioso. Rodeo la cama, me tumbo por el otro lado y miro al techo. Le cuento una historia inventada sobre una niña que de día trabaja en una tienda de chuches y de noche roba unicornios para convertirlos en velocirraptores.

—Es un cuento raro —murmura Giuliano con voz somnolienta.

—«Original», me gusta llamarlo a mí. No lo encontrarás en ninguna editorial, colega. Es material inédito.

El niño se ríe, pero sus ojos se cierran poco a poco.

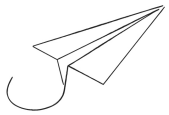
—Y es un poco tonto.

—Puede.

—Pero me gusta —musita—. Y me gustas tú.

Trago saliva e intento que, con ella, se vaya el inmenso nudo que se me ha formado en la garganta. Giuliano se duerme, por fin, y mientras me abraza en sueños, me doy cuenta de que esto va a ser más difícil de lo que yo creía. No bastará con estar aquí unos meses, cuidar del niño lo mejor posible y luego olvidar lo sucedido sin más porque, de alguna loca y extraña forma, tengo la certeza de que esta personita de casi seis años ha entrado en mi corazón para quedarse.

Fiorella



Odio las tormentas de verano. No deberían existir. El viento golpea con fuerza la ventana de mi cuarto y cuando suena un nuevo trueno me encojo en la cama. Tengo nueve años. Casi diez. Soy una niña mayor, no debería tener miedo, pero cuando oigo ruido en el pasillo, el corazón se me acelera todavía más. Me quedo mirando el pomo de la puerta y deseo con todas mis fuerzas que no se mueva.

Pero mis deseos casi nunca se hacen realidad.

El pomo gira despacio y, aunque tengo muchísimo miedo, no grito. Si grito y despierto a mamá, vendrá y me dirá que soy una cobarde. Que los niños valientes de verdad no armarían un escándalo por una estúpida tormenta. No, no puedo gritar.

Elijo esconderme debajo de la colcha. Es un poco tonto y yo sé que si es un asesino va a verme igual, pero estoy tan asustada que prefiero no ver qué o quién viene a por mí. La tormenta suena otra vez y ahogo un grito de terror.

—Pst, pst. Eh, prima, ¿estás despierta?

Bajo la colcha de inmediato, mi respiración está acelerada y las lágrimas llenan tanto mis ojos que, si parpadeo, van a salirse. En la puerta, mi prima Giulia sonríe como si nada. Me siento en el colchón y hago un esfuerzo por respirar hondo para calmarme. Por suerte, tengo mucha práctica. En el internado donde vivo la mayor parte del tiempo lo hago a menudo porque a los cuidadores no les gustan mucho las niñas lloronas.

—¿Qué pasa? —pregunto.

—Me da miedo la tormenta y no pienso dormir sola. Iba a dormir con mis padres, pero he pensado que a lo mejor tú también tenías

miedo. Si quieres, dormimos juntas.

—Yo estoy bien. —Es mentira, pero otra cosa que he aprendido en el internado es a mentir siempre. Si no le enseñas a la gente cómo te sientes de verdad, lo tienen más difícil para reírse de ti.

—Pues qué valiente eres. Será por el cuartel en el que estás.

—No es un cuartel. Es un internado de calidad que me dotará de todo lo necesario para ser una triunfadora —contesto repitiendo las palabras que mi madre dice a menudo, pese a que yo no termino de entender lo que significan.

—Ah. Qué bien —dice Giulia en tono perezoso, como si le aburriera hablar de eso—. Entonces, ¿quieres que me quede o me voy con mis padres?

Si se va, sus padres dejarán que se meta en la cama con ellos; ya ha pasado otras veces. Antes me daba envidia, pero la verdad es que ya he entendido que la suya es una actitud de niños pequeños. Y yo no soy ningún bebé. Tengo mi propio espacio y mi propia habitación y eso está bien, pero..., aun así, no quiero que se vaya.

—Si tienes mucho miedo y quieres quedarte, no me molesta —digo después de unos segundos.

Mi prima sonríe y entra trotando, gatea sobre mi cama y me empuja un poco para que le haga sitio. Cuando las dos estamos tapadas hasta la barbilla, un nuevo trueno suena a lo lejos y ambas nos estremecemos, solo que ella no disimula y yo sí.

—Es una simple tormenta —murmuro—. No puede hacernos nada.

—Si un trueno cae contra la casa y la hace arder, sí que nos hará algo.

Dios mío, espero que no pase eso. La miro con los ojos desorbitados y frunzo el ceño.

—¿Y por qué sonríes?

—No sé —admite encogiendo los hombros—. Es como inventar historias de miedo. ¿Jugamos?

—No. Quiero dormir.

—Jo, qué aburrida eres a veces.

—No soy aburrida. Es que no me gustan las historias de miedo. Son estúpidas y absurdas.

—¿Qué significa absurdo*?*

—Significa «estúpido».

—Y si ya has dicho que son estúpidas, ¿por qué dices que también son absurdas? —La miro sin responder y se ríe—. Te crees muy lista, ¿eh? Pero solo estabas repitiendo como un loro lo que dicen los mayores.

—Lo que tú digas. Duérmete.

—¡Sí, sargento!

La miro enfadada, pero solo se ríe más. Cierra los ojos y yo suspiro de alivio, porque sigo teniendo miedo, pero con ella aquí todo es mejor. No lo he dicho en voz alta, pero en realidad yo sé que, si cayera un trueno en la casa y todo empezara a arder, Giulia encontraría la forma de sacarnos de aquí. Porque lo sé todo acerca de los modales, pero mi prima sabe mucho más acerca de la vida.

La tormenta hace que los cristales se estremezcan y me tenso tanto que pienso que podría partirme en trocitos pequeñísimos, pero entonces siento la mano de Giulia sobre la mía. Sus dedos se entrelazan con los míos y, cuando la miro, tiene los ojos cerrados, aunque yo sé que está despierta. Lo confirmo cuando, poco después, la oigo susurrar.

—No tengas miedo, Fio. Yo estoy aquí.

—No tengo miedo.

—Vale.

—Pero no te vayas.

—Vale.

—¿Lo prometes?

—Lo prometo. No me iré si tú no quieres.

Después de oírla cierro los ojos y consigo, por fin, dormirme.

Las tormentas son un verdadero asco, pero qué suerte tener una prima como Giulia.

14

León



Estoy entrenando oficialmente al peor equipo infantil de baloncesto de la historia de... del mundo, joder.

Observo al grupo de niños de entre tres y seis años que corre de un lado a otro. Solo uno intenta botar un balón. La mayoría los persiguen mientras estos botan por encima de sus cabezas y hay un grupo notorio de críos girando en la pista con los brazos abiertos y los ojos cerrados. Para sorpresa de absolutamente nadie, estos últimos están capitaneados por Bella.

—¡Y cuando yo cuente tres, nos tumbamos y miramos las nubes! —grita mi sobrina.

—¿Y por qué no mejor cogéis una pelota, la botáis y...?

—¡Uno, dos y tres!

En efecto. Isabela Lobo tiene la misma capacidad para acatar órdenes que su madre. Y que su abuela. Es decir: ninguna. Debe de ser cosa de la línea femenina de la familia, porque, digan lo que digan, yo no soy así. Observo cómo caen al suelo un total de cinco críos y crías que abren brazos y piernas mientras miran al cielo.

—¡Allí hay un caballo con dos cabezas! —grita Sergio, de cinco años.

—¡Y allí un helado volador! —Mi sobrina está tan extasiada que, si tuviera quince años más, pensaría que se ha metido cuatro rayas de coca.

—Los helados no *volan* —dice Alicia, de tres años.

—Si Sergio puede ver un caballo con dos cabezas, mis helados pueden volar —resuelve Bella sin inmutarse.

—¿Y si os levantáis y empezáis a pasaros el balón? —pregunto en vano, porque ni siquiera me miran.

Suspiro y voy hacia los que sí intentan entrenar. He estado en la NBA, alcancé la gloria. Entrenar a un grupo de críos no puede ser tan difícil, pero es la primera vez que hago algo relacionado con el baloncesto desde que todo se fue a la mierda, y todavía hay días en los que no sé realmente qué estoy haciendo. Tengo dinero suficiente para pasarme la vida entera sin trabajar. De hecho, dediqué el año pasado a estar encerrado en mi casa siendo un completo ogro con todo el mundo. Podría haber seguido así, pero mi familia insistió hasta la saciedad en que entrenara a los más pequeños de Valdelila. No quería hacerlo, no soporto que nadie me hable de baloncesto, ni de mi carrera y el modo en que todo saltó por los aires, y cuando se lo confesé a mi hermana me dijo que lo bueno de estar con los más pequeños es que a ellos les importa una mierda mi carrera. Lo único que les importa es pasarlo bien.

Fue decisivo. Pensé que, quizás, después de todo no estaría mal probar. Y por ese mismo motivo accedí también a enseñar a niños pequeños a montar a caballo en clases sueltas. Me comprometí a las dos cosas por un solo curso. De septiembre a junio. Si no me gustaba, siempre podía negarme para el año próximo. Además, no podía ser tan complicado..., pero estamos a finales de mayo, el curso acaba el mes que viene y, aunque dar clases de hípica es más fácil, en baloncesto no he conseguido que hagan más que algunos pases decentes. Es frustrante, pero al menos, cuando estoy con ellos, no me dedico a pensar en que soy un auténtico fracaso.

Me coloco en el centro del patio del colegio de Valdelila, que hace las veces de pista de entrenamiento, y toco el silbato que llevo colgado del cuello.

—Vale, chicos, venid aquí.

La mayoría me hace caso porque el silbato les da miedo. No estoy orgulloso de reconocerlo, pero es la verdad.

Bella, en cambio, se queda tumbada.

—Oye, niña *hippie*, también va por ti.

—Has dicho «chicos». Yo soy una chica.

Suspiro y cuento mentalmente hasta diez.

—Perdona, tienes razón. Chicos y chicas, ¿podéis venir aquí?

—¿Por qué los chicos van antes?

—Bella, jod... —Aprieto los dientes y me recuerdo que es mi sobrina y la adoro, aunque sea un grano en el culo, como su madre —. Tesoro, ven aquí, ¿quieres?

Ella sonríe, enseñándome los hoyuelos, y se levanta con agilidad antes de acercarse, por fin. Va vestida con un tutú rosa y zapatillas con luces. Es... es muy ella.

—¿Me das la pelota rosa? —pregunta señalando la caja en la que están todos los materiales del cole.

—La pelota rosa es de fútbol, cielo. Lo hemos hablado muchas veces. Muchísimas.

—Pero es más bonita.

—Ya, pero es de fútbol y estamos jugando al baloncesto. Esta es la pelota de baloncesto —digo cogiendo una del suelo—. ¿Ves? Es muy bonita también.

—El naranja no me gusta.

—También hay una negra.

—El negro es muy triste. Yo quiero la rosa.

—La rosa no puede ser, porque la rosa no bota.

—Pero es más bonita.

—Pero no bota.

—Pero me gusta más.

Hay algo muy particular en el modo en que puedes querer a una persona con toda tu alma y aborrecer su actitud con esa misma alma. Mi sobrina es una muestra de ello. Aprieto los dientes de nuevo e intento no gritar. Aprendí pronto que a los niños no les gusta que les griten. Se ponen a llorar y lo empeoran todo. Y luego me toca aguantar a las madres protestando. Y más tarde algunas de esas madres intentan coquetear conmigo, incluso si están casadas. Es incómodo, vergonzoso y estresante, así que tengo que mantener mi humor de mierda bajo control y no gritar, pero Isabela me lo está poniendo increíblemente difícil.

—Bella, dime una cosa.

—¿Sí, tito guapo? —Que use el apodo que sabe que me derrite solo me confirma que ella tiene muy claro que está rozando el límite de mi paciencia.

—¿Tú por qué vienes a baloncesto, si no te gusta?

—Para cuidarte.

—Para cuidarm...

—Hay niños malos aquí —susurra—. Pero, tranquilo. Yo te cuido.

Intento decir algo. Lo que sea, pero antes de conseguirlo oigo una risa a mi espalda y, cuando me giro, me encuentro con Giulia mordiéndose el labio inferior. Otra vez los lleva pintados de rojo. No sé cuánto tiempo hace que está ahí, pero imagino que el suficiente para haber sido testigo de mi triste intento de no perder los nervios.

Lleva un vestido. Otra vez. ¿Por qué se pone solo vestidos? Está para comérsela, la condenada, así que mi primer impulso es desechar ese pensamiento y soltarle una bordería, pero sujeto a su mano está Giuliano y, joder, he intentado convencer a la madre de este niño un montón de veces para que lo trajera a entrenar. Y por *un montón* me refiero a dos, que para mí es muchísimo. Pero cuando Abi me contó que el crío tenía problemas para relacionarse y que esto le vendría bien..., supuse que merecía la pena insistir. También le sugerí que lo llevara a montar a caballo, y me consta que mi hermana hizo lo mismo, pero Fiorella se negó y ni siquiera se molestó en buscar una buena excusa. Ahora, la esperanza de que Giulia haya accedido es tanta que hasta hablo en tono bajo y amable.

O, bueno, lo más amable que soy capaz de ser.

—¿Qué tal, amigo? ¿Cómo va eso?

Giulia enarca una ceja y sonríe de medio lado.

—¿«Cómo va eso»? ¿En serio?

—¿Qué quieres que diga? —pregunto entre dientes.

—No sé, gatito. Un «hola» habría estado bien.

Aprieto los dientes por tercera vez en menos de media hora. De verdad, solo me faltaba Giulia llamándome por ese estúpido mote para rematar mi día.

—¿Qué quieres? —pregunto sin paciencia.

—El otro día hablé con tu hermana, no sé si te lo ha comentado.

—Puede.

—¿Puede?

—Mi hermana habla un montón. Normalmente sin parar. No son pocas las veces que hago como que la escucho y en realidad, no.

—Mmm. Me encargaré de tener en cuenta esa información para dársela cuando lo crea conveniente. —Joder. No he estado listo ahí, pero da igual porque ella se agacha y acaricia el pelo del niño—. Oye, colega, ¿por qué no vas a jugar con Bella? Tengo que hablar con León un momento.

—Pero ¿te vas a ir? —pregunta Giuliano ansioso.

—No, si no quieres.

—No quiero.

—Pues aquí estaré, no te preocupes.

El niño duda un poco, pero ella le sonríe con tanta confianza que, al final, se dirige hacia mi sobrina, que lo abraza y se lo lleva con el resto de los niños. Me fijo en que Giuliano apenas le habla a nadie y solo asiente o niega con la cabeza cuando le hablan a él. Cuando me giro hacia Giulia, veo que ella está mirando lo mismo que yo y, por raro que parezca, con solo ver sus ojos confirmo lo que ya vi el otro día, cuando casi se muere de un infarto buscando a Giuliano por nuestro terreno: puede que esta mujer sea una insolente y un incordio, pero su preocupación por el niño es real. Y el pequeño no quiere separarse de ella. Son cosas que tener en cuenta.

—Solo tienes que saber que le dije que me pensaría lo de apuntar a Giuliano a baloncesto o llevarlo a montar a caballo. Sé que el curso está acabando, pero...

—Está bien —la interrumpo—. Es buena idea.

—Oh. ¿En serio? ¿Lo vas a poner así de fácil? Guau.

—¿Qué esperabas? ¿Que te hiciera suplicar de rodillas?

—Ya quisieras tú tenerme de rodillas —me dice riendo.

No deberían, pero sus palabras lanzan la imagen clara y nítida a mi mente. Esos malditos labios mullidos y rojos no ayudan y, por un instante, siento algo... excitante. Algo que no debería sentir, ni de lejos.

—Entrenamos lunes y miércoles por la tarde y sábados por la mañana. Tiene que traer ropa de deporte y no esos vaqueros con los

que ni siquiera estará cómodo. Zapatillas bien atadas, protector solar puesto y la merienda, si es que se queda a merendar con los demás al acabar la clase. Los sábados no comen aquí. O se supone que no deberían, porque más de uno también trae algo de picar. ¿Alguna duda?

—No, señor —dice juntando los pies y llevándose una mano a la frente, como si estuviera en un cuartel. La miro mal y se ríe—. Bueno, en realidad, sí.

—¿Y por qué has dicho que no?

—No sé, es lo primero que me ha venido. El caso es que tengo una duda.

—El recibo lo expide el ayuntamiento. Yo no cobro ni quiero saber nada de eso.

—Vale, pero no era mi duda.

—Pues dispara, joder.

—Qué mal carácter tienes, de verdad. Bien, ahí va: ¿dónde puedo comprarle a Giu ropa para clases de baloncesto que sea práctica pero bonita? Voy esta tarde a la ciudad y... —La miro boquiabierto, pero solo encoge los hombros—. ¿Qué pasa?

—¿Me lo estás diciendo en serio?

—Pues claro.

—Vas a la tienda que sea, coges un pantalón de chándal y una camiseta cualquiera, lo pagas, se lo pones y lo traes.

Giulia pone los ojos en blanco.

—Pero yo quiero un conjunto de esos de jugadores de baloncesto de verdad, solo que en miniatura. Como el que tú llevabas cuando jugabas para los Denver Blaze. Era precioso.

El dolor es tan certero e intenso que, por un instante, me pregunto si lo ha dicho para provocarlo. La miro sin respiración y me doy cuenta enseguida de que no es así. No pretende ser dañina.

—¿Cómo sabes cuál era mi uniforme?

—Te he buscado en internet —admite sin ningún tipo de pudor.

—¿Qué?

—Esta mañana, mientras desayunábamos. Recordé que, cuando era adolescente y venía a Valdelila, todo el mundo hablaba de ti como si fueras un héroe local, pero no soy muy de deportes, así que

no estaba muy al tanto de tu historial y he decidido buscarte en internet. ¿Qué pasa? ¿Te da miedo lo que haya podido averiguar?

—¿Qué has averiguado? —pregunto con la voz estrangulada.

Algo en su mirada cambia. Se suaviza, aunque odie reconocerlo.

—¿De verdad saliste con Sky Wilder? —No respondo, pero no parece necesitar una confirmación por mi parte, porque sigue hablando—. ¿En serio? ¡Es una supermodelo! Una belleza. Una diosa. Y tú eres... ¡un ogro!

Elevo una ceja. Salí con Sky algunas veces. Era encantadora y divertida en la cama, pero nunca fue nada serio. Aun así, no pienso decir ni una palabra para bien, ni para mal. Tengo la ligera impresión de que cualquier cosa que diga frente a Giulia será usada en mi contra en algún momento. Además, maldita sea, ¿me ha buscado en internet y eso es lo que más le impresiona?

—¿Me has buscado en internet y eso es lo que más te impresiona? —pregunto dando voz a mis pensamientos.

—Es que no entiendo de baloncesto. Bueno, sí, ahora tiene sentido que seas un gigante.

—¿Gigante?

—Altísimo. Cuerpo grande, manos grandes, pies grandes... Haces que una mujer se pregunte cosas acerca de las proporciones.

No sé si la he entendido bien. Creo que sí, pero no puede ser tan descarada, ¿no? Carraspeo y reconduzco la conversación antes de que mis pensamientos se desvíen demasiado.

—Bueno, lo que tú digas. El caso es que no hay uniformes de los Denver Blaze en miniatura. No en España, al menos —contesto de mala gana, zanjando el tema.

—¿Y por internet?

—Cómprale un puto chándal y ya está.

—Pero me gusta ese uniforme burdeos y dorado. Es elegante y bonito y...

—Giulia.

—¿Sí?

—Me estás colmando la paciencia.

—Bah, como si tú tuvieras de eso. —Inspira, mira a su alrededor y, cuando localiza las gradas del patio, las señala—. Estaré ahí mismo,

esperando que conviertas a mi pequeño niño taciturno en una mariposa social. Gracias y adelante.

No puedo responder. Se dirige a la grada mientras contonea las caderas como si fuera la reina del baile o algo así. Y lo peor de todo es que, aunque quiera detestarla, una parte de mí, la visual, sobre todo, no puede dejar de admirar la forma en que su culo se mueve y...

—Bella dice que me des la pelota rosa.

Bajo la mirada a Giuliano, que se aprieta su propio pantalón vaquero en un puño. Luego miro a mi sobrina, que intenta hacerse la inocente desde un lateral de la pista. Y por último miro a Giulia, que parece más familia de mi sobrina que yo mismo. De hecho, el hijo de su prima se parece más a mí que Bella. Tal vez deberíamos intercambiarnos los niños.

Niego con la cabeza y bufo mientras me retiro el pelo de la frente y me la froto distraído. Está claro que necesito acabar con la clase de hoy. El calor, los gritos infantiles y la tensión empiezan a pasarme factura.

Y que cierta chica italiana, preciosa y descarada, tenga los ojos fijos en mí me hace sentir de todo, menos cómodo.

15

Giulia



Debería ser delito estar tan bueno. Sobre todo teniendo en cuenta que está despeinado y vestido con un pantalón corto básico de deporte y una camiseta de manga corta con un letrero que dice SI PUEDES LEER ESTO, ESTÁS DEMASIADO CERCA. Menudo friki gruñón es León Lobo.

Pero un friki gruñón guapísimo, las cosas como son.

Pienso en el impulso de esta mañana, cuando lo he buscado en internet. No sé bien qué esperaba encontrar, pero desde luego, no un montón de artículos explicando el desgraciado accidente que sufrió en uno de los partidos más importantes de su carrera. Algunos medios hablan de él como una leyenda y un jugador serio y responsable, centrado al cien por cien en el baloncesto. Otros, más sensacionalistas, se ceban con la noticia y usan sin control las palabras *fatídico*, *despedida* y *desgracia*. En cualquier caso, todos coinciden en lo cruel que fue el destino con él hace casi tres años, cuando cayó mal después de dar un salto increíble. He visto el vídeo: León despega del suelo tan alto que me parece imposible que un ser humano sea capaz de hacer algo así. Sin embargo, la caída no es buena. El golpe es tan certero que me dolió solo de verlo. El impacto hizo que se partiera la rótula y se le desgarraran varios ligamentos de la rodilla. En el vídeo, se ve a León tumbado en el suelo, con los ojos cerrados y cara de dolor intenso mientras los médicos lo atienden y el público guarda silencio de un modo que pone los pelos de punta, teniendo en cuenta que el pabellón estaba abarrotado.

Con solo teclear su nombre en redes sociales he descubierto que él no tiene cuenta propia en ninguna de ellas, pero sí hay una avalancha de fans que lo idolatran. También son varias las cuentas anónimas que usan sus fotos de patrocinios, partidos y paparazis para enaltecerlo y convertirlo prácticamente en un dios. Me gustaría decir que no me he distraído mucho mirando, pero he visto tantas fotos de León jugando, entrenando, posando con mala cara para las marcas que patrocinaba e, incluso, sin camiseta en descuidos cuando se cambiaba en los vestuarios frente a algún medio, que tengo la sensación de conocer la posición exacta de varios de sus lunares.

Así que supongo que no es de extrañar que, con todo eso en mente, ahora no pueda dejar de mirarlo.

No le he dicho nada de su pasado, ni de su lesión, ni del modo en que, evidentemente, eso lo retiró de la vida pública y profesional. Y no lo he hecho porque me ha bastado nombrar la NBA y el uniforme de los Denver Blaze para ver su cara y darme cuenta de que aún es un tema espinoso. Me hago una nota mental para comentarlo con Abi, ahora que somos mejores amigas de forma oficial, y me centro en lo que de verdad me ha traído aquí, que es Giuliano.

El niño no se adapta al juego de los demás. Y no es porque juegue mejor o peor al baloncesto. Siendo sincera, nadie aquí está jugando al baloncesto. Incluso hay un niño que camina por la pista con los brazos alzados y los ojos cerrados, como si fuera un zombi ciego, mientras León intenta convencerlo de que los abra y coja una pelota. No es eso lo que me preocupa. Es el hecho de que no busca a nadie. No se relaciona con nadie y, de no ser por Bella, que lo arrastra de un lado a otro de la pista, Giuliano ni siquiera se movería del sitio.

No lo entiendo. Es un niño increíble, tiene un montón de intereses y de verdad que es muy inteligente. Le he preguntado a Fiorella quiénes son sus amigos, como quien no quiere la cosa, pero la muy imbécil me ha dejado en visto porque, al parecer, la cobertura es tan mala dondequiera que esté que no puede hablar bien. En realidad, solo pretendía comprobar si lo que me dijo Abigail es verdad; ¿es posible que Fiorella supiera que su hijo no tenía amigos y que, aun así, insistiera en mantenerlo aislado? Hace mucho tiempo que no

estoy de acuerdo con las decisiones de mi prima, pero esto... es demasiado.

Al menos podré ir esta tarde a comprarle ropa. He convencido a Rubén para que me acompañe a la ciudad. No deja de insistir en que lo pasamos tan bien hace diez años que deberíamos repetir, y yo no sé cómo decirle que hace diez años echamos un polvo bastante chapucero en el que lo más memorable fue el lugar elegido, como bien recuerda todo Valdelila. Aun así, le pedí que condujera mi coche porque yo no quiero matarme por la carretera y él accedió, así que al menos tengo que reconocer que es útil, guapo y majo. Y, honestamente, en estos tiempos, no pido mucho más de un hombre. Es triste, pero es la verdad.

Tan ansiosa estoy mirando las interacciones sociales de Giu, o más bien la falta de ellas, y pensando en esta tarde, que no me doy cuenta del drama que se desencadena por otro lado hasta que ya es inevitable. Oigo un grito de León, seguido de un grito de su madre, que ha llegado y le clava un dedo en el pecho mientras lo mira como toda una fiera. Puede que su hijo mida casi dos metros y ella pase con dificultad del metro y medio, pero Carmen es una bola de fuego. Me levanto de las gradas y me acerco a ellos.

¿Me incumbe a mí lo que sea que estén hablando? No.

¿Debería meterme en mis propios asuntos? Desde luego.

¿Pienso inmiscuirme de todas formas? Por supuesto.

—Que sea la última vez que le alzas la voz a tu madre. Yo no eduqué a un neandertal, así que deja de portarte como tal.

—Que sea la última vez que me organizas mi puta vida privada.

—Esa boca, niño.

—¡Tengo treinta años, mamá, joder!

—Esa boca, niño —repito a su espalda.

Se gira tan rápido y me mira tan mal que sonrío. En algún momento debería psicoanalizarme para entender por qué me parece tan divertido enfadar a un tío que es tan grande como un armario, con músculos definidos en partes que muchos otros hombres ni siquiera conocen. León puede resultar amenazador. Pero que no se entienda mal. No lo imagino siendo agresivo con nadie, aunque es evidente que muchas otras personas se sentirían intimidadas por

esas miradas de chico malo, sus gruñidos constantes y su altura y complexión propias de jugador profesional de baloncesto. En cambio, a mí no me provoca más que emoción ver hasta dónde soy capaz de enfadarlo.

Y no, no me creo especial. Me creo una falla de fábrica, más bien, porque lo mío normal no es.

—¿Qué pasa, gatito? ¿Necesitas ayuda?

—Lárgate —me dice antes de mirar a su madre—. Y tú también. Largaos las dos.

Yo lo ignoro, igual que su madre, porque sigue hablando de lo suyo. Mientras tanto, los niños corren por la pista. Creo que están jugando al escondite en vez de al baloncesto, pero aquí no hay sitios donde esconderse, así que cualquiera sabe.

—Martina es una chica maravillosa, León.

—No.

—Solo es una cena. ¡Ni que hubiera concertado con el cura un día para vuestra boda!

—Capaz eres. Te lo juro, mamá, como me obligues a...

—Ya le he dicho que cocinarás tú. Estará en tu casa a las ocho en punto. Así veis el atardecer juntos. Desde tu cabaña se ve precioso con el río de fondo.

Ahogo una risotada y, cuando León me fulmina con la mirada, me cuido mucho de morderme el labio inferior lo bastante fuerte como para no estallar en carcajadas frente a él. Por suerte, ahora mismo no soy la persona que peor le cae del mundo. Ese honor es todito para su mami.

—La llamas y le dices que no pienso cocinar una mierda.

—Pero cocinas de maravilla, hijo.

—Pues no le pega nada —intervengo.

—¡Que te largues! —me grita León.

Hago un gesto con la mano, desechando esa orden. Eso no va a pasar. Esta reunión se ha puesto de lo más interesante y de pronto solo quiero averiguar por qué Carmen le obliga a tener una cita con Martina, la maestra de Giuliano. Y por qué León parece tan disgustado con eso. La chica es preciosa y el otro día ya pude ver que mira a León con el anhelo pintado en la cara.

—No le hables así a Giulia, ¿qué te pasa? Agáchate ahora mismo para que pueda darte una colleja.

—Eso, gatito, agáchate para que mami te dé una colleja —susurro con voz cantarina.

—Ni me voy a agachar, ni pienso cocinar para Martina, ni voy a tener una cita con ella, mamá. Es imposible que eso pase, ¿entiendes? Totalmente imposible.

—Pero es una buena chica y está loca por ti.

—¡Pero a mí no me gusta!

—Ya habéis salido otras veces. Si no te gustara...

—Mamá, no va a poder ser.

—Pues es una lástima, porque estará en tu casa a las ocho en punto.

—Pues tendrás que ir tú allí a ver la puesta de sol con ella, porque yo no voy a estar.

—He mirado tu calendario. No tienes clases, ni...

—Voy con Giulia a la ciudad.

Podría haber dicho que va a pasar la tarde follando con un extraterrestre y yo no me habría sorprendido tanto.

—Perdona, ¿qué? —pregunta su madre.

Y muy bien preguntado, porque yo estoy pensando exactamente lo mismo.

—Voy con Giulia a la ciudad. Quiere comprarle ropa a Giuliano para sus clases de baloncesto y necesita mi opinión.

—Necesita tu...

Carmen es una mujer lista. Lo supe la otra noche nada más conocerla y no tengo ninguna duda de eso, así que no comprendo por qué de pronto su rostro cambia de la sospecha a la ilusión desbordante. Casi parece que le haya dicho que los Reyes Magos sí que existen.

—Ay, Dios, León, ¿es una cita? ¿Vas a tener una cita con Giulia?

Pero ¿esta mujer no estaba desesperada por organizarle una cita con Martina? ¿Cómo es que parece tan entusiasmada con la película que se acaba de montar? Estoy a punto de negar con la cabeza cuando León emite el carraspeo más grande de la historia y, para mi completa estupefacción, asiente.

—Exacto. Tengo una cita con Giulia, así que no puedo quedar con Martina, mamá. Eso sería indecente, ¿lo entiendes?

Carmen no lo sé, pero yo, desde luego, no entiendo absolutamente nada.

16

León



¿Cómo empiezan los infartos? Siempre he oído eso del dolor de brazo y pecho, pero no lo siento y, sin embargo, estoy casi seguro de que es cuestión de segundos que sufra uno.

—Y si tienes una cita con Giulia, ¿por qué le estás gritando que se largue? —pregunta mi madre.

Su emoción es tan tan tan contenida que estoy seguro de que podría darle una excusa de mierda y se la creería, porque si algo obsesiona a esta mujer desde hace años es el hecho de que no tenga una relación formal con nadie. No ve la hora de casarme y esperar a que le llene la casa de críos, porque en la vida de mi madre solo importan dos cosas: la familia y la Finca Lobo.

Ya puedes ser un asesino en serie, que si estás casado, con hijos y te gustan los caballos, mi madre te querrá. Es así de simple. Por eso sé que no tendré que esforzarme para hacerle creer lo de Giulia, al menos de momento.

—Le he gritado que se largue porque no quería que se le escapara que tenemos una cita. Pero no dejas de insistir con el tema de Martina y, sinceramente, mamá, me estoy sintiendo mal porque mi cita real no tendría por qué oír cómo intentas meter a otra mujer en mi casa.

La facilidad con la que me sale la mentira me sorprende incluso a mí. Miro de reojo a Giulia, que, por suerte, está tan pasmada que no le salen las palabras. Me lo anoto como una victoria, porque si algo

he descubierto en tiempo récord es que no hay forma de hacer que esta mujer se calle cuando quiere decir algo.

—No vuelvas a gritarle bajo ningún concepto —dice mi madre muy seria—. Estás a punto de cumplir treinta y un años, cielo. Que seas millonario y guapo no son atractivos suficientes para atar a una mujer para siempre.

—Gracias por tu consejo, mamá —contesto secamente.

—De nada. El dinero y el físico están muy bien, pero se acaban y luego lo que queda es el carácter. Así que haz el favor de cambiar el tuyo porque necesito más nietos, ¿comprendes? —No respondo y eso, por alguna razón, la enerva—. ¿Entiendes o no, hijo?

—Sí —murmuro con desgana.

Juro que puedo oír el modo en que Giulia se ríe de mí. La miro de reojo y su cara es inexpresiva, pero no me engaña. En su mente ahora mismo se está descojonando, y no me extraña. Quiero decirle algo, lo que sea, pero mi madre me vigila, así que solo suspiro y señalo a los niños, que han dejado de correr despavoridos por ahí y ahora se dedican a intentar hacer el pino sobre la pista.

—Tengo que trabajar.

—Ale, cariño, ale. Yo voy a decirle a Martina que, por desgracia, estás muy enfermo y no puedes quedar con ella.

—Pero no mientas, mamá, joder. Esto es Valdelila. Todo el mundo sabrá mañana mismo que no estoy enfermo.

Y es muy posible que todo el mundo sepa mañana mismo que Giulia y yo hemos tenido una cita, por improbable que pareciera. No es una cita de verdad, eso lo tengo claro, pero entre esto o volver a tener una cita con Martina... Bueno, me quedo con esto. Seguramente porque Giulia no va a intentar convencerme de que le ponga un anillo en el dedo y de venirse a vivir a mi casa mañana mismo.

Me sabe mal por Martina, de verdad, no es una mala mujer, sino todo lo contrario. Pero busca algo muy serio y soy consciente de que las pocas veces que salí con ella estaba tan ansiosa por caerme bien que no disfrutó. Y cuando hablamos de manera informal siempre está tan tensa que ni sé cómo tratar con ella, porque tengo la

sensación de que, con cualquier improperio que suelte, se echará a temblar.

Miro a Giulia de nuevo, es inevitable. Ella no se achanta con mis malas pulgas, pero eso es porque tiene su propio carácter de mierda y, la verdad, no tengo ni idea de cómo voy a conseguir que acepte fingir que tenemos una cita frente a mi madre. Hasta el momento no ha dicho nada, pero su fama la precede, y si algo tengo claro es que no va a conformarse con hacerme este favor por las buenas. Y mucho menos sin pedir algo a cambio.

La cuestión es: ¿qué puedo ofrecerle para que me ayude a salir de esta? ¿Y cómo de humillante va a ser para mí el resultado?

—¿Y bien? —pregunta ella en un tono que no me gusta nada en cuanto nos quedamos solos.

—Y bien, ¿qué?

Su sonrisa... Hay algo en la sonrisa de Giulia del Valle que me pone los pelos de punta, no porque sea preciosa, que lo es, sino porque enmarca un montón de cosas que estoy seguro de que no van a gustarme. Y cuando habla lo único que hace es confirmarlo.

—¿Listo para suplicar?

17

Giulia



Hasta hoy, el helado de pistacho tenía el primer puesto entre mis cosas favoritas en la vida. Mi barra de labios roja como la sangre tenía el segundo. El tercer puesto ni siquiera sé qué lo ocupaba, pero ya no importa, porque el helado y el pintalabios van a bajar en el *ranking* en cuanto consiga que León Lobo suplique y se coloque en lo alto de la lista.

—Estoy esperando y el tiempo es oro —le recuerdo.

—¿Cómo de difícil piensas ponerlo?

—Uy, mucho. —Parece tan torturado y profundamente infeliz que sonrío—. Para empezar, hoy vamos a comer fuera. Pensaba ir esta tarde a la ciudad, pero resulta que quiero ir a un buen restaurante.

—Según mi familia, en tu estirpe lo que sobra es dinero. No tienes problemas para pagar un buen restaurante.

—Así es.

—¿Entonces?

—Que no tenga problemas no significa que no vaya a disfrutar pidiendo lo más caro y sabiendo que pagas tú.

—¿Sabes cuánto dinero tengo yo? —me dice con una sonrisa engreída—. Podrías pedir lo más caro durante un año entero y ni me enteraría.

—Pero te va a molestar de todos modos.

—¿Por qué?

—Porque lo hago para sacarte de quicio. Tú lo sabes. Yo también. El simple conocimiento sirve para que la rabia burbujee en tu

interior. —Hace amago de protestar, pero alzo una mano—. Vas a invitarme a comer. Y vas a comprarme una nueva barra de labios.

—Siempre que no sea roja, vale.

—¿Qué tienes en contra del rojo?

—Nada.

—¿Y entonces?

No contesta.

Mi lado inseguro podría pensar que no le gusta que use este pintalabios, pero, seamos sinceras, soy guapa, sé que soy guapa y este pintalabios me queda de muerte y lo uso precisamente para fortalecer mi autoestima. Me da seguridad, me empodera, me hace sentir increíble, aunque sea una tontería. Es como ponerme una máscara que impide al mundo ver o intuir una sola debilidad.

Y, además, no me ha pasado desapercibida la forma en que León mira mi boca. Puede decir lo que quiera, pero le gusta cómo me queda el rojo.

—Una comida y un pintalabios. —Se rinde—. ¿Qué más?

—Cómo me gustan los gatitos dóciles...

—No me toques los...

—Vas a ser superamable toda la tarde.

—Ni lo sueñes.

—Ni que te estuviera pidiendo la luna. Una sonrisa, una charla agradable, un...

—Vale, joder. Seré agradable.

—Agradable según mis estándares, no según los tuyos.

—¿Qué les pasa a los míos?

—Pues que, conociéndote, para ti ser amable puede ser no escupirme a la cara. —Bufa y me río—. Y otra cosa más.

—¿Qué?

Su impaciencia es tan evidente a estas alturas que me reiría si no fuera porque, en el fondo, soy una mujer lista. Sé que sacarle una barra de labios y una comida está bien, pero no es algo que le suponga un esfuerzo ni un sacrificio. Los dos lo sabemos, aunque se ponga digno.

—Vas a devolverme el favor cuando te lo pida. Sin excusas y sin hacer preguntas.

Eleva una ceja, sorprendido, y por primera vez cuando habla no lo hace ladrando, sino con genuina curiosidad.

—¿Quieres que me haga pasar por una cita cuando lo necesites?

—Puede. O tal vez necesite otra cosa. Pero tendrás que aceptar.

—Mmm. Vale. —Encoge los hombros—. Ojo por ojo, supongo.

—Sin excusas, León.

—Vale.

—Y sin hacer preguntas.

—Que sí, joder. ¿Trato?

Estira la mano en mi dirección y, después de unos segundos de espera —solo para darle dramatismo—, la acepto. Sabía que sería mucho más grande que la mía, pero aun así me sorprendo, porque es que mi mano prácticamente se pierde entre sus dedos. Me quedo tan impresionada que no digo nada hasta que él se separa y da un paso atrás, como si ya hubiéramos estado demasiado cerca demasiado tiempo.

—Vale —carraspeo—, pues voy a casa a prepararme y ponerme guapa. Estaremos listos en una hora. Ah, por cierto, Rubén viene.

—Y una mierda. —Se enfada otra vez. Ha durado calmado la friolera de dos segundos—. Yo con ese imbécil no voy.

—Pero se había ofrecido a llevarme en mi coche.

—Pues ahora te llevo yo. No voy a consentir que mi madre mañana se entere de que en nuestra supuesta cita ha estado el inútil de Rubén.

—Oye, no lo insultes más, que es un chico majísimo. —Bufa de nuevo y pongo los ojos en blanco—. Vale, pues le avisaré para decirle que no puedo.

—Bien. Os recojo en una hora.

—Sí, pero vamos en nuestro coche. Está la silla de Giuliano y no tengo ni idea de cómo se instala en otro coche.

—Tengo una de Isabela en la camioneta. Puede ir ahí.

—O puedes traerla a ella y...

—¿¿Qué parte de que se supone que tenemos una cita es la que no entiendes?? Mi madre mañana preguntará todos los detalles; lo suyo es enfermizo. Y ya será bastante raro que tengamos una cita

con Giuliano presente, como para que encima se entere de que también me he llevado a mi sobrina.

—Pero tu madre no tiene que saberlo. Y a Giu le vendrá bien estar con Isabela.

—¡Mi madre lo sabe todo!

—Tienes treinta años, gatito. No seas patético, ¿quieres? Además, usa a tu sobrina; dile a tu madre que la niña viene para que las cosas sean más cómodas para todos, porque así ella y Giu se entretienen. Y, si lo prefieres, a tu hermana cuéntale la verdad. No hace falta que ella se crea este rollo.

Él me mira pensativo y, por primera vez, creo que empezamos a estar de acuerdo. Además, ahora que lo he dicho, no dejo de pensar que a Giuliano le irá bien una tarde en la ciudad con una amiga, lejos de Valdelila, del cole y de su rutina.

—Muy bien. En Casa Lavanda en una hora. No me hagas esperar, te lo advierto. Tengo hambre. Me pongo de mal humor cuando estoy hambriento.

—¿Hay algún momento en el que tú estés de buen humor?

—Sí, ahora. —Arqueo las cejas y me río—. ¿Qué?

—Que pareces un gato recién mojado.

—Deja de compararme con un gato.

—Deja de comportarte como uno.

Pone los ojos en blanco, se gira ignorándome y toca el silbato con todas sus ganas.

—¡Vamos a estirar, chicos! Hora de acabar la clase.

Giuliano viene hacia mí con el ceño fruncido.

—Ha durado muy poco.

—Lo sé, colega. Hemos llegado tarde. El próximo día estaremos aquí los primeros. —No parece contento y eso me gusta, porque significa que tenía más ganas de jugar de las que ha demostrado—. ¿Sabes la parte buena? Vamos a casa a ponernos guapos y pasaremos la tarde en la ciudad con Isabela y León.

—¿Por qué?

—¿Por qué no? —pregunto sonriendo.

No me apetece contarle que tengo una cita falsa con el tipo más antipático y guapo que he conocido en mi vida. Algo me dice que no

lo entendería, así que lo cojo de la mano, volvemos al coche, lo ato a la silla y compruebo muchas veces que está bien seguro antes de volver a Casa Lavanda a una velocidad vertiginosa de treinta kilómetros por hora, porque he decidido que ese es el tope para alguien que conduce como el culo.

Llego a casa y maldigo no tener algo que ponerme para dejar a León con la boca abierta. ¡Justo iba a aprovechar para comprarme algo decente esta tarde! Abro el armario de Fiorella y encuentro un vestido que yo jamás habría elegido. Negro, liso, soso. Muy Fiorella y muy poco yo. Me lo pongo, pero en cuanto me miro en el espejo sé que no puedo salir así, de modo que vuelvo a coger el vestido de punto de colorines que ya he lavado tres veces y me lo pongo con mis zapatillas deportivas. Total, no es una cita real, no es como si tuviera que impresionarlo...

Le envío un mensaje a Rubén para avisarle de que esta tarde al final no puedo quedar con él y me estoy repasando los labios justo cuando mi madre se apoya en la puerta de la habitación.

—No puedo creerme que tengas una cita con León Lobo.

Le he contado la versión de mentira. Adoro a mis padres, pero no saben mentir y conectaron muy bien con Carmen en la cena. No quiero que se la encuentren en el pueblo y echen a perder el plan. Ya está, así de simple. No es que a mí me interese que piensen que...

—¿Por qué no? —pregunto.

—Parece que os odiáis.

—No nos odiamos. Yo no odio a nadie.

Excepto a mi tía Bianca. Y a Fiorella. Aunque, siendo sincera, en mi fuero interno sé que ni siquiera a ellas las odio. Soy poco tolerante a la presencia de ambas, pero el odio es algo demasiado visceral para mí.

—Pues él sí te odia.

—Vaya, mamá. Gracias.

—Hija, yo solo digo que no parece encantado con tu compañía y, de pronto, tenéis una cita. Es raro.

—Bueno, solo vamos a ver qué tal. No es como si fuéramos a casarnos.

—Dime la verdad: ¿es un caso de química sexual descontrolada?

—Mamá, por Dios.

—Lo entendería más si fuera eso, hija; es guapísimo y el sexo es algo muy natural que...

—Mamá, tengo veinticinco años, te lo digo en serio: hace mucho que sé todo lo que hay que saber del sexo y no estoy lista para hablar de eso ahora mismo.

—Vale, pero prométeme dos cosas.

Pongo los ojos en blanco, pero le hago un gesto para que siga hablando.

—Dispara.

—Vas a comprar condones, por si acaso.

—¡Mamá!

—Y vas a contármelo todo.

—¡Mamá!

—Prométeme las dos cosas, Maria Giulia.

Vaya, parece que últimamente se ha puesto de moda utilizar mi nombre completo.

—No voy a comprar condones, porque tengo en mi mochila, aunque no pienso usarlos... aún. Y desde luego no voy a contarte detalles de mi vida sexual.

—No entiendo por qué. Es algo sano y...

Por fortuna, el timbre de la puerta nos salva de seguir manteniendo esta conversación. Salgo al pasillo y me asomo al cuarto de Giuliano.

—¡Vamos, colega!

El niño se levanta de inmediato de la alfombra en la que jugaba y se agarra a mi mano mientras recorremos el pasillo y huimos de mi madre, aunque él no lo sepa. Solo pido no encontrarme con mi padre de camino hacia la puerta. Lo consigo, pero estoy tan distraída con ese pensamiento que no puedo evitar disimular mi cara de sorpresa cuando abro y me encuentro con un León vestido con vaqueros, zapatillas y una camisa normal, sin mensajes bordes. Nada de ropa deportiva esta vez. Incluso parece que se ha peinado.

Está... está increíble.

Y huele increíble.

Dios mío, si ya es difícil dejar de pensar en lo atractivo que es con ropa de entrenamiento, ¿cómo voy a concentrarme cuando lleva esa pinta?

Me mira. Lo miro.

El mundo entero podría arder ahora mismo y yo solo pensaría una cosa: ojalá me hubiera puesto el vestido negro soso de Fiorella.

18

León



Hay quien dice que el infierno no existe, pero eso es porque no ha estado nunca en un centro comercial un sábado por la tarde con Giulia e Isabela. A Giuliano lo saco de la ecuación porque ese niño es un santo.

Estamos sentados esperando a que llegue nuestra comida tailandesa, ya que a las dos chicas de este extraño grupo les ha parecido increíble la idea de comer apiñados en una mesa enana y rodeados de un montón de gente, ruido y música alta.

—Podríamos haber elegido un buen restaurante —le digo a Giulia —. Pago yo, tenías todas las de ganar y nos metes aquí.

—La experiencia de verte lidiar con una silla minúscula suple con creces el hecho de no poder pedir langosta —me responde riéndose.

Razón no le falta. Estos bancos son demasiado pequeños, joder. No quepo bien. Tengo las piernas encogidas y, para colmo, hoy solo puedo tomarme una cerveza porque conduzco yo y he gastado esa bala en una marca que ni conozco, ni me gusta. Doy un sorbo y miro a mi lado, a Giuliano, que lo observa todo con los ojos abiertos, como si nunca hubiera estado en un centro comercial.

—¿Es tu primera vez comiendo tailandés? —El niño me mira fascinado y asiente—. La mía también. ¿Crees que te gustará?

—No sé.

—Yo tampoco.

—Giulia dice que me va a comprar camisetas de caballos. Y de dinosaurios.

Al parecer, ya se ha terminado la conversación acerca del restaurante. Por suerte, estoy acostumbrado a estas cosas con Bella.

—¿Te gustan los caballos? —Asiente rápidamente y sonrío.

Giuliano es un crío genial, no me ha hecho falta pasar más de dos días con él para confirmarlo. Antes de que Giulia entrara en su vida —o, más bien, en nuestras vidas—, apenas había coincidido con él al llevar a Bella al cole o en las dos ocasiones en las que ha estado de excursión en la finca, pero se notaba que le fascinaba el tema de los caballos y que, pese a su timidez, era un buen niño. Por eso me alegra que Giulia esté alentando sus gustos, aunque sea a través de la ropa. Su madre no tuvo la decencia ni de hacer eso, por lo visto.

—Podrías venir a casa algún día para montar a caballo —le digo.

Su cara pasa de la ilusión máxima a la seriedad en un solo instante.

—No, porque son peligrosos.

—¿Quién lo dice?

—Mamá.

El modo en que Giulia encoge los hombros es tan evidente que me quedo mirándola. Tiene los dientes apretados, pero cuando el niño la mira sonríe, aunque se nota que es una sonrisa falsa. Valoro de inmediato que se sienta tan incómoda con este tema, porque lo cierto es que, por lo poco que he visto y oído, tiene pinta de que Fiorella sobreprotegía al crío, no por su bien, sino por evitar que se relacionase con la gente de Valdelila. Y, sinceramente, Giuliano se merece que alguien le enseñe a divertirse y ser un niño.

—Los caballos no son peligrosos, Giu —le explica ella—. No si los tratas bien y con personas que saben. Y León sabe muy bien lo que hace.

En relación con los caballos, sí, sé muy bien lo que hago. En relación con todo lo demás está claro que no tengo ni puta idea, porque no hay más que ver dónde y con quién estoy. Aunque tengo que admitir que me ha gustado que mencione mi experiencia con caballos. Seguramente Abi se ha encargado de hablarle de esta parte y, de pronto, me pregunto cuántas cosas más le habrá contado mi hermana de mí.

—Tito te enseñará a montar —dice Bella—. Es el mejorrrrrr maestro. Y el más guapo. Por eso me dijo que lo tenía que llamar así: «tito guapo».

La carcajada de Giulia me hace suspirar. Yo sabía que traer a Bella era mala idea. Lo sabía a la perfección, sobre todo porque al final no le he dicho a mi hermana que mi cita con Giulia es de mentira. No puedo, no confío en que no le suelte a mi madre la verdad. Así que ahora mismo tengo a una niña pequeña hablando de más frente a mí, y a una Abigail demasiado emocionada montándose películas en casa.

—¿Haces que tu sobrina te llame «tito guapo»? —Giulia no puede dejar de reírse.

Y es una mierda, sobre todo porque está guapísima. Ese vestido de punto es... bueno, joder, es bonito. Y hace que un hombre se imagine cosas, aunque no quiera. El puto pintalabios no ayuda. Y esa risa..., no, esa risa tampoco ayuda a que pueda dejar de mirarla de un modo en que, desde luego, no debería mirarla.

Encojo los hombros, intentando parecer indiferente, y doy un sorbo a mi cerveza antes de responder.

—¿Acaso es mentira que soy guapo?

—Oh, desde luego que no. Eres igual de guapo que de gruñón. Para contrarrestar.

Estoy a punto de soltarle una pulla cuando mi sobrina se ocupa de cargar aún más el ambiente.

—Es muy gruñón porque está triste porque ya no puede jugar al baloncesto. Lo dice mamá. Y la abuela. Y papá. El único que no lo dice es el abuelo. El abuelo es que no habla mucho.

Y menos mal, porque el resto de la familia son una panda de alcahuetas que, al parecer, no tienen nada mejor que hacer que hablar de mí y de cómo me siento.

—Entiendo...

Me tenso esperando el comentario hiriente de Giulia. Solo hace una semana que llegó a Valdelila, pero ha sido suficiente para que instauremos una dinámica que consiste en aprovechar lo más mínimo para meternos el uno con el otro. Por eso me sorprende cuando alza su carta, pese a que ya hemos pedido, y frunce los

labios en un mohín que serviría para hipnotizar a cualquier pobre idiota.

A mí, por supuesto, no me afecta en nada.

—Los postres aquí tienen buena pinta, pero he visto una heladería entre la segunda y la tercera planta que me gusta aún más. Podríamos ir luego.

—¡Síííí! ¡Helado! —grita Bella.

Giuliano se ríe, que es lo más parecido a la euforia que le he visto experimentar nunca, y yo miro en silencio a la chica alocada e irreverente que tengo frente a mí, porque podría haber dicho cualquier cosa para hacer leña del árbol caído o, incluso, para sonsacar más información, pero se ha limitado a eludir el tema y dejarme respirar un poco, y para eso no estaba listo.

En realidad, para una Giulia comprensiva y empática no estoy nada listo.



Comemos en sorprendente armonía. La comida está buena, aunque me cueste admitirlo, y cuando Bella y Giuliano dicen que no pueden más con sus platos, me encargo de comerme sus sobras.

—De verdad que no sé dónde lo metes —murmura Giulia con aparente fascinación.

—Mido un metro noventa y uno y me paso el día moviéndome o haciendo deporte. Necesito suficiente gasolina para hacer funcionar este cuerpazo. Además, los músculos no se alimentan de aire —digo mientras flexiono los bíceps.

Ella bufa y pone los ojos en blanco, pero de reojo sí que mira mis músculos, y yo no puedo evitar una sonrisa engreída.

Terminamos de comer, pago la cuenta y vamos a mirar ropa, porque todos están tan llenos que no quieren el helado de inmediato.

Ahí empieza la segunda parte de mi infierno personal: Bella no deja de pedir cada cosa que encuentra. En serio. CADA COSA.

Giuliano solo busca desesperado algo con dinosaurios o caballos, y Giulia se pasea entre los pasillos de la tienda echando ropa sin ton ni son a una cesta que, solo dos minutos después de entrar, me ha encasquetado a mí.

—No sé por qué ponen cestas con asas tan largas. En cuanto las llenas un poco se arrastran por el suelo.

—No se arrastran por eso —susurro—. Lo que pasa es que tú tienes la altura de un minion, más o menos.

—Ay, qué gracioso. Aunque siento decirte que acabas de darte un tiro en el pie, porque yo soy pequeña, sí, pero tú, por el contrario, eres altísimo, como bien me has dicho hace un rato, así que vas a ser mi mulo de carga toooooooodo el día, gatito. ¿Qué te parece? ¿Estás contento? —Gruño, y esta vez sí que se ríe—. Así me gusta. Y ahora, vamos. Tengo que comprar bragas.

—No pienso acompañarte a comprar bragas.

—Pues elige un banco, siéntate y espera a que yo vaya, las compre y vuelva para meterlas en la cesta.

—No quiero mirar tus bragas.

—Eso dicen todos y siempre acaban suplicando —contesta riéndose de nuevo—. Mira, podemos hacer una cosa: cuando vuelva con ellas, si quieres te aviso para que puedas cerrar los ojitos como todo un niñato para no traumatizarte. ¿Así mejor?

No contesto, pero tampoco me siento en ningún banco, porque Isabela no deja de tocarlo todo y Giuliano sigue esperando que alguien le encuentre una puta camiseta estampada, así que dejo a Giulia y me voy con los niños.

Encuentro una camiseta de un dinosaurio en patinete, otra de muchos dinosaurios bebiendo batido y otra de un caballo que, si bien no es preciosa, a Giuliano parece encantarle. Lo echo todo a la cesta, junto con las cuarenta mil prendas de Giulia, la diadema de unicornio de Bella, el tutú de estrellas plateadas que ha metido a traición y unas zapatillas con luces a las que yo, desde luego, no les he dado el visto bueno.

—Deja de meter cosas aquí dentro, niña. Esto pesa como un muerto.

—¿Cuánto pesa un muerto? —pregunta Giuliano.

—Depende de lo grande que sea —responde Bella.

Giuliano se queda en silencio, me mira desde los pies hasta el pelo y se gira hacia mi sobrina.

—Cuando tu tío se muera, nadie va a poder con él.

La niña lo encuentra graciosísimo y comienza a reírse a carcajadas que contagian a Giuliano. La gente nos mira, yo intento deshacerme de los zapatos con luces y, en medio de todo el caos, llega Giulia con los brazos llenos de sujetadores y bragas. Hay encaje, mucho encaje negro, azul cielo y lila. No puedo mirar más, y me obligo a apartar la vista y tenderle la cesta para que lo eche todo dentro. La oigo reírse y murmurar algo acerca de mi comportamiento pueril, pero no me importa. Puedo tolerar las risas infantiles a decibelios exorbitados, las zapatillas con luces, los tutús y las camisetas de dinosaurios, pero no estoy listo para averiguar qué tipo de ropa interior va a llevar Giulia de aquí en adelante. Y aún menos para torturarme intentando adivinar qué conjunto llevará debajo cada vez que la vea.

Por desgracia, el mundo decide ponerme a prueba una vez más en el momento en que Bella grita extasiada y mete la mano en la cesta.

—¿Por qué tus bragas están rotas? ¿Puedo tener yo bragas rotas?

—No están rotas, cielo —contesta Giulia riéndose.

—¿Y por dónde te tapas el culo con esto? —pregunta la niña desplegando un tanga frente a todo el que quiera pararse a mirar.

Cualquier otra chica se habría muerto de vergüenza, pero Giulia suelta una tremenda carcajada antes de colocarse el tanga por delante del vestido para explicarle a mi sobrina cómo y dónde va. Cierro los ojos con fuerza, pero es tarde. He imaginado con demasiada claridad cómo va a quedarle el maldito tanga lila.

La culpa, en el fondo, es mía. Demasiado tiempo sin sexo. Hace meses que lo pienso, no es sano, y he empezado a recurrir a la mano izquierda en la ducha porque algo me decía que los músculos de la derecha se me iban a desarrollar en exceso si no. Son necesidades fisiológicas, nada más, y hasta ahora yo solito me bastaba; pero si ver un tanga en manos de Giulia hace que se me altere la respiración, es evidente que va siendo hora de ponerle fin al problema.

No con ella, obviamente. No sé con quién, pero... Bueno, no sé. Ya veré cómo lo hago.

—¿Gatito?

Salgo de mis pensamientos a tiempo de ver a Giulia mirándome como si me hubiera ido a otro planeta.

—Deja de llamarme así.

—No va a funcionar —dice Giuliano—. Yo le digo todo el rato que no me llamo Giu, pero se le olvida.

—Tiene razón —responde ella riéndose otra vez—. Se me olvida, así que lo siento, gatito. Te decía que ya estoy lista. ¿Pagamos y vamos a por el helado? Y luego a la tienda de deportes. Quiero mirar la ropa de Giu.

—¿Ves? —pregunta el niño resoplando.

Contengo una sonrisa, le revuelvo el pelo y asiento mientras camino hacia la caja con los tres pisándome los talones.

Al menos, con un poco de suerte, en la tienda de deporte no habrá nada sexi que pueda comprar para ponerme frenético.

19

Giulia



Miro mal a León cuando se niega a tenderme la cesta en la tienda de deportes.

—¿Más ropa? ¿Cuántas cosas llevas ya?

—¡No tantas! —exclamo ofendida.

—Giulia, para.

—Oye, ni que fueras a pagarlo tú.

León me ignora. Se asoma al interior de la cesta y cuenta los conjuntos deportivos que he comprado para Giuliano. Ay, son monísimos y hay tantos modelos que no sabía cuál elegir, así que he decidido comprárselos todos.

—Llevas nueve conjuntos para un niño que va a jugar al baloncesto tres horas a la semana.

—¿Y qué?

—Que tienes una puta enfermedad con esto. En serio, no es sano.

—¡Oye! Giuliano casi no tiene ropa de deporte y en el cole hacen educación física.

—Está en infantil. Martina los saca al patio y deja que corran sin rumbo. Eso no es hacer educación física.

—Pero para ir al parque necesita ropa cómoda.

—Ropa cómoda, sí. Conjuntos de baloncesto de marca, no.

—No todo son conjuntos de baloncesto. —Señalo lo que llevo en las manos—. Mira, hay chándales de pantalón largo y de pantalón corto, porque empieza a llegar el calor, pero por las mañanas todavía refresca. Y sudaderas de cremallera para que le resulte fácil

quitárselas. Y, oh, mira qué monada. —Abro frente a sus ojos una camiseta y sonrío, feliz—. ¡Es un dino jugando al fútbol!

—¡Me encanta! —afirma Giuliano acercándose.

Y solo por eso la meto en la cesta a empujones. Su ilusión al ver todo lo que le estoy comprando compensa con creces la mala cara de León. No porque Giuliano no tenga ropa. Tiene, de hecho, un armario entero, pero es más apropiada para ir a tomar un *brunch* que para ensuciarse las rodillas jugando, que es lo que debería hacer a diario.

—Giuliano ni siquiera juega al fútbol. En todo caso necesitas un dinosaurio con una pelota de baloncesto.

—Bah, detalles sin importancia.

—Detalles sin...

—¡Mira, tito guapo! —Bella se acerca sosteniendo una pelota de baloncesto rosa por encima de su cabeza. Sonríe y se la tira a León al vientre. Y puede que su tío fuera jugador profesional, pero estaba tan concentrado en sostener mi cesta que no ha podido esquivar el golpe—. ¡Es rosa! —exclama la niña sin remordimientos.

—Bella, hemos hablado mil veces de esto. Da igual el color de la pelota, lo importante es encestar.

Pero mientras lo dice y le da toda una charla a su sobrina acerca de no ser materialista, coge la pelota del suelo y la mete en la cesta. Sonrío, aunque me cuido de que él no me vea hacerlo. Si algo he aprendido hoy es que León gruñe por todo, pero acaba acatando casi cada cosa que se le pide, sobre todo si proviene de Bella. Esa niña lo tiene completamente dominado.

Cuando lo tenemos todo vamos a la caja y, no por primera vez en mi vida, me pregunto si en algún momento dejaré de pagar con una tarjeta enlazada a una cuenta en la que ingresan dinero mis padres. Tengo veinticinco años, es vergonzoso, pero por otro lado... esta vez no es para mí, ¿verdad? Estoy siendo una gran prima segunda para Giuliano. ¿Soy una prima segunda? Si su madre es mi prima hermana, sí, ¿no?

—¿Qué te pasa? —León se coloca a mi lado mientras salimos de la tienda—. Tienes cara rara. Como de estar pensando en cosas que no debes.

—¿Qué soy yo de Giuliano? —pregunto en susurros.

Se para en seco, me mira y se humedece los labios de un modo que no debería haberme hecho pensar que es sexi, pero así están las cosas. Al parecer, tengo capacidad para pensar en mi parentesco con el niño y en lo sexi que resulta León al mismo tiempo.

—¿A qué te refieres?

—Si su madre es mi prima, ¿yo qué soy? ¿Su prima segunda o quizás una especie de tía?

Por primera vez desde que lo conozco, tengo entrada en primera fila para ver una sonrisa de León. Dura tan poco que, por un instante, me pregunto si no me lo habré imaginado, pero ahí estaba. Rápida, fugaz, incontrolable.

—¿Y a qué viene esa duda ahora?

—Oh, estaba inflándome el ego a mí misma porque soy una niña mimada que usa la tarjeta de mamá y de papá, pero esta vez ha sido para comprar cosas a Giuliano. Y eso me convierte en una excelente... ¿qué? ¿Qué soy yo?

—¿Por qué te preocupa saberlo? No tiene importancia.

—Claro que la tiene.

—No, no la tiene. ¿Quieres saber qué eres de Giuliano? —pregunta él señalando al niño, que salta a la pata coja imitando a Bella unos pasos por delante de nosotros—. Eres la persona que ha gastado una pasta en comprarle ropa cómoda y bonita para que se sienta bien. Y la persona que ha entendido en una semana cosas que su propia madre no ha podido entender en cinco años. No sé si eres su prima segunda o su tía, pero da igual. Al parecer, y contra todo pronóstico, eres lo que él necesitaba y punto. Con eso vale.

Lo miro con la boca abierta. Ni siquiera sabía que León era capaz de juntar tantas frases y decirlas de corrido.

—Eso ha sido... Bien, vale. Gracias.

—Y ahora vamos a por el helado, ¿quieres?

—Ah, la cordura y los gruñidos han vuelto. Menos mal, empezaba a sentirme incómoda con tanta charla profunda.

—Me muero de hambre.

—¡Has comido una barbaridad hace solo un rato!

—Y desde ese instante hasta ahora me has hecho cargar con un montón de peso; primero las cestas y ahora las bolsas. Mi sobrina me ha chantajeado tanto que estoy exhausto y Giuliano... —Mira al niño y suspira—. Nada. Ese niño es el único que no me ha dado un solo problema, en realidad. Pero de todos modos da igual: me merezco un descanso y un helado gigantesco.

Pongo los ojos en blanco, pero se lo concedo. Después de todo, está soportando este día mucho mejor de lo que yo esperaba. Vamos a la heladería y le encargo a León que me pida un café granizado y lo que quiera el niño antes de ir al baño.

Tardo poco, pero al volver ya están sentados, mi granizado reposa en la mesa y Giuliano y Bella intentan lidiar con un inmenso cucurucho de chocolate cada uno mientras León, con una cucharilla de plástico que en sus manos se ve diminuta, intenta remeterles el helado dentro de la galleta para que no chorree por todas partes. Y, pese a lo que cabría esperar por su mal humor casi constante, lo hace sin quejarse, de una manera silenciosa y metódica. Sin gritos, ni malas formas. Sin importarle nada que lo estén ensuciando, porque lo único que hace cuando Bella salta, tropieza y apoya una mano llena de chocolate en su ropa impoluta es sujetarla y limpiarle la boca sucia con una servilleta. Luego sonríe y les dice algo a los niños que los hace reír a carcajadas. Y yo me quedo aquí, sorprendida por su actitud cuando piensa que no lo veo y un poco más acelerada de la cuenta.

Porque León Lobo es un gruñón, pero tiene un corazón de oro, aunque se empeñe en ocultárselo a todo el mundo.

Llego a donde están, tomo asiento y, cuando soy consciente de cómo él vuelve a tensarse un poco, me prometo a mí misma no ser demasiado capulla lo que resta de día porque, de pronto, tengo una nueva misión en la vida: conseguir que León se relaje conmigo del mismo modo en que lo hace con los niños.

No puede ser tan difícil, ¿no?

20

León



El lunes me despierto con alguien golpeando la puerta como si pretendiera derribarla. Resoplo, miro el reloj y, cuando me doy cuenta de que solo son las siete de la mañana, me despego a trompicones de las sábanas, decidido a gritarle mucho y muy alto a quien esté al otro lado. Bambi se levanta de su cama y me sigue moviendo el rabo a toda velocidad, contento de poder salir antes.

Abro la puerta y el perro se escapa mientras yo me concentro en la visita. Por desgracia es mi madre, así que me desinflo de inmediato. No es que mis ganas de gritar mengüen, pero mi sentido de la supervivencia gana. Gritarle a mi madre es algo que me he planteado en muy pocos momentos de mi vida, y en todos y cada uno de ellos me he acabado arrepintiendo.

—¿Qué pasa? —No gritarle no significa que no pueda ser borde.

—Tu hermana se encuentra fatal.

—¿Qué le ocurre? —pregunto preocupado.

—Ella dice que es gripe. Yo espero que sea otro embarazo. En cualquier caso, no puede llevar a Bella al colegio. Te toca a ti.

Ni siquiera he terminado de procesar la palabra *embarazo*. No estoy listo para otro sobrino. A mí nadie me ha preguntado si esto era buena idea, así que espero que sea gripe.

—¿Y por qué no la lleva Samu?

—Tiene programada una cirugía a primera hora.

—¿Y tú...?

—La vas a llevar tú, León. Fin de la discusión. —Ni siquiera puedo quejarme, porque sus verdaderas intenciones se descubren de inmediato—. Por cierto, ya de paso, le das a Giulia un bizcocho casero que he hecho, puesto que no quisiste invitarla ayer a la comida familiar de los domingos.

—No la invité porque, como bien has dicho, la comida familiar de los domingos es para la familia.

—Ella es tu novia.

—No lo es.

—¿Tan mal fue la cita?

—No, pero...

—Porque si fue mal, no pasa nada. Puedo llamar a Martina y...

—¿Quieres hacer el favor de dejar a Martina en paz?

—¡Necesitas tu propia familia, León! Algo que le dé sentido a tu vida para que empieces a recuperarte de una vez por todas.

Es imposible explicarle a mi madre que formar mi propia familia no hará que me sienta más completo, o que mi vida cobre sentido, porque mi vida es un desastre. Lo cual no quiere decir que no me guste.

Sé que todo esto nace de la preocupación y por eso intento no tomármelo demasiado mal, pero de verdad que necesita dejar de intentar gobernar mi vida y de actuar como si, por tener pareja e hijos, fuese a estar mucho mejor.

En realidad, tampoco es que esté mal... Es decir, sé que perdí la oportunidad de mi vida y no puedo ni pensarlo sin sentir que se me hunde el pecho, pero el trabajo con los niños me gusta. Enseñarles a montar a caballo o jugar al baloncesto es gratificante y, lo mejor de todo, sin duda, es que los niños no me juzgan, ni tienen expectativas de ningún tipo puestas en mí. Sí, trabajar con niños me gusta. Lo que no me gusta es aguantar a sus padres. Ni a ningún otro adulto.

Por eso ayer fui a la comida familiar y, en cuanto pude, volví aquí, a mi cabaña junto al río, y me dediqué a entrenar, ver una peli y descansar en compañía de Bambi, en silencio y en la más absoluta calma. Fue un buen domingo, aunque de vez en cuando me preguntara qué andaría haciendo Giulia.

Nuestro día de centro comercial no fue tan mal como yo había imaginado en un principio. Gastó una barbaridad de dinero en ropa, sí, pero en cierto modo estaba justificado. Giuliano estaba pletórico con todas sus prendas nuevas y ella, al parecer, no tenía mucho más que ponerse aparte de ese vestido de colores que ya le he visto varias veces. También fuimos a por su barra de labios y, aunque formaba parte del trato que yo se la comprara, la terminó pagando ella porque, según dijo, ya había hecho mucho al sujetar la cesta de la compra y pagar la comida y los helados.

Lo que quiero decir es que, para lo que yo esperaba que fuera, en realidad fue bastante bien. Pero de ahí a meterla en mi vida más veces..., no era algo que tuviera planeado, la verdad. Y, sin embargo, cuando mi madre me sigue amenazando con avisar a Martina, lo primero que pienso es que ni loco pienso aceptar eso. No por Martina, sino porque con Giulia, al final, siento cierta comodidad al poder ser yo. No tengo que esforzarme por sonreír si no quiero y no tengo que sacar conversación solo para que no se generen silencios tensos.

El camino de la ciudad a Valdelila, por ejemplo, lo hicimos con los niños dormidos y con Giulia toqueteando la pantalla de mi coche para conectar su móvil al *bluetooth*. Yo no quería que enlazara nada a mi coche y no solo lo hizo, sino que me torturó con su música, pero se estuvo calladita y no me sentí en absoluto incómodo.

—Mamá, oye —digo cortando en seco su diatriba—. Giulia no es mi novia, pero pretendo pedirle más citas. Solo necesito un poco de tiempo y que dejes de meterte en mi vida, ¿vale?

—Pero entonces, ¿por qué no la invitaste a la comida familiar?

—Porque no quiero atosigarla o que piense que estoy desesperado.

—Hijo, pero sí que estás desesperado.

—No, mamá. Esa eres tú.

—Ya, eso es verdad. Bueno, vale, de momento voy a dejarte a tu aire..., pero si no veo avances, voy a meterme en medio, León.

—¿Es una amenaza?

—Llámalo como quieras, pero quédate con el significado, que es lo que de verdad importa. Y ahora dúchate, ponte guapo, ve a casa de

tu hermana, dile que está guapísima, aunque las ojeras le lleguen a las rodillas, recoge a Bella y llévala al cole.

Se marcha con la misma energía con la que ha llegado y yo miro a Bambi mientras corre junto al río durante unos instantes. Negarme no es una opción, así que lo mejor que puedo hacer es tomarme el primer café del día y luego obedecer, aunque sea a mi manera.

Sí que me ducho, pero no sé si a mi pantalón vaquero y mi camiseta negra lisa se le puede llamar «ponerse guapo». Es literalmente lo primero que he pillado del armario. Me paso el peine por el pelo mientras pienso que es hora de recortarlo un poco y, cuando no consigo domarlo, cojo una gorra negra y me la coloco antes de subirme en la camioneta.

Abigail tiene más cara de gripe que de embarazo, por suerte, y en cuanto me ofrezco a llevar a Bella al cole se me tira al cuello, feliz de poder quedarse en pijama.

—Eres el mejor hermano del mundo.

—Lo sé.

—Y el más creído —contesta riendo—. Por cierto, Bella estuvo parloteando todo el día de ayer sobre lo bien que lo pasó con Giuliano, con Giulia y contigo.

—No estuvo mal.

—Para ser una cita falsa, parece que todos disfrutasteis mucho...

—No fue una cita falsa.

Sí lo fue, pero no quiero reconocerlo porque no confío en que no use esa información en mi contra. Es un posible chantaje demasiado bueno, y Abigail es un amor por las buenas, pero un verdadero grano en el culo por las malas.

—Venga ya, León. Es evidente que fue una treta para librarte de mamá. Me contó que te había organizado una cita con Martina y, vaya, ¿curiosamente ese mismo día tienes otra cita con una chica a la que ni siquiera soportas? —Sonríe—. Además, ayer me mensajeé con Giulia.

—¿De qué tienes su número?

—Se lo pedí cuando vino a la cena. Somos mejores amigas, ¿recuerdas?

—¿Qué te ha dicho? —pregunto, ignorando el hecho de que las dos piensen que pueden ser mejores amigas solo porque lo han decidido, aunque casi no se conozcan.

—Oh, cosas muy interesantes.

—¿Ha dicho que nuestra cita era falsa?

—No, pero lo he intuido de todas formas.

Podría ponerme difícil, no confesar e insistir en que se equivoca, pero llegados a este punto lo mejor que puedo hacer es tenerla como aliada. Es evidente que no se traga la mentira, así que empeñarme en convencerla solo conseguirá que se enfade y entonces estaré aún más jodido.

—Si te chivas a mamá...

—No lo haré.

—¿Segura?

—Ajá. Estás aquí, vas a llevar a Bella al cole por mí y... bueno, tengo mis razones para mantener la boca cerrada.

—¿Esas razones son chantajearme de algún modo para que haga cosas que no me apetecen una mierda?

—Por supuesto. Pero además tengo la esperanza de que, al pasar tiempo falso con Giulia, te des cuenta de que podría ser tiempo real.

La miro con la boca abierta. Mierda, esto es aún peor que todas las demás opciones. Mi hermana es una romántica empedernida, aunque también esté loca de remate. Convertirá toda esta pantomima en su propia *romcom* favorita y no tengo manera de escapar de sus expectativas porque puedo ver, incluso con lo mal que se encuentra, el brillo de la ilusión en sus ojos.

—Abi, no voy a liarme con Giulia.

—Ajá.

—Lo digo en serio. Está loca. Es inmadura, casi seis años menor que yo, egocéntrica, mimada y...

—Preciosa, lista, divertida y con un corazón de oro. No hay más que ver cómo cuida de Giuliano. ¿O me lo vas a negar?

Es imposible negar algo así. No soy un ogro, aunque muchos piensen que sí. He podido ver todas esas virtudes y más en Giulia, pero de verdad que liarme con ella no entra en mis planes.

—Es una mujer capaz de poner la vida de cualquier hombre patas arriba. Y mi vida ya está lo bastante desordenada, ¿no crees?

—No, no lo creo. Creo que, de hecho, necesitas desordenarla aún más. —La miro frunciendo el ceño, pero no se detiene—. Necesitas que alguien te vuelva loco, León. Pero loco en el buen sentido. Tienes que recuperar la ilusión, por tu propio bien, pero también debes darte cuenta de que tienes muchísimo que ofrecerle al mundo y a otra persona. Tienes que entender que el baloncesto profesional se acabó, pero tu vida no.

—Entendí eso hace años —digo con la voz ronca.

—No, hace años acabó tu carrera profesional, pero tú todavía no has aceptado que tu vida ahora es distinta. Y distinta no tiene por qué ser peor.

—Me preparé toda la vida para ser jugador profesional, Abi. ¿Qué quieres? ¿Que vaya por ahí oliendo flores y fingiendo que estoy feliz de que todo terminara antes de los treinta?

—Por supuesto que no. Pero quiero que asimiles que un golpe, por duro que sea, no sirve para derribar a una persona. No hay ni una sola carrera profesional o sueño roto que pueda contigo, León. Me niego a creer eso.

—¿Por qué?

—Porque si algo así termina contigo... Si te dedicas a asumir que la larga vida que aún te queda por delante va a ser vacía y triste, no podré soportarlo, ¿comprendes? Sé que no me crees, pero necesito que vuelvas a ser el héroe que siempre he pensado que eres.

—El héroe que tú pensabas que era se quedó en una cancha de baloncesto.

—No es verdad. Eras un jugador increíble, pero ese no es el motivo por el que te convertiste en la persona que más admiro del mundo. Y ojalá algún día puedas ser consciente de que todavía tienes mucho para dar... y mucho que disfrutar de la vida.

Trago saliva y miro a otro lado, evitando el contacto visual con mi hermana. No quiero que se percate de hasta qué punto me afectan sus palabras. Por eso, cuando mi sobrina entra en la cocina alborotándolo todo, la insto a tomar algo rápido de desayuno y la saco de casa con la intención de llevarla al cole, pero sobre todo de

huir de un hogar en el que da igual cuánto la cague, porque siempre se empeñan en verme como si de verdad fuera digno de todo ese amor y admiración.

Como si aún quedara algo en mí que mereciera la pena salvar.

21

Giulia



Creo que no le caigo bien a la maestra de Giuliano. Y al noventa por ciento del pueblo tampoco. Salvo al diez restante por un acto de fe, más que nada.

No es que no haya sido consciente hasta ahora, sobre todo porque desde el principio me ha constado que mi fama me precedía, pero en mis primeras interacciones con los habitantes de Valdelila, en general, noté más curiosidad que tirantez. Hoy, en cambio, los ánimos están... raros.

He querido ser una persona responsable, así que les he dicho a mis padres que yo me encargaba de Giuliano. He conducido hasta aquí, he aparcado en el llano de tierra que hay junto al colegio y, nada más bajar, una señora mayor me ha dicho que nadie aquí olvidará nunca todo lo malo que hice. Podría haberme ofendido, porque me parece un pensamiento muy exagerado, pero no me gusta enfadarme con ancianos, ya que en teoría están cercanos a la muerte y, si Dios existe, que no lo sé, no quiero que le digan que soy una cabrona, así que lo he dejado correr.

Pero es que justo después, nada más entrar en el edificio, Martina me ha dicho que tenía que pasar por secretaría y firmar varios documentos que el director lleva días esperando a que firme. No parece nada malo así en principio, pero me lo ha dicho justo después de que yo le hiciera algunas preguntas muy educadas a las que ha dado respuestas... secas. No malas, como tal, pero sí secas. El director tampoco ha sido muy amable y no lo entiendo. Sí, sé que

fui una capulla en el pasado, pero tenía quince años y de verdad pensaba que eso estaba olvidado.

Quizás son imaginaciones mías. Tal vez solo se trata de un par de personas que puntualmente me guardan rencor, pero eso no implica a todo el pueblo, ¿verdad?

Salgo del despacho del director mientras este me acompaña, como si yo fuera alguien a quien hay que vigilar cuando sale de los sitios. O tal vez es muy educado y solo estoy siendo una paranoica.

—Entonces, ¿está todo solucionado? —pregunto en un intento de despedirme con amabilidad.

—Hombre, yo no diría que está solucionado, sobre todo porque habrá que ver qué daños psicológicos causa esto en Giuliano.

—Me refería a la parte administrativa.

Respondo igual de fría que él, porque una cosa es que yo intente ser amable y otra que vaya a arrastrarme o permitirle a este señor juzgar a mi familia, aunque tenga todas las razones del mundo para hacerlo. Soy la primera que no soporta que Fiorella esté haciendo esto, pero por dignidad me toca defenderla, qué remedio.

—Sí, supongo que la parte administrati... ¡Hola, León, buenos días!

Frunzo el ceño cuando sigo su mirada y me encuentro con el exjugador entrando en el pasillo, con Bella alzada en un brazo y una bolsa de tela en la mano libre. No quiero tenerle en cuenta al director que me haya dejado con la palabra en la boca porque..., bueno, digamos que le entiendo: a mí también me ha desconcentrado la imagen de León haciendo pesas, aunque sean en forma de niña de seis años, y vestido con vaqueros y gorra.

—Buenos días —dice él acelerado—. Voy tarde que te cagas.

—No te preocupes, ni que fueras a la universidad —contesta Alfredo, el director, antes de reírse de un modo muy tonto—. ¡Martina la recibirá sin problemas!

—Genial —responde antes de mirarme y añadir en tono seco—: No te vayas, tengo que hablar contigo.

Se larga antes siquiera de que pueda responder y veo cómo, al fondo, Martina abre la puerta y lo recibe con una sonrisa tan cordial que me queda claro en el acto que no es que tenga un mal lunes, sino que no ha querido ser simpática conmigo específicamente.

—Es un tipo excelente —dice Alfredo sacándome de mis cavilaciones.

—¿Mmm?

—León. Es un hombre excelente, de lo mejor que tenemos en el pueblo. —Lo miro sin saber qué decir, pero, al parecer, no hace falta que diga nada, porque él sigue hablando—. Ya sembraste el caos en el pasado, no lo repitas, y menos si ese caos incluye hacerle daño al mejor tipo que tenemos en Valdelila.

Me encantaría responder algo, lo que sea, pero la falta de café está afectando a mis neuronas y, además, me he quedado a cuadros. ¿Acaba de amenazarme? Esta mañana todo está siendo demasiado raro. No puede ser que lo de mi cita con León sea ya de dominio público, ¿verdad? Y tampoco puede ser que el pueblo me odie por eso, ¿no?

Salgo del colegio, voy al llano y espero a León, que apenas tarda unos minutos en aparecer. Se dirige hacia mí y, nada más llegar a mi altura, me da la bolsa de tela.

—Es un bizcocho casero de mi madre.

—¿Para mí? ¿En serio?

—No te emociones demasiado. Solo intenta comprarte con comida para que quieras volver a salir conmigo en una supuesta cita.

Me río, no sé si porque es lo más divertido que me ha pasado en lo que va de día, pero acepto el bizcocho de buen grado.

—Al menos a alguien le parece bien que me acerque a ti —murmuro.

—¿A qué te refieres? —pregunta con el ceño fruncido.

—Nada, tonterías.

—¿Qué ha...?

—¿Puedo pedirte un favor? —pregunto cortándolo, porque no voy a contarle que creo que el director del colegio me ha ordenado que no le haga daño y que una anciana me ha increpado. Es raro incluso en pensamientos, no quiero ni imaginármelo en voz alta.

—Depende.

—¿De qué?

—De cómo de grande sea y cuánto va a costarme.

—Oh, no vale dinero.

—No me refería al dinero.

—Y entonces, ¿a qué...? ¿Sabes qué? Da igual, porque estoy espesa, así que voy a ir al grano: necesito que hoy, después de baloncesto, te lleves a Giuliano a casa de tu hermana. Ella ya está avisada de todo, no te preocupes.

—Mi hermana tiene una gripe bestial.

—¿En serio? No me ha dicho nada.

—Por eso he traído yo a Bella. Abigail tiene una pinta espantosa. Mi madre está rezando para que sea un embarazo y yo estoy rezando para que no lo sea.

—¿Y qué más te da a ti que tu hermana esté embarazada?

—No estoy listo para otro bebé en la familia. Isabela ya me controla lo suficiente.

Su cara de sufrimiento es tan real que suelto una carcajada. En eso tiene razón, su sobrina prácticamente lo tiene esclavizado.

—Vale, entonces intentaré que mis padres se lo lleven toda la tarde por ahí. Aunque me iría de perlas su ayuda.

—También puedo llevarme a Giuliano.

—Pero has dicho que tu hermana está enferma.

—Sí, bueno, me lo quedo yo. De todos modos, pensaba quedarme a Bella.

Son esas cosas..., justo esas cosas las que me hacen cambiar de opinión cada vez que decido pensar que León es un capullo huraño y antipático.

—¿De verdad no te importa?

—No. —Encoge los hombros con indiferencia—. Podría aprovechar para acercarlo a los caballos, como dijimos. ¿Te parece bien?

—Sí, claro. Pero... ¿ni siquiera vas a preguntarme qué voy a hacer? ¿Aceptas ser niñero sin pedirme nada a cambio?

—Oh, sí que te voy a pedir algo —dice sonriendo de una manera letal para mi pulso, que se altera así, por las buenas, sin avisar.

—Ah, ¿sí?

—Otra cita falsa. Necesito que mi madre se calme. Necesito que mucha gente se calme, joder. Yo te hago de niñero hoy y tú me das una cita falsa cuando sea, pero pronto.

No sé cómo sentirme ahora mismo ni qué decir. Siento que debería mostrarme reticente, pero, si soy sincera, nuestra cita falsa el otro día fue sorprendentemente... agradable. Y la idea de repetir el plan no me disgusta. Al final, termino dándole una explicación que no me ha pedido:

—Mañana es el cumple de Giu. Por eso hoy necesito que hagas de niñero. Le he dicho a Martina que toda la clase está invitada, incluida ella, y quiero ir a comprar la decoración, la comida y... Voy a estar ocupada. Estás invitado, por cierto. Tal vez sirva para aplacar a tu madre.

—Iré, pero eso no cuenta como cita falsa. No va a conformarse.

—¿Entonces?

—Pensaré algo, si es que aceptas. ¿Qué me dices? Yo te hago de niñero a ti y tú me haces de novia falsa a mí.

—¿Novia? —Bufo para que no note que hay algo en esto de las citas falsas que me altera más de lo que quiero reconocer. Aun así, sonrío con picardía y le guiño un ojo—. Necesitas más que una cita, aunque sea falsa, para convencerme de ser tu novia, gatito.

Subo a mi descapotable amarillo, me coloco las gafas de sol y rezo para que el coche no se cale justo ahora, porque quedaría ridículo con mi imagen de mujer fatal.

Por suerte, no lo hace, así que realizo una salida triunfal que me hace sentir muy orgullosa de mí misma. Al menos hasta que recuerdo la actitud de Martina mientras le hablaba del cumpleaños, como si no le hiciera ninguna ilusión tener que informar a los padres de que están invitados a una fiesta organizada por mí.

O las palabras del director...

Pongo la música, subo el volumen y me digo a mí misma que nada de eso tiene importancia. Puedo organizar la mejor fiesta de cumpleaños del mundo, tener citas falsas con León y evitar que el pueblo me odie. Y puedo hacer todo eso mientras consigo que Giuliano, que es lo único que de verdad me importa, sea el niño feliz que debería ser.

Lo tengo completamente controlado.

22

León



No sé si el baloncesto será el fuerte de Giuliano, porque el sábado apenas lo vi jugar y hoy ha estado más tiempo intentando hacerse al entorno y a los compañeros que a la pelota, pero los caballos... los caballos lo tienen enamorado.

Al terminar el entrenamiento, he subido a Bambi, Bella y Giuliano en la camioneta, los he traído a la finca y me los he llevado directamente a las caballerizas, donde Bella se ha deleitado hablándole a su amigo de todos y cada uno de los caballos que tenemos, tanto nuestros como ingresados por recuperación médica de algún tipo.

—Y este es Baltasar, el caballo de tito. El caballo más bueno del mundo mundial —dice Bella mientras señala al que fue mi primer caballo.

Es imponente, aun con sus años a cuestas. De un marrón tan oscuro como la tierra mojada y con la mirada más tranquila del mundo. Siempre ha sido un caballo calmado, especial. Hemos tenido muchos caballos en la Finca Lobo, pero ninguno como él. Su calma, su seguridad y la forma en que obedece incondicionalmente mis órdenes lo han convertido en el caballo de mi vida y todo el mundo lo sabe, aunque yo no lo diga de viva voz.

—¿Se llama Baltasar? —pregunta Giuliano con los ojos como platos.

—Ajá. Me lo trajo el mismísimo rey Baltasar cuando tenía cuatro años. Fue mi primer caballo. Lo llamamos Balti también.

—¿Está vivo desde que tenías cuatro años? ¿Tannnnto tiempo?

Tal y como lo dice, parece que el caballo y yo tuviéramos cien años. Y lo peor es que, a veces, me siento así. Pero eso no es algo que quiera contarle a un niño, así que me río, le guiño un ojo y acaricio el hocico de Baltasar.

—Tanto, sí. Está un poco mayor y ya no lo puede montar nadie que pese mucho, porque no quiero que sufra, pero le gusta pasear a niños de vez en cuando. ¿Qué me dices?

Da un paso atrás por instinto, arruga en un puño la tela de uno de los pantalones de deporte que le compró Giulia el otro día y me mira nervioso.

—¿Y si me caigo?

—No te caerás. Yo estaré contigo todo el rato.

—Pero ¿y si me caigo?

—Si tito guapo dice que no te caerás, tienes que confiar en él —dice Bella—. No te preocupes, Giu. No tengas miedo.

—No tengo miedo —miente el niño poniéndose a la defensiva inmediatamente.

—Bella, ¿por qué no vas con Bambi a por algunas zanahorias para darle a Balti?

Por un instante temo que mi sobrina no acepte, pero parece intuir que quiero tener un momento a solas con Giuliano y, por sorprendente que parezca, lo respeta. Palmea el lomo de mi enorme perro, que le llega a los hombros, y los dos se van mientras ella le canta una canción.

—Creo que quiero irme a casa. Con Giulia —murmura el crío sin mirarme.

—¿No quieres montarte sobre Baltasar?

—No.

—Está bien.

Eso hace que alce los ojos a toda velocidad.

—¿No te vas a enfadar?

—Claro que no. Si no quieres montarlo, está bien. A mí tampoco me gustaba mucho montar cuando tenía tu edad.

Es mentira. Con su edad yo ya montaba caballos con bastante soltura, pero quiero que Giu sienta cierta confianza. Funciona,

porque eso hace que deje de arrugar su pantalón.

—¿Y cuándo te empezó a gustar?

—Cuando me di cuenta de que a Baltasar le encantan los niños. De verdad, le gusta muchísimo pasearlos y nunca, ni una sola vez, ha tirado a nadie al suelo. Es un gran cuidador.

—¿Sí?

—Ajá. Y, aunque las primeras veces me subía con miedo, me di cuenta muy pronto de que con él estaba en buenas manos.

Giuliano traga saliva, mira a los ojos al caballo y pasa a los míos, como si intentara evaluar la veracidad de mis palabras. Espero paciente, sin alterarme y sin hablar de más, porque el niño siente una desconfianza tan apabullante que el simple hecho de que esté aquí sin llorar me parece digno de admirar.

Transcurren unos segundos que se hacen eternos y, al final, suspira.

—¿Y qué pasa si me subo y luego quiero bajarme muy rápido?

—Te bajaré.

—¿Y no me obligarás a seguir para que sea valiente?

Aprieto los dientes por instinto. No sé qué coño le decía Fiorella a este niño, pero sé que la odio por haberlo llenado de inseguridades en sus cortos cinco años.

—Claro que no. Si quieres estar una hora sobre Balti, está bien. Y si quieres estar solo un minuto, también está bien. Tú decides, chico.

Se mordisquea el labio inferior unos instantes, pero, al final, asiente con suavidad, como si ni siquiera él estuviera convencido de lo que hace.

Desde ahí, decido actuar sin perder el tiempo. Me acerco, lo cojo en brazos y lo subo sobre Baltasar con calma, sabiendo que el animal no va a espantarse ni hacer un movimiento brusco porque está más que habituado a los niños, aunque ya rara vez lo monten, a excepción de Bella.

Al principio Giuliano se tensa muchísimo, sobre todo cuando abro la puerta de la caballeriza y hago que Baltasar camine, pero en cuestión de minutos, comienza a relajar los hombros. Cuando Bella

vuelve con las zanahorias y con mi padre, que no se creía que yo se las hubiera pedido, los dos animan al niño, que sonríe tímidamente.

—Lo estás haciendo increíble —le dice mi padre—. ¡Se nota que le caes bien a Baltasar!

—Verás cuando se lo cuente a Giulia —dice él mirándome.

Algo dentro de mí palpita con fuerza. Este niño lleva una semana con la prima de su madre y ya es la primera persona en la que piensa cuando quiere impresionar a alguien. Claro que no me extraña, porque Giulia tiene algo que... Bueno, tiene algo que hace que uno quiera impresionarla, aun sin saber muy bien por qué.

—¿Quieres que te haga una foto para enseñársela?

—¡No, no me sueltes! —pide tenso de pronto.

En realidad, solo estoy sujetando su pierna para que tenga una falsa sensación de seguridad, pero su ansiedad es tal que aprieto su pequeña rodilla por instinto.

—No lo haré, no te preocupes.

—¡Hago yo la foto! —exclama mi padre enseguida mientras saca el teléfono de su bolsillo—. ¡A ver, sonreíd y decid «Baltiiii»!

Giuliano sonríe y lo dice, yo ni sonrío ni lo digo, y Bella se vuelve loca gritando, pese a que ni siquiera sale en la foto. Mi padre se ríe, hace la foto y, después de trastear en la pantalla unos segundos, me la envía. Lo sé porque mi propio teléfono suena en el bolsillo de mi pantalón.

—Bueno, ahora que sé que sí que estáis por aquí, os dejo con las zanahorias, pero no los empachéis, os lo advierto. ¡Estos caballos son demasiado golosos!

Los niños se ríen y yo me despido de mi padre con un gesto de la cabeza, sin soltar la pierna de Giuliano en ningún momento.

Paseamos por la finca un rato más. Bastante rato, a juzgar por el modo en que se pone el sol en el horizonte.

Para cuando bajo a Giuliano, el niño no parece dispuesto a separarse de Balti. Tanto es así que tengo que prometerle que esta misma semana podrá venir a montarlo más veces. Y, viendo la suavidad con la que el caballo agacha la cabeza y le toca la frente con el hocico, creo que el enamoramiento es mutuo. Hago una foto superrápido, porque creo que es algo que a Giulia le gustará ver.

Aparto al niño del caballo, le acaricio una última vez el hocico y lo beso con rapidez.

—Buen trabajo, viejo amigo —susurro antes de dejarlo en su caballeriza y escribirle a Giulia.

Dudo un instante, porque en la foto que nos ha hecho mi padre salgo serio, para no variar, y apenas se me ve la cara por la sombra de la gorra, pero al final decido que lo importante es que vea a Giuliano encima del caballo. En realidad, debería darme igual cómo salgo yo o lo que vaya a pensar ella, así que no lo pienso más.

LEÓN
Todo bien. Se ha enamorado de mi caballo. Y no me extraña. Es un gran caballo.

GIULIA
A mí tampoco me extraña. Gracias por las fotos, son preciosas. A lo mejor debería haberle comprado un caballo en vez de un montón de dinosaurios de juguete.

Se me escapa la risa sin darme cuenta. Carraspeo y niego con la cabeza, reprendiéndome a mí mismo.

LEÓN
¿De verdad eres tan mimada que estás valorando comprarle un caballo solo porque ha subido en uno sin llorar durante un rato?

GIULIA
Si eso sirviera para arreglar el desastre que Fiorella ha generado, lo haría sin pensarlo.

Trago saliva. Maldita Giulia del Valle. No debería resultarle tan fácil ser fascinante y... atrayente. Estaba comportándose como una niña consentida y rica y, de pronto, suelta sus razones, y todo en lo que puedo pensar es en la suerte que tiene Giuliano, pese a todo, porque su madre se ha largado y estoy seguro de que la herida del abandono acabará saliendo por algún lado, pero al menos se ha

ocupado de dejarlo con alguien que mataría dragones por él, no me cabe la menor duda.

GIULIA

Ven ya, gatito. Devuélveme a mi niño. Lo echo de menos y quiero mantenerlo despierto hasta las doce para que sople una vela mientras comemos pizza y bebemos cerveza.

Me sorprenden las ganas de reírme que tengo, pero ni siquiera puedo responder, porque enseguida entra otro mensaje.

GIULIA
Como te conozco y sé que vas a poner el grito en el cielo, aclaro que la pizza es para los dos y la cerveza para mí.

Estoy a punto de decirle que no soy imbécil y lo he entendido cuando entra uno más.

GIULIA

Para él, de beber, tengo chupitos de tequila. Lo sé. Soy la mejor cuidadora del mundo. =)

Sonrío, aunque no quiera, y a regañadientes admito que sí, es más que probable que Giuliano tenga la mejor cuidadora del mundo. Y puede que él aún no lo sepa, pero creo que algún día se dará cuenta de que quedarse al cargo de una loca que conduce como el culo, le da pizza a medianoche y se gasta un dineral en ropa deportiva solo para que vaya mono a entrenar es lo mejor que pudo pasarle en la vida.

23

Giulia



Me despierto cuando alguien me zarandea con cariño y abro un ojo de mala gana. Mi madre me mira con una preciosa sonrisa antes de enseñarme la pantalla del móvil.

—Cielo, son casi las diez.

—¿Mmm?

—¿Giuliano no entra en el cole a las nueve?

Es como un maldito jarro de agua fría. Me siento en la cama de un salto y miro a mi lado, donde Giuliano duerme con su pijama de caballos tan feliz y relajado que parece que sí que le di tequila anoche, aunque no fuera así.

En realidad, comimos pizza, me contó su tarde con todo lujo de detalles y, para cuando dio la medianoche, mis padres y yo le cantamos e hicimos que soplara una vela con el número 6 que clavamos en una magdalena. Al principio no quería comérsela porque decía que comer azúcar tan tarde no es bueno, pero lo convencimos, porque somos una pésima influencia, al parecer. Después nos dormimos juntos, como cada noche desde que lo descubrí llorando en la alfombra.

Fue una gran noche. Que sean casi las diez y siguiéramos durmiendo a pierna suelta solo sirve para corroborarlo.

Y, justo por eso, no me importa que vayamos tarde, porque anoche el niño rio a carcajadas como no lo había hecho hasta ahora, y eso hizo que me fuera a dormir sintiendo algo raro en el pecho. Algo que no me cabía bien. Una mezcla de orgullo, satisfacción y cariño imposible de explicar.

¿Llegamos tarde? Sí. ¿Mereció la pena? También.

—Vale, prepara la mochila de Giuliano y dile a papá que hoy conduce él. Necesitamos superar mi límite máximo de velocidad —digo con la boca pastosa antes de mover al niño con cariño—. Vamos, colega. Llegamos tarde.

Desde ahí y hasta que entramos por la puerta del colegio todo es estresante, no porque yo quiera, sino porque el propio Giuliano padece tanta ansiedad por retrasarse que ni siquiera disfruta de que hoy sea su cumpleaños.

—Tienes que relajarte, ¿sabes? Acabas de cumplir seis años, pero las patas de gallo no perdonan. Mírame a mí, que tengo veinticinco y ya se me notan. —Me señalo la zona mientras bajo del descapotable con él, pero ni me mira.

—La seño se va a enfadar.

—Bah, un día es un día. Además, Bella llegó tarde ayer, que la vi yo.

—Pero solo unos minutos. Nosotros vamos muy muy tarde.

—La seño lo entenderá, igual que lo entendió ayer.

Para sorpresa de nadie, la seño no lo entiende.

Martina nos recibe con una mirada reprobatoria. Por suerte o por desgracia, el nerviosismo del niño es tan visible que ella le sonríe, le revuelve el pelo (y justo en ese instante caigo en que no lo he peinado) y le pide que entre en clase.

—Voy a hablar un segundo con Giulia y ahora entro, ¿vale?

—¿La vas a reñir?

—Qué va —responde con una sonrisa tan dulce que casi la creo.

Casi, porque a mí no me la ofrece. Es evidente que va a soltarme algo y está bien, no me importa. Estoy más que lista para cualquier cosa que tenga que decir, por eso cuando la puerta se cierra y nos quedamos a solas en el pasillo guardo silencio, esperando a que dispare.

—Dicen que estás saliendo con León.

Corrijo: estoy lista para casi cualquier cosa que tenga que decir. Esa, en concreto, ni tiene nada que ver con haber llegado tarde, ni le incumbe a ella una mierda.

—Ah, ¿sí? ¿Quién lo dice?

—Todo el mundo, pero sobre todo Carmen. —Guardo silencio y ella debe de interpretarlo como confusión, porque prosigue, visiblemente irritada—: Es su madre.

Yo no me molesto en sacarla de su error aclarándole que no solo sé quién es la madre de León, sino que además la mujer parece encantada con que yo salga con su hijo.

—Mmm. Entiendo.

—¿Es verdad?

—¿Que Carmen es su madre? Hasta donde yo sé, sí.

A favor de Martina tengo que decir que no deja ver del todo lo irritada que se siente. Yo, con una respuesta como la mía, ya habría puesto los ojos en blanco, pero ella es mucho más elegante, con su pelo rubio oscuro, sus ojos miel y su sonrisa impoluta cuando sonríe. Ahora mismo no es el caso.

—¿Es verdad que estás saliendo con León?

Es evidente que hay una historia entre León y Martina que no sé, porque él mintió acerca de nosotros cuando su madre intentaba endosarle una cita con ella y, por lo que pude oír, ya habían salido en otras ocasiones. No me pareció que León quisiera repetir, pero es obvio que, si por Martina fuera, las cosas serían distintas. Así que supongo que podría responderle algo ambiguo que no hiciera quedar a León como un mentiroso, pero al mismo tiempo le hiciera saber a ella que esa puerta no está cerrada. Sin embargo, me ha tocado tanto las narices que me niego a ponérselo fácil. Y, además, no tengo por qué darle explicaciones, así que encojo los hombros y suspiro, como si todo esto me aburriera, en parte porque así es.

—¿Qué tiene que ver esto con Giuliano?

—Nada, pero...

—Entendería que me estuvieras echando la bronca por haberlo traído tarde, pero estás preguntando cosas de mi vida privada y, sinceramente, no sé por qué motivo te crees con derecho a hacerlo.

—Giuliano ya está pasando por suficientes cambios como para añadirles tus idas y venidas amorosas, ¿no crees?

—Creo que mis idas y venidas amorosas son cosa mía, para empezar. Si afectan o no a Giuliano también es algo que me corresponde a mí evaluar.

—Ese niño necesita que alguien lo convierta en su prioridad, para variar.

—Y ese alguien soy yo. Te aseguro que no hay una sola cosa en mi vida más importante que él. —Me sorprende la verdad que hay tras mis palabras. Quiero decir, evidentemente era consciente de que me importa Giuliano y de que quiero lo mejor para él, pero no estoy exagerando ni un poco cuando digo que nada me importa más. Y eso me hace sentir... plena, de algún modo.

—¿Por eso ha venido tarde?

—No, ha venido tarde porque anoche celebramos su cumpleaños a lo grande. Hoy lo volveremos a celebrar, como ya te comenté, así que puede que mañana llegue tarde otra vez. Puede pasar, incluso, que no venga, fíjate.

—No sé lo que le parecerá eso al director.

El comentario no puede estar hecho con más malicia. Y estoy a punto de saltarle a la yugular, pero entonces recuerdo lo que Alfredo, el director, le dijo a León ayer cuando llegó tarde con Bella.

—Bueno, según sus propias palabras, «ni que fuera a la universidad», ¿verdad? —Martina parece confusa, pero no pienso ser yo quien la saque de ese estado—. ¿Avisaste a las familias de que están invitadas al cumple de Giuliano de hoy?

—Sí, pero muchas no pueden ir, te lo digo ya.

—Genial.

—Si haces una gran fiesta y luego el niño se ve solo...

—No se va a ver solo, te lo aseguro.

—No puedes asegurarme algo así. —Sonríe de un modo que me eriza el vello de la nuca y recuerdo que el primer día que la vi pensé que parecía un ángel dulce y paciente, pero estoy comenzando a cambiar de opinión—. A la gente de Valdelila no le gusta tu familia. Quitando a Giuliano, que es solo un niño y no tiene culpa de nada, el pueblo no consigue confiar en vosotros.

—Pues es una suerte que me importe una mierda lo que piense el pueblo.

—Y, sin embargo, estás ansiosa por que vayan a tu fiesta...

—Estoy ansiosa por que vayan a la fiesta de Giuliano porque, como bien has dicho, el niño ya ha pasado suficiente. Se merece una

alegría, pero si en Valdelila sois tan cabrones como para hacer sufrir a un crío por cosas que no ha hecho, está bien. Eso dice más de vosotros que de mi familia. —Intenta hablar, pero la corto—. Hasta luego, Martina. Cuida de mi niño y procura que sea feliz. No se cumplen seis años todos los días.

Me largo mucho antes de que esta absurda discusión vaya a más.

Cuando llego al parking de tierra me encuentro con mis padres charlando con Abigail. Está apoyada en el capó mientras ellos, enfrente, ríen por algo que ha dicho. Adoro a esa mujer y de verdad quiero que sea mi mejor amiga, nos mensajeamos a diario y me cuenta cosas vergonzosas de cuando su hermano era pequeño que me hacen reír a carcajadas, pero ahora mismo me siento tan alterada que no me viene bien que esté aquí.

Y, sin embargo, en cuanto me ve se endereza y me mira con la sospecha dibujada en la cara.

—¿Qué pasa? —pregunta sin medias tintas.

Me gusta eso de ella. Y de su madre. Incluso me gusta que León sea así de brusco y sincero, aunque él es mucho más serio que su hermana y su madre. Supongo que en eso se parece a Rafa, su padre.

—Nada —miento.

—No se pone esa cara por nada. Ni se respira así de mal por nada.

Hasta que lo ha dicho, no he sido consciente de que mi respiración suena agitada, como si acabara de correr una maratón. Supongo que la jodida Martina ha conseguido alterarme más de lo que quiero admitir.

—Es una tontería —murmuro. Y odio que justo cuando lo digo se me salten las lágrimas.

¿¿Qué demonios me pasa?? ¡Yo nunca lloro! ¡Por nada! De verdad, soy el ser menos llorón de la historia, pero resulta que esa mierda de maestra me está haciendo imaginar una gran fiesta de cumpleaños sin niños y algo dentro de mí se está rompiendo a toda velocidad.

—Hija, ¿qué...? —empieza mi madre.

—No van a venir. —Se me quiebra la voz y me aprieto los ojos con los dedos rápidamente. Tengo que calmarme. Ahora mismo. Ya.

Inspiro hondo, me aprieto con más fuerza los ojos y, cuando los abro, veo chiribitas blancas y negras, pero al menos estoy algo más tranquila—. Martina dice que muchos padres no van a traer a los niños al cumple de Giuliano.

—¿Qué...? ¡Tiene que ser una broma! —exclama Abi ofendida.

—No lo parecía. Lo que sí parece es que Valdelila está deseando hacernos ver que no somos bien recibidos aquí —les digo a mis padres.

—Eso es una gilipollez —dice Abi—. La gente irá al cumple, te lo aseguro.

—No puedes asegurármelo.

—Claro que puedo. Conozco a las madres de los niños, la mayoría son majas. Voy a averiguar qué ha pasado, pero ve a casa y decóralo todo. Te prometo que esta tarde se celebrará una gran fiesta de cumpleaños.

—Abi...

—Ve a casa, Giulia. Infla globos, cuelga la pancarta, llena las mesas de comida y déjame el resto a mí.

Miro a mis padres, que parecen tan tensos como yo. No sé qué haría si no estuvieran aquí. Son un pilar tan importante que creo que me derrumbaría si tuviera que enfrentar todo esto sola.

No han sido unos padres al uso, es verdad, me han consentido muchísimo, pero con ese exceso de indulgencia también ha venido un amor desproporcionado. Y si algo tengo claro, ahora que estoy al cargo de Giuliano, es que todos los niños del mundo deberían disfrutar de eso, sin importar cómo sean. Todos deberían tener la seguridad de que la persona que los cuida los va a querer hagan lo que hagan, digan lo que digan, se equivoquen lo que se equivoquen.

Por eso subo al coche, arropada por su cariño silencioso, y dejo que me lleven a Casa Lavanda mientras experimento, por primera vez, el miedo al rechazo. No a mí, eso me da igual porque tengo la autoestima suficiente para sobrellevarlo. Experimento el terror a que rechacen a Giuliano públicamente. Que lo hagan sufrir aún más, cuando lo único que quiero es que el día de hoy sea perfecto para él.

Que consiga olvidar, aunque sea por un instante, que la persona que debería quererlo por encima de todo y de todos se ha largado y no se ha preocupado en contactar con él ni una mísera vez. Ni siquiera por su cumpleaños.

Lo único que quiero es que su precioso corazón de seis años no sufra más de lo que ya ha sufrido.

24

León



Recorro los pasillos del colegio con seguridad y aplomo, intentando no mostrar mi enfado abiertamente. Ayuda mucho que, según Abi, tenga cara de culo siempre, porque de ese modo no necesito forzar una sonrisa. Odio forzar sonrisas. Joder, si ya me siento raro sonriendo cuando de verdad me apetece, no quiero ni imaginar si las fuerzo.

Abro la puerta de la clase de Martina sabiendo que no hay nadie más dentro. No por nada he esperado pacientemente hasta que casi todos los padres se han largado, incluida Giulia, que no se ha percatado de mi presencia porque estaba demasiado concentrada en coger a Giuliano en brazos y llevarlo al descapotable, donde sus padres lo esperaban con una canción infantil en italiano a todo trapo mientras parte del pueblo miraba con recelo la escena.

Admiro eso de ella y su familia. Puede que los habitantes de Valdelila no estén dispuestos a confiar en ellos a raíz de las acciones pasadas de Giulia y las acciones no tan pasadas de Fiorella, pero, en vez de achantarse y pasar los días como si estuvieran pisando sobre cáscaras de huevo, Giulia y sus padres se dedican a hacer ruido y vivir sus vidas sin que les importe lo más mínimo lo que piensen. O eso parece.

Es casi como si gritaran «¡Así somos y no pensamos escondernos!». Es algo admirable. Sobre todo para alguien que, como yo, intenta pasar desapercibido todo el tiempo.

—¡León! Qué sorpresa. —La sonrisa genuina de Martina hace que me sienta incómodo.

No es una mala mujer, estoy seguro de ello, pero me temo que tiene una idea equivocada acerca de nuestra relación. O no relación, más bien. Tuvimos algunas citas, sí, pero bastó con una para saber que no era una chica adecuada para mí. O no, ella es adecuada, porque es agradable, lista y simpática. Más bien soy yo quien no encaja con ella. Mi actitud huraña la incomoda, se nota, y yo no tengo las ganas ni la necesidad de estar fingiendo ser lo que no soy. Ni ella debería aspirar a eso. Tendría que encontrar a un chico agradable y risueño que encaje con su forma de ser, pero, por alguna razón que no alcanzo a comprender, sigue interesada en mí.

Solo se me ocurre que es por descarte. No hay tantos solteros en Valdelila.

—Quería hablar contigo un momento —digo sin andarme con rodeos. A mí eso nunca se me ha dado bien.

—Oh, tú dirás.

—He oído que algunas madres no están seguras de asistir al cumple de Giuliano porque tú misma no estás segura de ir.

Intento que mi voz suene calmada y no refleje que, en realidad, estoy que ardo.

Desde que esta mañana Abi ha hablado con Giulia, ha estado haciendo trabajo de investigación. En realidad, gracias a que la gente de este pueblo es sumamente cotilla, lo ha tenido muy fácil para averiguar que ha sido la propia Martina la que ha plantado la semilla de la duda con respecto al cumpleaños de Giuliano. Me ha sorprendido, hasta que mi hermana me ha comentado que todo esto puede ser un berrinche porque estoy teniendo citas con Giulia y no con ella.

Suena fatal decirlo, la verdad, pero reconozco que las piezas encajan, y no pienso quedarme de brazos cruzados mientras Giuliano paga las consecuencias de este triángulo amoroso tan absurdo. Sobre todo porque, en realidad, Giulia está haciéndome un favor fingiendo las citas falsas y no debería haberse visto envuelta en este lío. Claro que eso no puedo contárselo a nadie, salvo a Abi, que es la única que conoce nuestro secreto.

—Yo no he dicho eso —dice Martina sintiéndose claramente atacada.

—Ah, ¿no? ¿Y qué has dicho?

—Nada. Giulia me pidió que invitara a las madres y yo escribí a la delegada para que trasladara el mensaje. Ella lo dijo en el grupo de WhatsApp.

—¿Por qué Giulia no está en ese grupo?

—Bueno, León, porque no es una madre.

—No, pero es la persona que cuida de Giuliano. ¿Fiorella está?

—Se salió poco después de que la metieran, según tengo entendido.

—Entonces, en el grupo de clase no hay nadie en representación de Giuliano. ¿Es eso?

—Nadie ha preguntado tampoco si había un grupo en el que ingresar —contesta a la defensiva.

—Según mi punto de vista, no tiene por qué saberlo. Quiero decir, no es madre y ni siquiera vivía en España hasta hace unos días, así que no sabe cómo se gestionan las cosas en los colegios de aquí. Ni siquiera yo lo sé y hace unos años que volví.

—Pero sí sabes de la existencia del grupo.

—También Abi, y ella me ha dicho que nadie ha hablado del cumple de Giuliano en el que está ella. A no ser que haya varios, claro...

Tocada y hundida. La propia Abigail quería venir a ponerle los puntos sobre las íes. Si estoy aquí en lugar de ella es porque me siento responsable, no porque tenga ganas de meterme con un puñado de madres alcahuetas que andan comportándose como niñatas por puro aburrimiento.

—Mira, yo no sé cómo ha sido. Yo trasladé el mensaje y me llegaron dudas externas. Y hasta ahí puedo contar.

—¿Vas a ir?

—¿Qué?

—¿Tú vas a ir al cumple? Espero que sí. Es tu alumno.

—Como maestra, intento no mezclar demasiado lo laboral y lo personal.

—Pero vas a los cumples del resto. Lo sé porque te veo por ahí cuando me toca llevar a Bella.

—Pero no forma parte de mis obligaciones como maestra. Eso lo entiendes, ¿no?

—Por supuesto. Simplemente pensé que, teniendo en cuenta la situación tan delicada que atraviesa Giuliano, el pueblo se volcaría para arroparlo. Es algo que siempre ha caracterizado a Valdelila: cuidamos de los nuestros. Yo volví aquí por eso, en parte: porque sabía que mi gente me haría sentir mejor después de fracasar en el baloncesto.

Me sorprendo cuando esas palabras salen de mi boca. Yo jamás saco este tema delante de nadie y, de hecho, un ramalazo de dolor atraviesa mi pecho al hacerlo. Pero, por algún motivo, tampoco me arrepiento. La causa lo merece, supongo.

—No fracasaste. Sufriste un desgraciado accidente y...

—Y la gente de aquí me hizo sentir en casa desde que puse un pie de vuelta. Es lo que me gusta de este pueblo. Puede que no seamos perfectos, pero sabemos unirnos para hacer sentir bien a los nuestros. Y Giuliano es de los nuestros, independientemente de lo que penséis de su familia. Ese niño se está criando aquí, y eso lo convierte en un habitante más de Valdelila.

Martina está un poco roja, creo que de la rabia. Los dos sabemos muy bien que estoy tocando teclas que igual no debería tocar, porque esto no tendría que ser de mi incumbencia... Pero si estoy aquí es porque, por celos, está intentando joder a un niño que no tiene la culpa de nada. Y por ahí sí que no voy a pasar.

—Hablaré con las madres y me aseguraré de dejar claro que, como maestra de Giuliano, pienso ir a su cumple y pasarlo en grande.

—Eso es lo que yo pensaba —contesto sonriendo—. Será divertido. Creo que Giulia está organizando un auténtico fiestón.

—¿En serio?

—Algo comentó el otro día, sí.

—¿Vais en serio? —La miro fijamente, intentando hacerla sentir incómoda, pero no se amedrenta. Y es curioso, porque en las citas que teníamos bastaba que yo dijera algún taco para que se tensara.

Al final va a resultar que Martina sí que tiene carácter, pero solo para algunas cosas—. Giulia y tú —insiste—. ¿Vais en serio?

Podría decirle que no. Debería dejar claro que nos estamos conociendo a ver qué pasa, porque eso bastaría para que ella dejara de querer citas conmigo y mi madre se mantuviera calmada, pero resulta que estoy cabreado con ella. Estoy cabreado porque ha intentado joder a Giuliano, sí, pero también porque Abi me ha dicho que a Giulia se le han saltado las lágrimas esta mañana. Y no necesito conocer mucho a esa chica para saber que es algo que no suele pasar.

—¿Quién sabe? —respondo—. Yo solo sé que la miro y se me altera todo, ¿sabes?

No es mentira. Martina no tiene por qué saber que, la mayoría de las veces, lo que se me altera es la paciencia y la ansiedad.

Puede que Giulia esté un poco chiflada, sea excesiva, bocazas, consentida y se ría de mí cada vez que tiene oportunidad. Puede que sus labios rojos me hagan pensar en cosas que, desde luego, no debería pensar. Y puede que despierte en mí unos nervios que ni quiero, ni necesito, pero, por alguna razón, saber que alguien ha intentado hacerle daño a propósito me está sacando de mis casillas.

Y antes muerto que quedarme de brazos cruzados mientras la hacen llorar, joder.

25

Giulia



—Tiene que ser una broma.

La cara de asombro de León mientras lee la enorme pancarta en la que está impresa la frase BIENVENIDOS A DINOLANDIA. GIULIANO CUMPLE 6 RUGIDOS es digna de enmarcar. Sonrío orgullosa de mi trabajo. Aún falta un poco para que empiece oficialmente la fiesta, así que ha venido antes de tiempo, pero me viene fenomenal porque así me ayudará a colocar lo que falta.

—¿A que es genial? Encontré una imprenta en la ciudad que lo hizo en tiempo récord.

—Menudo despilfarro. ¿Vas a tirarla después de esto? —pregunta. Sé que lo pregunta porque chasquea los dedos frente a mis ojos, no porque le haya oído realmente—. ¡Giulia, te estoy hablando!

¿Estaba distraída? Sí. ¿La culpa es suya? Desde luego. Va vestido con una camiseta blanca de manga corta que le marca los bíceps, unos vaqueros oscuros de esos que parecen viejos, pero le quedan como un guante, y unas zapatillas negras y a la moda que dudo mucho que haya elegido él. Lleva puesta la gorra negra, otra vez, pero se nota que se ha pasado las manos por el pelo un montón de veces antes de colocársela. He escuchado cómo se quejaba en varias ocasiones de que empieza a estar demasiado largo, pero no se lo corta. Y menos mal, porque me gusta así. Me encanta que haya algo que se escape de su control, aunque ese algo sea su pelo.

Y huele..., madre mía, cómo huele. A jabón caro, a vainilla, a seguridad y a algo que no debería colarse tanto en mis sentidos, porque creo que ese perfume podría volverme un poco loca.

Carraspeo y me concentro en sus ojos oscuros, que se entrecierran esperando una respuesta.

—La reutilizaremos.

—¿Para qué? ¿Vas a tener un hijo al que llamarás Giuliano y la usarás cuando cumpla seis años?

—Oye, ¿has venido a criticar o a divertirte?

—A ninguna de las dos cosas. Pensé que igual querías ayuda colocando mesas y sillas, pero... ¡está claro que has podido tú solita!

No me lo tomo como un insulto, sino todo lo contrario. Observo el castillo hinchable en el césped que hay junto a la piscina. He hecho un sendero con huellas de dinosaurios pintadas en el suelo asfaltado que llevan hasta allí. Y también otros caminos que llevan hacia distintos lugares, como la mesa de chuches decorada con globos verdes, morados y beis. Y algunos enormes con forma de dinosaurio que han entusiasmado a Giuliano.

En las mesas para los invitados hay figuritas de dinosaurios escondidas entre ramilletes de lavanda que yo misma he cortado esta mañana. Mis abuelos solían decorar la mesa siempre con lavanda, y es algo que había olvidado hasta que volví aquí. «Todo tiene más sentido con la lavanda», decía mi abuelo. Y creo que tenía razón.

Los tablones de madera maciza que hacen de mesas han salido del sótano, en el que mi padre recordaba que se guardaban para cuando todos pasábamos los veranos aquí. Los hemos colocado sobre caballetes y los hemos llenado no solo de lavanda y figuritas de dinosaurios, sino también de galletas en forma de huellas, huevos y fósiles. *Muffins* decorados con *toppers* de T-Rex y fotos de Giuliano por todas partes. Esto último ha sido complicado, porque me ha costado encontrar fotos suyas. La era digital es un asco en este sentido. He tenido que convencer a Fiorella de que buscara un lugar con wifi y me enviase fotos aleatorias. A su favor tengo que decir que ha colaborado, pero teniendo en cuenta que es su madre y se ha largado era lo mínimo que podía hacer.

—«Sandwichasaurios». —León lee la pequeña pizarra que hay delante de la bandeja de los bocadillos antes de bufar—. Estás colgada, te lo juro.

—Y no has visto lo mejor. Ven, mira.

Me río mientras tiro de su mano hacia la cocina, asegurándome de que Giuliano sigue en la habitación con mis padres, vistiéndose para la ocasión. Acerco a León a la encimera y abro la caja en la que aguarda una tarta temática con un volcán, palmeras, lava y dinosaurios felices y adorables. Nada terrorífico aquí, para eso ya tenemos la vida real.

—¿No es la tarta más mona que has visto en tu vida?

—¿Cuánto ha costado todo esto, Giulia?

—Ni que lo fueras a pagar tú. Además, eres millonario, León. ¿Por qué te preocupas tanto por el dinero?

—Porque es excesivo. Los niños invitados van a flipar.

—Bueno, ellos tienen padres y familias funcionales, y Giuliano una fiesta de cumpleaños a lo bestia. «Compensación», me gusta llamarlo a mí.

La carcajada de León es tan rápida e inesperada que no puedo controlar el ramalazo de placer que recorre mi columna vertebral. Eso ha sido... guau. Supongo que es normal que, encima de estar bueno y medir casi dos metros, tenga esa risa tan... tan... increíble. La vida hizo a León físicamente perfecto para contrarrestar su carácter de mierda. ¿Veis?: compensación.

—Ya solo necesito que me ayudes con una cosa. He comprado un arenero y, antes de que te quejes, he de decir que es mi regalo para Giuliano. Tengo la arena en sacos demasiado pesados para mí. ¿Qué me dices, tiarrón? ¿Me echas una mano? Así le doy ya su regalo y puede disfrutarlo con el resto de los niños.

«Si es que vienen».

Trago saliva y empujo ese pensamiento al fondo de mi mente, de donde no debería haber salido jamás.

Desde esta mañana lucho contra la angustia que me provoca no saber si los niños vendrán. Abigail parecía muy convencida de que lo harán. Se ha pasado el día mandándome mensajes tranquilizadores, pero yo... yo no estoy tan segura, la verdad. Y pensar en ello me provoca un nudo de ansiedad tan difícil de gestionar que he decidido escoger la opción cobarde e ignorarlo todo: los miedos, las dudas y la incertidumbre.

León me acompaña hasta el jardín y coge los sacos de arena como si no pesaran más que sacos de plumas. Los vacía sobre el arenero sin esfuerzo, mientras yo abro los cepillos, moldes de huesos de plástico, rastrillos y piedras para decorarlo.

—La verdad es que parece divertido —dice León con las manos en las caderas cuando acabamos.

—Si eres un buen chico lo que resta de día, te dejaré jugar cuando se vayan los invitados.

—Créeme, si quisiera jugar a algo al acabar el día, no sería en el arenero.

Lo miro con la boca abierta, porque estoy segura de que esas palabras se han escapado de su boca mucho antes de que haya podido pensarlas. Igual que estoy segura de que no me he inventado el tono ronco y suave de su voz. León está observando mi vestido de un modo que me hace tragar saliva antes de sonreír, pagada de mí misma, porque puede que sea un gruñón, pero le gusta lo que ve. No digo que esté loco por mí, ni siquiera tengo por qué caerle bien, pero este vestido, como mínimo, le encanta, y no es para menos, porque es precioso, divertido y un pelín descarado. Justo como me gusta pensar que soy yo.

Es corto, con tirantes anchos y estampado de dinosaurios en tonos pastel que solo se aprecian bien de cerca. La tela es ligera, con vuelo al caminar, y el escote de corazón se ajusta lo suficiente para que me sienta arreglada pero no excesiva. Es apropiado para una fiesta infantil y, al mismo tiempo, me hace sentir guapa y sexi.

En cuanto lo vi por internet, hace días, supe que lo necesitaba y no me importó pagar un extra para que el envío fuera urgente. Es perfecto para esta ocasión y, ahora que veo el modo en que León se fija en él, estoy aún más satisfecha con mi compra.

—¿Ves algo que te guste? —pregunto sonriendo sin ningún tipo de pudor.

Él carraspea y mira hacia arriba de inmediato, centrándose un segundo en mis labios, pintados de rojo, como siempre, antes de reparar en mis ojos.

—Las madres van a odiarte por vestirte así.

—Sé que no estás muy al tanto de las cosas del pueblo porque te encanta vivir como un ermitaño, así que voy a darte un gran titular, gatito: las madres ya me odian. O, por lo menos, no se fían de mí porque, al parecer, creen conocerme por algo que hice cuando tenía quince años. Podría ir vestida con un chándal tres tallas más grande y eso no cambiaría ni un poquito la imagen que ya han decidido formarse de mí.

—Bueno, pues que les den.

Lo miro con la boca abierta.

—¿Perdón?

—Iba a decir «que las follen», pero me parece un buen deseo para gente que nos cae mal, ¿no?

Esta vez la de la carcajada soy yo. Lo miro estupefacta, porque a este León sí que no me lo esperaba. No sé qué ha propiciado el cambio, ni por qué se ha puesto de mi parte, pero no pienso quejarme porque, de alguna forma, sé que estar en el bando de León Lobo es estar en el bando correcto.



Poco después, mientras estamos ultimando la mesa de manualidades donde los niños podrán pintar huevos y colorear caretas, Abigail llega junto con Samu, sus padres y Bella y Bambi, que vienen vestidos para la ocasión. Ella de dinosaurio rosa y él con un jersey monísimo que imita la piel de cocodrilo.

—Es lo más parecido a un dinosaurio que he encontrado para perros —me dice Abi antes de abrazarme—. Dios mío, estás preciosa. ¿Dónde está el cumpleañero?

—Pues ha subido hace un rato con mis padres a cambiarse.

—Bien, ve a por él. Los invitados ya vienen.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque lo sé, mejor amiga —contesta sonriendo—. Venga, ve a por tu niño.

Miro a León, que no se ha separado de mí en todo el rato. Asiente, como instándome a hacer caso a su hermana, así que entro en casa, subo las escaleras y busco a Giuliano.

Lo encuentro en nuestra habitación, porque a estas alturas ya es compartida. Está vestido de explorador y es el niño más precioso que he visto en mi vida. Sus ojos verdes resaltan con ese conjunto y, a cada uno de sus lados, mis padres sonríen vestidos a juego, como si fueran tres aventureros listos para ir a cazar dinosaurios.

—¡Estáis guapísimos! —exclamo feliz.

El niño se ríe. Se ríe de verdad, suelta una carcajada y corre hacia mí. Lo alzo en brazos y, cuando esconde la carita en mi cuello para ocultar lo emocionado que se siente, lo abrazo con fuerza.

—¿Te gusta tu cumple? —Asiente, pero no levanta la cara—. ¿Estás feliz? —Vuelve a asentir y decido darle un respiro. Han sido demasiadas emociones, así que les sonrío a mis padres.

Mi padre me guiña un ojo y mi madre se emociona hasta las lágrimas, pero ninguno dice nada. Salen de la habitación y dejan que yo vaya detrás, con él en brazos y agarrado con fuerza a mi cuerpo.

—Quiero que hoy lo pases en grande, ¿vale? —susurro junto a su oído—. No se cumplen seis años todos los días, así que juega mucho, ríete mucho y cómete todo lo que quieras. Todo esto es por ti, Giu. Y, sobre todo, no te olvides de pedir un gran deseo cuando soples las velas, ¿de acuerdo?

El niño separa el rostro de mi cuello, por fin. Estamos en el salón, justo antes de salir al jardín trasero, donde se desarrolla la fiesta. Fija los ojos en mí, me sujeta las mejillas con sus manitas y procede a romperme y reconstruirme el corazón de tantas formas que ni siquiera puedo contarlas.

—¿Puedo pedir lo que quiera?

—Claro.

—¿Lo que sea?

—Sí, colega, es tu deseo. Puedes pedir lo que tú más quieras.

—Voy a pedir que no te vayas nunca, ¿vale?

Trago saliva y, por segunda vez en el día, me veo obligada a aguantarme unas lágrimas que no soy nada dada a derramar. Apoyo la frente en la suya un segundo y luego beso sus mejillas. Lo bajo al suelo y arreglo su pequeño disfraz de explorador mientras rezo para que la voz salga medio normal de mi garganta.

—Vale —musito—. Si eso es lo que tú quieres pedir, adelante.

—¿Y se va a cumplir?

No lo sé. No tengo ni idea. El mes pasado mi vida no podía ser más diferente, y esto... esto no entraba en mis planes. Siento que estoy improvisando sobre la marcha, y no soy capaz de imaginar siquiera cómo serán las cosas en el futuro. No sé qué decir porque no quiero mentirle, pero aún menos quiero romperle el corazón, así que lo abrazo de nuevo y sonrío aparentando una seguridad que no siento.

—Mientras me necesites, aquí estaré.

En teoría, no es una mentira. Estaré aquí hasta que su madre vuelva y ya no me necesite. Lo que no sé es si, cuando llegue la hora, podré marcharme como si nada, porque, de pronto, la idea de no ver cada día a Giuliano hace que me consuma por dentro.

Pero ahora no es momento de pensar en ello, así que le ofrezco la mano y, cuando la aprieta con fuerza, abro la puerta que da al jardín y le doy la bienvenida oficial a la fiesta de su sexto cumpleaños.

26

León



La cara de Giulia y Giuliano mientras observan el jardín repleto de niños disfrazados en mayor o menor medida es increíble. Tan increíble que no me resisto a sacar el teléfono de mi bolsillo y hacerles una foto, aunque Abigail esté a mi lado grabándolo todo como una profesional. Los niños gritan «¡Feliz cumpleaños!» antes de acercarse para abrazarlo, y creo que es la primera vez que veo a Giuliano reír abiertamente y tener contacto físico con otros niños, aparte de Bella. Es maravilloso verlo así de feliz e integrado. Y todo gracias a cierta chica de labios rojos que no deja de mirarlo emocionada.

Por otro lado, mi sobrina aguanta como una campeona la friolera de un minuto, dos como mucho, antes de interrumpirlos y dejar claro que ella sigue siendo la mejor amiga. Y la favorita. Le regala a Giuliano un dibujo en el que están pintados los dos junto a Bambi y Baltasar, mi caballo. Al cumpleañero le encanta, a juzgar por la sonrisa que le dedica, pero se lo entrega a Giulia para que lo guarde y luego se lanza a correr por el jardín inspeccionando el castillo, la zona de manualidades y las mesas con comida y chuches.

Yo me quedo aquí, con ganas de acercarme a Giulia y darle la enhorabuena porque, independientemente de que haya gastado un montón de dinero en una fiesta infantil, entiendo que lo ha hecho para conseguir justo esto: la felicidad desbordante del niño. No puedo juzgar algo así, ni siquiera yo soy tan gruñón.

Quiero acercarme, de verdad, pero Abigail se ha hecho con el puesto de lapa oficial de Giulia y la lleva de un lado a otro, presentándole «oficialmente» a algunas madres que sonríen encantadas y a otras que parecen incómodas pero, aun así, son educadas.

Martina también está, sin disfrazar y sin sonreír tanto, pero siendo amable cuando interactúa con Giulia. Al menos eso hay que concedérselo.

—Esa chica está enamorada —me dice mi padre en un momento dado.

Lo miro mientras mastica un *cupcake* con glaseado rosa y se mancha los labios y la punta de la nariz. Rafael Lobo es imponente por lo general, pero viéndolo con esas pintas, cuesta creer que hasta hace unos días solo pensaba en ladrarle a Giulia por haberle robado un caballo hace diez años.

—¿Quién?

—Giulia. Está loca por ese crío. ¡Fíjate en todo esto! Tengo pavor de que tu hermana haya cogido ideas y convierta el próximo cumpleaños de Bella en un evento que rivalice con la fiesta más grande que haya visto nunca Valdelila.

—No me extrañaría —comento sonriendo—. Sí que es excesivo —añado mirando al animador que acaba de llegar y que se ocupa de distraer a los niños, junto con la chica que hace de pintacaras—. Pero merece la pena por ver al niño tan contento.

—Eso sí. Y Giulia está muy guapa.

—Supongo.

—¿Supones? No dejas de comértela con los ojos, hijo.

Emito algo parecido a un gruñido que ni confirma ni desmiente sus palabras. No puedo negarlo, porque a ojos de todo el mundo, salvo mi hermana, estoy teniendo citas con Giulia. Citas verdaderas.

Y, aunque no fuera así, no estoy seguro de poder negar con rotundidad que me he estado comiendo con los ojos a Giulia desde que he llegado. Es ese puto vestido. Esa forma en el escote hace que me pregunte constantemente si llevará sujetador o no. Y esos labios... Si el vestido es blanco con estampado de dinosaurios en

colores pastel, ¿por qué se los pinta de rojo? Está preciosa, la condenada, y no logro dejar de mirarle la boca.

—¡Ya está aquí el alma de la fiesta!

La parte buena de la interrupción de Rubén es que no tengo que responderle a mi padre. La mala es que el imbécil lleva un disfraz inflable de T-Rex que hace que los niños se vuelvan locos por acercarse a tocarlo.

—Ya tenemos ganador al mejor disfraz —dice mi padre mientras vemos a Giulia reír a carcajadas y acercarse para darle un abrazo—. ¿Ves? Si te hubieras disfrazado de algo, tú también tendrías un abrazo. Con suerte, hasta un beso.

—Papá, no me toques los huevos, ¿quieres?

—No, hijo, ni yo ni nadie, al ritmo que vas. —Susurro algo que se parece mucho a un insulto, pero le da igual—. Yo solo digo que no entiendo cómo has conseguido que esa chica te acepte una cita, pero como no te pongas las pilas, Rubén te la va a quitar. Tú eres guapo, pero él también. Y es más simpático que tú. Te va ganando.

—Joder, animando eres único.

—Es que es verdad. Me da vergüenza que seas hijo mío.

—Ah, ¿sí? Porque, hasta donde yo sé, todo el mundo dice que soy igual de serio que tú.

—Sí, bueno, podrán decir muchas cosas de mí, pero lo que nadie podrá contar nunca en Valdelila es que permití que tu madre se me escapara delante de mis narices. ¡Espabila, hijo! Te van a quitar a la chica antes siquiera de que puedas convencerla de volver a tener una cita contigo.

—Eso ya lo veremos —murmuro mientras me acerco a pasos agigantados a donde Giulia sigue riéndose a carcajadas.

Venga ya, ese tío no es tan gracioso, joder. He hablado con él un montón de veces y puedo corroborar que es un idiota. Con una cara bonita, vale, pero idiota, al fin y al cabo.

—De verdad te lo digo, cielo. Ojalá fuera uno de esos dinosaurios estampados en tu cuerpo. Estás arrebatadora.

Giulia se ríe y me enfado, porque sí, porque se supone que estamos empezando a salir. De cara al pueblo es así. ¡De cara a mi madre es así! Y si mi padre, que pasa de todo, se ha dado cuenta de

que Rubén va a saco, mi madre, que vive pendiente de mí y mi vida amorosa, debe de tener hasta los prismáticos fuera.

Sé que no tengo ningún derecho. Y, desde luego, sé que voy a arrepentirme de esto, pero hay algo en mi interior..., una bola de fuego que crece descontrolada en mi pecho y que me empuja a pasar un brazo por los hombros de Giulia y mirar mal a Rubén.

—¿Estás intentando robarme a mi chica, Rubencito?

A mi lado, la tensión recorre el cuerpo de Giulia, que se queda en silencio. Luego parpadea. Una, dos veces.

—¿Tu chica?

27

Giulia



Sé que, de entre todas las cosas que me ha dicho alguna vez mi tía Bianca, la única que puede acercarse a la verdad es que soy mala actriz y no debería intentar dedicarme a ello. Y lo sé ahora más que nunca porque, por más que quiera, me resulta complicado poner cara de póker sintiendo el brazo de León sobre mis hombros mientras mira a Rubén y le dice que soy su chica. Así. Como si nada. A lo mejor el actor debería ser él.

—Vaya, vaya, vaya —dice Rubén con una sonrisa—. Hasta donde yo sé, solo habéis tenido una cita.

—¿Solo? —pregunta León en un tono afilado que amedrentaría a cualquiera.

Cualquiera, menos Rubén, que se ríe y encoge los hombros.

—Tú has tenido una cita con ella, yo conseguí que se liara conmigo en una iglesia. Tal y como lo veo, todavía voy ganando.

Más allá de que estén dedicándose a ver quién la tiene más grande delante de mis narices, no puedo evitar soltar una carcajada que hace que Rubén me guiñe un ojo y León me mire mal. Muy en la línea de ambos.

—Perdón, pero técnicamente tiene razón —indico riéndome todavía.

León no lo encuentra gracioso. El ceño de su frente está tan marcado que me dan ganas de pasar el dedo por él para suavizarlo y prevenirle un montón de arrugas en el futuro.

—Entonces..., ¿tengo que follarte en la iglesia del pueblo para que empatemos?

Estaba tan concentrada en su ceño y sus futuras arrugas que me cuesta un segundo reaccionar a sus palabras. Y cuando lo hago, no sé si mi reacción es la que se espera, porque lejos de ofenderme o reírme, me lo imagino de inmediato sentado en un banco de la iglesia mientras yo..., eh...

—Necesitas algo más que una cita para conseguir esa meta —contesto sonriendo pero sintiéndome muy extraña.

No extraña en el mal sentido. Extraña en un sentido... excitante. Dios mío, es evidente que estoy con la adrenalina por las nubes porque la fiesta marcha bien y mi cuerpo está confundiendo sensaciones que no debería confundir.

—Yo no necesité citas —insiste Rubén.

—Tenía quince años —le digo, y vuelvo a reírme.

—Pero te hice ver fuegos artificiales.

Miro con atención a Rubén, dentro de su disfraz inflable de dinosaurio, y me doy cuenta en un solo segundo de que todo esto no son celos reales de su parte, sino un intento de tocarle las narices a León. Al parecer, al chico más inmaduro de Valdelila le hace mucha gracia cabrear al tipo con más mal genio del pueblo. Qué suerte la mía, ¿eh?

Podría decirle que los fuegos artificiales no estuvieron ni cerca de explotar. Repito: tenía quince años. Muchas más expectativas que experiencia y, en cualquier caso, ni siquiera llegamos hasta el final. Podría decir todo eso, pero siento que sería justificarme ante León y no estoy por la labor, así que solo me río y me lo tomo a broma, como hago siempre que no quiero afrontar las cosas de verdad.

—Qué suerte que la temática del cumple sea de dinosaurios, porque os estáis portando de un modo bastante primitivo y a juego con la decoración.

Me deshago del brazo de León, que sigue sobre mis hombros, mientras voy hacia la mesa de pasteles y cojo un *cupcake* con glaseado verde. Le estoy dando un mordisco con todas mis ganas justo cuando llega Abi y coge uno igual para hacer lo mismo.

—A mi hermano le ha faltado levantar la pata y mearte, ¿eh?

Me río y eso hace que algo de la crema salga disparado de mi boca. Me la tapo de inmediato, pero ella solo se ríe con ganas.

—En serio, es flipante que se ponga así cuando..., bueno, tú sabes la verdad, ¿no?

En realidad, Abi y yo no hemos llegado a hablar directamente del tema, pero me consta que no se ha tragado lo de que León y yo estamos saliendo. Es demasiado avispada y conoce muy bien a su hermano.

—Sí, pero mi madre no. Y mírala.

Me señala con la barbilla el punto exacto donde Carmen, sentada a una mesa y con un sándwich a medio comer, mira a su hijo con los ojos entornados, como si intentara leerle la mente de lejos.

—Tu madre me cae genial, pero es un poco enfermizo que esté tan obsesionada con el tema de buscarle novia a León, ¿no?

—No se lo tengas en cuenta. Lleva años recogiendo los pedazos de mi hermano y..., no sé. A su manera, creo que solo quiere verlo feliz. El problema es que no se da cuenta de que hay cosas que ella no puede obligarle a hacer.

—¿Como qué?

—Enamorarse. Formar una familia. Ser feliz. León siempre quiso todo eso, pero no entraba en sus planes todavía. En sus planes, ahora mismo, estaría disfrutando de lo mismo que hace unos años, cuando era un glorioso jugador de la NBA. Mi madre ha perdido la paciencia porque piensa que León ya debería haberse olvidado de lo ocurrido. Tiene dinero, salud, aunque no pueda jugar profesionalmente, y una familia que lo quiere. *A priori* tiene todo lo importante, pero yo le entiendo, ¿sabes?

—Creo que yo también.

—¿Sí?

—Sí. O sea, nunca he tenido claro a qué quería dedicarme. Ni siquiera ahora. En ese sentido no puedo entenderlo, pero sí que comprendo que es duro empezar de cero cuando todo se derrumba a tu alrededor. Da igual el dinero que poseas o que tu familia te quiera mucho, si por dentro no tienes ni idea de cómo dar el siguiente paso sin joder más las cosas.

—Sí, exacto, algo así... —Abigail me mira en silencio unos instantes y, después, me abraza sin que venga a cuento. La miro

sorprendida, pero solo sonríe—. No sé si alguien te lo ha dicho, pero lo estás haciendo genial. Con tu vida, con Giuliano, con todo.

Me encantaría responderle, porque dentro de mí una vocecita me dice que estoy muy lejos de estar haciéndolo genial, pero esta mujer está aquí, comportándose como una gran amiga, aunque haga apenas unos días que nos conocemos. Ha convencido a todas las madres de que vengan; con más o menos ganas, pero aquí están. Y es tan empática que no me salen las palabras, así que solo la abrazo, mientras cada una sostiene su *cupcake* con crema verde, y le digo lo único que puedo decir ahora mismo sin sentir que falto a la verdad.

—Me encanta que seamos mejores amigas.

Se ríe y me besa la mejilla antes de dar un gran bocado a su pastel.

—A mí también me encanta. Y me encantará más cuando seamos cuñadas.

—Venga, Abi... Eres la única que sabe la verdad.

—¿Y?

—Pues que son falsas —digo, y cuando me mira sin entender me río—. Las citas.

—Bueno, sí. Las citas son falsas, pero todo lo demás... puede ser real.

Me río más alto. Me planteo decirle que creo que su hermano preferiría dejarse morder el culo por cocodrilos antes que tener algo conmigo, pero lo dejo estar porque Giuliano me reclama para que vaya a pintarme la cara a juego con él.

Y eso hago. Me olvido de León, de Rubén y de todo lo que no sea hacer reír al niño más mono del mundo. Nos pintamos las caras, saltamos juntos en el castillo y, cuando sopla sus velas y me mira, intentando guiñar un ojo, pero guiñando los dos en el proceso, sonrío y me emociono otra vez. Le hago un montón de fotos que le envío a Fiorella de inmediato.

Esta mañana ha tenido la decencia de enviar un audio de felicitación para su hijo, pero no he sabido nada más de ella desde entonces.

GIULIA
Ha sido una gran celebración, pero estoy segura de que a Giuliano le habría encantado verte. Te dejo unas fotos. Espero que estés bien, Fio.
Besos.

No espero respuesta. Quizás por eso, cuando solo un minuto después me llega un mensaje suyo, me sorprendo.

FIORELLA
Sabía que hacía lo correcto dejándolo contigo. Lo sabía... Dale un beso de mi parte, ¿vale? Y gracias por todo, Giulia. Sé que piensas que soy egoísta, pero yo... necesitaba esto. De verdad. Besos.

Por supuesto que pienso que es egoísta. Pienso que es egoísta y otras muchas cosas que no voy a decirle porque no tiene caso. Ella se ha antepuesto al niño y, aunque me parece que no existe justificación posible para algo así, lo cierto es que creo que la culpa no es solo suya. Fiorella nunca tuvo unos padres amorosos, como los míos, o alguien que la guiara y le dijera lo que estaba bien y mal por su propio bien. Nadie que la antepusiera a todo. Y aun así, durante los primeros años de nuestra vida, hasta que los abuelos murieron, siempre fue una chica buena, divertida y generosa. Pero luego todo cambió; a base de internados, sus padres lograron moldearla a su gusto. La convirtieron en su niña modelo: ni un pelo fuera de lugar, ni una arruga en la ropa, ni una carcajada demasiado alta o una lágrima derramada en público. Un cascarón vacío. Así que supongo que no es solo que sea egoísta o inmadura, sino que ella... ella está perdida, a su modo. No ha vivido realmente y ni siquiera se conoce a sí misma. Y aunque una parte de mí la odia por hacerle esto a Giuliano, hay otra, pequeña pero existente, que no puede dejar de compadecerla.

—¿Sabes una cosa? —pregunta mi padre a mi lado, sobresaltándome.

—¿Mmm?

—Tengo *cupcakes*.

—Todos tenemos *cupcakes*, papá —digo sonriendo.

—Pero los míos son mejores, porque son para cuando se vaya todo el mundo. Los he hecho yo y los he llamado «*cupcakes* de la alegría».

—No me jodas —murmuro.

—Mamá me ha dicho que va a comer conmigo. Si quieres, te dejo, porque eres mayor y has hecho una fiesta increíble, *principessa*.

—Sé que, en tu cabeza, estás siendo un gran padre ahora mismo, pero ofrecerle pasteles de marihuana a tu hija no es algo que esté bien visto. Jamás. Ni siquiera si esa hija ya es adulta.

—Yo solo digo que terminar el día relajando los nervios de la fiesta con un poquito de ayuda no hace daño a nadie. Es como cuando la abuela preparaba tilas con lavanda. Yo también uso hierbas. Solo que de otra índole.

—¿Y quién cuida de Giuliano? —pregunto ignorando su intento de justificación.

—Ese niño caerá en coma en cuanto lo duches y le pongas el pijama. Debe de estar exhausto de correr por todas partes.

En eso tiene razón, pero ni siquiera así va a convencerme de que me coloque. Puede que yo no sea la persona más responsable del mundo, pero esas cosas nunca me han ido demasiado. Aun así, beso la mejilla de mi padre y le palmeo el brazo con cariño.

—Gracias por portarte como todo un abuelito hoy. Te has ganado tu premio de esta noche, pero no hasta que Giu esté dormido.

—Prometido —dice él—. *Ti amo.*

—*Ti amo* —respondo sonriendo antes de dirigirme a la puerta, donde varias madres se despiden de mí con distintos grados de amabilidad.

Se nota mucho quién ha venido porque de verdad le apetecía y quién está aquí solo por cumplir, seguramente por las amenazas de Abi, por más que ella me diga que no ha hecho nada. Aun así, agradezco a todas y cada una de ellas la asistencia y, con la ayuda de Giuliano, entregamos a todos los niños un detalle consistente en un silbato de dinosaurios y un rollo de pegatinas. Lo siento por las buenas madres, pero me divierte imaginar a las que son unas cabronas con migraña y raspando pegatinas de las paredes.

León se va casi sin hablarme, porque así es como ha decidido comportarse desde nuestro encuentro con Rubén. Imagino que está enfurruñado porque he puesto en peligro nuestra pantomima frente a su madre, pero no me importa. Estoy demasiado cansada incluso para discutir, así que despido a todo el mundo, ducho a Giuliano, le pongo un nuevo pijama de dinosaurios comprado especialmente para estrenarlo hoy y, tal y como mi padre había predicho, se queda dormido por completo un minuto después de meterlo en la cama. Ni se me ocurre intentar que vaya a su habitación, porque es evidente que le provoca ansiedad dormir solo.

A veces me pregunto qué pasará cuando vuelva Fiorella y le cuente este cambio, pero luego me digo a mí misma que, de todas las cosas que tendré que contarle a Fiorella, esta será la menos traumática. Le beso la mejilla y cojo mi propio pijama, también de dinosaurios y a juego con el de Giuliano.

Me doy una ducha, me visto, y apenas he empezado la rutina de *skincare* cuando recibo un mensaje de León.

LEÓN
Sal.

Sonrío y enarco una ceja.

GIULIA
Azúcar.

LEÓN

¿Por qué lo pones todo tan difícil siempre? Sal al puto jardín, estoy aquí.

GIULIA
Si has venido en plan Romeo, tengo que decirte que deberías ponerle más ganas al lenguaje romántico.

LEÓN

Romeo era un imbécil, en realidad.

GIULIA
Uy, sí, trepaba balcones para ver a su amada y murió por ella. Qué imbécil.

Me quedo esperando su respuesta. Podría salir y dejar de hacer el tonto, pero estoy agotada, es tarde y no sé qué hace aquí, así que, como es él quien quiere algo, va a tener que currárselo un poco más.

Lo que no esperaba era oír un ruido procedente de la habitación. Salgo del baño a toda prisa y lo encuentro encaramado al balcón y tocando con los nudillos en el cristal. Camino hacia la puerta y la abro, estupefacta.

—¿Qué estás haciendo?

—Esto no tiene ningún mérito —masculla—. Solo te demuestro que no hay que ser tan guay para subir a un puto balcón. Ni que fuera el Everest.

—Tú estás fatal.

Entra en la habitación ignorándome y sin pedir permiso. Mira a Giuliano durmiendo y soy consciente del modo en que su ceño se suaviza de inmediato. Igual que soy consciente de lo pronto que se arruga cuando pone los ojos en mí. O más bien en mi pijama.

—¿Has comprado pijamas iguales solo para esta noche?

—Por millonésima vez: puedo hacer lo que quiera con mi dinero, León. Y, de todas formas, ¿qué más te da? O mejor aún: ¿qué haces aquí?

—Es que me había olvidado de algo.

—¿De qué?

Saca de su bolsillo vaquero una bolsita y la estira, haciendo que la coja.

—Tu regalo.

—¿Mi regalo?

—De cumpleaños.

—Pero no es mi cumpleaños.

Él se encoge de hombros de esa forma tan suya.

—Ábrelo, anda.

Miro abajo, a la bolsita que sostengo entre las manos. Es de la tienda de cosmética que visitamos el otro día en el centro comercial. La abro con el corazón mucho más acelerado de lo que me gusta admitir y me encuentro con mi barra de labios favorita. La misma que compré el otro día en su presencia.

—¿Cómo...?

—Te dije que te compraría una.

—Y yo te dije que no hacía falta. Ya me compré una.

—Bueno, pues ahora tienes dos.

Su pragmatismo y su tono cortante contrastan con el gesto. Y me doy cuenta, por primera vez, de que León prefiere parecer borde antes que simpático, pero también prefiere parecer borde antes que nervioso. Intuyo, incluso, que prefiere parecer borde antes que admitir que a veces tiene miedo.

En realidad, creo que León Lobo usa su fama de gruñón para ocultarle al mundo todas y cada una de sus emociones.

—Oye...

—No me mires así. Es una tontería. Pensé que te merecías un premio después de organizar una fiesta como esta.

Intento sonreír, porque es un detalle precioso, pero entonces me doy cuenta de algo.

—Tú ni siquiera sabías cómo iba a ser la fiesta. No te conté nada de lo que había planificado porque estaba segura de que ibas a ponerte protestón.

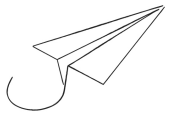
—No me contaste nada, pero ya intuía que no te quedarías de brazos cruzados. Puede que tu prima tenga pinta de estirada y responsable y tú de loca y rebelde, pero está bastante claro cuál de las dos se quedó con el corazón más grande. —Abro la boca para decir algo, cualquier cosa, pero él vuelve a pasar por mi lado, sale al balcón y pasa las piernas por encima de la barandilla sin esfuerzo—. Bueno, que descanses.

Y se va. Así, sin más. Sin ser consciente de que esto... esto no es normal. Y por encima de eso, es un detalle precioso y lleno de significado.

Se va sin tener ni idea de que, con esas palabras, ha llenado uno de tantos agujeros emocionales que, hasta ahora, ni siquiera sabía

que tenía.

Fiorella



Permiso denegado.

Claro que me lo han denegado. ¿Por qué iban a darme permiso para salir un solo día de esta prisión de oro? Ni aunque ese día sea mi cumpleaños.

Tumbada en la cama de mi habitación privada, observo el techo en el que puse estrellitas fluorescentes hace un siglo. Por suerte, mis padres nunca entran en este cuarto. Cuando vienen a verme, nos reunimos en la sala de visitas.

Sí, como en una cárcel, solo que con sofás de cuero y mesas de la mejor madera tallada.

Solicité por escrito el permiso hace días. No quería nada elaborado. Salir a celebrar mi decimoquinto cumpleaños. No se cumplen quince todos los días, pero, al parecer, a esta gente le da igual. Y a mis padres, que son los que podrían haber intercedido por mí, aún más.

Me dejaron muy claro que no necesito salir para celebrar nada, puesto que hay una fiesta organizada en casa para el fin de semana. Fiesta a la que asistirá toda la familia.

Bufo con un poco de desprecio. De toda la familia, las únicas personas a las que quiero ver son Giulia, sus padres y nuestros abuelos, pero últimamente ni siquiera eso me anima, porque mi prima siempre tiene un montón de cosas interesantes que contar y

mis abuelos siempre me miran con pena, como si fuera un bicho raro.

Salgo de mis pensamientos cuando recibo un mensaje. Se trata de Giulia y, aunque es por la tarde, es la primera en felicitarme de la familia.

Giulia:
¡Feliz cumple, primita!
Los abuelos dicen que van a darte la condicional
este finde, así que me lo he dejado libre para
celebrar contigo. Y si nos controlan mucho ahora,
nos guardamos una gran fiesta para el verano en
Valdelila.

Sonrío, pero solo hasta que adjunta una foto suya que supongo que será de ahora mismo. Está en una terraza con gafas de sol, poniendo morros para la foto. Está guapísima, pero no es eso lo que me da envidia, sino la plaza que se ve tras ella.

Me imagino que ha salido con amigas del instituto. No las conozco, pero me habla de ellas cuando nos vemos. Me cuenta que ya han empezado a salir por discotecas para menores de edad y que siempre se las apañan para probar cerveza a escondidas. Yo no digo mucho, porque no tengo nada que contar y porque, en realidad, no sé qué podría aportar yo a esas conversaciones, pero la escucho y deseo en silencio poder tener su libertad.

Yo no quiero ser ella, porque Giulia es demasiado... demasiado extrovertida y alocada. No quiero eso. Pero quiero poder salir. Quiero pasear libremente, probar a entrar en alguna discoteca de menores y beber alcohol a escondidas, aunque no me guste. Quiero conocer a chicos y poder hablar con ellos. Este internado es solo de chicas y, a veces, siento que estoy viviendo en una realidad alternativa por completo.

A veces, incluso me pregunto cómo podré integrarme en la sociedad cuando este suplicio acabe. Porque ya falta menos para que acabe.

En tres años cumpliré dieciocho años y ese día... Ese día lo celebraré como nunca he celebrado nada. Saldré por ahí, disfrutaré

al máximo y brindaré por la vida como corresponde, porque seré mayor de edad y tendré algo de dominio sobre mi propia existencia.

O eso, al menos, es lo que me gusta pensar.

Desde luego, es con lo que sueño despierta mientras miro las estrellas del techo de mi habitación. O mientras apunto en mi diario todos los destinos que visitaré cuando por fin pueda viajar y vivir sin pedir permiso.

En tres años mi vida será mejor.

En tres años, por fin, seré libre.

28

León



El sábado por la mañana estoy en el entrenamiento viendo cómo mi sobrina bota su pelota rosa. Ha sido una buena compra, al final, porque al menos ahora se digna a entrenar y obedecer... casi siempre.

Giuliano aún no ha llegado y eso me tiene de los nervios, porque anoche le mandé un mensaje a Giulia diciéndole que hoy tenemos que fingir una cita. Desde el cumple del niño, el martes, mi madre está en modo *CSI*. Pasa cada mañana por casa, por más que me enfade, para preguntarme si voy a salir con Giulia. Ayer, viendo que era viernes y mi plan de noche consistía en ver partidos de reposición de baloncesto con Bambi a mi lado, se puso como loca, otra vez, y amenazó con llamar a Martina si no tenía una cita con Giulia antes de acabar la semana.

A mí me gusta pensar que soy un tío de treinta años al que nadie puede vapulear, porque admitir que una señora de un metro sesenta me mangonea me hiere el orgullo, pero la realidad es la que es. No me apetece una mierda que mi madre hable con Martina, y es muy capaz de hacerlo.

El caso es que mis opciones eran hacer las maletas y largarme de Valdelila o entrar por el aro y mandarle un mensaje a Giulia. Teniendo en cuenta que me gusta mi pueblo y quiero a mi familia, aunque a veces no lo merezcan, me decidí por lo último.

No me ha contestado.

Nada. No ha dicho ni una palabra y eso que leerlo, lo ha leído. Maldita la hora en la que WhatsApp decidió jugar con la ansiedad de la gente informando de cuándo leen o no los mensajes los demás, pero ella lo leyó anoche mismo y... nada. Solo silencio. Así que estoy deseando que aparezca para decirle que a mí no puede ignorarme por las buenas.

El problema es que, cuando viene, viste ropa deportiva. Nada del otro mundo. Un *legging* ceñido que le hace un culo de infarto y un sujetador deportivo. No debería comérmela con los ojos como un salido, pero es que hay algo en ella..., es que es..., joder, es que es preciosa, pese a que gran parte del tiempo no la soporte.

Aunque ya ni siquiera sé si eso es cierto del todo. Sí, sigue sacándome de quicio a menudo, como hoy, pero tengo que reconocer, al menos para mí mismo, que Giulia no es en absoluto lo que yo pensaba. De hecho, está demostrando ser todo lo contrario, y el otro día en la fiesta de cumpleaños terminó de confirmarse mi mayor miedo: lejos de ser una mujer egoísta y prepotente, Giulia tiene un corazón inmenso que ahora mismo está volcado en el bienestar de ese niño. Y si es mi mayor miedo es porque, si su aspecto ya era letal, su personalidad está resultando serlo aún más. Es un peligro, pues ya me he descubierto a mí mismo haciendo alguna tontería, como por ejemplo comprarle un pintalabios que ya tiene para luego trepar hasta su balcón y dárselo en mitad de la noche. De verdad, ¿en qué estaba pensando?

Si soy sincero, sé bien por qué lo hice: saber lo que había hecho Martina e imaginar a Giulia al borde de las lágrimas me hizo buscar, a la desesperada, algo para intentar animarla de algún modo. Una barra de labios, como si no tuviera ya un millón. Menudo idiota estoy hecho. Gruño para mis adentros mientras la veo acercarse.

Lleva una coleta algo despeinada que solo hace que sus ondas se vean más bonitas, y tanto ella como su culazo y su boca roja se dirigen hacia mí con una sonrisa que no me gusta nada.

—Buenos días, gatito.

—En serio, tienes que dejar de llamarme así —murmuro antes de mirar al niño—. Hola, Giuliano. ¿Listo para entrenar?

El pequeño asiente, abraza las piernas de Giulia y se va corriendo con sus compañeros. Es increíble lo mucho que está cambiando en tan poco tiempo. Antes hubiera sido impensable que llegase trotando hasta sus amigos y se incorporara a la conversación como si nada, pero eso es justo lo que hace ahora.

—Hablemos de tu mensaje de anoche —dice Giulia sacándome de mis pensamientos.

—Sí, hablemos, porque no me gusta que me dejen en visto.

—Y a mí no me gusta que me den órdenes.

—No era una orden —mascullo.

—Ah, ¿no? Veamos. —Saca el móvil de un bolsillo que tiene el pantalón en el muslo, lo desbloquea y, unos segundos después, lee —: «Mañana vamos al cine. A las nueve».

—Es una petición.

—Es una orden y tú a mí no me mandas.

—Oye, tengo a mi madre respirándome en la nuca —confieso—. Y quedamos en que me debías otra cita.

—Sí, pero me gusta que me pidan las cosas bien. Así que, adelante, pídelo por favor.

Tengo muchas muchas ganas de decirle algo borde para quedar por encima, pero soy muy consciente de que llevo las de perder, así que aprieto los dientes un segundo y luego me obligo a relajarlos y responder.

—Por favor, Giulia, ¿quieres venir al cine conmigo?

—No. —Gruño una palabrota, pero solo sirve para que se ría—. Pero puedes venir a casa. Quiero enseñarte algo. —Elevo una ceja y se ríe más alto—. Ya quisieras.

—No sabes lo que iba a decir.

—No ha hecho falta, lo he visto en tus ojos. —Estoy a punto de decirle que no ha podido ver nada, pero me ignora y sigue hablando —. En serio, he encontrado algo y quiero enseñártelo. Dile a tu madre que es una cena romántica.

—No va a colar si están tus padres y Giuliano en casa.

—Les diré que lleven a Giu a cenar al bar del pueblo. La gente los verá, comentarán que yo no estaba y tu madre se enterará. No te

preocupes, cielo. Tu progenitora pensará que te estoy haciendo alguna cerdada aprovechando que estamos solos en casa.

—Espero de todo corazón que mi madre no piense en mí en esos términos —respondo, porque la otra opción es imaginar todas las cerdadas que Giulia podría hacerme. Y estoy vestido con ropa de deporte. Nada aconsejable para según qué problemas o reacciones físicas.

—Ah, y trae la cena. Así no perderemos tiempo.

—Me estás causando intriga y miedo a la vez.

—Bah, no es para tanto. Y ahora me voy, porque he decidido ponerme fuerte y empezar a entrenar. De momento, voy a correr tres kilómetros. Cuatro, si me siento bien.

—Guau. Cuidado, no vayas a herniarte y...

—Cuidado tú con lo que dices, gatito. Que no se te olvide quién tiene a quién pillado por los huevos.

—Eso es porque tú no tienes huevos.

Se ríe y no puedo evitar sonreír de vuelta. Me gusta oírla reír y saber que, para variar, he sido yo quien lo ha provocado, porque da igual lo que piense la gente: la realidad es que no me encanta ser el tío que siempre está enfadado, pero creo que, en el fondo, llevo tanto tiempo comportándome así que ya no sé cómo volver a ser el de antes. Y lo cierto es que las palabras de mi padre me escocieron el otro día...; esa maldita comparación con el imbécil de Rubén.

Tan patético como suena.

—En fin, te dejo, que Rubén me está esperando.

—Espera, ¿qué? —pregunto, ignorando mis pensamientos y centrándome en ella de nuevo. No puede ser; ese tío está hasta en la sopa.

—Rubén va a venir a correr conmigo.

—¿Y eso por qué?

—Porque se ha ofrecido a entrenarme. —La miro tan mal que incluso ella encoge los hombros—. ¿Qué pasa?

—Debemos tener una charla acerca de esto.

—¿De que Rubén me entrene?

—¡No! De que flirtee contigo. Eso se tiene que acabar. En serio. Si vas a ayudarme con esta pantomima de fingir una relación para que

mi madre me deje tranquilo, no puedes salir con él. No pienso ser el cornudo del pueblo.

—¿Te das cuenta de que, para lo borde que eres, te pasas la vida pidiéndome favores?

Sí, claro que me doy cuenta. En realidad, por muy chulo que me ponga, por dentro vivo rezando para que ella no ignore nuestro trato, porque podría hacerlo y entonces el único que acabaría jodido sería yo.

—Tienes razón. Te juro que te devolveré el favor cuando lo necesites.

—Eso dices siempre, sí, pero no sé yo... ¿Hasta cuándo se supone que tengo que fingir tener citas contigo?

—No tanto como crees. —Ella me mira dubitativa y resoplo, más agobiado de lo que quiero admitir porque, en realidad, no tengo ni idea de hasta cuándo voy a necesitar su ayuda—. No salgas con Rubén, joder. Me hará quedar mal.

—Pero no voy a salir en una cita. Se ha ofrecido a entrenarme.

—Entrena conmigo.

—No sé yo... Ni siquiera he visto tu técnica.

La miro con la boca abierta. Tiene que ser una broma.

—Giulia, soy exjugador de la NBA. ¿De verdad vas a poner en duda mi técnica? —Sonríe y se pasa la lengua por los labios de un modo que, en otro instante, podría acelerarme—. Te entrenaré tanto como quieras si a cambio me ayudas a seguir fingiendo de cara a mi madre.

—Mmm. Bueno, vale, pero ese no es el favor que me debes. Todavía estás por debajo de mí y podré pedirte algo, lo que yo quiera, en cualquier momento.

—Siempre que no me haga terminar en la cárcel o muerto, de acuerdo.

—Vale. Ahora voy a ir a correr con Rubén porque ya se lo he prometido, pero seré muy amigable y nada coqueta. ¿Contento?

Asiento, pero lo que de verdad me gustaría es que se niegue a salir con él. Aun así, supongo que eso sería demasiado, sobre todo si tenemos en cuenta que, por más que yo no quiera pensar en ello, lo cierto es que Giulia se está portando increíblemente bien conmigo.

Tanto que, en realidad, podría intentar bajar la guardia un poco y ser algo más amable.

Quiero decir, no voy a morirme por ser un poco más simpático con ella, ¿no?

—Llevaré la cena —mascullo—. ¿Qué te gusta?

—El *sushi*.

—Pero en Valdelila solo hay dos bares y ninguno tiene *sushi*.

Ella tuerce un poco la cabeza, como si estuviera estudiándome atentamente, y observo cómo en su precioso y malvado rostro se abre una lenta sonrisa que me deja muy claro que va a soltar una de las suyas.

—Supongo que eso significa que ya tienes excusa para ponerte guapo y dar un paseo por la ciudad. —Me guiña un ojo y me palmea el pecho con suavidad antes de dar un paso atrás—. A las nueve en casa.

Se gira, trota hasta la salida y consigue que mis ojos se mantengan fijos en su cuerpo hasta que desaparece de mi vista.

Me reincorporo al entrenamiento mientras pienso en un buen restaurante de *sushi* en la ciudad... y en la forma de ser lo bastante amable esta noche como para que Giulia no quiera romper este trato todavía.

29

Giulia



Mi semana empezó por todo lo alto con el cumpleaños de Giu, pero cayó en picado al día siguiente, cuando mi agente me llamó para decirme que está haciendo limpieza de contratos y que, teniendo en cuenta que yo solo he conseguido hacer un anuncio y no parezco interesada en dedicarle mi vida a la actuación, lo mejor es que separemos nuestros caminos.

No es que sienta una tristeza excesiva por perder a mi agente. Entiendo que ella es la primera interesada en trabajar y que yo no he sido todo lo colaboradora que se podría haber esperado. En realidad, hace mucho que admití, al menos internamente, que lo de mudarme a Estados Unidos y pasarme un par de años convenciéndome de que mi sueño era ser actriz fue un intento más de sentirme realizada haciendo algo, lo que fuera.

No pretendo fingir que mi vida ha sido dura, porque no es cierto. He tenido unos padres que me han querido, he ido a buenos colegios, he hecho las extraescolares que me ha dado la gana, he tenido amigos, amores y desengaños como todo el mundo, pero en términos generales he sido muy afortunada.

Sin embargo, no tardé mucho en crecer y darme cuenta de que no conseguía encontrar nada que me llenara. Al principio quise culpar a mis padres por dármelo todo, porque supuse que el hecho de contar con una cartera que jamás se quedaba sin fondos había provocado que, al no tener necesidades de ningún tipo, nada me motivara a trabajar y a encontrar algo que se me diera muy bien. Luego comencé a pensar que tal vez la culpa no fuera de ellos, sino mía. A

lo mejor... a lo mejor es que no sirvo para nada concreto, sencillamente.

Y así he transitado los últimos años, creyendo que estaba destinada a vivir notando ese vacío constante en el pecho y no quejarme, porque no me sentía con derecho a hacerlo. Hasta que empecé a relajarme con Giuliano y me di cuenta de que, en realidad, cuando estoy con él no noto ningún vacío. Cuando estoy con ese niño el ruido de mi cabeza se apaga y solo queda lo bueno. A su lado siento que sí estoy haciendo algo de valor. Algo que merece la pena, mi tiempo y mi esfuerzo.

Y a raíz de esa revelación me pregunté, hace dos noches, si hubo algún otro momento de mi vida en que me sintiera así. Estaba en el porche tomando una cerveza a escondidas y no me llevó más de dos minutos recordar que sí lo había y que, además, estaba justo aquí: cuando cometía algún acto vandálico en Valdelila, mis padres intentaban castigarme sin salir, pero mis abuelos, en vez de ponerse de su parte, aprovechaban para llevarme a los campos de lavanda y explicarme todo lo que se puede hacer con unas flores que *a priori* solo necesitan agua y sol, y que a cambio dan un sinfín de cosas maravillosas.

En esos momentos yo era feliz de verdad, y me imaginaba a mí misma de mayor, cuidando de esos campos y manteniendo vivo el espíritu de Casa Lavanda.

Así que la otra noche comprobé que Giuliano dormía plácidamente y bajé al sótano de la casa, donde mis bisabuelos tenían el taller en el que secaban, trituraban y moldeaban la lavanda para convertirla en pequeñas flores secas para infusionar, en aceites o en ramilletes secos que luego vendían a la gente del pueblo.

He escuchado la historia montones de veces: en aquellos tiempos, Casa Lavanda se mantenía, sobre todo, de las excursiones a los campos de lavanda y la venta de esta a las floristerías de los pueblos colindantes. Era un negocio próspero, pero nunca llegó a crecer demasiado, en parte debido a que, con la muerte de mis bisabuelos, mis abuelos se dedicaron a mantener los campos solo para los pocos grupos de turistas que querían visitarlos.

Lo que vino después no necesito que nadie me lo cuente: mis abuelos murieron, Casa Lavanda se cerró y todo se echó a perder... hasta que Fiorella se instaló aquí y decidió revivir los campos. Lo cual, como ya he dicho en otras ocasiones, no me encajaba en absoluto con mi prima. Sobre todo en vista de los últimos acontecimientos.

Y en esos pensamientos andaba sumida cuando mi padre bajó al taller y me pilló investigando las polvorientas mesas y estanterías. Le pregunté cómo podía ser que alguien como Fiorella se hubiera encargado de repoblar los campos de lavanda, porque no le pegaba nada, y mi padre me confesó que no fue Fiorella, sino él. Resulta que, cuando mi prima vino aquí a vivir, adolescente y embarazada, mi padre decidió contratar a un par de señores que pasan por aquí periódicamente y se encargan de que los campos florezcan y estén cuidados.

«Ya no hay excursiones ni ningún uso para las lavandas —me dijo mi padre—. Pero me pareció que el pequeño Giuliano merecía crecer con las mismas vistas que vimos nosotros cada verano».

Me emocioné y, por segunda vez desde que volví aquí, quise llorar, pero esta vez no de tristeza y rabia, como hice cuando Martina me trató mal, sino para bien, porque mi padre... mi padre puede estar un poco colgado, pero en el fondo no es más que un buenazo que, pese al dolor por la muerte de sus propios padres, intenta recrear recuerdos bonitos para Giuliano, aun cuando el niño casi no lo conocía hasta hacía un par de semanas.

En fin, todo eso sucedió hace solo dos noches, y ayer me pasé la mañana abriendo ventanas y limpiando polvo en el sótano con la ayuda de mis padres, mientras Giu estaba en el cole. Por la tarde lo bajé conmigo, le hablé de todo lo que se podía hacer allí y no sé si me entendió, pero cuando le pedí ayuda para seguir organizando, se prestó encantado.

Ese fue, en parte, el motivo por el que no respondí a León. Estaba ocupada, sí, pero también es cierto lo que le he dicho: no puede darme órdenes y esperar que las cumpla sin más. Quizás, solo por eso, yo tuviera la idea de pedirle a Rubén que entrenara conmigo. Aunque eso se va a terminar antes de haber empezado, en primer

lugar porque León se ha ofrecido a entrenarme, pero también porque Rubén parece de verdad entusiasmado con volver a tener algo conmigo y, aunque lo valoré como una posibilidad cuando llegué aquí, las cosas han cambiado.

Ahora estoy fingiendo tener citas con León y, si bien es cierto que no me considero una persona especialmente bondadosa, tampoco soy una capulla integral. No voy a dejarle colgado así como así.

Si he accedido a seguir fingiendo las citas es, en parte, porque me resulta divertido que su madre esté tan desesperada como para organizarle la vida, y en gran medida porque la otra opción es Martina y no quiero que León salga con una mujer como ella. No son celos. Es, simplemente, que ella sí es una capulla integral, aunque vaya de mosquita muerta. Y después de la que me intentó liar con el cumpleaños de Giu, creo que me merezco disfrutar un poco de esta pequeña venganza. Además, así León está en deuda conmigo, y eso siempre es un plus.

En cualquier caso, coquetear con Rubén ya no es una opción, al menos de momento. Entrenar con León sí lo es. Que me traiga *sushi* también. Y si de paso lo lío para que me ayude a reorganizar las estanterías más pesadas y saco rendimiento a sus muchos músculos, mejor.

No negaré que, en medio de todo eso, está la idea de ver cómo se mueve su cuerpazo por el sótano de casa. Porque puede que yo no esté interesada en tener nada serio con nadie, pero mentiría si no admitiera que León es, con mucha diferencia, el tipo más guapo de todo Valdelila.

Y cuando se planta en casa vestido con zapatillas negras, un pantalón cargo negro, una camiseta verde oscura y una camisa de cuadros abierta, comienzo a plantearme si no será el tipo más guapo de todo el maldito mundo.

30

León



Lleva una camiseta inmensa que se desliza por uno de sus hombros; le está tan grande que me hace preguntarme si debajo hay pantalones cortos, porque le tapa hasta los muslos. Es de hombre, está claro, y de pronto la idea de que sea de Rubén se me pasa por la cabeza y me arde en las entrañas de un modo que no debería.

—Dime una cosa —pregunta interrumpiendo mi línea de pensamiento—. ¿Sales así de casa a propósito o te pones lo primero que pillas?

—¿Perdón?

—Todo ese aire follable con la camisa a cuadros y... —Me señala y resopla—. Lo haces a conciencia, ¿verdad? Te vistes, te miras al espejo y no paras de pasarte las manos por el pelo hasta que sabes que estás lo bastante bueno como para que las chicas babeen a tu paso.

He estado con mujeres. Con muchas mujeres. No es algo de lo que me vanaglorie ni que vaya contando por ahí. Solo es un modo de decir que he conocido a mujeres tímidas y a otras más lanzadas, pero ninguna se ha acercado, ni remotamente, a tener una lengua tan suelta como la de Giulia.

—¿Alguna vez pones filtro a lo que dices? —quiero saber, al tiempo que enarco una ceja.

—¿Para qué? La gente con filtro es aburrida. —Me río entre dientes y ella clava un dedo en mi pecho—. Eh, no, no hagas eso. Ni lo sueñes.

—¿Qué?

—No te rías con ese sonido. Solo completas la fantasía.

Me río más alto, porque de verdad me hace gracia lo seria que está.

—Mejor respóndeme una cosa: ¿esa camiseta es de Rubén?

—¿Por qué iba a ser de Rubén? —pregunta frunciendo el ceño.

—Es evidente que no es tuya. Te queda enorme y te cuelga de todas partes al mismo tiempo.

—Oye, te acabo de decir que eres el sueño húmedo de las mujeres del mundo, ¿y esa es tu forma de devolverme el piropo?

—No he dicho que estés fea.

—Ah, ¿no?

—No.

—¿Estoy guapa?

Resoplo, incómodo, y cambio el peso de mi cuerpo de un pie a otro.

—¿Estás buscando cumplidos gratis?

—Por supuesto.

Sonrío y hago amago de entrar. Como no se aparta, coloco una de las manos en su costado y la hago a un lado con suavidad. Mala idea, porque tocarla es..., me hace pensar... Joder, me hace pensar en cosas del todo inapropiadas.

—Eres guapa. Tú lo sabes y yo también. Siguiente tema: traigo la cena.

—Qué romántico. Me ocuparé de contarle a tu madre que no dejas de decir cosas bonitas.

Me guardo para mí que, si fuera sincero, podría decirle que me encanta el modo en que se ha recogido el pelo en un moño desordenado que deja caer mechones sueltos. Y me encantan sus piernas torneadas y fuertes, que me hacen pensar que se ejercita mucho más de lo que admite. Que su culo, aunque ahora esté tapado con esa camiseta gigante, tiene un imán que me obliga a mirarlo constantemente. Que imagino que su cuello sabe a algo dulce si pasas la lengua por él. Y que esa boca..., joder, si fuera sincero, admitiría que he hecho cosas del todo indecentes en la ducha pensando en esa boca.

Pero no soy sincero, ni estoy dispuesto a abrirme tanto como para que tenga algo que usar en mi contra, así que me limito a guiñarle un ojo y alzar la bolsa que llevo en una mano.

—*Sushi* del mejor restaurante de la ciudad según Google. ¿Cenamos?

—Sí, vale. Pero primero tengo que despedir a Giuliano y a mis padres, que están a punto de salir. Luego cenamos y más tarde te enseñaré algo.

—Estoy realmente intrigado con lo que sea que tienes que enseñarme.

El tono me sale mucho más sugerente de lo que pretendía. Quizás porque en mi cerebro procuro poner unos límites que mi boca y el resto de mi cuerpo están negándose a aceptar, pero ella reacciona riéndose y mirándome de arriba abajo.

—No te emociones. No es nada que vaya a acabar contigo disfrutando del modo en que te gustaría.

Quiero replicarle algo ingenioso, pero sus padres aparecen en el recibidor con Giuliano enfurruñado.

—¿Por qué no puedo quedarme contigo? —le pregunta a Giulia.

Esta sonríe y se agacha para estar a su altura. Abre los brazos y el niño se refugia en ellos de inmediato. La forma en que esos dos han conectado todavía me deja fascinado.

—Porque los abuelos quieren llevarte a cenar y disfrutar un rato contigo a solas. Y yo tengo que enseñarle nuestra guarida a León.

—Yo también puedo enseñársela.

—Sí, es verdad, pero un pajarito me ha dicho que van a darte helado de postre.

—El helado tiene mucho azúcar. El azúcar...

—No es bueno, lo sé, pero es sábado, Giu. ¡Lánzate a vivir una aventura! Y cuando vuelvas, estaré aquí esperándote. Prometido.

El niño no parece muy convencido, pero Giulia lo persuade y yo no digo nada porque necesito que vaya a cenar con Mariella y Luca para que mañana todo Valdelila comente que estuvieron en el pueblo y mi madre entienda que estuve aquí a solas con Giulia y que, por lo tanto, sí que cuenta como cita.

Dios, en algún momento debería ponerle límites a esa mujer, porque sueno patético incluso en mis pensamientos.

—No te preocupes, *principessa*. ¡Lo pasaremos en grande!

Giulia sonríe a su padre, lo besa y abraza y luego hace lo mismo con su madre y con el niño antes de dejarlos ir a los tres. Cuando la puerta se cierra, elevo una ceja y la miro con sorna.

—*¿Principessa?*

—Así es como me llaman. ¿Tienes algún problema?

—Sí, que si hablamos de un cuento, tú te pareces más a la villana que a la *principessa*.

—Si pretendías que fuera un insulto, no te ha salido bien.

—Oh, no pretendía que fuera un insulto. Las villanas suelen estar más buenas que las princesas, en realidad.

Giulia me mira sorprendida antes de dejar ir una carcajada y dirigirse hacia el interior de la casa mientras yo la sigo como un tonto.

—Te tengo loquito, ¿eh?

—Ya quisieras, *principessa*.

Ella vuelve a reírse y me alegra un montón que vaya delante y no pueda ver que voy detrás, imitando su sonrisa.

Me guía hacia una puerta que lleva a unas escaleras y me paro en seco.

—¿Piensas bajarme al sótano para acabar conmigo?

—Ya quisieras, gatito —dice repitiendo mis palabras antes de tirar de mi mano—. Vamos.

Estoy a punto de replicar algo, pero me invade un olor extraño. Bajo con ella los escalones y, al llegar al último, me encuentro con un sótano repleto de estanterías, con mesas alargadas y jarrones disparejos por todas partes. Hay lavanda seca colgada de las vigas de madera del techo y huele a pino y productos de limpieza. Hay tragaluces en la parte alta de las paredes que dejan entrar la tenue luz del jardín, aunque un par de lámparas se encargan de alumbrar la estancia. Me acerco a una de las mesas y pongo la cena en la madera mientras observo los frascos pequeños, medianos y grandes desperdigados aquí y allá. Cajas llenas de flores de lavanda se esparcen por toda la mesa.

Miro a mi alrededor y me doy cuenta de que he oído hablar de este sitio antes, a mis padres sobre todo. Es el antiguo taller de Casa Lavanda. Se encuentra a medio ordenar, hay flores en cada rincón y algunas deberían estar en la basura a juzgar por su aspecto, pero de algún modo consiguen que el ambiente permanezca cargado de nostalgia y algo difícil de describir. Algo que se complementa con la sonrisa ansiosa que Giulia me está dedicando en estos instantes.

—¿Y bien? ¿Qué te parece mi tesoro recién descubierto?

31

Giulia



Estoy nerviosa.

Qué tontería, ¿no? Estoy nerviosa porque le estoy enseñando un sótano a León cuando, en realidad, no debería importarme lo que él piense. Pero me importa. La verdad es que no quiero que lo vea y crea que es un despropósito intentar limpiarlo o ponerlo en orden. Ni siquiera yo tengo muy claro qué pretendo, pero sé que no quiero que todo esté lleno de polvo y... muerto. Inerte. Necesito que este sitio cobre vida, aunque no sepa muy bien con qué fin.

—¿Y bien? ¿Qué te parece mi tesoro recién descubierto?

León no responde de inmediato. Elige pasearse por la estancia poniéndome los pelos de punta y pasando las yemas de los dedos por algunos botes o ramilletes de flores colgadas. Cuando por fin se cansa de inspeccionarlo todo tal vez han pasado dos minutos, pero mis nervios lo han sentido como una eternidad.

—Siempre oí hablar de este sitio, pero no lo imaginaba así.

—Ah, ¿no?

—No. Es... —Se queda pensativo un instante, como si intentara dar con las palabras exactas—. Tiene potencial. Y también tiene historia propia, según me dijeron. Aquí es donde tus bisabuelos trabajaban la lavanda.

—Sí, lo sé.

Le hablo de todo. Los campos de lavanda, el modo en que mi abuelo ayudó a su familia, pese a haberse marchado a Italia por amor, y el hecho de que la empresa no llegó a hacerse conocida mundialmente, ni siquiera a nivel nacional, pero sí fue muy querida

en Valdelila y alrededores. Aunque esa parte León ya la sabe, claro. Y también le cuento cómo mi padre devolvió los campos a la vida para Giuliano, aunque yo me acabe de enterar.

—Los hombres que ha contratado, por lo visto, también son trabajadores de la Finca Lobo. Mi padre me dijo que son los mejores de la zona manteniendo jardines y campos —le explico.

—¿En serio? No tenía ni idea. —Antes de que pueda responderle, continúa—: ¿Sabes? Mi madre solía usar un ungüento hecho por tus bisabuelos. Yo era muy pequeño y ellos ya eran muy mayores, pero recuerdo que cada vez que nos raspábamos las rodillas mi madre venía corriendo con un aceite que compraba aquí y nos lo ponía. El dolor se calmaba enseguida, aunque no sé si era más efecto placebo que otra cosa. No han sido pocas las veces que ha dicho que echa de menos los productos que salían de Casa Lavanda.

León me lo cuenta como si nada, sin ser consciente del montón de emociones que están despertando y luchando dentro de mí.

—¿De verdad? —le digo cuando me recompongo—. ¿Crees que ella me ayudará a hacer una lista de lo que se producía y vendía?

—Supongo, pero aquí debe de haber registros de todo, aunque sea escritos a mano.

—Sí, cierto.

—Y tu padre seguro que lo sabe.

—Mmm —respondo pensativa.

—En cualquier caso, la pregunta es: ¿para qué los quieres? ¿Quieres reabrir el negocio?

¿Quiero hacer eso? Dios mío, ni siquiera lo había pensado. Por absurdo que parezca, desde hace dos días prácticamente vivo encerrada aquí, y no sé decir con qué fin más allá de aliviar la tristeza que me produce ver este sótano lleno de telarañas y polvo.

Y lo bien que me hace sentir saber que volverá a estar limpio, reluciente y productivo, aunque solo sea para hacer cosas para mí.

—No... no lo sé —admito. Miro a León y, solo porque parece realmente interesado en mi respuesta, decido ser del todo honesta —. No sé muy bien lo que estoy haciendo. Supongo que yo... solo... No lo sé. —Trago saliva, sintiéndome estúpida—. Aparte de limpiar, no tengo ni idea de cuál es el siguiente paso.

—Yo sí.

—¿Sí?

—Cenar. El siguiente paso es cenar, porque no he ido hasta la ciudad a por el mejor *sushi* de la zona para nada, así que vamos a sentarnos, comernos todo esto y pensar en lo que quieres hacer con este sitio. —Lo miro con la boca abierta, un poco fascinada por lo fácil que hace parecer esto. Como si el caos existente en mi mente no fuera un impedimento para nada—. ¿Qué? —pregunta frunciendo el ceño.

—Nada. Es que... cuando se te olvida lo de gruñir y tal, eres bastante majo.

—Lo sé. —Me dedica una sonrisa tan amplia que algo dentro de mí late con violencia—. ¿Y bien? ¿Cenamos?

Así de sencillo. Nos hacemos sitio en un extremo de la mesa y limpiamos lo justo para sacar los platos de cartón y cenar mientras charlamos de todo lo que habría que hacer para restaurar este lugar.

Una hora después, León se ha ofrecido a revisar las vigas del techo y me ayuda a apilar los tarros por tamaños para subirlos mañana y poder fregarlos a conciencia. He descubierto que no solo es bueno con las manos y organizando, sino que, cuando se encuentra en un entorno relajado, tiene una conversación fácil y agradable. Es hasta gracioso. No entiendo cómo consigue ocultarlo tan bien y me genera mucha intriga pensar en sus motivos para mostrarse arisco y huraño con todo el mundo, pero una parte de mí, tonta e inmadura, está contenta de que conmigo consiga estar un poco más calmado. Que se olvide, aunque sea por un rato, de que es el gruñón oficial del pueblo.

—Puedo venir por la mañana y te ayudo a fregar —me dice en un momento dado, cuando nos percatamos de que son muchísimos tarros.

En serio, muchísimos.

—Mmm. Vale, pero ese no será el favor que me debes.

—Pero será un favor.

—Bueno, cóbratelo con otra cosa. El favor que tú me debes por ayudarte a fingir que tenemos citas tiene que ser más significativo que lavar algunos cacharros.

Se queda un instante en silencio. Al principio creo que es porque piensa negarse, pero entonces asiente y, con el movimiento, le caen algunas ondas desordenadas en la frente.

Las ganas de pasar los dedos por ellas para retirarlas son tan fuertes que me aprieto las manos. No, Giulia. Niña mala. No se toca. No hay permiso para tocar.

—Ven mañana a la comida familiar.

—Perdón, ¿qué? —Intento concentrarme, porque la verdad es que sigo pensando en toquetear su frente y no creo que se lo tome muy bien si lo hago así, por las buenas.

—Yo paso la mañana subiendo cacharros y limpiando y tú me acompañas a la comida de mi familia. Mi madre estará encantada; a lo mejor así consigo que me deje tranquilo unos días más.

—Pero iba a pasar el día con Giuliano.

—Tráetelo. Y a tus padres. Ya has visto que se llevan de maravilla con mi familia.

—La última vez que comí en tu casa perdí al niño y, cuando lo encontré, tu sobrina intentaba usarlo como extremo de tirolina.

—Tengo la sensación de que hace un siglo de eso —dice desechando mis palabras con la mano—. ¿Y ahora? ¿Qué hacemos?

—¡Giulia! —La vocecita de Giuliano rebota por las escaleras antes de que su pequeño cuerpo aparezca trotando hacia abajo—. ¡Ya estoy aquí!

—¡Hola, Giu! No os he oído llegar.

—He comido lagrimitas de pollo y helado de chocolate. ¡Y nada de verdura!

Por primera vez desde que estamos juntos me dice algo así con una sonrisa, y no con remordimientos como si hubiera cometido una acción horrible e imperdonable.

No es que pretenda atiborrar al niño con comida basura, pero nadie se imagina las ganas que tenía de verlo disfrutar con cosas tan sencillas sin sobrepensarlo todo hasta el extremo.

—¡Ese es mi chico! Abriremos una cerveza para que la noche sea redonda.

—¡Tengo seis años! No puedo beber alcohol —dice riéndose—. Quiero ir a dormir. El abuelo dice que puede leerme un cuento, pero

yo quiero que seas tú.

Me fascina la facilidad con la que ha aceptado a mis padres como abuelos casi tanto como el hecho de que, a la hora de dormir, no quiera estar con nadie salvo conmigo.

Sospecho que es porque piensa que, si se queda con alguien más, lo obligarán a dormir solo, sin música, ni cuento y a oscuras, como hacía Fiorella. Le pregunté sobre eso a mi prima en una de sus escasas llamadas y solo dijo que así es como la enseñaron a ella, porque el carácter se tiene que forjar desde pequeño.

No estoy de acuerdo, por supuesto, pero decidí que, mientras ella no se encuentre aquí, yo estoy al mando. Y cuando vuelva ya veré de qué forma consigo que respete los tiempos y las necesidades de Giuliano. Si ella ha podido tomarse unos meses de excedencia maternal, el crío ha podido aprender ciertas cosas en su ausencia, y no tiene derecho a quitárselas.

Yo misma me encargaré de que así sea.

Miro a León, que observa al niño con ternura, como si se alegrara tanto como yo de verlo actuar así.

—Ve —me dice—. De todos modos se ha hecho tarde. Me voy a casa.

—Puedes venir a la habitación, si es que te gustan los cuentos raros —dice el pequeño.

—¡No son tan raros, Giu! —me quejo.

—Lo son. Anoche me contaste uno de un dragón que, en vez de fuego, escupía pompas de jabón.

—Era un dragón divertidísimo —contesto ofendida. Oigo una carcajada ahogada a mi lado y fulmino a León con la mirada—. Mal momento para ser Don Risitas.

Solo consigo que intensifique más la sonrisa mientras se cruza de brazos y separa las piernas a la altura de las caderas. Joder, las cosas serían más sencillas si no fuera tan alto. Ni tan guapo. Ni tan... tan... tan León.

—¿Sabes qué? No pensaba quedarme, pero ahora me intriga mucho ver de qué irá el cuento de hoy.

—¡Sí! —celebra Giuliano—. Vamos, te enseño nuestro cuarto.

León pasa por delante de mí sin mirarme siquiera. Subimos las escaleras, doy las buenas noches a mis padres, que salen al jardín a hacer Dios sabe qué, y cuando llegamos a la habitación, dejo que el niño le enseñe cada rincón a León, luego le pongo el pijama y lo meto en la cama antes de sentarme a su lado. León se queda apoyado en el marco de la puerta, por más que yo insista en que puede entrar y sentarse en el otro lado de la cama.

—Desde aquí vigilo que ningún dragón tragapompas entre.

—No es tragapompas —lo corrige Giuliano—. Es escupepompas.

—Perdón. No me volveré a equivocar —asegura León con una solemnidad que me hace reír.

—Está bien. El cuento de hoy irá sobre... una tostada que quería volar.

La risa de Giuliano es tan alta que se me contagia, pero eso no me detiene en mi intento de crear una historia que empieza siendo un despropósito y acaba siendo tan aburrida como para que el niño cierre los ojos poco a poco, vencido por el sueño. Apenas tarda cinco minutos en dormirse y, cuando lo hace, le acaricio la mejilla y lo arropo antes de ponerme en pie y sonreírle a León.

—¿Qué te parece? ¿Soy o no soy la mejor cuentacuentos que has visto en tu vida?

—En realidad, como cuentacuentos eres bastante horrible, pero da igual, porque ese niño se ha dormido sonriendo y algo me dice que no pasa a menudo.

—Y eso me convierte en la mejor.

—Sí, *principessa*. Supongo que sí. —Niega con la cabeza, como si no pudiera creer que me haya dado la razón en algo, y sonríe mirando al suelo antes de mirarme a mí—. Me largo. Mañana estaré aquí bien temprano así que mete el culo en la cama y descansa. Tienes un día interesante por delante, entre fregar cacharros y aguantar a mi madre.

—Me muero de ganas.

León se ríe, como si lo hubiera dicho en broma.

No tiene ni idea de hasta qué punto he dicho eso totalmente en serio... y antes preferiría clavarme alfileres en los ojos que

reconocerlo en voz alta, así que supongo que seguirá en la inopia el resto de nuestras vidas.

No diré eso y no preguntaré nunca, jamás, si de verdad le acabo de oír murmurar «Yo también» mientras se alejaba.

32

León



Aparco en la entrada de la casa de mis padres y espero a que Giulia haga lo propio a mi lado, pero lo hace detrás de mí.

La casa de mis padres, al igual que la de mi hermana y la mía, linda con el bosque por detrás y con el río por delante, pero entre el río y las casas hay metros y metros de llanura donde los olivos, los nogales y los árboles frutales conviven con el romero, la hierbabuena, el tomillo silvestre y los rosales plantados por mi madre, entre otras muchas flores. Lo que quiero decir es que tiene una cantidad inmensa de sitio para aparcar y aun así deja su coche detrás del mío, pero no pienso quejarme porque he vigilado cómo conducía y ha mejorado bastante. Todavía no supera ese irrisorio límite de velocidad autoimpuesto, pero al menos ya no supone un peligro para los demás... ni para sí misma o Giuliano y sus padres.

Bajo de la camioneta con Bambi y Bella. Los he llevado conmigo porque pensé que a Giuliano le gustaría jugar con mi sobrina, y la niña se volvió loca cuando supo que podía pasar la mañana del domingo correteando por Casa Lavanda. El perro ha sido el complemento perfecto. Giulia, sus padres y yo hemos estado limpiando y adecentando el sótano mientras los niños y Bambi jugaban en completa armonía. Ha sido una buena mañana. Por lo general, dedico los domingos a entrenar y lamentarme, así que tampoco necesitaba un planazo para mejorarlo, pero, aun así, pasar tiempo en Casa Lavanda haciendo algo útil me ha hecho sentir muy bien.

Tal vez demasiado bien.

Lo de ser más amable con Giulia está resultándome más fácil de lo que esperaba, y creo que eso es un problema. Es divertida, lista como el hambre y tiene una boca que me vuelve loco, en todos los sentidos. Resulta que, casi sin pensar, me relajo tanto en su presencia que, cuando quiero darme cuenta, estoy hablando de más. Esta mañana, por ejemplo, en un momento dado me he descubierto a mí mismo contándole cómo solía pasar los fines de semana cuando vivía en Estados Unidos, mientras ella me hablaba de su nefasta carrera de actriz en el mismo país.

No es que nos hayamos confesado secretos profundos, pero es algo de lo que no he hablado con mucha gente. Me ha gustado descubrir que los dos hemos compartido la cultura de un país que nadie más a mi alrededor ha visitado siquiera. Son detalles, pero al final hacen que la conversación fluya de un modo distinto. Mejor.

Y no sé si eso es bueno, porque si empiezo a hablar de más terminaré dándole a Giulia un poder que no quiero que tenga. Si ella descubre hasta qué punto me dolió dejar atrás mi carrera y cómo me hace sentir todo eso, incluso años después, se dará cuenta de lo fracasado que soy en realidad, no por lesionarme, sino por ser incapaz de superarlo de una vez por todas.

Por sentir este vacío infinito en mi interior y no saber cómo llenarlo.

—¿Has visto lo bien que conduzco ya? —pregunta ella sacándome de mis cavilaciones.

Y menos mal, porque no es un día para pensar en todo esto.

Observo su sonrisa orgullosa y sonrío de vuelta, aunque solo sea un segundo. Es otra cosa que cada vez me cuesta menos: sonreír con cualquier cosa que diga.

—Ya mismo podrás dar clases en la autoescuela.

—Ja, ja. De verdad, eres tan gracioso...

—¡Giu, vamos! —grita Bella llamando al niño, que está bajando del descapotable amarillo con ayuda de Luca.

—¡Nada de perderos esta vez, por favor! —exclama Giulia mientras los ve alejarse. Después me mira y suspira—. Tengo veinticinco años

y una buena rutina de *skincare*, pero tu sobrina hará que me salgan arrugas a montones.

Lo dice medio en broma, medio en serio, pero la preocupación tiñe sus ojos, así que me río y tiro de su mano con suavidad para que camine hacia el patio trasero.

—No te preocupes por Bella. Mi hermana y Samu le han dicho que, si hoy se pierde o pierde a Giuliano, puede olvidarse de montar a caballo en toda la semana. Es lo único que hace que se centre.

—¿Vas a llevarme de la mano?

El cambio de tema me sorprende, pero tiene razón. La he tomado de la mano y no es porque haya alguien mirándonos; ni siquiera sus padres, que ya han entrado en casa. Encojo los hombros y la miro a los ojos.

—Si vamos a fingir delante de mi madre, tenemos que hacerlo bien. ¿Supone un problema?

Tarda un segundo en responder. Un segundo es suficiente para darme cuenta de que me tensa muchísimo la idea de que sí le suponga un problema. Quiero tocarla, joder. No sé ni por qué, ni me lo quiero plantear ahora mismo, pero quiero tocar alguna parte de ella y que no le resulte incómodo o violento.

—Está bien. He sido una pésima actriz, pero actriz, al fin y al cabo. Puedo fingir que me gusta darte la mano.

—Gracias, supongo —murmuro en tono seco.

Ella se ríe y entrelaza mis dedos con los suyos. Está fingiendo, ella misma me lo ha dicho, así que más le vale a mi cerebro no confundirse. Aun así, cuando entramos en el jardín y mi madre grita de ilusión al vernos, Giulia me aprieta la mano por inercia y me cuesta un mundo recordar que todo esto es de mentira. Que no necesita que la tranquilice como si fuera mi novia de verdad.

—Ay, cariño, ¡qué ilusión me hace tenerte aquí y así! —exclama mi madre acercándose para abrazar a Giulia y con los ojos fijos en nuestros dedos sin ningún disimulo—. Eres un regalo del cielo.

—Joder, mamá, ni que yo fuera un caso perdido —le digo mientras ella se ríe y prácticamente arrastra a Giulia a través del césped, separándola de mí y llevándola hacia mi padre.

—Mira, Rafa, ¡mira quién está aquí!

—No la pasees como si fuera un caballo de competición, ¿quieres? —le digo.

Giulia se ríe de buena gana, encantada de llevarse tantas atenciones, y cuando mi padre abre los brazos, ella lo rodea con los suyos sin un ápice de vergüenza. Es extrovertida y dicharachera, y se ha ganado a Rafael Lobo con tanta facilidad que es un poco vergonzoso, porque mi padre tiene fama de hosco y serio, como yo.

—Tengo un caballo nuevo y precioso que no pienso enseñarte, por si me lo robas.

—Ay, Rafa, qué malo eres. Ya te he dicho que me estoy reformando y no pienso robarte más caballos. —Después suelta una risita y me busca con la mirada antes de guiñarme un ojo—. De robarte a tu hijo, en cambio, no he prometido nada...

Mi padre suelta una carcajada enorme, como si Giulia fuera la cómica más graciosa del mundo. Yo pongo los ojos en blanco, me acerco y tiro de su mano otra vez.

—Esta chica es tremenda. Me gusta, hijo; me gusta mucho. No la cagues, ¿vale?

—Joder, papá, gracias por la confianza.

—De nada.

—Vamos a por algo de beber. Me muero de sed.

Giulia se deja guiar, pero en cuanto nos separamos un poco de su familia, se para en seco y me mira mal.

—Oye, tienes que ser más amable con tus padres. Son encantadores y se nota que te quieren mucho.

—Soy amable.

—Venga, hombre, por favor. He visto a asesinos más simpáticos.

—Ah, ¿sí? ¿Dónde?

—En los programas y documentales de asesinatos a los que soy medio adicta.

—No sé por qué, pero te pega muchísimo.

—Gracias. —Sonríe como si le hubiera dicho que es la mujer más perfecta del mundo—. Y ahora, por favor, sácate el palo del culo y finge que estás encantado de tenerme como novia. Soy un gran partido y, si no me tratas como tal, voy a replantearme este trato,

porque yo ahora podría estar con Rubén, que de cada tres frases que dice, una es para piropearme.

—Eso es porque es un arrastrado que se piensa que haciéndote la pelota conseguirá quitarte la ropa.

—Pues de no ser por esta fanfarronada en la que te estoy ayudando porque soy una bellísima persona, quizás le estaría funcionando, así que plantéatelo así: ¿qué ayuda más a desnudar a una chica, ser un imbécil o ser encantador?

—Es que yo no quiero desnudarte.

—¡Ja! Sigue mintiendo.

—No estoy mintiendo.

—Por supuesto que sí. ¿Tú me has visto bien?

Joder, claro que sí. Se ha empeñado en ducharse y cambiarse de ropa para la comida, así que lleva un vestidito blanco a medio muslo con un vuelo que me hace pensar todo el rato que, si se levanta aire, por mínimo que sea, se le verá todo. Se ha puesto botines marrones de tacón y una cadenita al cuello que me hace mirar más de lo que debo. Y los labios... Esos malditos labios rojos.

—No es un gran atuendo para una comida en el campo.

—¿Perdona? Pero ¿cómo eres tan idiota? ¿Acaso te entrenas?

—¿Problemas en el paraíso?

Los dos nos sobresaltamos cuando Abigail se acerca con una sonrisa socarrona. Es la única que sabe que todo esto es un paripé, pero si sigo provocando a Giulia, solo voy a conseguir que me insulte delante de mi familia y necesito que se muestre enamorada, no cabreada.

—Ninguno —murmuro.

—Tu hermano es un imbécil y antes enamoraría a una piedra que a mí, porque lo más bonito que me ha dicho desde que nos conocemos es... es... ¡Ni siquiera puedo recordar una sola cosa!

Frunzo el ceño. Eso no es verdad. Le he dicho en varias ocasiones que lo está haciendo bien con Giuliano. Y que tiene buen corazón. Y que es guapa, aunque eso casi tuvo que obligarme a confesarlo y..., bueno, puede que ahora mismo no recuerde nada más, pero no soy tan capullo como me está haciendo ver..., ¿no?

—León...

Me siento como un niño al que riñen, y no me gusta. No me gusta nada, principalmente porque intuyo que mi hermana tiene motivos para hablarme así.

—Estás increíble, ¿vale? No sé qué tipo de vestido es ese, pero te queda de muerte y esa cadena es muy bonita. ¿Contenta?

Giulia me mira mal, niega con la cabeza, da media vuelta y se va, así, sin más. Se dirige hacia mi madre, le pregunta si puede ayudarla en algo con la comida y me ignora de un modo que me duele más de lo que reconoceré nunca.

—En serio, hermano, así no vas a ganártela.

—No quiero ganármela —miento—. Lo único que yo quiero es que mamá me deje en paz. ¡Que todo el mundo me deje en paz!

Mi hermana procede a decirme lo único que podía hacer que la punzada que siento en el pecho se intensificara, como si ya tuviera el cuchillo clavado y ella se dedicara a retorcerlo:

—¿Sabes lo que me da más pena? Que no eres así. Yo te conozco, he visto cómo eras antes de que todo se fuera a la mierda y... y me mata pensar que, por estas barreras que te has empeñado en alzar, vas a quedarte solo.

—Lo de Giulia es una pantomima.

—La relación amorosa quizás, pero es una gran chica, León. Podría ser una buena amiga. Alguien con quien reírte y pasarlo bien. Podría... podría ser, simplemente, alguien digno de tu cariño. Y la estás echando mucho antes de darle la oportunidad de que entre en ti y vea todas esas cosas buenas que nosotros sabemos que tienes.

—Mira, Abigail...

—La única razón por la que mamá, papá, Samu, Bella y yo te aguantamos es porque sabemos que, en realidad, todo esto no es más que una fachada. Y por muy pesada que sea mamá, que lo es, en el fondo solo es una madre desesperada por demostrarse a ella misma y demostrarte a ti que no estás perdido. Que hay mucho en ti que merece ser querido. —No respondo, y ella suspira y mira a Giulia, que se ríe de algo que ha dicho mi madre—. Esa chica... Ella no se asusta de tu carácter de mierda, pero se cansará. En algún momento todo el mundo se cansa de intentar hacer que un muro se ablande.

Se va y trago saliva, porque la punzada de dolor que me ha atravesado hace un momento no es nada en comparación con esta piedra que siento por dentro ahora. Como si un trozo inmenso de mármol intentara hundirme y atragantarme al mismo tiempo.

Parece que, al final, de tanto fingir que soy un ogro, he conseguido convertirme en uno.

33

Giulia



Regla número uno de las mujeres con dignidad: no dejarse vapulear por un tío, por muy bueno que esté.

Que sí, que ya sé que igual no ha sido para tanto, pero me tiene muy cansada la actitud de León. Soy yo quien está aquí haciéndole un favor. ¡Podría estar en cualquier otra parte! Y sí, ya sé que él vino anoche a casa y fue bastante amable —para tratarse de él—, y esta mañana ha vuelto y se ha pasado horas limpiando y poniendo cosas en su sitio, porque creo que esa es la forma en la que él se relaciona: igual no habla demasiado, pero hace mucho por los demás... Y lo valoro, de verdad que sí.

Pero nada de eso quita que a veces se siga comportando como un cretino, y estoy empezando a pensar que no hay favor que pague esto. ¿En qué me compensa a mí hacerme pasar por una especie de novia falsa si no tiene siquiera la decencia de decirme algo bonito cuando me esmero en estar aceptable? En nada. ¡No me compensa en nada! Lo que pasa es que me aburro mucho, ese es mi problema. Me aburro y acabo haciendo cosas que nadie ve venir, ni yo misma, como por ejemplo aceptar ayudar al idiota más grande que ha tenido, tiene y tendrá nunca Valdelila.

—Voy a decir algo que no debería decir porque intuyo que, si fueras mi hija, me ofendería mucho que alguien hiciera esto.

Miro a Carmen, que parece nerviosa mientras prepara la verdura para el sofrito del arroz que vamos a comernos. El patio trasero dispone de una cocina de verano junto a la piscina que me ha enamorado. Hay una pérgola de madera que nos da sombra y tiene

todo lo necesario para cocinar al aire libre. Me encantaría contar con algo así junto a la piscina de Casa Lavanda, pero no es momento de pensar en eso ahora. Me centro en la mujer que trajo al mundo a León. Ella no me mira, pero su atención está puesta en mí. Lo sé. Carmen es de esas mujeres que no necesitan mirar a alguien para controlar sus movimientos. Debe de tener superpoderes o algo así.

—Tú dirás —respondo.

—Ten paciencia. —Suspira, como si le costara pedirme esto—. No es fácil tratar con él y te repito que, si fueras mi hija y cualquier tipo con una actitud como la de León se le acercara, te diría que te alejes, porque es alguien que puede darte problemas. Pero no eres mi hija y él sí. Y yo... yo solo quiero que sea feliz de nuevo, así que voy a portarme de la forma más egoísta posible.

La forma en que su voz se rompe y la franqueza de sus palabras hacen que la abrace por el costado. Sé que, en esencia, lo que está diciendo sí que parece injusto, pero yo no dejo de ver a una madre que sufre por su hijo. No puedo imaginar las cosas que ha tenido que ver y vivir Carmen desde que León se lesionó, y me da un poco de rabia que él no se fije en que, sí, su vida profesional se fue al traste, pero no fue el único que sufrió las consecuencias. Aquí hay un montón de gente que lo quiere y está sufriendo con él. De un modo distinto, obviamente, pero sufriendo al fin y al cabo.

—Oye, Carmen...

—Yo sé que a veces es un poco idiota, pero él no es así. Suena a excusa barata, pero de verdad que no era así antes. Era amable y cercano. No es que fuera una persona superrisueña, porque siempre fue más bien serio, pero serio y gruñón son cosas diferentes. No se convirtió en lo último hasta que pasó lo que pasó. Y tú no tendrías por qué aguantarlo, bien lo sé, pero... pero si te gusta mi hijo, lo único que te pido es que tengas un poco de paciencia con él.

—La tendré, pero no soy una chica sumisa, Carmen.

—Oh, lo sé, por eso me gustas tanto para él. No te pido que seas sumisa. Ni que aguantes con la cabeza agachada sus tonterías. Ponlo en su sitio tanto como quieras, pero... pero no te canses enseguida. —Se tapa la cara con las manos y suspira—. Dios, es

horrible darle este consejo a alguien. Y patético. Y como León se entere, no me va a hablar nunca más.

De pronto, la actitud de Carmen cobra mucho más sentido para mí. Es una persona metomentodo e intensa, eso desde luego, pero solo quiere que su hijo sea feliz, como me dijo Abi. Que no se encierre en sí mismo aún más. Y, cuanto más lo pienso, menos puedo culparla por eso porque, sin ser la madre de Giuliano, ya comparto ese sentimiento y yo misma he intentado incorporarlo a una vida con más gente para que se abra al mundo. La diferencia es que Giuliano tiene seis años y León treinta. Cuesta mucho más cuando lidias con un adulto, así que la vuelvo a abrazar y me encargo de que se destape la cara para que vea mi sonrisa.

—Carmen, tu hijo es un poco imbécil, pero va a necesitar algo más que algunos gruñidos y borderías para echarme de su vida, así que no te preocupes. Al menos de momento.

—¿En serio?

—En serio. ¿Sabes cuándo deberías preocuparte? Cuando veas que me dirijo a la cabaña de León con una herramienta que pueda usar como arma. Ahí, ahí sí que podrías preocuparte. Mientras tanto, no.

Ella suelta una carcajada que hace que algunos nos miren. Incluido León, que me observa serio pero no enfadado. De hecho, aun en la distancia puedo ver en sus ojos que está incómodo con esta minidiscusión que estamos teniendo. No pienso ponérselo fácil y ser yo quien se acerque, pero tampoco planeo hacerme la dura durante horas. Después de todo, junio ha comenzado con un día de sol increíble, Giuliano está riendo a lo lejos con Bella y Bambi, vamos a comer un arroz que ya huele de maravilla y estoy reordenando el sótano de Casa Lavanda.

La vida no es perfecta, desde luego, pero es mucho más bonita de lo que lo era hace dos meses, por increíble que parezca.

La comida es un éxito porque León permanece callado, los niños se lo pasan en grande y Abigail saca de alguna parte un altavoz con

ruedas incluidas que coloca en el jardín y en el que pone música tan variada que algunas canciones son de country y otras son coplas españolas.

—Si alguien tiene una petición, puede hacerla sin problemas —dice Samu señalando su móvil, que es el que está conectado por *bluetooth* con el altavoz.

—¡Yo tengo una!

Me sorprende muchísimo que la voz que se oye sea la de Giuliano. Hace tres semanas, este niño no era capaz de alzar la voz lo suficiente como para que le oyera una persona y ahora habla frente a una mesa repleta de adultos. Y al lado de Bella, que lo mira muy atenta.

—Tú dirás, peque —lo anima Samu.

—*Il coccodrillo come fa?*

—¿Y esa cuál es? —pregunta Abi.

Me tapo la cara con las manos e intento aguantarme la risa, porque sé de dónde viene esto.

—Me la ha enseñado el abuelo Luca porque tengo que ser un buen italiano. *Un buon italiano!* —repite juntando los dedos en ese gesto tan típico que hacen mi padre y muchos italianos.

Las risas recorren la mesa y Samu busca en su reproductor la canción sin mucho éxito, hasta que le pido que me pase el móvil y la localizo en un segundo. Las notas infantiles llenan el jardín de inmediato. Giuliano sonríe feliz, Bella se emociona porque el ritmo es pegadizo ya desde el principio y mi padre, para consternación y vergüenza mía, se levanta y se pone a cantar a voz en grito mientras mi madre le hace los coros y anima a Giuliano a cantar con ellos.

Y entonces, para estupefacción de todos los presentes, mi niño tímido, introvertido y serio se levanta y comienza a cantar en italiano mientras mis padres bailan de un modo ridículo y lo animan. Bella se suma al baile aunque no entiende la letra, porque tampoco lo necesita para disfrutar de la canción. Eso hace que Abi se levante y se les una. Carmen es la siguiente y Samu no se queda atrás. Cuando quiero darme cuenta solo estamos sentados Rafael, León y yo. Y cuando Rafa se levanta con una carcajada y dando palmadas

yo me levanto con él, porque me niego a ser la única que se queda plantada junto al gruñón del pueblo.

Sin embargo, y aunque mi intención inicial era unirme a los coros, por alguna estúpida razón descubro que no quiero dejar a León ahí solo, así que voy hacia donde está, porque me he sentado bastante alejada de él, le sujeto la mano y tiro para levantarlo, pero es como si intentara levantar a una montaña.

—Venga ya, gatito. ¡Levanta el culo!

—Ni hablar. No pienso hacer el ridículo.

—¡Es tu familia, idiota! —Me río y, cuando me doy cuenta de que no piensa ceder, en vez de frustrarme, elevo una ceja y arrimo mi cara a la suya hasta que estamos a escasos centímetros—. Tú bailas y cantas esto y yo te perdono por ser un idiota antes. —Él me mira visiblemente tentado. Y como soy una maravillosa persona, decido darle razones de peso—. Bailas y cantas esto y después buscamos una excusa para alejarnos y estar solos un rato.

Se levanta tan rápido que ahogo una exclamación y, por un segundo, olvido respirar. Lo miro a los ojos y me encuentro con una intensidad que me desarma.

¿Qué es lo que quiere con tanta desesperación? ¿Escapar de los suyos o quedarse a solas conmigo? Las preguntas me carcomen hasta que siento cómo su mano se entrelaza con la mía por segunda vez en el día. Me dejo arrastrar y noto cómo un escalofrío me recorre el cuerpo.

A nuestro alrededor todos cantan y ríen con una canción infantil, pero yo apenas soy capaz de escucharlos. Porque de repente todo mi mundo se reduce a la presión cálida de sus dedos entrelazados con los míos, a la profundidad de su mirada y a esa pregunta que no me atrevo a formular en voz alta: ¿qué lo ha hecho ceder tan deprisa?

No lo sé. No tengo ni idea.

Lo único que tengo claro es que yo estoy deseando quedarme a solas con él. Y esa certeza... da más vértigo que cualquier locura que haya cometido en mi vida antes.

34

León



Lista de cosas que no pensé hacer nunca y que he terminado haciendo por culpa de Giulia:

- Ir a la ciudad a por su *sushi* favorito solo para que acepte cenar conmigo.
- Bailar junto a toda mi familia al ritmo de una canción infantil en italiano.

¿Es esta una lista con posibilidades de alargarse hasta el infinito? Sin duda, pero ni siquiera eso me importa. Si he aceptado hacer el idiota bailando así es porque la promesa de tener un rato a solas con ella es demasiado tentadora.

Me gustaría decir que en realidad he accedido porque necesito alejarme de todo el mundo durante un rato, y de hecho esa será la excusa que defenderé de puertas para afuera, pero internamente tengo que admitir que la idea de estar solo con Giulia es demasiado apetecible. Y reconfortante. Y también tengo que admitir que no me gusta sentir ni una cosa ni la otra.

Pero da igual, porque la canción acaba y Giulia, con la respiración aún agitada, se acerca a Giuliano y se agacha frente a él, haciendo que yo me tense porque ese vestido... Debes tener mucho talento para agacharte y que no se te vea nada indecente. Por suerte, es un arte que Giulia domina a la perfección.

—Oye, amiguito, voy a ir a dar un paseo con León, pero te quedas con los abuelos, con Bella y con todos los demás, ¿vale?

—¿Vas a tardar?

—Casi nada.

—¿Puedo ir contigo?

—Puedes, pero creo que lo pasarías bastante mejor aquí con Bella.

—Venga, Giuliano, ¿qué te parece si les enseñamos a los abuelos cómo subes sobre Balti? —dice mi padre aproximándose.

El niño acepta a regañadientes, pero cuando ve que Luca y Mariella se entusiasman con la idea de verlo montar, se olvida de su cuidadora principal de inmediato y se muestra encantado.

No me pasa inadvertido el guiño que mi padre me dedica. Hago como que lo ignoro, pero por dentro estoy agradecido. Giuliano me cae genial, pero este rato a solas..., de verdad siento que me hace falta.

—Muy bien, gatito. Soy toda tuya. ¿Adónde vamos?

Me cuesta unos instantes responder. Seguramente porque me he quedado clavado en el «soy toda tuya».

—¿Quieres pasear? En la finca tenemos algunas rutas por el bosque bastante interesantes.

—No sé si estoy lista para internarme en un bosque contigo. Todavía estoy decidiendo si tienes más pinta de asesino buenorro o de víctima buenorra.

—Tienes que dejar de ver programas de asesinos en serie.

—No puedo. Son mi perdición.

—Bueno, pues si no quieres ir al bosque, solo se me ocurre enseñarte mi cabaña. —Suelta una risita mientras comenzamos a caminar y frunzo el ceño mirándola—. ¿Qué?

—Venga, di la verdad, ¿a cuántas chicas has desnudado con esa frase?

—No necesito decir una sola frase para desnudar a una chica —respondo en tono repelente y engreído.

—Y es una suerte. Estás muy bueno, pero usar la boca no es lo tuyo.

—En realidad, hablar no es lo mío, pero usar la boca se me da bastante bien.

Hay algo mágico en la forma en que Giulia pestañea y se ruboriza durante unos segundos. Pocos, poquísimos. El momento es tan

efímero como una estrella fugaz, pero me hace sentir como si, más que verla, hubiera cabalgado sobre la maldita estrella.

—Muy bien. Muéstrame tu guarida.

Su voz sigue siendo descarada, pero tiene un tono ronco que no me pasa inadvertido. O puede que esté convirtiéndome en un enfermo que se dedica a desgranar cada emoción que capta en ella, por nimia que sea.

La guío hacia mi casa en un paseo que dura apenas unos minutos, porque estoy relativamente cerca de mi familia, aunque no tanto como para sentir que no tengo intimidad.

La cabaña nos recibe haciendo sonar las campanas de viento que mi hermana y Bella fabricaron con ramas de pino y cascabeles caseros. Subimos los escalones de madera y miro atentamente a Giulia, porque estoy a punto de adentrarla en el único lugar del mundo en el que siento que puedo relajarme y ser yo mismo. Lamerme las heridas sin miedo a que alguien me interrumpa.

La he traído al sitio más sagrado que tengo y, en vez de sentirme tenso y cohibido, como me ocurre con casi todo el mundo, incluidos los repartidores de la zona, solo siento... ansias.

Es ridículo y un poco loco, pero tengo muchas ganas de saber qué opina ella de este lugar. Quizás porque lo construí con mis propias manos, con ayuda de mi padre, Samu y algunos obreros en jornadas puntuales, y eso me hace sentir un orgullo casi absurdo.

O puede que sea porque es la primera vez que meto a una chica aquí. Una con la que no comparta lazos sanguíneos, quiero decir.

La tercera opción, y la más lógica, es que sé que Giulia no tiene filtros ni pelos en la lengua. Va a darme su opinión sobre mi casa me guste o no. Y eso pone en alerta mi curiosidad, pero también ciertos miedos porque, de una forma completamente absurda e irracional, quiero que este sitio le guste.

Y de un modo aún más absurdo e irracional, quiero que ella desee volver.

Lo que demuestra que estoy mucho más jodido de lo que yo pensaba.

35

Giulia



Este sitio va a encantarme.

No necesito ni siquiera entrar para saberlo. Supe que la Alhambra de Granada iba a enamorarme antes de verla. A veces pasa, lo sientes sin más.

El porche de León no se parece en nada a la Alhambra. Tiene tablones de madera a lo largo y ancho del suelo, paredes y techo, y una mecedora de ensueño en un extremo, frente a una mesa con forma de tronco. A lo mejor hasta es un tronco de verdad haciendo las veces de mesa. Es de esas cosas que me hacen dudar, porque conozco a gente lo bastante rica como para pagar una cantidad exorbitante de dinero por algo así. Y también conozco a gente, como León, capaz de cortar un árbol y quedarse parte del tronco como mesa, sin más.

En cualquier caso, es precioso y me imagino los atardeceres que se ven si te sientas y miras hacia el horizonte, donde puede atisbarse el río y, más allá, el bosque rodeándolo todo. Aquí no hay campos de lavanda, como en casa, pero a la derecha hay unos extensos pastos con vallas de madera y, dentro, varios caballos corriendo y ejercitándose. Es tan bonito que abruma.

—¿Entramos?

Está tenso, pero eso no es una novedad. León vive tenso, así que asiento y, cuando abre la puerta y se echa a un lado para que yo entre primero, lo hago sin vacilar.

León es rico. Su patrimonio es inmenso. No lo he buscado, pero me bastó ver de refilón cuánto cobró por su último contrato para

saber que es de esas personas que podrían vivir en una realidad muy distinta a la de la mayoría de los mortales. Sin embargo, en la cabaña no hay lujos.

El salón es amplio, pero no lo bastante como para perder el aire acogedor. Las paredes son todas de madera menos una, la frontal, que está revestida de la misma piedra que la enorme chimenea que domina el ambiente. Ahora mismo está apagada porque el calor empieza a hacer de las suyas, pero no me cuesta nada visualizarla encendida y a León tumbado en el sofá de cuero que se ve en el centro de la estancia, de cara a un televisor de plasma gigante.

Detrás del sofá hay una mesa de comedor de madera con sillas a juego, pero León no la debe de usar mucho, a juzgar por la gran caja de cartón abierta y repleta de cosas que hay encima.

Se trata de un salón varonil y, aun así, cálido. Es una casa con pinta de casa. No sé si saldría en una revista, quizás en una de decoración rústica, pero desde luego no en una de esas modernas en las que brilla todo menos la personalidad de quien la habita.

—Es curioso que la tele y la chimenea sean casi igual de grandes. Déjame adivinar, tu frigorífico también es enorme.

—Me gusta que las cosas que me resultan de utilidad sean grandes. —Enarco una ceja con toda la intención y bufa—. Eres una pervertida.

Se gira y abre una puerta corredera de madera mientras me río.

—¡No he dicho nada!

—¡No ha hecho falta! Ven, te enseñaré la cocina en la que está el frigorífico enorme.

Me río y lo sigo, pero me paro en seco cuando llego a una cocina que es el doble de grande que el salón. Lo miro atónita, pero él solo sonríe con aire engreído, apoya la cadera en la isla que hay en el centro y me mira.

—¿Y bien?

Mis ojos no se quedan en él. Es imposible. Van más allá de él y de la isla de cocina. Se quedan clavados en los ventanales panorámicos con vistas a los pastos en los que los caballos, más que correr, vuelan entre las flores mientras, muy al fondo, en el valle, se vislumbra el sendero del río junto con los árboles.

Observar Valdelila desde aquí es como entrar en un mundo nuevo en el que no existe nada más que él, un paisaje mágico y esta maldita cocina de ensueño.

Inspiro hondo, abrumada por la belleza de las vistas, y me fijo en la mesa de madera alargada. Cuento las sillas que hay alrededor: diez.

—¿Por qué narices tienes una mesa para diez comensales en la cocina, y una llena de trastos en el salón?

—Porque la de la cocina se llena de gente, aunque yo no quiera, y la del salón no la usa nadie.

—Pero... pero... ¿por qué?

León me observa entre curioso y divertido. Creo que le hace gracia mi aturrullamiento.

—Ya te lo he dicho, *principessa*. Esta cocina se llena de gente aunque yo no quiera.

Dice que no quiere, pero en un extremo hay una trona que deja ver que Bella ha estado usando este espacio desde que era un bebé. Junto a la isleta hay un cuenco de comida y otro de agua para Bambi personalizados y grabados con su nombre. Tiene un bol de mimbre tan grande de fruta fresca que es evidente que no se la come él solo. Y los seis fogones de gas evidencian que no es un lugar de revista. Es un sitio que se usa y en el que se cocina. Y mucho.

León puede insistir hasta la saciedad en que no quiere tener gente cerca, pero la realidad es que construyó una cabaña con la cocina perfecta para acoger a su inmensa y caótica familia cada vez que lo necesiten.

Y, por si había pocas pruebas, el frigorífico —que, en efecto, es enorme— está repleto de dibujos infantiles, fotos polaroid de su familia y algún que otro recorte de periódico. Me acerco sin pedir permiso y cojo uno al azar.

En blanco y negro, se ve a León tirando a canasta; su cuerpo se intuye ágil incluso en una foto estática, pero no es eso lo que llama la atención, sino el título que se lee al inicio del texto:

«No sé qué sería de mí sin el baloncesto».

La verdad en esas líneas me corta la respiración, pero no tengo tiempo de hacer o decir mucho, porque la presencia de León cubre mi espalda y una de sus manos pasa por encima de mi hombro, me quita el recorte y, cuando intento protestar, es en vano, porque ya está saliendo de la cocina. Lo sigo sin disimulo y veo cómo deja el recorte en la caja de cartón que hay sobre la mesa.

—Perdona —murmura—. Es cosa de mi madre y mi hermana.

No tengo nada que perdonar y no entiendo a qué se refiere, hasta que me acerco y me doy cuenta de que la caja en sí es algo así como una cápsula del tiempo: marcos de fotos con León jugando, camisetas de su antiguo equipo e, incluso, algún que otro premio tirado de manera desordenada, sin mucho atino. Lo miro con los labios entreabiertos.

—¿Por qué tienes todo esto aquí?

—No lo tengo yo, ya te lo he dicho. Es cosa de mi madre y mi hermana.

—Pero...

—Se cuelan cuando no estoy y se empeñan en poner mierdas así para que no me olvide de quién soy, supuestamente. —Aprieta la mandíbula tan fuerte que guardo silencio, porque sé que, si le doy espacio, acabará hablando. O eso pretendo—. No entienden que ya no soy ese. Que todo eso se acabó.

—León...

—Ven, no has visto las habitaciones.

Igual que sé que hacer esa miniconfesión le ha costado un mundo, sé que no dirá más; lo voy conociendo. Es demasiado orgulloso y cerrado como para abrirse más. Miro una última vez la caja de cartón y me pregunto si, pese a las buenas intenciones de Abi y Carmen, esto no será peor. No sé. Colarse en esta casa y dejarle recordatorios de lo que fue, pero ya no será nunca más, no parece la mejor forma de superar un trauma.

Y, aun así, me recuerdo a mí misma que yo soy la nueva en todo este asunto y nadie mejor que ellas entienden a León y las dinámicas de su familia, así que decido ser prudente por una vez en mi vida y seguirlo en silencio hacia las habitaciones.

Son dos y enseguida averiguo cuál es la suya. Tiene la colcha azul marino, una ventana sin cortinas y otro televisor de plasma frente a la cama. En cambio, en la otra hay dos camas pequeñas con varios peluches, que intuyo que son de Bella, y una pequeña estantería repleta de cuentos. Lo que demuestra, una vez más, que León pone más empeño en hacer creer a los demás que es huraño que en serlo de verdad.

—Tu casa es completamente obscena.

—¿Perdón?

—Es obscena, León. No es la casa más grande que he visto, ni de lejos, ni tampoco es que sea lujosa, pero... aun así, se las arregla para ser un insulto para la mayoría. Tiene algo muy especial.

Su sonrisa...

Sé de guerras que se han iniciado por menos.

—Y no has visto la mejor parte.

—¿Tienes un sótano como el mío?

—No, no es un sótano, pero es el lugar en el que me pierdo cuando no tengo ganas de relacionarme con nadie.

—O sea, es el lugar en el que pasarías veinticuatro horas si pudieras.

—Exacto.

—Estoy ansiosa por verlo.

—No sé, no he llevado a nadie nunca ahí.

—Ahora estoy aún más ansiosa.

—Supongo que podría enseñártelo... si lo pides con la suficiente educación.

—No pienso hacerte una mamada a cambio de ver tu lugar secreto.

—¿Qué? ¡Joder, no me refería a eso! —León me mira con los ojos como platos—. Pero ¿qué clase de pervertido piensas que soy?

—No sé. Me parecía que la situación se estaba poniendo rara y, cuando la situación se torna tan misteriosa..., normalmente me acaban pidiendo mamadas.

León se pinza el puente de la nariz, suspira un instante y luego me mira muy serio.

—Giulia, cuando quiera una mamada me encargaré de dejarte claro que la quiero. Sin misterios.

Me río, nerviosa, porque empiezo a comprender que lo de usar el sexo para bromear con León no funciona, y no sé cómo me hace sentir eso. Y esa frase... ¿Significa que en algún momento la querrá? No, no es eso. Es simplemente que, con él, el humor bruto no sirve como distracción. Y eso me descoloca y me hace sentir extraña. Incómoda. Tensa. Ansiosa. Son emociones con las que no estoy familiarizada y que no me gustan, así que inspiro hondo y encojo los hombros, resignada, porque creo que este sería un buen momento para dar un paso atrás y volver a la seguridad de mi propia casa; pero la curiosidad puede más, así que sonrío e intento actuar con una normalidad que no siento.

—Vale, pues en ese caso: ¿me llevas a la guarida de tu guarida, por favor?

36

León



Ella no debería ver esto.

Nadie lo ha visto nunca, nadie ha entrado jamás aquí.

Ella no debería ver esto, pero está detrás de mí, caminando hacia el único lugar que no he querido mostrarle a nadie, salvo a las personas que me ayudaron a reconstruirlo.

No. Ella no debería ver esto..., pero empiezo a darme cuenta de que da igual lo que yo quiera, porque Giulia del Valle tiene un don para colarse entre las grietas, por estrechas que sean.

Ella..., simplemente, arrasa.

Y eso no es algo que yo pueda evitar.

De hecho, para mi propia consternación, comienzo a pensar que es algo que ni puedo ni quiero evitar.

37

Giulia



Es como caminar tras una pantera enjaulada. León está tan tenso que sus hombros se intuyen rígidos a más no poder. Avanza envarado, como si le hubieran metido un palo tremendo por el culo, pero cuando intento bromear al respecto ni siquiera me responde, así que solo me queda guardar silencio mientras lo sigo hacia el interior del bosque.

—He visto programas de asesinos y películas de terror suficientes como para saber que esto no está siendo buena idea.

—¿Estás insinuando que soy un asesino?

—¿Lo eres?

—No.

—No me sirve. Si lo fueras, obviamente lo negarías, así que...

—Giulia. —Se para en seco y se gira tan de repente que choco contra su pecho. Doy un paso atrás de inmediato, pero él me sujeta los brazos y los mantiene pegados a mi cuerpo mientras busca mis ojos con los suyos—. Escúchame, no pienso hacerte daño, jamás haría daño a nadie y necesito que dejes tu humor de mierda un momento, porque de verdad voy a enseñarte algo que no le he enseñado antes a nadie. No sé por qué estoy haciéndolo y no lo entiendo ni yo, así que, por favor, ¿puedes mantenerte en silencio?

Asiento, un poco desconcertada, y él se vuelve sin decir nada más. No mucho después, descubro que nos estamos dirigiendo hacia... otra cabaña. Mucho más pequeña, pero cabaña al fin y al cabo.

La veo en cuanto bajamos una escalinata de rocas naturales. No tiene pinta de casa. Es cuadrada, con ventanales en las paredes que

permiten ver las máquinas de gimnasio del interior. Por un instante estoy tentada de decirle a León que, aunque es precioso y está en un entorno de ensueño, su gimnasio privado no me parece tan sagrado como para no enseñárselo a nadie, sobre todo si tenemos en cuenta que fue atleta profesional.

Pero recuerdo que he prometido mantenerme callada, así que, en su lugar, lo sigo y guardo silencio mientras abre la puerta y entramos en el gimnasio más increíble que he visto en toda mi vida, no por las máquinas en sí, que son de última generación —aquí sí se nota que se ha gastado bastante dinero—, sino por la armonía que se respira en el sitio. Enseguida me fijo en que, en un extremo, hay otra puerta que conduce a una nueva escalinata.

León se dirige hacia allí y me hace un gesto con la mano.

—Ven.

Obedezco mientras él abre y, cuando llego a su lado, se aparta para que yo pase primero. Lo hago y, nada más poner un pie fuera, me quedo sin respiración. Esta vez sí. Lo reconozco. No entiendo de qué forma estratégica está construido el gimnasio, pero mientras nos acercábamos no he visto, ni siquiera intuido, la cueva de piedra que hay justo detrás. Y menos aún el *jacuzzi* que humea en su interior.

—¿Tienes un *jacuzzi* privado con vistas al bosque?

—Mejor: tengo un nacimiento de aguas termales con vistas al bosque.

—¿Un...? ¿Estás de broma? —Miro su sonrisa engreída y le clavo un dedo en el pecho—. ¿Tienes unas aguas termales privadas? ¿Eso es legal?

—Lo es, si aparecen registradas en las escrituras. Y estas lo están desde hace generaciones. —Lo miro con la boca abierta—. ¿Quieres acercarte? Tiene varios niveles.

Asiento. Me encantaría poder decir algo irónico. Usar el humor me vendría muy bien para disimular mi desconcierto, pero he entendido en un solo segundo que no es el gimnasio lo que León guarda con tanto celo, sino estas aguas. Este es su verdadero santuario, y ni siquiera yo soy tan insensible como para bromear en un momento así. De manera que termino de bajar la escalera de piedra y me

adentro en la cueva más increíble que he visto nunca; es la naturaleza en su máximo esplendor, sin necesidad de lujos o muebles caros que la embellezcan más.

Las aguas termales están rodeadas de rocas. Le pregunto a León si las ha dispuesto él así y me dice que no, que él lo único que ha tocado es la maleza que crece alrededor para mantenerlo todo limpio. El resto es obra única y exclusiva de la naturaleza. Pero es como una piscina rodeada de piedra humeante.

—Toca el agua, está caliente.

Mientras lo dice, León encoge los hombros y mete las manos en los bolsillos, empujando hacia abajo y dejándome ver, por una sola fracción de segundo, una porción de piel de su vientre que me hace tragar saliva. Lo miro a los ojos y, por el modo en que él aparta la mirada y carraspea, creo que se ha dado cuenta de que me he quedado un poquito hipnotizada.

Obedezco solo porque eso me da la oportunidad de distraer mi mente de pensamientos que no debería tener. Me acuclillo junto al borde y toco el agua. Su temperatura me sorprende en el acto, aunque el humo ya me daba una idea aproximada.

—¡Dios! Es como un baño caliente.

—Lo es. —Sonríe orgulloso y señala la cueva—. Si no te da miedo y te adentras, hay un pequeño nacimiento con el agua helada. Cuando entreno de más y siento los músculos doloridos, alterno los baños de agua fría y caliente y me quedo como nuevo. Además, es increíble que el agua fresca esté dentro de la cueva y la caliente fuera.

—¿Lo es? —Me mira sin entender y me río—. O sea, perdón, todo esto es increíble en sí, lo que no entiendo es por qué ese detalle lo hace aún más, según tú.

—Bueno, de esta forma aprovecho las aguas termales todo el año. Meterse aquí dentro en invierno, cuando el frío roza los cero grados, y observar el bosque helado mientras tengo la piel roja y caliente es maravilloso.

Hablando de intentos de evadir pensamientos..., este me ha salido fatal. Imaginar a León sentado en este *jacuzzi* natural, con el vapor haciendo que sus músculos brillen y la mirada perdida en el bosque

es algo demasiado intenso, incluso para mí, así que carraspeo y me levanto para entrar en la cueva.

—Quiero conocer la guarida completa, gatito. Vamos, muéstramelo todo.

León sonríe de un modo que acelera mi pulso y, justo cuando voy a seguirlo, mi teléfono suena.

No serviría para distraerme, de no ser porque siempre lo tengo en silencio y los únicos números que hay como excepción son los de mis padres, así que lo saco de mi bolsillo, descuelgo al comprobar que se trata de mi padre y contesto.

—¿Sí?

—Hija, perdona, pero Giuliano está aburrido de jugar. No para de preguntar por ti.

Miro a León, que me observa calmado, esperando a que termine la llamada para enseñarme su cueva. Quiero verla. Dios, quiero verla más de lo que he querido cualquier cosa en los últimos tiempos, pero resulta que mi padre está con un niño recién abandonado por su madre, que me ha convertido, al parecer, en su lugar seguro, así que suspiro y hago lo que Fiorella debería haber hecho desde el mismo instante en que parió a su hijo: antepongo las necesidades de Giuliano a las mías propias.

—Voy enseguida —murmuro antes de colgar y mirar a León—. Giu no deja de preguntar por mí. Me encantaría ver tu cueva, aunque suene un poco cromañón, pero...

—Vamos, no te preocupes —contesta de inmediato.

Suspiro y observo la cueva de piedra y su interior oscuro como si fuera un tesoro que se me niega justo cuando estaba a punto de tocarlo.

—De verdad me habría encantado verlo todo —musito mientras subo la escalera de piedra para desandar el camino.

—Tranquila, habrá más ocasiones.

—¿Las habrá?

Miro a León girando la cabeza por encima de mi hombro, porque va detrás de mí. Él también me mira muy serio, pero eso no es una novedad. León siempre está serio. Asiente una sola vez, con firmeza y sin titubear, así que trago saliva, sonrío y dedico todo el camino de

vuelta a pensar cómo es posible que yo, una de las mayores parias de la historia de Valdelila, tenga el pulso acelerado solo porque León quiere volver a traerme aquí.

38

León



El jueves por la mañana, cuatro días después de ver a Giulia por última vez, aparco la camioneta en el llano junto al colegio y abro la puerta para que Bambi salga y dé unas carreras antes de ponerle la correa.

—Vamos, Bella.

Mi sobrina me mira enfurruñada. Al parecer, hoy en sus planes no entraba venir a la escuela.

—De mayor voy a ser la que ponga las reglas, tito guapo.

—No me digas —murmuro.

—Sí te digo. Pondré reglas nuevas: el fin de semana va a durar seis días y el cole solo dos.

—Eso hace un total de ocho. —Me mira con la frente arrugada, sin entender—. La semana solo tiene siete días. Te sobra uno.

—Cuando yo sea la que ponga las reglas, la semana tendrá ocho.

Me río entre dientes y la cojo en brazos. Podría haber rectificado, pero es como mi querida hermana: prefiere cambiar los planes del mundo antes que los suyos.

—Está bien, cuando seas mayor podrás cambiar todo eso, pero ahora tienes que entrar en el cole.

—El cole es un rollo.

—Estás en infantil, Bella. Tus tareas diarias consisten en jugar con plastilina y no cagarte encima.

—Le voy a decir a mamá que has dicho «cagarte».

—¡Hazlo! Eso no es una palabrota.

—Eso lo decidirá mamá.

Resoplo irritado. No ayuda que ya viniera cabreado de casa. En mi familia dirían que eso no es una novedad, pero este es un tipo de cabreo distinto. Me gusta pensar que de normal soy serio, pero no estoy enfadado. Hoy sí. Hoy estoy que trino porque tanto el lunes como ayer Giuliano vino a baloncesto de la mano de Luca y Mariella. La excusa es que Giulia está muy ocupada adecentando el sótano. Ya. Y una mierda.

¿Le enseño mi casa, mi gimnasio y mi puto santuario y desaparece cuatro días? ¿Y de verdad se piensa que voy a quedarme de brazos cruzados? Sí, vale, mi madre está muy contenta con que nos fuéramos solos y no ha vuelto a molestarme, pero se acerca el fin de semana y sé que se pondrá intensa. Y más allá de eso, que ni siquiera me importa tanto, me jode sentir que Giulia me evita por algo. ¿Es porque vio algo en mi casa que no le gustó? No lo pareció. De hecho, parecía fascinada y aquello me hizo sentir un orgullo absurdo que también tendré que analizar en algún momento.

Me siento como un auténtico idiota. Y, para colmo, Giuliano ayer soltó como si nada que Giulia, después de dejarlo en el cole, va a hacer deporte todos los días con Rubén. Ya tuvimos una charla acerca de esto, joder. ¿Tengo derecho yo a enfadarme porque quede con otro tío, aunque ese otro tío sea un idiota? No. Pero de todas formas recuerdo a la perfección la conversación en la que ella aceptó que yo la entrenara para que mi madre se mantuviera tranquila y no pensara que Giulia también estaba saliendo con Rubén. ¿Y ahora qué? ¿También se lo salta a la torera?

La veo llegar en el descapotable amarillo y en cuanto baja sé que Giuliano no mintió, porque va vestida con mallas y un top que deja su vientre al descubierto. Se ha recogido el pelo en una coleta y el único signo de maquillaje en su cara es, una vez más, el pintalabios rojo. Me ve. Sé que me ve, pero, aun así, entra en el cole con Giuliano sin dedicarme un mínimo gesto.

Pues muy bien.

Llamo a Bambi, le pongo la correa, lo ato al poste de la entrada y entro en el colegio. El problema es que Bella se va corriendo hacia su clase, lo cual me deja sin la única excusa que tenía para estar

aquí, así que salgo de nuevo, sujeto a mi perro y me apoyo en el descapotable amarillo.

Justo en ese instante, llega Martina corriendo. Enarco las cejas, porque no es normal que ella llegue tarde, pero aun así se para en seco cuando pasa por mi lado.

—Ey, León, ¿qué tal?

—Hola, Martina. Todo bien, ¿qué tal tú?

—Hoy voy de culo. Tenía cita para unas analíticas y pensé que llegaría antes para preparar la clase como cada día, pero nada.

—¿Estás enferma?

—No, es algo rutinario y...

—¡Reunión de pastores! Me pido ser el prota. —Rubén se acerca por un lateral, vestido de chándal y sonriendo como el imbécil que es—. ¿De qué hablamos?

—De nada —respondo en tono seco.

—Yo voy a entrar ya. Rubén, ¿vas a correr otra vez con Giulia?

No me pasa inadvertido el tono de Martina. Ha sido venenoso. La miro, pero su cara es tan inocente que me hace dudar. Y aun así, sé que había algo malicioso de fondo.

—Sí, esa chica corre como si la persiguiese Satanás. Me encanta.

Martina se ríe y yo entrecierro más los ojos. Porque sé bien que no aguanta a Giulia.

—Tal vez ella es Satanás y corre como si la persiguiese un ángel.

Y ahí está. La pulla. No me jode tanto lo que dice como el hecho de que Rubén se ría como si hubiera hecho el chiste del siglo. No replico, no por falta de ganas, sino por no darle el gusto de que vea hasta qué punto me cabrea. Sé bien que Rubén es lo que comúnmente se llama «quemasangre». Disfruta haciendo rabiar a la gente y yo soy una presa fácil, *a priori*, pero esta vez no va a funcionarle.

—Bueno, entro —dice Martina, todavía con esa sonrisita falsa—. Suerte con vuestros... entrenos.

—Gracias, guapa —responde Rubén guiñándole un ojo.

La parte positiva es que está claro que Rubén y Giulia no tienen nada, porque el mequetrefe este flirtea con todas. La parte negativa es que me sigue cayendo fatal, pero eso no tiene arreglo. Estoy en

un punto de mi vida en el que el simple hecho de que respire me sienta mal.

—Mira esto, tío —indica mientras abre las piernas de un modo absurdo—. Este ejercicio es el mejor para calentar antes de correr.

—Gracias por el consejo; como exjugador profesional no se me habría ocurrido jamás —contesto en tono seco.

Si le molesta, no deja que se le note. Simplemente sonríe y sigue haciendo el idiota hasta que Giulia sale, minutos después, sonriendo y moviendo la coleta al ritmo de sus caderas. O sus caderas al ritmo de la coleta. No lo sé, pero es hipnotizador.

—Y aquí está: mi preciosa y maravillosa compañera.

Eso lo ha dicho Rubén, por supuesto. Yo me limito a observar a Giulia fijamente mientras ella me devuelve la mirada. No me esquiva, no agacha la cabeza y juraría que incluso saca más barbilla, como dejándome claro que, sea lo que sea que voy a decir, no va a afectarle. Podría decir que me jode eso, pero es todo lo contrario. Me encanta que no se achante ante mi mal genio. Me encanta que siempre tenga algo que decir y me encanta..., bueno, me encantan más cosas de las que quiero admitir.

—Buenos días, gatito. ¿A qué debo el honor de tu presencia?

—Esto es lo que pasa cuando entras en mi guarida y luego me ignoras durante días.

—Uy, qué profundo —dice Rubén—. ¿Os dejo solos, tortolitos?

—No —responde Giulia.

—Sí —respondo yo al mismo tiempo.

—Rubén, no te vayas.

—Rubén, largo de aquí.

Giulia me mira exasperada y Rubén enarca las cejas, sonríe y afianza su postura, dejando claro que va a hacerle caso a ella.

—¡Oye! No boicotees mis órdenes —me regaña Giulia—. Necesito ir a correr para quemar energía. Últimamente tengo mucha.

Me envaro de inmediato, sobre todo por la velocidad a la que mi mente me sugiere un montón de formas de quemar energía. No ayuda que en todas y cada una de ellas Giulia vaya sin ropa, pero me cuido mucho de no decir nada al respecto. Primero porque la fantasía, aunque repentina, me ha dejado sin aliento y segundo

porque..., bueno, porque no tiene por qué saber lo que provoca en mí.

Lo que sí hago es cortar sus excusas de una vez por todas. Si hay un problema, quiero saber cuál es. Quiero que me diga por qué me ignora. Y, por encima de todas esas cosas, quiero que me explique por qué el idiota de Rubén es mejor para hacerla sudar que yo. No es por orgullo, de verdad. Es que necesito dejar de sentir que la cagué al abrirle las puertas de mi casa.

Que le dejé ver demasiado.

—Bueno, ya está bien. ¿Qué cojones está pasando aquí, *principessa*?

39

Giulia



Estoy siendo tan cobarde que debería sentir vergüenza.

Me gustaría decir que no me reconozco en esta actitud. Que yo nunca he sido de huir de las cosas, pero es que anoche mis padres se sentaron conmigo y me dijeron que, en realidad, llevo toda la vida huyendo y buscando excusas para no pararme a pensar en lo que quiero y cómo conseguirlo.

Todo empezó cuando subí del sótano pasada la medianoche. Ellos estaban en el jardín, mi madre haciendo yoga, otra vez desnuda, y mi padre observándola mientras fumaba. Les di las buenas noches y, por primera vez, en lugar de dejarme ir como si nada, me sentaron y me sometieron a un interrogatorio que tenía como fin...

Bueno, no sé muy bien qué tenía como fin, porque repito: mi padre estaba colocado. Pero mi madre me dijo que le entristecería mucho verme huir otra vez cuando parece que, al fin, he encontrado algo que quiero de verdad. Le aseguré que no la entendía y entonces me preguntó qué pensaba hacer con el sótano y por qué estaba tan obsesionada, de pronto, con limpiarlo todo y vigilar que los campos de lavanda florezcan a la perfección.

No supe qué decir, porque es cierto que durante estos últimos días he convertido ese sótano en mi obsesión y me he empeñado en aprender todo lo que hay que saber sobre la lavanda y su cultivo, pero... no sabría justificar por qué o para qué lo hago.

Así que, ante mi silencio, mi madre procedió a explicarme que este es mi *modus operandi*, que siempre hago lo mismo: cuando las cosas se ponen demasiado serias, cuando ya puedo tocar con la

punta de los dedos algo que llevo mucho tiempo deseando, abandono y huyo por miedo a perderlo.

Eso ha hecho que pasara toda la noche en vela. Se supone que debería tener un motivo firme para comportarme como lo hago, pero no lo tengo. Nunca lo he tenido porque he vivido siempre basándome en mis impulsos, por locos que fueran. Y puede, solo puede, que haya empezado a atisbar la verdad que se esconde tras las palabras de mi madre.

He salido de casa con Giuliano pensando en todo eso aún, y en el modo en que también estoy evitando a León desde hace cuatro días, así que no es de extrañar que verlo aquí, tan alto, serio y guapo, me haya puesto frenética.

¿Es infantil por mi parte seguir entrenando con Rubén, pese a que le dije a León que no lo haría más? Sí.

¿He estado evitando a León? Sí.

¿Me da miedo retomar las cosas como las dejamos en su casa porque eso significa que me toca a mí abrirme un poco? Sí. Desde luego que sí.

Joder. No lo quiero admitir, pero todo apunta a que mi madre ha dado en el clavo. Y no lo quiero admitir, entre otras cosas, porque eso implicaría que mis sentimientos hacia León son más complejos de lo que deberían ser.

Lo peor de todo, sin duda, es que la vergüenza se ha ido apoderando de mí. Y eso sí que me molesta, porque yo suelo jactarme mucho de no sentir vergüenza por mi propio comportamiento, pero sé que León se abrió más de lo que suele hacerlo al invitarme a su casa y, más aún, al dejarme ver su rincón sagrado en los baños termales. No es por el lugar, es por lo que significa que me los mostrara. Y por el deseo tan intenso que yo tenía de verlo todo.

Llegué a Valdelila pensando que no permanecería aquí más de veinticuatro horas y ahora estoy a cargo de un niño, he desempolvado el taller de lavanda de mis bisabuelos y estoy reaccionando de un modo demasiado intenso a un tío demasiado complicado.

—¿Y bien? —pregunta en tono exasperante.

—¿Y bien, qué?

Si pensaba que antes estaba exasperado, no es nada comparable al suspiro de frustración que suelta con mi respuesta.

—¿Qué cojones está pasando?

—Nada.

—¿Nada? ¿Vas a entrenar con Rubén?

—Ajá.

—¿Pese a que me dijiste que no lo harías más?

—¿Le dijiste eso? Me duele el corazón —interrumpe Rubén.

No lo miro. León tampoco. Estamos demasiado centrados el uno en el otro y es evidente que Rubén no se siente realmente herido, sino que más bien está disfrutando como un maldito siendo testigo de nuestra disputa.

—Se ofreció y tú no.

—Sí que me ofrecí.

—Bueno, pero no me dijiste nada concreto. Él me escribió el domingo por la noche. Y tú no.

—Creo que el domingo hice actos suficientes como para que entendieras que me ofrezco a entrenarte, entre otras cosas.

Trago saliva. Eso ha sido contundente, desde luego. Y me ha puesto aún más nerviosa, pero no puedo admitirlo. Tengo una reputación que mantener, así que enarco una ceja y sonrío con una confianza que estoy lejos de sentir.

—¿«Entre otras cosas»?

No responde y eso solo lo empeora todo.

—Vete a entrenar con él, si quieres, pero pensé que eras una mujer de palabra.

Se gira con Bambi mientras pienso que lo que me ha dicho no me molesta tanto como me duele. Porque sí que soy una mujer de palabra. Vale, soy una loca impulsiva según mucha gente y puede que sea verdad, pero eso no quita que, cuando digo que haré algo, o más bien que no lo haré, lo cumplo. Y le dije que no entrenaría más con Rubén, lo que pasa es que... es que...

Bueno, maldita sea, lo que pasa es que soy una cobarde.

Observo la espalda de León mientras va hacia la camioneta con Bambi a su lado. Luego miro a Rubén, que me devuelve una mirada

cargada de más comprensión de la que pensé que vería nunca en él, porque *a priori* es infantil e inmaduro, como yo, pero se ve que en eso también me equivocaba. Y es que, al final, lo que está claro es que en la vida todos nos hacemos con algún tipo de careta que usamos para protegernos o sentirnos más seguros. Algunos la usan más que otros. Creo que Rubén es de los que la usan mucho, igual que yo.

—Ese top te hace unas tetas impresionantes.

Bueno, igual no la usa tanto y simplemente es idiota. Suspiro y lo miro sonriendo, porque sé que, en realidad, está empleando el humor para salir del incómodo silencio que se ha hecho.

—No quiero ser mala contigo.

—No lo eres.

—Pero voy a ir tras él.

—Deberías.

—Ah, ¿sí?

—Ese tipo te ha enseñado «su guarida» —dice dibujando unas comillas en el aire con los dedos—. No sé cómo es, qué esconde dentro ni qué has hecho para merecerlo, pero está claro que hay algo entre los dos que deberíais resolver.

—Nosotros no... Solo estamos...

Me callo. Porque la realidad es que Rubén, al igual que el resto de Valdelila, se ha tragado el tema de las citas y piensa que León y yo tenemos una relación, cuando no es así. De manera que hago lo único que se me ocurre, que es alzarme sobre mis puntillas y besarle la mejilla.

Ya es mala suerte que justo en ese instante la camioneta de León pase a nuestro lado acelerando y haciendo un ruido infernal.

Hablando de comportamientos tontos...

—Si quieres otro superconsejo: cómprale helado. Le encanta.

—¿En serio?

—Compra a montones. Dice que son para Bella, pero todo Valdelila sabe que de noche ve partidos de reposición, llora y come helado a cucharadas enormes.

—¿Todo Valdelila sabe eso o todo el pueblo se ha inventado esa historia? —Rubén se queda pensativo y yo dejo escapar una

carcajada—. En fin, me voy.

—Luego no digas que no te he dado un buen consejo.

Bufo y me río de nuevo, pero lo cierto es que antes de subir al coche camino hasta la tienda más cercana del pueblo (la única tienda, en realidad), compro helado de vainilla y nueces pecanas y después subo a mi descapotable. Acto seguido y por primera vez, me atrevo a hacer sola un camino que no es el de ida y vuelta del cole, sino que me dirijo a la finca de los Lobo con una misión que ni siquiera yo tengo muy clara, pero que pienso cumplir de todos modos.

40

León



No debería importarme. Me lo repito todo el camino de vuelta a casa mientras conduzco. Y cuando llego y dejo a Bambi correr por la finca, me lo vuelvo a repetir. Después me voy derecho al gimnasio y, en todo ese maldito tiempo, me digo a mí mismo que no debería importarme nada de lo que he visto: ni que entrene con Rubén, ni el beso en la mejilla, ni nada de lo que Giulia haga con su vida o con ese idiota.

Pero me importa, joder.

Y lo peor es que no estoy tan enfadado por el beso en la mejilla o el numerito en la puerta del colegio. Lo que me tiene apretando los dientes es que Giulia lleva cuatro días evitándome como si el domingo no le hubiera abierto las puertas de mi casa o como si eso no hubiera significado nada. Lo que me jode de verdad es que para ella, efectivamente, pudo no significar nada. Y está en todo su derecho, pero yo pensaba...

Me siento estúpido. Eso es. Esa es la peor parte.

He intentado convencerme de que estoy exagerando y de que Giulia... Giulia es así. Tiene una fama que la precede, es impulsiva, caótica e incapaz de quedarse más de dos segundos en un mismo sitio, así que no debería extrañarme que se tome a la ligera el hecho de que le enseñara mi santuario, pero aun así, cada vez que me acuerdo, me da auténtica vergüenza pensar que imaginé su fascinación al ver todo esto cuando, en realidad, no pudo resultarle más indiferente.

Llego al gimnasio con Bambi pisándome los talones. Me coloco mis auriculares, me siento en el banco de pesas y comienzo a trabajar mi cuerpo mientras intento evitar por todos los medios el pensamiento de que ella está en alguna parte de Valdelila haciendo deporte con ese mequetrefe. Me digo que solo estoy nervioso por si mi madre la ve con Rubén y empieza a atosigarme, pero, seamos serios, tengo casi treinta y un años. Podría manejar a mi progenitora si quisiera, aunque ella se pusiera difícil.

Lo bueno de las pesas es que, si sabes cómo hacerlo bien, en pocos minutos estás tan concentrado y sudoroso que cualquier otro pensamiento se acaba marchando. Es algo que siempre me ha ofrecido el deporte, ya sea entrenando o jugando: una vía de escape. Es justo lo que quiero darle a Giuliano al entrenarlo con el baloncesto, o montando sobre Balti. Algo que le ayude a canalizar el montón de emociones que deben de estar desbordando su pequeño cuerpo. Quiero que el niño encuentre algo que le permita soportar todo lo que aún le falta por vivir, que es mucho teniendo en cuenta que su futuro no podría ser más incierto.

Cargo la barra con más peso del que acostumbro y gruño con el primer intento de levantarla. La subo con un tirón brusco y siento cómo se me tensan los hombros y el resto del cuerpo, pero no me detengo. Necesito seguir hasta que me arda cada músculo y no me quede oxígeno para pensar en tonterías.

En ella.

Porque por mucho que me repita que todo eso da igual y que no debería darle tanta importancia, cada vez que descanso y dejo de empujar la barra oigo esa mierda de voz interior que no deja de repetirme que, a lo mejor, le enseñé a Giulia más de la cuenta como un idiota desesperado buscando... no sé ni el qué. Aprobación. Fascinación. Comprensión. Algo.

Pierdo la noción del tiempo y, cuando la recupero, es porque la puerta se abre de golpe. En mis auriculares suena *Warriors*, de Imagine Dragons, a todo volumen, así que me cuesta un segundo recuperar el control y la respiración. Me quito los cascos y observo a mi madre y su inmensa sonrisa junto a Giulia y sus ojos como platos. La primera sostiene un táper entre las manos. La segunda,

una tarrina de helado. Y no tengo ni puta idea de qué hacen aquí ni la una ni la otra.

—Pero ¿qué...? —es lo único que consigo decir antes de que mi madre alce el táper como si estuviera presentando una ofrenda a los dioses.

—¡He traído croquetas! Y mira a quién me he encontrado en la puerta.

Señala a Giulia, que levanta la tarrina de helado como si fuera la continuación lógica a semejante sinsentido y, por algún motivo que no comprendo, mi pecho se contrae por los nervios. No sé si por verla aquí, con las mejillas rojas y la coleta desordenada, o porque ha hecho el camino hasta mi gimnasio, esta vez sin ser invitada y justo cuando intentaba sacarla de mi cabeza a base de levantar kilos.

No es que me moleste. Es que empiezo a tener la sensación de que jamás podré librarme de ella, porque cuando no está no dejo de pensar en su presencia y cuando está... no puedo pensar en nada.

Mi madre entra sin ningún miramiento, como si no hubiera normas, ni puertas, ni privacidad, deja el táper encima de la máquina de remo y nos mira a uno y otro con una sonrisa tan grande que estoy tentado de poner los ojos en blanco.

—Bueno, tortolitos, yo os dejo solos, que tendréis vuestras cositas que hablar o hacer.

Se ríe de un modo tan absurdo que deseo con todas mis fuerzas tener el superpoder de enterrar la cabeza en el suelo. Joder, ni siendo adolescente me avergonzó tanto. Miro a Giulia y me doy cuenta de que está tan incómoda como yo. Se ha quedado en el umbral con la tarrina de helado y Bambi a su lado, porque ha corrido a sus pies en cuanto la ha visto. Por cómo nos mira a mi madre y a mí, sé que está pensando si quedarse o salir corriendo. La veo morderse el labio y estoy tentado de pedirle que se quede, por si aún no ha decidido, pero me controlo. Primero porque puede hacer lo que quiera y segundo, porque no pienso parecer un desesperado.

—Mamá.

—¿Sí, hijo?

—¿No te ibas?

—Sí, sí, claro. —Se ríe otra vez y se marcha carraspeando, no sin antes pellizcar con suavidad la mejilla de Giulia—. Qué bonita eres, Dios mío. —Le palmea el moflete que acaba de pellizcar y se va.

Tengo el privilegio de ver a Giulia realmente consternada por primera vez y, ahora, quien se muerde el labio soy yo, pero para intentar aguantarme la risa.

—¿Y bien? —pregunto.

—¿Y bien? —repite.

—¿Qué haces aquí, *principessa*?

Si ha tenido un momento de incomodidad o vergüenza, pasa rápido. Observo la velocidad a la que se recompone. Sus hombros se cuadran, su mirada me recorre de los pies a la cabeza y una sonrisa torcida asoma a sus labios justo mientras pienso en lo majestuosa que es, aun sin darse cuenta.

—He venido con la intención de hacerte pecar..., pero la verdad es que no sé si prefiero que te quites la camiseta y sigas haciendo lo que sea que te haga sudar y respirar así.

Me cuesta un mundo no tragar saliva. Giulia del Valle es rápida de mente y descarada como nadie, pero ni siquiera ella conseguirá que me ruborice, por más que algo dentro de mí esté aleteando de un modo frenético ahora mismo.

Podría protestar, gruñir o pedirle que no diga tonterías, pero estoy harto de mantenerme dentro de unos límites que yo mismo me pongo. Estoy cansado de sentirme enfadado con el mundo y la gente que me rodea. Y estoy harto de que Giulia piense que solo ella sabe jugar a este juego, así que tiro del borde de la camiseta que llevo puesta y me la quito de un tirón, sin pensar más de un segundo en ello. La lanzo al suelo, al lado de las pesas, y enarco una ceja antes de sonreír de medio lado porque, sí, yo también sé jugar a esto, aunque sea peligroso.

—¿Así está bien?

Giulia parpadea. Una vez. Dos. Y después traga saliva haciendo que un orgullo totalmente ilógico recorra mi sistema nervioso.

—Qué lástima que sea junio, de verdad. Justo esto es lo que pedí en mi carta a Santa el año pasado.

Intento aguantarme la risa, porque empiezo a entender que da igual lo que haga, ella siempre dará con la manera de reaccionar de una forma inesperada a lo que sea que a mí se me ocurra. Podría seguir con la broma, pero eso es lo que ella está esperando. Quiere cargarse la tensión del ambiente a base de hacer chistes sexuales e insinuaciones que nunca sabré si son ciertas o no.

Y yo no quiero eso. Quiero que me diga qué está haciendo aquí. Y quiero que sea sincera.

—Giulia...

—Vengo a pedir perdón por quedar con Rubén —dice sorprendiéndome, como si hubiera sido capaz de leerme la mente—. No porque no pueda quedar con quien a mí me apetezca, sino porque te dije que no lo haría y falté a mi palabra. No ha estado bien y, si quieres, me encantaría que me entrenaras. —Boqueo por su ataque de sinceridad y, en esa fracción de segundo, ella encuentra el modo de volver a romper la tensión—: Y me encantaría que lo hicieras sin camiseta. Siempre.

Podría decirle que deje de bromear, pero sería como pedirle que deje de ser ella misma. He descubierto que con Giulia las cosas funcionan así. Hace lo que quiere y dice lo que quiere, pero cuando el tema se torna serio, necesita usar su humor para escudarse. Se protege de antemano porque sentirse insegura es algo que odia.

Si pudiera entrar en mi cabeza se daría cuenta de que no tiene nada que temer, porque el simple hecho de que haya venido, que esté aquí con una tarrina de helado y dispuesta a recular me hace pensar que no sé si Giulia ha entrado en mi vida para quedarse o se marchará en algún momento, pero lo que está claro es que, mientras esté aquí, va a arrasar con todo.

Y creo que eso también me incluye a mí.

41

Giulia



No sé si estoy más consternada por el hecho de ver a León sin camiseta o porque su madre me haya descubierto en la entrada con una tarrina de helado en la mano y me haya guiado por la retaguardia hasta el gimnasio. En realidad, ni siquiera sé si yo me habría atrevido a invadir este sitio así, sin más, de no ser por Carmen. Si el otro día me quedó claro algo es que el gimnasio y todo lo que hay tras él es sagrado para León, y, por inmadura que pueda llegar a ser, no quiero joderle eso.

Pero ahora estoy aquí, él no lleva camiseta y resulta que está tatuado. Es un tatuaje nuevo, porque he visto a León sin camiseta en internet y no lo llevaba; o al menos hasta que su carrera se fue al traste no lo llevó. El problema es que no puedo verlo bien, lo tiene en el costado. Aun así, enarco una ceja, ya que la idea principal está muy clara.

—¿Un lobo? —pregunto acercándome con una sonrisa socarrona.

—¿Qué?

—¿León Lobo tiene tatuado un lobo? Es tan estereotípico que no te pega.

Bufa, coge la camiseta y se la pone a toda prisa mientras me mira de soslayo.

—No sé de qué hablas. Deja el helado en el frigorífico pequeño de aquella esquina y vamos a entrenar.

—¿Qué? ¿Ya? —pregunto desconcentrándome por un instante.

—¿Tienes algo mejor que hacer?

Estoy a punto de decirle que sí, que puede quitarse la camiseta y dejarme ver el tatuaje de cerca. Y tocarlo, a ser posible. No porque tenga interés en saber cómo se siente el costado de León bajo mi tacto, sino porque... eh... bueno, por curiosidad. Sin más.

—Pues...

—Vamos, Giulia. Estás dejando que se derrita el helado y perdiendo un tiempo precioso. Mueve el culo y demuéstrame que no estás en tan baja forma como creo.

La ofensa llega tan rápida que olvido de inmediato mi curiosidad por su tatuaje, su costado y su cuerpo en general. Lo miro mal, guardo el helado y me dirijo hacia él con toda la decisión y seguridad del mundo.

—Prepárate para quedarte a cuadros, gatito.



Es desastroso. Una hora después tengo tantas ganas de vomitar que me trago una arcada mientras intento levantar unas pesas que León me ha asegurado que no hace falta que levante porque es demasiado peso para mí.

Mi orgullo ha resultado ser un cabrón engorroso que va a matarme si no consigo parar esto a tiempo. El sudor me corre por la espalda, que tengo pegada al banco, y me arde hasta el alma, o quizás esto que siento sea mi dignidad derritiéndose como el helado que he guardado hace un rato. Me tiemblan los hombros, los brazos y el abdomen, pero no pienso ceder.

Oigo a León a mi lado y no lo veo, pero sé que sonríe. He descubierto que cuando yo sufro sí que sabe sonreír. No es algo de lo que deba estar orgulloso y se lo digo, pero eso solo lo hace sonreír más.

—Suéltala, Giulia —ordena con esa voz grave que, sinceramente, debería meterse por el culo—. Te vas a hacer daño.

—¡No! —gruño roja, sudada y casi humillada—. Yo puedo.

—No puedes.

—¡Sí puedo!

—*Principessa*...

Suena tan sabelotodo que me enfado más. Me niego a mirarlo, pero siento cómo da un paso más al frente, su sombra me cubre, su presencia consigue envolverme y, por un instante, lo único que deseo es que me libre de mi estúpida arrogancia y sostenga la barra para liberarme. Después recuerdo su pedantería y lo mucho que me arrepentiría de eso y aprieto los dientes.

Sus manos rozan las mías y odio el calambrazo que siento. Sus dedos acarician los míos y, un segundo después, noto cómo se hace con el peso de la barra sin ningún esfuerzo.

—Buena chica —murmura mientras se inclina y me mira a los ojos —. Suelta.

Su tono de voz..., ¿por qué tiene que ser tan grave? Es asqueroso que me resulte tan atrayente. No ayuda ver el modo en que le cae el pelo por la frente y lo increíble que es que pueda sostener este peso como si nada. Estoy molida, completamente exhausta y, aun así, mi mente encuentra fuerzas para hacerme imaginar cuán fácil sería para León alzarme a pulso y...

Miro a un lado y noto cómo me arden las mejillas, pero confío en que León piense que es por la vergüenza que siento al haber sido incapaz de alzar las pesas.

La barra desaparece de mis manos y oigo un ruido seco al mismo tiempo que mis brazos caen inertes a mis costados.

Intento recobrar la respiración mientras el pecho me sube y baja con fuerza, como si me hubiera tragado todo el oxígeno de esta habitación de golpe y ahora estuviera buscando la forma de recuperarlo a bocanadas. Él se agacha a mi lado y, aun de cuclillas, es más alto que yo tumbada en el banco. Da un toque a mi nariz como si fuera una niña traviesa y me guiña un ojo.

—Dije que iba a entrenarte, no a matarte, así que tienes que relajarte.

—Estoy bien —miento.

—Se te ve.

—De verdad, podría volver a empezar sin ningún esfuerzo.

Digo eso, pero le rezo a Dios para que no me mande hacer un solo ejercicio más porque podría morir.

—Ajá. Se nota que no estás nada cansada.

—Nada de nada. Y mareada tampoco.

León se ríe, se levanta y tira de mis manos para ayudarme a hacer lo mismo. Me cuesta encontrar el equilibrio y me doy cuenta de que no me suelta hasta que ve cierta estabilidad en mí.

—¿Puedo ver ya tu tatuaje? He entrenado como una buena chica.

Él sonríe lento, muy lento, como si estuviera disfrutando demasiado de este instante. Y yo siento como si mi corazón tropezara, saliera de este gimnasio y rodara montaña abajo, hasta el río.

—Giulia —murmura acercándose un poco más; tanto que juraría que su sombra me ha atravesado—, tú no quieres ver mi tatuaje.

—Claro que quiero.

—No, lo que quieres es demostrarte a ti misma que no te costará nada convencerme de que te lo enseñe, porque no estás acostumbrada a que te nieguen las cosas.

—¿Me estás llamando «mimada»?

—¿No lo eres? —Guardo silencio y su sonrisa se amplía—. No funcionará conmigo. No voy a volver a quitarme la camiseta solo porque tú lo pidas. Al menos hasta que esté seguro de que voy a recibir a cambio algo igual de interesante.

—Si quieres, me quito yo la mía —respondo altiva, intentando no mostrar que por dentro siento que me arden las orejas, las pestañas y la existencia entera.

—Puedes hacerlo, pero no conseguirás mucho, aparte de regalarme unas vistas increíbles.

—Gracias por el cumplido.

—De nada. Y ahora ven, aún no hemos terminado.

—¿Qué? —pregunto mientras me arrastra tirando de mi mano—. ¡Ni siquiera hemos acabado de discutir lo de la camiseta!

—Claro que sí. He dicho que no voy a quitármela y estamos de acuerdo en que eres una mimada. No hay mucho más que hablar.

Al parecer, hoy no solo he aprendido que León disfruta viéndome sufrir: también le encanta quemarme la sangre y hacer que mi sistema nervioso arda, pero no del modo en que me gustaría. Estoy a punto de replicar, pero él me lleva hacia las cristaleras y, de ahí, hacia las aguas termales.

Trago saliva. ¿Por qué vamos ahí? ¿Vamos a...? ¿Vamos a bañarnos o algo así? No traigo ropa de baño, pero bien sabe el cielo que no me importaría quitarme este *legging* sudado. O a lo mejor quiere que nos metamos con ropa.

O tal vez...

—Es tu teléfono.

Se frena tan de golpe que choco contra su espalda, obnubilada como estaba pensando en cosas en las que no debería pensar.

—¿Eh?

—Tu móvil. ¿Dónde lo tienes?

Miro mi cadera automáticamente. Mi teléfono está sonando, en efecto, y estoy tentada de ignorarlo, pero entonces se queda en silencio y comienza a sonar de nuevo, así que lo saco del bolsillo del pantalón solo para asegurarme de que no es urgente.

En cuanto veo el número de Martina me asusto, descuelgo de inmediato y suelto la mano de León.

—¿Sí?

—Hola, Giulia, perdona que te moleste, pero Giuliano ha vomitado en clase, le he puesto el termómetro y tiene fiebre. ¿Puedes venir a por él?

—Por supuesto.

Cuelgo, miro a León y ni siquiera vacilo. Más tarde pensaré que es la segunda vez que no puedo adentrarme en las aguas termales con él por una interrupción provocada por Giuliano, pero ahora mismo lo único que quiero es recogerlo del colegio y cerciorarme de que, lo que sea que tiene, no va a matar a mi precioso niño de ojos verdes.

—Tengo que irme. Giuliano está enfermo. —León no pregunta, pero cuando ve mi estado de nervios vuelve a sujetarme la mano y me guía hacia la entrada y, de ahí, a su camioneta—. He venido en mi coche.

—No vas a conducir así. Yo te llevo y más tarde haré que alguien te deje tu coche en Casa Lavanda.

No protesto, porque lo único que quiero es llegar al colegio e intuyo que él conducirá más rápido —y seguro— que yo.

Tardamos menos de diez minutos, pero se me hacen eternos. No sé nada de niños. No entiendo cómo funcionan, ni cómo se curan

cuando se ponen malos, ni lo grave que puede ser que vomiten... Lo único que sé es que Giu está enfermo, yo soy la persona a cargo y no tengo ni idea de qué hacer con él.

—¿¿Y si se está muriendo?? —pregunto en un susurro.

León no se ríe de mí. No suelta un comentario sarcástico o borde. Solo coloca la mano en mi rodilla, la aprieta con fuerza y habla con voz calmada y contundente.

—No se está muriendo. Me has dicho que ha vomitado en clase y tiene fiebre: será un virus estomacal. Bella ha tenido un millón.

—Pero no sé cómo se cura un virus estomacal. No sé nada. ¿Tú sabías que le di café una vez, cuando tenía dos años? ¿Cómo se supone que voy a ayudarle, si no sabía ni siquiera que no debía tomar café?

—Bueno, pero ahora ya lo sabes. Esta vez no recurras al café. Prueba mejor con el paracetamol.

—¿Y si me equivoco de dosis y lo mato?

—Giulia, no se va a morir y no lo vas a matar, ¿de acuerdo? Vamos a recogerlo, os llevaré a casa y cuando veas que no es para tanto, te calmarás.

Espóiler: no me calmo.

Giuliano tiene la cara pálida y, en cuanto me ve, se echa sobre mí llorando y diciendo que le duele mucho, pero no me aclara el qué. Yo me pongo tan nerviosa que León tiene que llevarme a las urgencias pediátricas de la ciudad, porque no me conformo con que él o Martina me hayan asegurado que es un virus. La maestra ni siquiera ha dicho mucho más que eso, e intuyo que es porque he llegado con León. Esa chica tendrá que superar «lo nuestro» en algún momento, aunque sea falso, o va a terminar sin pelos porque se los arrancaré yo. Pero ahora mismo no procede pensar en eso.

Vamos a urgencias y sostengo a Giuliano en brazos todo el rato, incluso cuando vomita en la sala de espera porque no le da tiempo de llegar al baño.

Entramos en consulta dos horas después y, cuando salimos, lo hacemos con la confirmación de que es un virus estomacal sin importancia y yo, además, con manchas de vómito en la ropa. El pediatra me ha dicho que por un simple virus no se va a urgencias y

yo estaba tan exhausta que no lo he mandado a la mierda, pero he tenido ganas.

Volvemos a la camioneta y, si a León el olor a vómito le da el mismo asco que a mí, no dice nada. Se limita a poner la música favorita de Giuliano de vuelta a Valdelila y, cuando por fin nos deja en casa, lo hace con suavidad y sin una sola bordería.

—Te llamo esta noche para ver cómo va —me dice.

Asiento, sin ánimo de mucho más. Entro en casa, les cuento a mis padres las novedades, aunque los he mantenido al tanto por el móvil, y permito que ellos se ocupen de bañar a Giu para que yo pueda hacer lo mismo.

Una hora después, cuando los dos estamos en la cama con el pijama puesto y viendo una peli de dibujos, recapacito acerca de lo irónico que es que esta mañana estuviera ardiendo de tensión sexual junto a León y ahora esté aquí, con un niño febril pegado a mi costado y agarrándome de la camiseta como si temiera que fuese a evaporarme en cualquier instante.

—Giulia, ¿vas a irte?

Miro sus preciosos ojos verdes y le acaricio la frente, deseando tener el poder de quitarle la fiebre en un segundo.

—No, Giu, claro que no. ¿Por qué iba a irme?

—Porque te he vomitado encima.

—Yo he vomitado encima a mucha gente, no te preocupes.

—No quiero que te vayas. —Sus ojos se cargan de lágrimas tan rápido que sé que, en parte, esto es culpa de la fiebre, pero eso no hace que el corazón me duela menos—. No te vayas nunca, ¿vale?

—Tranquilo, colega. De momento no pienso ir a ninguna parte.

Tal y como me ocurrió en su cumpleaños, no he sido capaz de prometerle que no me iré nunca, porque en algún momento su madre regresará y yo tendré que plantearme qué hacer con mi vida, pero él no parece darse cuenta, porque enseguida se calma y los párpados comienzan a pesarle. Cuando por fin se duerme, me quedo mirándolo y pensando que Valdelila me ha ofrecido, en solo unas semanas, un niño inolvidable, un sótano con un propósito y un hombre complicado, malhumorado y con un corazón de oro. Nada de eso es mío y no es para siempre, pero puedo disfrutar de este

regalo mientras dure, porque la realidad es que creo que no merezco ninguna de las tres cosas y sé que es muy posible que todo se termine yendo al traste, como ocurre siempre por culpa de mi impulsividad y, al parecer, mi pánico a comprometerme con nada que realmente valga la pena, pero lo cierto es que nunca he deseado nada tanto como deseo poder quedarme con los tres. Poder... poder llegar a creer que yo también les pertenezco, de algún modo.

Convencerme, aunque sea una vez en la vida, de que yo también puedo ser hogar para alguien.

42

León



Me apoyo en la camioneta y me río cuando Bambi y Bella prácticamente se abalanzan sobre Giulia. Bueno, mi perro se abalanza sobre Giulia, la pequeña Bella a quien busca es a Giuliano. Han pasado cuatro días desde la última vez que los vimos, pero, al parecer, mi familia sabe exteriorizar mucho mejor que yo cuánto hemos echado de menos a los Del Valle.

Al menos, en esta ocasión no hemos dejado de vernos porque Giulia me estuviera evitando, sino porque cayó enferma con el mismo virus que Giuliano. Ayer, domingo, me ofrecí a llevarle un caldo de pollo y verduras casero de mi madre y cuidarla, pero se negó diciendo, y cito textualmente: «Antes muerta que permitir que me veas vomitar... sin estar borracha».

Me reí y le dije que no me importaba, pero, por lo visto, su ego no dio tregua y no me dejó ir a verla de ninguna de las maneras, así que hemos pasado cuatro días hablando por mensajes, llamadas y *stickers* absurdos. Lo último más ella que yo. Esa mujer tiene un arsenal asombroso de *stickers* absurdos.

Creo que, en el fondo, nos ha venido bien. Hemos hablado casi más que cuando estamos juntos en persona, seguramente porque, a través de los mensajes, nos resulta más fácil centrarnos y dejar de lado la tensión sexual que ya no podemos negar. Yo, al menos, no puedo. La mañana que vi a Giulia entrenar en mi gimnasio fue determinante. Juro que, desde ese día, cada vez que entro en esa

sala puedo verla en mi banco sudando y sonriendo con el descaro que la acompaña siempre.

—Como sigas mirándola así, te va a llegar la barbilla al suelo.

Bufo y miro a mi hermana. Hoy no he podido convencerla de que se quedara en casa mientras yo traía a Bella al cole. Y lo que más me jode es que ni siquiera ha estado los mismos días sin ver a Giulia que yo, porque la italiana sí ha permitido que ella y mi madre la visiten, algo que me ha indignado muchísimo, la verdad.

—Ni siquiera sé qué haces aquí. Estuviste con ella ayer mismo.

—Oh, no vengo por mí, sino para ver vuestro reencuentro.

La miro mal e ignoro su sonrisa segura y tranquila.

—Dime que es broma.

—No lo es. Quería estar aquí cuando ella llegara para ver cómo se te acelera el pulso... y otras cosas.

Quiero decir algo borde y contundente, pero Giulia se acerca a nosotros y, por primera vez, me preocupa que lo primero que oiga de mí en cuatro días sea un insulto dirigido a mi hermana. Además, sigue estando pálida, aunque jure que se encuentra bien y que ayer ya no tuvo fiebre ni vómitos.

—Pareces un fantasma —murmuro.

—Es justo lo que quería en nuestro reencuentro, querido novio. Un piropo que me levantara el ánimo.

—Sabes que acabas de llamarlo «querido novio» y aquí solo estoy yo, que sé que lo vuestro es falso, ¿no? —pregunta Abi.

—Lo sé, solo lo hago para molestar a tu hermano.

—¿Y por qué iba a molestarme?

—¿No lo hace? —Sus labios se tuercen en un mohín que me apetece morder de inmediato—. Bueno, tendré que seguir con lo de «gatito», entonces.

No pienso decirle que, en realidad, lo de «gatito» tampoco me molesta ya. O, como mínimo, he aprendido a ignorarlo con bastante soltura.

—¡Tenías razón, mamá! Está más alto, míralo.

Bella se acerca arrastrando a Giuliano mientras Bambi los sigue de cerca. Me agacho para ver al pequeño. No parece más alto, pero es lo que Abi le contó a Bella para consolarla por no poder verlo. Le dijo

que seguro que el virus ha sido porque iba a dar un estirón..., así que decido seguirle el juego.

—Fíjate, amigo, ya casi eres igual de alto que yo. —Paso una mano de mi cabeza a la suya, consiguiendo que se ría.

—¡Eso es porque estás agachado! —protesta él.

—¡No me digas! —Miro mis pies en cuclillas y chasqueo la lengua —. Vaya, tienes razón. Bueno, aun así estás más alto. Creo que ya no podrás subir en Balti; tendremos que buscarte un caballo más joven y fuerte.

—Me gusta Balti. ¿Cuándo puedo verlo? Giulia dice que ya estoy bien.

—¿Esta tarde? —pregunto mirando a su cuidadora, que nos contempla con una sonrisa un poco extraña.

—Sí, esta tarde estaría genial. Yo llevaré la merienda.

—¡Bien! —gritan Bella y Giuliano.

—Buenos días. —Martina se para a nuestro lado y revuelve el pelo de Giuliano—. Qué alegría verte, cielo. ¿Recuperado del todo?

—¡Sí, seño!

Martina sonríe apretando los labios. No sé en qué piensa ella, pero yo, cuando veo al niño ser tan expresivo solo puedo pensar en el bien tan enorme que le ha hecho la presencia de Giulia, y también la de los padres de esta. Giuliano se muestra mucho más extrovertido y abierto con cada día que pasa. Todavía no es el más lanzado de la clase, dudo que llegue a serlo, pero al menos ya no parece querer esconderse a cada segundo.

—Si os parece, me los llevo dentro. Así os quedáis libres.

Ha sido una frase dicha con retintín mientras miraba a Giulia e ignoraba al resto, pero esta solo encoge los hombros y asiente.

—Claro, ¿por qué no? —Se agacha, besa la frente del niño y le da un toque en la nariz—. Ey, colega, pásalo bien y no prendas fuego a nada.

—¿Por qué iba a prenderle fuego a algo? —pregunta él frunciendo el ceño.

—¿Porque es divertido imaginarlo?

—No lo es. Eres muy rara, de verdad.

—Dame tregua, Giu. Estoy malita.

—No es verdad. Ya ninguno de los dos está malito. —El niño sonríe y la abraza mientras apoya la barbilla en su vientre—. Te veo después, Giu.

Echa a correr hacia la escuela tan rápido, mientras Bella le pisa los talones, que no puede ver el modo en que Giulia se emociona hasta las lágrimas.

—Eh... —La sujeto del brazo, preocupado—. ¿Todo bien?

—Me ha llamado Giu —dice con voz temblorosa—. Mierda, yo no lloro nunca. Bueno, o no solía hacerlo..., pero es que no me ha corregido por llamarlo Giu y me lo ha dicho él también. ¿No es precioso?

No sé qué tipo de conexión ha hecho su mente, pero es evidente que, sea lo que sea, para ella es importante, así que asiento y sonrío sin despegar los labios. Mi hermana, que es mucho más expresiva, dramática y exagerada que yo, se echa a llorar a mi lado.

—Ese niño te quiere tanto, mejor amiga...

—De verdad, tienes que dejar de llamarla «mejor amiga» —murmuro.

—Gracias, mejor amiga. Te quiero —contesta Giulia con una solemnidad que me hace poner los ojos en blanco.

Lo de estas dos y la amistad que han establecido es lo más raro, caótico y sincero que he visto nunca.

—¿Qué vais a dejar para cuando llevéis un año conociéndoos? ¿Os casaréis? —pregunto en tono sarcástico.

—No, pero paso cada día de mi vida rezando para que os enamoréis de verdad y dejéis la farsa, tú no la cagues y os caséis; así podré tenerla siempre cerca —me dice mi hermana.

Giulia suelta una carcajada, como si Abi fuera la persona más graciosa del mundo. Es un tremendo grano en el culo y quiero decírselo, pero antes quiero resolver otra cosa que ha dicho.

—¿Por qué rezas para que yo no la cague? Ella también podría cagarla.

—Vamos, León...

—Eso, León, vamos... —susurra Giulia sonriendo.

Bufo enfurruñado y tiro de su mano.

—Muy bien, hora de entrenar.

—¿En serio vamos a entrenar ahora? Yo estaba pensando en hacer algo más divertido.

Joder, yo también he pensado en un montón de cosas divertidas que podríamos hacer juntos. Y en todas Giulia va sin ropa, pero doy por hecho que no puedo decir eso sin quedar como un salido, así que la miro y procuro no sonar demasiado seco o antipático.

—¿Algo como qué?

—Ah, no sé. No tenía una idea en concreto: solo me gustaría hacer algo más divertido que entrenar. No lo tienes difícil, la verdad. Ahora mismo, pincharme alfileres bajo las uñas me parece mejor plan que levantar pesas. —Me pone ojos de cordero degollado y añade—: Anda, gatito, que aún me estoy recuperando...

—Dios mío, qué dramática eres.

—Bueno, tortolitos, yo voy a irme antes de que esta discusión os lleve a follar contra el capó del coche.

—¡Abigail, joder!

—¿Qué?

—¡Estamos en el parking del colegio!

—Y si no lo estuviéramos ¿sí sería una posibilidad? —Boqueo y no me atrevo a mirar a Giulia. En su lugar, fulmino a mi hermana con la mirada, pero ella solo bate las pestañas y se aleja mientras sonríe como el ángel que no ha sido jamás.

—Es insoportable —murmuro cuando ya no puede oírme.

—No es verdad. Es maravillosa, encantadora, lista, magnética y preciosa.

—Guau, cuántos cumplidos de buena mañana.

—¿Celoso?

—¿Si digo que sí, dirás una lista de cualidades mías?

—¿Tan necesitado estás de que te diga cosas bonitas, gatito?

Me río, porque es imposible mantener un pique con ella, y tiro de su mano.

—Ven, que ya se me ha ocurrido un plan más divertido que entrenar.

—Espera. ¿Mi coche...?

—Te traeré más tarde, no te preocupes.

Hago que Bambi y ella suban a la camioneta y conduzco hasta la Finca Lobo. Durante el trayecto le pregunto por Giuliano, por el sótano de lavanda, y le hablo de lo convencida que está mi madre de que tenemos una relación real, aunque no lo sea. Le hablo hasta del tiempo, pero no le digo adónde vamos exactamente hasta que estamos frente a las caballerizas.

—¿Y bien? —pregunto.

—¿Y bien? —pregunta con un tono de voz sospechoso.

—¿Lista para montar a caballo?

—¿Qué? ¿Ese es tu plan divertido? —Enarco una ceja y ella estalla —: ¡León, os robé un caballo hace años y casi no lo cuento!

—Eso es porque: uno, elegiste muy mal el caballo. Y dos: no tenías ni idea de montar.

—¡Ahora tampoco!

—No, pero ahora me tienes a mí. —Giulia me mira, para nada convencida—. No dejaré que ningún caballo te tire. Confía en mí.

No sé si al asegurarle eso consigo que me crea, pero cede. Y la descarga de adrenalina que siento me pilla totalmente desprevenido, porque algo me dice que obtener la confianza de Giulia no es tan fácil como puede parecer en un principio.

—La próxima vez yo elegiré el plan. Y nadie cabalgará. No sobre un caballo, al menos.

Me atraganto con mi propia saliva mientras ella pasa por delante de mí y se adentra en las caballerizas, dejándome un poco mareado y preguntándome si la he oído bien. ¿Es cosa mía o cada día es menos discreta con sus insinuaciones?

Para cuando entro, siguiéndola, no tengo claro nada, salvo una cosa: que Giulia del Valle conseguirá que cualquier día me estalle la cabeza.

43

Giulia



Es un desastre. Todo. El plan, el caballo y yo.

Da igual las veces que León me diga que este bicho es muy noble y está acostumbrado a gente inexperta, porque la realidad es que es blanco, inmenso y, por mucho que se llame Ángel, no tiene pinta de serlo. Tiene más pinta de que, si le da la gana, te manda al otro barrio de una coz.

—Me lo he pensado mejor. Sinceramente, gatito, no estás tan bueno como para que me valga la pena arriesgar mi vida por ti.

—Sube, Giulia.

—No me des órdenes.

—Sube, por favor.

—Sigue sonando a orden.

Él bufa. Está harto de mí y se nota, pero no pierde la paciencia. O lo que se entiende por paciencia tratándose de León. Es decir: sigue poniendo mala cara y soltando improperios por lo bajini, pero sostiene las riendas del caballo con calma, acariciándolo de vez en cuando y manteniéndolo bajo su control.

No quiero subir. No sé qué me pasa. Siempre he pensado que lo de caerme del caballo hace diez años fue una anécdota simpática sin más, pero resulta que tengo miedo. Tengo miedo de verdad y él se da cuenta, porque en algún momento, cuando lleva más de media hora intentando convencerme, me saca de la cuadra de Ángel y me guía hacia el fondo.

—¿Adónde vamos ahora?

—Si no quieres montar sola, está bien. Montarás conmigo.

—¿Cómo?

—No has querido subir sobre Ángel, pese a que te he dicho un montón de veces que es un santo y que hace honor a su nombre. Bueno, pues ahora subirás sobre mi caballo.

—Eso, fuera de contexto, puede sonar sucio.

—Para ti todo puede sonar sucio. Fuera y dentro de contexto. Estás salida.

—¡No es verdad!

—Lo es, pero no estamos discutiendo eso.

Se para frente a una puerta, mira hacia el interior y, cuando algo golpea la hoja de madera, sonríe y se pone las manos en las caderas, como si estuviera sumamente orgulloso del comportamiento del caballo que ha empujado la puerta nada más verlo.

—¿Qué...?

—Ya conoces a Balti, mi primer caballo de cuando era niño. Ahora voy a presentarte a mi caballo de adulto. —Me pongo a su lado y miro directamente a los ojos negros como la noche de un caballo que es del mismo tono al completo—. Giulia, te presento a Luci.

—¿De «Lucía»?

Su sonrisa se expande aún más. Lenta, maliciosa y letal.

—Luci de «Lucifer», *principessa*.

—Tienes que estar de coña.

Boqueo, pero él se ríe y abre la puerta. El caballo relincha, se agita y yo doy tantos pasos atrás como me lo permite el pasillo de la caballeriza.

—Tranquila. Es un caballo acostumbrado a la gente, aunque parezca nervioso.

—No parece nervioso, León. Parece un salvaje.

—Esos, cuando los domas, son los mejores.

—¿Hablas por ti?

No puedo evitar quedarme hipnotizada al escuchar su risa. No lo hace a menudo, pero el sonido que emite su garganta cuando ríe a carcajadas es... es asombroso. Lo suficiente para que quiera atraparlo y meterlo en una maraca para moverla y hacerla sonar

cada vez que olvide que León no solo es capaz de reír, sino que lo hace como si los ángeles caídos estuvieran de fiesta.

—Vamos, Giulia. Valdrá la pena, te lo prometo.



Veinte minutos después no sé si ha valido la pena, pero estoy más tensa que en toda mi vida. León me ha convencido de que la mejor forma de perderles el miedo a los caballos es cabalgar. Y como no he sido capaz de hacerlo sola, estoy recorriendo el bosque sobre Luci... con León detrás de mí.

Siento su pecho en mi espalda de un modo tan constante que no consigo pensar con claridad. Sé que estamos recorriendo un sendero rodeado de olivos, nogales, pinos y, a lo lejos, algunas vacas y toros de la familia Lobo. Y sé que León no deja de hablar con voz suave acerca de lo relajante que es esto. Una parte de mí se pregunta si no lo estará diciendo porque él se siente, en realidad, igual de tenso que yo.

—¿Estás seguro de que no se considera maltrato animal que los dos estemos subidos en un solo caballo?

—Luci es un caballo joven, fuerte y acostumbrado a correr con más peso del que crees. Está perfecto. ¿Verdad, campeón?

Bajo mis piernas, Luci relincha, como si estuviera de acuerdo con su dueño. Estar subida sobre este animal es como estar sobre una enorme máquina de matar llena de músculos, pero me cuido mucho de comentarlo porque no quiero parecer una cobarde. Más aún, quiero decir.

—¿Hasta dónde llegan las tierras de los Lobo? —pregunto con curiosidad.

—Buena pregunta, porque estás a punto de descubrirlo.

—¿Vas a llevarme fuera de los límites de tus terrenos para poder matarme en territorio extraño?

Su risa otra vez. Solo que distinta; mejor, porque noto cómo vibra en mi propia espalda. Esto es demasiado íntimo. Todo. La postura, la forma en que se ríe y el modo en que habla hoy, sin insultos ni pullas constantes, como si estuviera completamente relajado. Como

si fuera feliz, aun cuando sé que gran parte de León convive con la amargura más absoluta. O eso he creído hasta ahora.

Tal vez sean los días que hemos estado sin vernos mientras yo vomitaba hasta mi primera papilla. A lo mejor... A lo mejor no soy yo la única que lo ha echado de menos mucho más de lo que imaginaba.

—Vale, es importante que elijas bien aquí, porque dependiendo de lo que digas, el resultado será uno u otro —me dice cuando llegamos a un cruce de caminos.

Seguimos rodeados de montaña y no veo una sola construcción a nuestro alrededor. Frente a nosotros, todo lo que hay son dos senderos muy parecidos.

—¿Qué hay al final de cada uno de ellos? —pregunto.

—No pienso decírtelo. Iremos a donde nos diga tu instinto.

—¿Y eso por qué? —Miro sobre mi hombro y me encuentro con sus ojos oscuros puestos en mí y cerca. Muy cerca.

—¿Y por qué no?

Su aliento me golpea la nariz y, si me arrimara un poquito, mis labios rozarían los suyos. Y quiero. De verdad, quiero que me bese, tanto que me cuesta concentrarme en lo que me dice.

—¿Mmm?

—¿Por qué no? —repite.

—Porque es algo casual e improvisado —consigo contestar—. No te pega. Tú eres más de tenerlo todo pensado y organizado.

—Sería casual e improvisado si yo tampoco conociera los destinos, pero los conozco. Solo quiero comprobar algo. Vamos, Giulia, juega un poco, ¿quieres?

Estoy a punto de meterme con él, pero me lleva solo un segundo darme cuenta de que, en realidad, quiero hacer esto. Quiero cerrar los ojos, inspirar hondo y elegir un camino guiada por mi instinto y nada más. Averiguar adónde me lleva, como si la vida fuera así de sencilla, aunque no sea cierto.

—El izquierdo —murmuro—. Elijo el izquierdo.

—¿Por qué? —Su curiosidad parece genuina.

—Has dicho que me deje llevar por mi corazón. En un sentido literal, mi corazón está a la izquierda.

—El de todo el mundo, creo —dice entre risas suaves.

—Así es, pero aun así es el motivo por el que he tomado esta decisión. ¿No te parece bien?

—Me parece perfecto, en realidad. Y ahora verás por qué.

Tira de las riendas para hacer caminar a Luci, que reemprende el paseo como si seguir las órdenes de León fuera lo más natural del mundo. La única razón por la que vive.

El camino se estrecha conforme avanzamos y los árboles cada vez son menos. Subimos una colina y, justo antes de llegar al punto más alto, veo a León coger las riendas con una sola mano y apoyar la otra en mi costado, con cuidado, como si quisiera sostenerme por si ocurre algo que me ponga nerviosa. No lo entiendo, hasta que alcanzamos la cima y señala el paisaje frente a nosotros.

Se pega por completo a mi espalda y habla junto a mi oído.

—Bienvenida a tus tierras, *principessa* —musita mientras los dos observamos una bajada repleta de flores silvestres. Abajo, en la falda de la colina, están los campos de lavanda y, al fondo, la casa en la que vivo y en la que mis antepasados forjaron un legado. Trago saliva y miro atrás, a León.

—¿Los terrenos de mi familia lindan con los de la tuya?

—Desde tiempos inmemoriales —susurra sonriendo—. Mi madre cuenta que, cuando ella era niña, cabalgaba hasta casa de tus bisabuelos a través de estas tierras; las nuestras y las vuestras. No hay valla, siempre estuvo bastante claro que la linde es la cima. Justo la cima de la montaña.

Si fuera una llorona, lloraría. Y eso que ya he llorado más veces de las que acostumbro desde que llegué a Valdelila. No sé por qué me parece tan bonito que me haya traído aquí, o mejor aún, que me haya dejado elegir el camino, porque es como si ese gesto sirviera para convencerme de la idea fantasiosa y un poco infantil de que, sin importar dónde esté, mi instinto siempre consigue encontrar el camino de regreso a casa.

—¿Podemos bajar? —pregunto.

—Podemos hacer lo que quieras. Una vez que crucemos y empecemos a bajar, tú serás la dueña de todo.

—Mi padre y mi tío, en realidad.

—Vives aquí, has limpiado y reconstruido el sótano, estás preocupándote de volver a dar vida a la lavanda más allá de pagar para que mantengan los campos. Eres, a todos los efectos, la dueña.

—A todos, no. No figuro en las escrituras y no soy yo quien paga, sino mi padre.

—Detalles, *principessa*. Detalles.

Quiero contradecirlo, decirle que no, que no son detalles y que, en realidad, todo eso solo demuestra que sigo siendo una niña mimada, pero el momento es tan bonito que no deseo estropearlo pensando en cómo me siento. Además, sus palabras también hacen que me invada, por primera vez en mucho tiempo, cierto orgullo, porque es verdad que he reconstruido ese sótano, aunque León aún no ha visto los resultados finales y no sabe hasta qué punto. Y también es verdad que me estoy esforzando por aprender más y más sobre la lavanda y las distintas aplicaciones que le daban mis bisabuelos. Incluso he hecho algún pequeño experimento con flores secas y ungüentos, como le he explicado antes a León en el coche... El hecho de que él me lo recuerde ahora significa más para mí de lo que me gustaría admitir. Primero, porque al oírlo de su boca sí siento que estoy haciendo algo útil con mi tiempo. Y segundo, porque esto solo me demuestra que me escucha realmente cuando le hablo.

Coloco una mano en su muslo, tras de mí, y por primera vez desde que ha empezado el paseo siento que es él quien se tensa.

—Bajemos —murmuro.

No dice nada, no sé en qué piensa, pero guía a Luci hacia los campos de lavanda y, un ratito después, bajamos del caballo y León lo ata a un árbol antes de que los dos entremos en los campos y los inspeccionemos juntos por primera vez. El aroma inconfundible es embriagador, o será que el paseo ha atontado mis emociones y ahora siento que todo es distinto, más bonito y mejor. Toco las puntas de la lavanda y miro por encima de mi hombro al hombre que, hasta hace unas semanas, lo más bonito que sabía decirme era «loca».

Es poco hablador, León. Quiero decir..., eso es evidente desde el primer minuto que lo conoces, sí. Pero lo que no es tan evidente, lo que yo empiezo a comprender desde hace ya unas semanas, es que

León es de esas personas que no dicen mucho, pero demuestran a través de sus gestos más que el narrador más elocuente del mundo. Y cuando habla, lo hace de verdad. Cuando dice algo bonito, puedes estar segura de que lo piensa y siente así. Y creo que lo prefiero. En realidad, creo que, sin darme del todo cuenta, estoy haciéndome adicta a él.

—Fíjate en esto, gatito —le digo mientras corto algunas varas de lavanda y formo un ramo que agito frente a sus ojos—. ¿Sabes qué es?

—Un puñado de lavanda.

—¡No es un puñado de lavanda, sino un ramo! Es un ramo de lavanda, de la primera vez que me has traído a mis propios campos a través de tus terrenos y subida en un caballo infernal. Lo llevaré a casa, lo secaré y lo guardaré como un recuerdo precioso de este día.

—Guau.

—¿Qué?

—No, nada.

—No digas eso. —Entorno los ojos y lo apunto con un dedo—. Escúpelo.

—Nada, de verdad. Solo pensaba que, en realidad, eres toda una romántica.

—Ni hablar —me quejo—. Es solo que me gusta guardar recuerdos de los días que parecen importantes.

—¿Y este lo parece?

—Sí, ¿por qué no?, ¿no te lo parece a ti?

—Supongo.

—Puedes ser un poco más expresivo, ¿sabes?

—No todos somos tan románticos como tú.

—Que te estoy diciendo que esto no es romántico. Es solo... un gesto. Nada más.

—Lo es. Claro que lo es. Si estuviéramos dentro de una novela romántica, tú serías la protagonista.

—Ah, ¿sí? ¿Y cómo se llamaría esa novela? A ver, gatito: ilumíname.

León se queda mirándome en silencio. El sol de la mañana empieza a darnos de lleno y sigo sosteniendo la lavanda en una

mano mientras la otra se apoya en mi cadera, desafiando a León a inventarse el título de lo que, según él, sería una novela romántica. Sus ojos vagan por mi cuerpo completo antes de centrarse en las flores y, un segundo después, sonríe con aire travieso y me mira a los ojos.

—Giulia, el amor y un puñado de lavanda.

Lo miro un tanto consternada y con la respiración agitada, no sé por qué. A lo mejor porque está guapísimo mientras me mira y sonríe de ese modo. O tal vez porque ese supuesto título me ha hecho vibrar de una manera extraña.

—¡Que no es un puñado! —exclamo en un intento de recuperar la estabilidad emocional que, al parecer, ha decidido abandonarme—. Es un ramo.

—Es un puñado. Precioso, pero puñado al fin y al cabo.

—Bueno, no pienso discutir por esta tontería. Voy a secarlo y colocarlo en mi habitación y punto. Me da igual lo que pienses.

—Haces bien. A todo el mundo debería darle igual lo que piensen los demás.

Después de hablar, se gira y comienza a arrancar varas de lavanda.

—¿Qué haces?

—Coger mi propio puñado de lavanda.

—¿Para qué?

León me mira como si no entendiera mi pregunta, pese a que a mí me parece una duda bastante lógica. Aun así, suspira, se aparta el pelo de la frente y me mira de nuevo.

—¿Cómo has dicho antes? Es un ramo de lavanda, de la primera vez que te he traído a tus propios campos a través de mis terrenos y subida en un caballo infernal. Lo llevaré a casa, lo secaré y lo guardaré como un recuerdo precioso de este día.

Si pensaba que antes se me había alterado la respiración, no es nada comparado con lo que siento ahora. Es como si mi pulso trastabillara de forma constante. Podría confesar, y podría decirle que ahora mismo apenas soy capaz de pensar en nada más que en él besándome aquí y ahora. Podría decirle que, tal vez, quiero que

nos dejemos de farsas y de relaciones fingidas y que simplemente quiero que me bese. Y quiero besarlo.

Pero no hago nada de eso. Lo que hago, en cambio, es demostrarme a mí misma y al resto del mundo que mis padres tenían razón. Que, cuando las cosas se empiezan a poner serias, tiendo a huir en la dirección opuesta.

—Dios, eso ha sido tan romántico que me he empalagado.

—¡Pero si es lo que has dicho tú!

—Ni hablar; en mí sonaba distinto. Mejor.

—¡Ja!

León bufa, gruñe una frase de la que solo entiendo «mierda» y se pone a arrancar varas, porque puede que esté muy enfadado, pero eso no le impide coger un precioso ramo de lavanda que adornará su casa y hará que me sienta de un modo increíble cada vez que lo vea.

Aunque nunca vaya a reconocerlo en voz alta.

44

León



Quiero besarla.

Quiero besarla más de lo que he querido cualquier cosa en los últimos tiempos, pero esa certeza me tensa y me agobia a partes iguales. Primero, porque no sé si ella lo desea, aunque intuyo que sí, y segundo porque... porque esta necesidad me llenará de preocupaciones que no quería tener.

Hasta hace un mes pensaba que ya tenía bastantes problemas, pero en realidad no es cierto. Si me paro a pensarlo fríamente, no los tengo. ¿Motivos por los que estar enfadado con la vida? Sí. ¿Problemas como tales? No.

Tengo salud, dinero, trabajo y una familia increíble, aunque sean demasiado intensos. Poseo todo lo que puede desear cualquier persona y, aun así, he estado enfadado tanto tiempo que creo que ya no recuerdo bien cómo dejar de estarlo. He pensado mucho en ello los últimos días: me acostumbré a estar rabioso y en algún punto ese pasó a ser mi estado natural, aunque los motivos cada vez fueran menos.

¿Echo de menos jugar a nivel profesional? Creo que no. Y es la primera vez que pienso en ello realmente.

Lo eché de menos con desesperación los primeros meses, incluso el primer par de años, cuando más me perdí. Después pasé a cabrearme, y he estado muy enfadado con el destino y la vida, pero creo que lo que más siento ahora es impotencia porque no llegué a

cumplir mi propósito. Me había trazado unos planes de futuro claros y organizados que saltaron por los aires.

Siento más odio por el cambio de planes y por no ser yo quien lo eligiera que nostalgia por jugar. No soporto que el destino se encargara de decidir mi futuro y mi vida, en vez de ser yo quien manejara los hilos.

Y supongo que ahí es donde entra Giulia. Porque está haciendo que me sienta descontrolado otra vez, solo que no es el mismo tipo de descontrol; de algún modo, es mejor, porque no hay rabia cuando pienso en ella.

Lo que hay es... anticipación. Ansiedad. Deseo. Anhelo. Miedo. Ahora me paso los días pensando que quiero besar esa bocaza que tiene, pero también que ella se va a ir. No sé cuándo, no sé qué es de Fiorella ni cuándo piensa regresar y, desde luego, tengo muchas dudas acerca del impacto que todo eso tendrá en Giuliano, pero si me centro en lo que yo siento y quiero... Quiero besarla. De verdad. Quiero hacerlo con tanta intensidad que he pasado de buscar el instante perfecto a creer que no llegará nunca.

Creo que ella también lo quiere, por cómo me toca y me mira, pero luego suelta frases de broma que me hacen dudar, porque no sé si lo hace porque está nerviosa o porque de verdad para ella esto no es más que una farsa que hemos montado para mi madre.

Pero si fuera así no estaríamos aquí, paseando a caballo de regreso a casa después de estar en sus campos de lavanda. Le he preguntado si quería quedarse en casa y yo le acercaría más tarde su coche, y me ha dicho que no. Que quería volver conmigo, pese a que sé que Luci sigue dándole miedo. Eso quiere decir algo, ¿no? Eso, y que haya guardado flores para secar y poner en su habitación para recordar este día. Mierda, ese momento justo, mientras cortaba las flores, era el instante ideal para el beso. Si ella hubiera querido también...

—Estás muy callado. ¿Ya te arrepientes de haberme enseñado que puedo llegar a tu casa a través del campo y sin que nadie me vea?

—Depende. ¿Para qué querrías usar esa información?

—No lo sé, dímelo tú.

Ahí está de nuevo. Se niega a mostrarse sincera y se escuda en el humor. Comienzo a preguntarme si no será porque tiende a relacionarse con las personas de un modo frío e impersonal.

Salvo con sus padres y Giuliano, no la he visto establecer una conexión real con nadie. Bueno, con Abi, pero es una amistad tan rara, por más que ellas digan que son mejores amigas, que no sé qué pensar. No habla de amigos, aunque sé que en Los Ángeles compartía piso. Todo lo que ha dicho de sus compañeras en alguna ocasión es que son simpáticas. Me pregunto si Giulia del Valle no irá por la vida mostrándose extrovertida, pero sin relacionarse a un nivel más profundo con nadie. Y en ese caso, ¿por qué? ¿Miedo al rechazo? ¿Necesidad de mantener las distancias?

—Sigues estando callado —murmura.

Sonrío. Es otra de las cosas recién descubiertas: los silencios la incomodan. Al principio pensé que le daba igual que yo fuera callado, porque ella es capaz de rellenar los huecos con charlatanería todo el rato. Pero ahora me doy cuenta de que no es una habilidad, sino una necesidad: se pone nerviosa si la conversación no fluye o se queda sin mucho que decir, como ahora.

—Puedes venir a verme siempre que quieras, por el medio que elijas y el camino que más te guste. Las puertas de casa están abiertas para ti.

Ella se tensa y lo noto en la forma en que su espalda se pone rígida contra mi pecho.

—Eso tiene valor, viniendo del ermitaño buenorro más famoso que ha tenido Valdelila.

—No soy ningún ermitaño.

—Ay, por favor, estamos manteniendo una relación falsa frente a tu madre porque no querías que te metiera en casa a nadie.

—No, estamos manteniendo una relación falsa frente a mi madre porque no quería que me metiera en casa a Martina.

—Lo entiendo. Es una arpía con cara de ángel. —Me quedo callado y me mira sobre su hombro—. ¿No dices nada?

—No. Creo que sí que es un poco arpía con cara de ángel.

Se ríe y da una palmada tan fuerte que Luci se asusta y pierde el paso calmado, removiéndose inquieto, lo que hace que Giulia grite y

se aferre a mis muslos con tanta fuerza que me clava las uñas.

—¡Mierda, León, controla a tu bestia!

Me río entre dientes y tiro un poco de las riendas de Luci para que retome el paso, no sin antes rodear a Giulia con ambos brazos y pegarla a mi pecho aún más.

—La culpa no es de Luci, sino tuya. Esos gritos espantarían a cualquiera.

Giulia me insulta, pero pasados unos instantes decide que lo mejor que puede hacer es mantenerse callada, aunque no le guste. Llegamos a mi casa en completo silencio, ella recostada contra mi pecho y yo tenso porque quiero besarla, joder, y no sé cómo, ni cuándo.

Ojalá esto fuera una novela romántica, como le he dicho antes, y no la vida real. Me encantaría mirarla y sentir, sin ningún tipo de dudas, que es el momento exacto. Que ella quiere que la bese tanto como yo quiero estampar mis labios en los suyos.

Pero esto no es una novela romántica, así que lo único que ocurre es que llegamos al establo y mi madre está allí esperándonos con una inmensa sonrisa y ganas de charlar de tonterías con Giulia.

—Te he hecho un probiótico natural para que no vuelvas a enfermar —le dice señalando un tarro de cristal—. También hay para el pequeño Giuliano y para León.

—¿Y yo por qué tengo que tomarme esa mierda? Está malísima.

Mi madre me dedica esa mirada que me deja claro que, si pudiera, ahora mismo enterraría mi cabeza en la montaña de estiércol más grande de la Finca Lobo. Pero no puede, porque soy un hombre adulto y, sobre todo, porque está Giulia delante y a mi madre le encanta fingir frente a la gente que no es una dictadora metomentodo, aunque nadie la crea.

—Te la tienes que tomar porque estás con Giulia, ¿no? Compartís momentos y ha podido contagiarte.

—No creo que por compartir momentos con Giulia...

—Por «momentos» quería decir «fluidos», hijo, pero, al parecer, eres tan zoquete que no captas las sutilezas.

Si tuviera la capacidad de ruborizarme ahora mismo tendría las mejillas rojas, sobre todo por la carcajada de Giulia, que da un paso

al frente, coge el tarro de cristal de manos de mi madre y luego le da un abrazo sin disimulo ni vergüenza alguna.

—Te agradezco muchísimo el gesto, Carmen. Y no te preocupes, que voy a encargarme personalmente de que León se lo tome, si es que quiere seguir compartiendo fluidos conmigo.

El comentario me pone los pelos de punta, pero a mi madre le hace tanta gracia que se ríe a carcajadas y le dice que es la nuera que le lleva pidiendo a Dios toda la vida. Una parte de mí quiere decirle que es un poco triste que lleve toda la vida rezando para que no me quede solo, pero otra parte, la inteligente, sabe que no es buena idea enfadarla cuando ya he hecho un comentario que le ha sentado mal, así que hago lo único que se me ocurre: cruzarme de brazos, fruncir el ceño y esperar en silencio a que terminen de intimar.

Para cuando mi madre se va, Giulia se acerca y, de la nada, me da un pellizco en el brazo.

—¡Eh! —me quejo.

—¿Esa es tu forma de fingir que estás enamorado? ¿Qué te he dicho un millón de veces? ¡Colabora un poquito, gato estúpido! No puede ser que yo tenga sobre mis hombros todo el peso de hacer creer a tu madre esta farsa.

—Perdón por no formar parte de vuestra charla, que consiste básicamente en ponerme verde a mí. —Me mira mal antes de girarse tan rápido que su pelo me da en la cara. Sale de las caballerizas y chasqueo la lengua y la sigo—. ¿Qué querías que hiciera?

—¡No sé! Acercarte, tocarme, mostrarte enamorado, joder. No puede resultarte tan difícil. Soy guapa, ¿sabes? Y lista. Y simpática y muchas cosas más.

La miro con la boca abierta.

—¿Y eso a qué viene? Sé muy bien que eres guapa, lista, simpática y muchas cosas más, créeme.

—¡Pues no lo parece! Es muy difícil fingir que estamos juntos si cada vez que tenemos público haces como si te cayera mal.

—Eso no es verdad.

—Lo es.

—No.

—¡León, no me digas que no, porque es así como me siento!

—Bueno, joder, te digo que no porque no lo es. No me caes mal y por supuesto que tienes un millón de cualidades. ¡Soy muy consciente de eso!

—No lo parece. ¡Para fingir que estamos juntos tienes que fingir que te gusto!

Me exaspero, porque yo no suelo tener paciencia, pero es que Giulia tampoco lo pone fácil. A veces no sé si estos ataques de inseguridad, que no le pegan nada, son reales o si solo lo hace para tocarme las narices, pero en cualquier caso estoy harto de vivir en desacuerdo con ella. Y más por algo en lo que está tan equivocada.

—¡Si no me gustaras y no me parecieras guapa, lista, simpática y un montón de cosas más no me pasaría todo el puto día pensando en besarte! Que no sea un idiota empalagoso y arrastrado como Rubén no significa que no sea muy consciente del tipo de mujer que eres.

Giulia tarda lo que parece una eternidad en reaccionar. Sus ojos están muy abiertos, así que supongo que el ataque de inseguridad no era fingido y ahora está lidiando como puede con la verdad. Yo no sé si estoy arrepentido, pero, para ser sincero, lo que sí sé es que estoy harto de fingir que no vivo buscando el momento adecuado o una mínima señal. Es un error, eso es lo peor, que yo sé que posiblemente todo esto es un error, pero no lo puedo evitar. Y, para ser sinceros, a estas alturas tampoco quiero evitarlo.

Ella me sostiene la mirada con firmeza, pero su pecho sube y baja rápido mientras su respiración se agita.

—Entonces deja de ser un idiota y un cobarde, gatito. Y deja de mirarme así, porque estoy harta de sentirme insegura por tu comportamiento de mierda. No me pega nada, no me gusta y no me hace sentir bien.

Se gira para irse de nuevo y sé, con una certeza que me golpea el pecho, que si la dejo marchar ahora no volveré a tener la oportunidad de dudar si quiere o no que la bese, así que, por primera vez en años, doy un paso al frente y me lanzo a por lo que quiero.

45

Giulia



No sé qué estoy haciendo. Todavía noto mi respiración agitada y camino por inercia, porque todos mis sentidos me gritan que me gire y enfrente a León de nuevo. Que haga algo con respecto a la declaración que acaba de hacer. ¡Algo que no sea huir! Pero lo único que se me ocurre son frases impertinentes para evitar confesar cómo me siento.

Ni siquiera tiene mucho sentido que esté huyendo a la desesperada, porque estamos lejos del pueblo y hemos venido en su coche. ¿Adónde se supone que voy a ir?

Pienso a toda prisa y lo único que se me ocurre es ir hacia la clínica veterinaria por si Samuel o Abi pueden llevarme a casa. Es bochornoso, pero...

Oigo sus pasos tras de mí y trago saliva. Ay, Dios, me ha seguido. Claro que me ha seguido. No soy tan estúpida como para no saber que León odia que lo dejen con la palabra en la boca.

Se me eriza la piel de anticipación, como si mi cuerpo ya supiera que tiene que prepararse para otro enfrentamiento. No me da tiempo ni a pensar algo que decir, porque una mano me atrapa por la muñeca y me frena en seco con una firmeza que no es agresiva, pero sí definitiva. León no tira de mí, pero tampoco me suelta.

—Giulia.

Nada de motes esta vez. La forma en la que suena mi nombre en su boca me hace tragar saliva. No es borde, ni irónico, ni irritado. Es... es calmado y firme.

Me quedo quieta y de espaldas a él. Es lo único que se me ocurre para ocultar que me tiembla el pecho de vergüenza, deseo, nervios y hasta un poco de miedo de mí misma, por lo que estoy sintiendo y lo que puedo llegar a hacer con eso.

—Suéltame, gatito —le digo sin mirarlo.

—No.

—León...

—No te vayas —murmura tan cerca de mí que sé que lo tengo a solo un paso de mi espalda.

De alguna forma, noto que esas palabras engloban todo lo que he estado sintiendo últimamente. El modo en que acabo huyendo de todo lo que me importa, como me dijeron mis padres.

Me aclaro la garganta y pienso a toda prisa en algo que decir. Lo que sea.

—¿Es una orden o una súplica?

Todavía no lo he mirado, pero oigo su exhalación, como si él mismo necesitara calmarse.

—Es... —Duda un segundo—. Es una petición.

Me parece lógico que se niegue a usar las opciones que le he dado, así que me giro y, por fin, lo miro. Tiene el ceño fruncido, como siempre; la mano que sujeta mi muñeca sigue sin soltarme; y su mandíbula está apretada, pero no parece enfadado. Parece... ansioso.

—No entiendo qué pasa contigo —escupo en tono rabioso, porque hablar con suavidad nunca ha sido lo mío, y menos estando nerviosa —. Me sueltas un discurso de... de... —Me señalo la boca, incapaz de encontrar la palabra correcta, o de admitir que lo que ha dicho me ha hecho sentir más de lo que yo misma esperaba—. ¿Y qué se supone que tengo que hacer con ello? —Se queda en silencio y resoplo. Sus ojos bajan a mi boca un segundo y, aunque siento que el aire se me queda atrapado entre los dientes, me las apaño para hablar—. Di, León, ¿qué quieres que haga?

—Dime que has pensado, aunque sea alguna vez, en cómo sería tener mi boca sobre la tuya. Y dime que no voy a cruzar una línea roja si me acerco de una puta vez y te beso.

Parpadeo una vez. Dos. Y entonces sonrío, porque en realidad eso ha sido muy él y creo que me ha ayudado a recuperar cierto control.

—¿Desde cuándo necesitas que te den permiso para coger lo que quieres?

—Desde siempre, Giulia. Quiero tu boca como no he querido nada en los últimos años, pero no voy a besarte si tú no deseas que lo haga. Puede que sea un capullo, pero hay líneas que no voy a cruzar jamás.

Alzo una mano por inercia, porque he conocido a todo tipo de hombres y es curioso cómo, a menudo, los que parecían más correctos y educados acababan siendo unos capullos arrogantes sin respeto por los límites. León, de entrada, parece hosco y gruñón, pero aquí está, reteniendo su impulso a la espera de una respuesta. Le acaricio la mejilla con la yema de los dedos y me deleito con la forma en que sus ojos se cierran, como si el simple roce de mi piel en la suya le resultara insoportable.

—He imaginado que me besabas de tantas maneras distintas que creo que te di permiso en mi mente incluso cuando solo me hablabas a través de gruñidos.

No sonríe, no hace nada más que suspirar con fuerza y, por primera vez desde que lo conozco, perder el control.

Da un paso. El último que nos separaba. Su pecho roza el mío.

—Giulia...

—León...

Hay un segundo en el que solo nos miramos. Entonces es su mano la que se alza. Me roza la mejilla con los nudillos, apenas un toque, lo suficiente para hacerme tragar saliva. Se queda ahí, a solo unos milímetros, y me odio un poco por la necesidad tan apabullante que siento de que dé, por fin, el último paso.

—Si te beso —dice tan bajo que casi no lo oigo—, no voy a fingir después que no ha pasado o que da igual.

Se me aflojan las rodillas, tanto que bajo la mano de su mejilla a su camiseta, donde me aferro con fuerza.

—No tienes que hacerlo, gatito. No tenemos que fingir nada más.

Y ahí, por fin, León decide.

Sus labios se acercan y envuelven los míos de tal modo que ahogo un gemido incluso antes de que toda su boca me cubra. No me avergüenzo en absoluto, sobre todo cuando eso hace que León me imite y se lance del todo. Su mano envuelve mi nuca y me atrae con una firmeza que me estremece. Sigo agarrándome a su camiseta, pero solo porque estoy intentando no desintegrarme mientras León toma, por fin, lo que quiere.

Sus labios son firmes y exigentes, pero de alguna manera inexplicable también se sienten suaves.

No sé en qué momento dejo de temblar de anticipación, pero sé el momento exacto en el que exijo más. Dejo caer el tarro de cristal que me ha dado Carmen y rezo para que no se rompa, pero es que necesito tocarlo más. Envuelvo su cuello con los brazos mientras me pongo de puntillas y, aun así, no llego bien. Los casi dos metros de León se hacen infinitos ahora, y cuando se da cuenta y me abraza por la cintura, alzándome sin esfuerzo, sonrío contra su boca.

Me muerde el labio inferior muy suavemente, una provocación mínima, y yo me separo un centímetro, solo para mirarlo.

—Si hubiera sabido que besas así... te habría provocado mucho antes.

Su sonrisa se me antoja tan sexi que roza lo peligroso.

—Y todavía no estoy ni cerca de acabar, *principessa*.

Vuelve a besarme, esta vez más lento, más consciente, como si tuviéramos todo el tiempo del mundo ahora que me sostiene sobre su cuerpo sin esfuerzo y estamos a la misma altura. Ignoro en qué instante concreto enrosco las piernas en torno a su cintura, pero sé que noto con demasiada claridad lo mucho que le está gustando nuestro primer beso.

En otras circunstancias habría aprovechado para hacer un chiste, pero estoy tan fundida y ansiosa de más que no me atrevo, por si eso le hace parar.

Sus manos bajan de mi cintura a mi culo y, desde ahí, me aprieta más contra él. Si fuera tímida, me ardería la cara al sentirlo con tanta claridad. Por suerte, no soy tímida. Lo único que hago es morderle la boca para dejarle claro que me encanta.

Ese es el momento en el que León se desata del todo, camina conmigo en volandas y me apoya contra una pared. No sé cuál. Apenas sé ni dónde estamos. Este beso me está haciendo perder la cabeza como nada lo ha hecho antes.

—Vale —digo agitada—. Vale, vale...

—¿Vale qué? —pregunta él con voz rasgada.

—Que... —Me río, nerviosa, porque no sé qué hacer con un León que suena así—. Que...

—¿Mmm?

—Dios, me he olvidado. Iba a decir algo, lo juro, pero... pero se me ha ido.

—Es una señal del destino para que ocupes tu boca con otra cosa.

—¿Esta vez sí me estás pidiendo una mamada, o es como cuando vi tu casa y vas a decirme que estoy salida?

León se ríe y me muerde el labio inferior.

—Todavía no te he pedido una mamada. Ya te dije que, cuando lo haga, me encargaré de dejarte claro que la quiero, no te preocupes.

Gimo y lo beso de vuelta, con ansia. Y en esas estamos cuando un grito ahogado nos separa y consigue que León me baje al suelo de repente, por desgracia, porque se estaba de maravilla en volandas entre él y la pared.

—¡Ay, Dios! ¡Ay, Dios, por fin! —Abigail está tan pletórica que se ríe a carcajadas mientras aplaude y da saltitos como una histérica—. ¡Estoy tan contenta!

La realidad me golpea con fuerza. Estamos en la finca, a la vista de cualquiera, y hemos perdido el norte hasta el punto de acabar besándonos y restregándonos contra una pared.

—Bueno, pues lo de fingir, definitivamente, se ha acabado —murmuro.

León me pellizca el culo con disimulo y carraspea para esconder una risa antes de mirar a su hermana.

—Abi, fuera.

—Pero... ¡pero quiero ver!

—Eso suena pervertido, mejor amiga. Tu hermano no está en condiciones de que lo veas.

Mis ojos se van a un punto muy exacto que hace que Abi se tape los suyos con una arcada, yo me ría y León suelte un improperio.

—¡Fuera, Abigail!

El del grito es León, y su hermana obedece, pero no sin antes levantar los pulgares como si acabara de poner nota al beso que nos hemos dado.

—Bueno... —Carraspeo e intento ocultar una risa nerviosa. Camino hacia donde he tirado el bote que me ha dado Carmen, lo cojo y se lo señalo—. Es una suerte que no se haya roto, pero ahora vas a tener que tomarlo.

León parpadea, confuso.

—¿Qué?

—Lo que has oído. Si quieres seguir compartiendo... —me aclaro la garganta, porque la palabra *fluidos* todavía me hace reír— momentos conmigo, te lo tienes que beber. Has oído a tu madre antes.

León me mira, y por un segundo pienso que se va a reír. O va a gruñir. O a llamarme «loca». En lugar de eso, da un paso para acercarse a mí, me quita el tarro de la mano, lo destapa y da un gran trago de golpe poniendo una cara de asco que me hace soltar una carcajada. Cuando termina, hace una mueca tan horrenda que casi me da pena.

—Está asqueroso.

Me muerdo el labio para no sonreír.

—Ajá. Y aun así lo has hecho.

León me sostiene la mirada.

—Si para seguir compartiendo... momentos contigo tengo que tomar esta mierda, lo haré. No diré que lo haré encantado, pero lo haré igualmente.

Mi sonrisa titubea, porque sé muy bien cómo manejar al León terco y hosco, pero este... este martillea mis emociones de una forma que me desestabiliza.

—No digas cosas bonitas, que me descolocas.

Soy consciente de lo contradictoria que estoy siendo: le he pedido hasta la saciedad que fuera más agradable conmigo, que alabase mis cualidades, y ahora que lo he conseguido... ¿le digo lo contrario?

¿Qué me pasa? Pero a él no parece importarle, porque se arrima, me roza la frente con la suya y después juega con la punta de su nariz sobre mi mejilla y mi mentón antes de morderme la barbilla y, un segundo después, los labios. Tiene razón, el potingue de su madre está asqueroso, porque lo pruebo en su boca, pero no me quejo porque... porque intuyo que estoy a punto de hacerme adicta a la boca de León.

—Te acostumbrarás.

—¿Al sabor? —pregunto mareada.

—No. A que diga cosas bonitas. Y cosas guarras. Y todo lo que se me pase por la cabeza.

Y antes de que pueda discutirlo, me da un beso corto, suave, como una promesa pequeña. Luego se aparta, me mira y, con la voz más seria del mundo, dice:

—Vamos. Tengo que trabajar un rato en los caballos antes de ir a entrenar a los niños, pero te llevo a tu coche.

Intento disimular la decepción. De todas maneras, se nos ha ido buena parte de la mañana entre el paseo y... esto. Dentro de poco tendré que recoger a Giuliano del cole, así que asiento, nos dirigimos hacia su camioneta, me deslizo dentro y, cuando estoy a punto de cerrar la puerta, León se acerca, se inclina y me susurra al oído, como si estuviéramos rodeados de gente, aunque estemos solos:

—Esta noche volveré a trepar por tu balcón... Solo para que te prepares.

Se retira, cierra la puerta con suavidad y me deja aquí sentada, con el corazón palpitando y sabiendo que es posible que acabe de cometer un error, porque, por primera vez en mi vida, no estoy pensando en salir corriendo antes de que las cosas se compliquen demasiado, sino en esperar a la noche, abrir el balcón y aguardar ansiosa su llegada.

Y eso...

Eso sí que es un problema.

46

León



Yo pensaba que esperar a ver a Giulia después de los días que ha estado enferma había sido complicado, pero eso era porque no había experimentado aún lo que era tenerla jaleándome desde la grada mientras entreno a los niños.

La cabrona ha dedicado más de una hora a silbar cuando me agachaba por algo y guiñarme el ojo cuando la miraba para que se controlara. Por fin acaba la clase y me acerco a ella mientras los niños recogen.

—La próxima vez voy a prohibirte la entrada.

—¿No te gusta tener una fan? Si quieres llamo a Martina, a ver si lo hace mejor.

Bufo y tiro de su camiseta para atraerla hacia mí. Ella sonríe, descarada, pero mira de reojo a la pista, donde los niños siguen distraídos.

—Esta noche vas a pagar por este comportamiento —le digo con voz grave.

—¿Quieres jugar a castigarme? Me aseguraré de ponerme la falda más corta que tenga, por si te apetece azotarme.

Ahogo un gemido y la separo de mí, porque eso ha sido demasiado explícito. Ella, que se da cuenta, se ríe a carcajadas mientras mira el punto exacto de mi anatomía que se ha removido.

—Eres una víbora —me quejo.

—A ti te encanta. Y ahora, si no te importa, voy a llevarme a mi niño a casa. Quiero pasar tiempo de calidad con él antes de

ducharlo, darle la cena y acostarlo. Había pensado en fabricar cerveza artesanal o enseñarle a hacer petardos caseros. ¿Qué opción crees que le gustará más? —La miro con los ojos desorbitados y chasquea la lengua—. Es broma, gatito. ¿De verdad me ves capaz?

—No me hagas responder a eso.

—¡Tito guapo, mira! —Nos giramos para ver a Bella, que ha conseguido trepar por el pie de la canasta hasta casi llegar al tablero.

Corro hacia ella y me pongo debajo de inmediato.

—¡Baja de ahí, Isabela! Eso no es para subirse y tú no eres un mono, aunque te comportes como tal.

Mi sobrina pasa de mí, se ríe y se balancea un poco, haciendo que el corazón casi se me salga por la boca. Me cuesta la vida convencerla de que baje y, para cuando lo consigo, Giulia ya se ha marchado. Me habría gustado hablar más con ella, sobre todo después del beso de infarto de esta mañana. ¿O debería decir «besos»? Sea como sea, entiendo que tiene que aprovechar la tarde, y me consta que está poniendo todos sus esfuerzos en lograr que Giuliano sepa que es su prioridad. Me pregunto si, cuando sea mayor, ese niño será consciente de que hubo un tiempo en el que alguien de su familia se desvivió por hacerlo feliz..., aunque no fuera su madre.

Me despido de todos los niños y sus respectivas madres cuando vienen a por ellos, cojo a Bella y a Bambi y los llevo al supermercado para comprar algunas cosas antes de volver a casa, donde devolveré a la niña a sus padres, por fin, y me libraré de hacer de canguro hasta mañana.

En el súper dejo a Bambi atado a la entrada, como siempre, porque la dueña y cajera ya lo conoce y lo vigila. Entro con Bella y no llevo ni dos minutos cuando me monta el primer circo porque quiere chocolate, pese a que Abi controla mucho la cantidad de azúcar que toma porque..., bueno, mi sobrina sin azúcar ya es bastante enérgica. Si encima uno se dedica a drogarla, puede ser devastadora.

—Venga, cielo, pónselo fácil al tito, ¿quieres?

La voz de Martina suena a mi espalda y me giro para saludarla. Está mucho más sonriente que las últimas veces que hemos hablado, pero eso es porque en esas ocasiones estaba Giulia. De verdad no quiero pensar que le tiene manía solo por salir conmigo, no creo que el par de citas que Martina y yo tuvimos fueran tan importantes para ella y, además, sé que en el fondo es buena persona, aunque sea un poco estirada, pero no ayuda que, en cuanto me ve a solas, sea bastante más amable que cuando estoy acompañado de Giulia.

—Hoy lleva el día intenso —murmuro mirando a Bella, que está oliendo cajas de galletas al azar, como si con eso fuese a conseguir su propósito.

—¿Te ha contado tu hermana la charla que tuvimos?

—Mmm, no, Abi no me ha dicho nada de Bella. Nada importante, al menos. ¿Qué pasa?

—Deberías preguntarle a ella.

—Pero...

—No puedo hablar cosas de mi tutoría sin autorización, León, aunque sea tu sobrina.

Miro a la preciosa, adorable y maquiavélica niña que intenta esnifar galletas y me preocupo de inmediato. Puede que me queje de Bella constantemente, pero todo el mundo sabe que es mi talón de Aquiles, así que asiento con cierta brusquedad a Martina, le cojo a la niña unas galletas por no oírla más, compro lo que necesito y voy directo a casa de mi hermana, que me abre con una inmensa sonrisa.

—Ay, ¿vienes a contármelo todo sobre Giulia?

—No, vengo a devolverte a tu hija y a que tú me cuentes qué está pasando.

—¿A qué te refieres?

—Martina me ha dicho que ha tenido una charla contigo acerca de Bella.

Los dos miramos a la niña, que ha metido a Bambi en el salón y está poniendo la tele para ver dibujos con él.

—Entra, te haré un café y así hablamos.

—¿Qué le pasa?

—No le pasa nada. Nada grave, al menos.

—No me estás tranquilizando.

—¿Tú crees que si fuera algo malo no lo habría dicho ya?

—Yo, cuando se trata de ti, no sé qué creer, hermanita.

Mi hermana pone una cafetera a hervir sin importar que estemos próximos al atardecer. En esta familia hemos llegado a tomar café con la cena. Sirve una taza para mí y se pone agua para ella. Eso en sí mismo ya es raro.

—Bella le ha dicho a todo el mundo que estoy embarazada.

La miro muy serio antes de reírme y encoger los hombros.

—Ha dicho una mentira, pues ya ves. También les dijo a todos en baloncesto que de noche le salen alas de hada.

—No es una mentira, León. O sea, lo de que le salen alas de hada sí, pero lo otro no. Lo que pasa es que ella no debería saberlo. Oyó una conversación que tuve con Samu hace unos días.

Me quedo en silencio y la miro fijamente. No pestañeo, creo que ni siquiera respiro. Alzo mi taza y le doy un sorbo tan grande que me quemo la lengua.

—Mmm. ¿Y vas a tenerlo?

—¡Pues claro que voy a tenerlo, zoquete!

—Es la segunda vez que alguien de esta familia me llama «zoquete» hoy. Uno: no me gusta. Y dos: ¡no es raro que pregunte! Vosotras parís y vosotras decidís, ¿no?

—Sí, pero en esta ocasión ha sido buscado.

—¡Yo eso no lo sabía! Y no lo comparto.

—No tienes que compartirlo, no es cosa tuya.

—Hombre, claro que es cosa mía. ¡Vas a tener otro bebé! ¿Tú sabes el trabajo que dan? —Mi hermana eleva una ceja y resoplo—. Ya sé que tienes a Bella, pero tener dos... Abi, eso suena a mucha carga. —Cuando se limita a mirarme con escepticismo, procedo a explicarme mejor—: Veo lo muchísimo que os estiráis Samu y tú para darle la mejor vida posible a Bella. Estáis agotados permanentemente, y eso que ya no es un bebé. ¿Es que ya te has olvidado del insomnio y del agobio del primer año?

—Nos hace ilusión, León. ¿Por qué te pones así? Nosotros estamos muy contentos con la noticia y nos vemos capaces. La única razón

por la que aún no lo hemos dicho es que he estado manchando un poquito y...

—¿Cómo que manchando? ¿Qué significa eso? —pregunto alerta.

—Nada grave. Solo necesito un poco de calma. Por eso te dije que estaba enferma hace unos días y te pedí que te ocuparas de Bella.

—¿Y por qué no lo dijiste claro? ¡Podría haberte ayudado mucho más!

—Porque Samu y yo nos apañamos bastante bien.

Me enfado. Un poco sin motivo, lo reconozco, y otro poco porque odio perder el control de lo que sucede a mi alrededor y, últimamente, esa parece ser la tónica de todo. Ahora me preocupa que Bella no coja celos o se vuelva aún más salvaje. Me preocupa mi hermana. Me preocupa Samu. Me preocupa el bebé que viene, porque le ha tocado una familia muy intensa. Y me preocupa lo loca que va a volverse mi madre porque, con el segundo nieto en camino por parte de Abi, va a considerar que ella ya ha cumplido con su meta máxima en la vida y va a concentrar todos sus esfuerzos en mí.

—Estoy bien jodido —murmuro ante esa última revelación.

—Ni que tuvieras que parir tú, hermanito.

No me entretengo en contarle mis reflexiones. No serviría de nada y, además, no quiero parecer tan mal hermano como me siento, así que suspiro, me acabo el café de un trago y abro los brazos en su dirección. Lo entiende de inmediato, porque viene hacia mí y deja que la abrace con fuerza.

—Felicidades, supongo.

—¡Guau! Tu entusiasmo es tal que, si es un niño, voy a plantearme ponerle tu nombre.

—No le pongas el nombre de un fracasado —digo en tono de broma.

Pretendía que fuera broma, al menos, pero en cuanto lo he dicho el ambiente se ha vuelto tenso y raro. Mi hermana se separa, alza las manos y las coloca en mis mejillas, obligándome a mirarla a los ojos.

—Tú no eres ningún fracasado, León Lobo. Si tengo un niño, sería un honor para mí que llevara tu nombre. Y ojalá se parezca a ti,

porque eres increíble.

Trago saliva y le beso la frente, porque no quiero admitir que sus palabras me llegan tan hondo como para hacerme carraspear. Después le guiño un ojo, señalo al salón, donde están Bella y Bambi, y sonrío.

—¿Entonces? ¿Qué harás con ella y su empeño por darle la noticia a todo el mundo?

—Lo diremos ya. No tiene sentido dejar a Bella de mentirosa. Ya tiene bastante mala fama a sus seis tiernos años. —Me río entre dientes y, cuando estoy a punto de marcharme, Abi me frena—. Lo que he visto esta mañana...

—Vamos, Abi. Soy lo bastante mayorcito como para que me sometas a un interrogatorio.

—Solo quiero saber si estás bien, idiota.

—Claro que lo estoy. Mejor que nunca, de hecho. —Ella me mira preocupada y elevo las cejas—. ¿Qué? No irás a venirme ahora con que tienes dudas, ¿verdad? Llevas semanas dando la lata con esto.

—No, claro que no. Es solo que... que quiero que tengas cuidado, ¿vale? Y ella también.

—¿Y eso por qué?

—Porque intuyo que esta será una de esas historias en las que no hay buenos ni malos, pero sí un montón de emociones caóticas de por medio. Solo quiero que estéis bien, nada más.

—Estoy bien. —Ella suspira y me río—. Lo estoy. Hazme un favor y no te pongas sentimental de más ahora que tienes a otro hijo de Satán en el vientre.

—¡No digas esas cosas, joder!

—¡Mamá ha dicho «joder»! —grita Bella desde el salón.

—La parte buena es que tiene un oído excelente —le digo a mi hermana riéndome antes de despedirme y marcharme.

Entro en casa, coloco la compra, voy al gimnasio y entreno hasta que me duelen los músculos, solo porque necesito soltar tensiones y llegar a casa de Giulia relajado.

Cuando por fin dan las diez de la noche y considero que es hora de que el niño esté más que dormido subo a la camioneta, conduzco hasta Casa Lavanda y trepo por el balcón.

Sé que Giulia me espera porque tiene la puerta abierta, pero cuando entro, ansioso por volver a verla a solas, me encuentro con Giuliano dormido en la cama.

—Gran escalada. Te pongo un diez —dice ella ignorando mis pensamientos.

Va vestida con esa camiseta enorme que ya le he visto alguna vez. Me encanta. Me hace imaginar cómo estaría vestida con una camiseta mía. ¿Es un pensamiento primitivo? Seguramente. ¿Me gusta de todas formas? Joder, sí. Mucho.

—¿Por qué no me has dicho que él estaría aquí durmiendo? —pregunto señalando la cama.

—¿Por qué debería haberlo hecho? —responde con aire inocente.

—Porque quiero besarte, *principessa*, pero no me apetece hacerlo con él de testigo.

—Está dormido.

—Me da igual. Quiero intimidad y no me parece bien hacerlo delante del niño.

—Repito: está dormido y, si estuviera despierto, no creo que un beso lo traumatice.

—El beso que pienso darte, sí.

Se altera. Sé que se altera porque el pulso de su cuello late más rápido, pero lo disimula de inmediato con una sonrisa descarada mientras va hacia el escritorio y me señala una cámara de vigilancia.

—Lo tengo conectado al móvil. Ya había pensado arrastrarte al sótano para tener intimidad.

Sonrío lentamente. Al menos hasta que caigo en algo.

—Y entonces, ¿por qué me has hecho escalar por el balcón?

—Porque no pensaba perderme todos esos músculos en movimiento, gatito. No soy estúpida.

Se gira y sale de la habitación mientras me quedo mirando sus piernas desnudas y pienso en lo descarada que es. Y en lo mucho que me gusta.

47

Giulia



Es increíble lo bueno que está.

León Lobo tiene todos los elementos necesarios para conseguir que una mujer pierda la cabeza: es atractivo, serio, pero con sentido del humor cuando llegas a conocerlo. Leal, sincero y ardiente. Huraño e introvertido también, sí, pero eso solo te hace querer llegar más hondo; conocerlo mejor y ganarte su confianza.

¿Es un poco idiota a veces? Sí. ¿Lo compensa con creces en otros aspectos? Desde luego. ¿Uno de esos aspectos es que besa como si hubiera sido tocado por una divinidad para tener ese don? Sin ninguna duda.

—¿Por qué está tu padre bailando alrededor de un árbol del jardín? —dice cuando pasamos frente a las cristaleras del salón, de camino al sótano. Y tu madre... Oh. Mierda. Joder, perdón —añade mientras se tapa los ojos.

Suspiro. Mi madre está haciendo yoga. Desnuda. Otra vez. Mi padre, mientras tanto, baila alrededor de un árbol. Al menos, él está vestido.

—Él está colocado. Ella posiblemente no, pero es así.

—¿Perdón?

Me giro, me pongo las manos en las caderas y suspiro. Otra vez.

—Mira, gatito, la cosa es así: soy rara porque tengo padres raros. Mi padre se coloca por las noches con marihuana y acompaña a mi madre, que hace yoga desnuda porque..., yo qué sé. La relaja, supongo.

León se queda mirándome como si le hubiera dicho que tengo un rinoceronte rosa durmiendo en el baño. A ver, no lo culpo. Supongo que, cuando no estás acostumbrado, es bastante raro.

—¿Me estás diciendo que tú eres la más normal de tu familia?

—Si quieres liarte conmigo, esa frase no ha sido inteligente por tu parte.

—Perdón, hostias, pero estoy flipando.

—No lo hacen delante de Giuliano —aclaro, porque de pronto me tensa muchísimo que piense que somos tan irresponsables como para drogarnos o hacer el idiota delante del niño—. Hasta que no se duerme, no se dejan ir. Y, sinceramente, mi padre está descuidando sus propios negocios por quedarse aquí ayudándome, así que si al hombre le gusta fumar un poco de marihuana para relajarse...

—Eh, no os estaba juzgando.

León se acerca en solo dos zancadas, pasa un brazo por mi cintura y me pega a él de un modo que me hace suspirar, pero esta vez de placer. Es increíble que, aun con una diferencia de altura tan grande, sienta que nunca he encajado entre los brazos de un hombre como encajo en los suyos.

—Estamos intentando que ese niño sea tan feliz como pueda —murmuro en un arranque de sinceridad, mirándole el pecho, porque me da demasiada vergüenza mirarlo a los ojos.

—Lo sé. Y lo estás haciendo increíble. Nunca he visto a Giuliano tan feliz como desde que tú te ocupas de él.

—¿De verdad lo piensas? —pregunto atreviéndome a mirarlo.

En su cara no veo más que verdad y sinceridad. No está mintiendo. León no es de esos. Si tuviera algo que decir al respecto lo diría, como ha hecho siempre.

—Claro que sí. Yo no miento, ya lo sabes.

Sonrío, porque es como si me hubiera leído el pensamiento.

—Y si no mientes, dime, ¿quieres bajar al sótano a darte el lote conmigo?

—Pensé que no ibas a pedirlo nunca.

Me alza en brazos y me enrosca en torno a sus caderas con tanta facilidad que suelto una carcajada. Bajamos las escaleras y valoro la estabilidad de León, porque me dedico todo el camino a

mordisquearle el cuello por primera vez en mi vida, y para cuando llegamos abajo me declaro adicta. Es posible que necesite hacer esto mínimo una vez al día durante mucho tiempo. Se lo digo y se ríe, pero solo hasta que se percata de cómo ha cambiado este sitio desde la última vez que estuvo aquí. Me baja con cuidado y se concentra en mis avances.

Desde que León vino para ayudarme a despejarlo y sacar trastos, el sótano ha pegado un cambio radical. Terminé de limpiarlo y ordenarlo todo aprovechando la gastroenteritis que Giuliano me pegó. Y él, cuando se sintió mejor, colaboró haciendo dibujos que cuelgan de la pared de piedra que hay al fondo. Ahora este espacio ya no es el lugar oscuro y olvidado de los últimos años.

Las paredes siguen siendo de piedra vista, anchas y antiguas, pero ahora están limpias, tratadas y con pequeños focos de luz cálida colocados a conciencia.

El suelo ha cobrado vida gracias a unas alfombras grandes que compré por internet, de esas que invitan a descalzarse. Las estanterías de madera oscuras llenas de trastos ahora sostienen cajas de madera etiquetadas, los libros y recetarios de la familia ordenados y algunos recuerdos familiares, como una de las últimas fotos que tengo de mis abuelos. Están sonrientes y agarrados de la mano, cada uno sentado en un sillón. Me gusta imaginar que, si de verdad hay algo después de la muerte, están orgullosos de lo que he logrado hacer aquí.

Al fondo he puesto un sofá amplio y bajo, cubierto de mantas desordenadas y cojines que no combinan entre sí, pero dan personalidad. Hay uno de palmeras que me encantó a mí y otro de caballos que le encantó a Giu.

Me gusta el resultado. Incluso el viejo banco de trabajo reconvertido en mesa auxiliar, con una lámpara industrial que arroja luz al espacio.

En un lateral he colocado un mostrador de madera con estanterías para los botes de cristal. Y sobre nuestras cabezas, de las vigas del techo cuelgan hilos de cuerda para atar la lavanda y dejarla a secar.

Huele a madera, a limpio... y a algo que no puedo explicar. Si fuera una romántica, diría que huele a segundas oportunidades,

pero la realidad es que todavía no sé muy bien qué pretendo hacer con este sitio. Estoy experimentando aquí y allá mientras sigo las recetas que he encontrado de los bisabuelos, pero más allá de alguna crema o aceite esencial no he conseguido gran cosa.

León se queda quieto, recorriendo el lugar con la mirada, como si intentara encajar la imagen actual con el recuerdo del sótano que vio la primera vez que vino.

—Joder... —murmura.

Sonrío, porque parece poco, pero me ha dicho más con esa única palabra que con cualquier frase grandilocuente que hubiera podido soltar.

—Está bien, ¿eh?

—Está mucho mejor que bien —reconoce mientras se pasea hacia los mostradores y empieza a investigar los pocos frascos que tengo en uso. Abre uno, lo huele y arruga la nariz—. Demasiado intenso.

—Sí, se supone que sirve como aromatizante, pero creo que podría intoxicar a alguien. Probaré de nuevo.

—Puedes diluirlo en agua en esos humidificadores. Abi suele poner un montón de aromas en ellos.

Sonrío. Es justo lo que había pensado y se lo digo, lo que hace que sonría de vuelta. Cierra el frasco, lo coloca sobre la madera y se gira, mirándome y apoyándose en el mostrador de brazos y pies cruzados, como suele hacer sobre su camioneta o mi coche. Estoy empezando a obsesionarme con esa postura. O más bien con él.

—Felicidades, *principessa*. Lo has dejado increíble.

Me gustaría decir que mi sangre no se altera hasta provocar que mi pulso lata con fuerza, pero estaría mintiendo. No es que necesite la aprobación de León, no se trata de eso. Es que es... es que es como si él reconociera el esfuerzo que he hecho. Por primera vez en mi vida he hecho algo sin tomarlo a broma o sin restarle importancia. Y eso me ha colocado en una posición vulnerable porque resulta que, aunque no debería importarme lo que él piense..., me importa.

Me importa porque quiero demostrarle que valgo para algo. A él y a mis padres, a Giu... Tal vez no sea sano. Quizás debería estar orgullosa de mí misma sin más, sin esperar ninguna validación

externa, pero así es como me siento. De hecho, si lo pienso detenidamente, llevo sintiéndome así bastante tiempo. La conversación con mis padres solo fue un detonante que ha terminado de abrirme los ojos, porque, en realidad, por mucho que yo agradezca mis privilegios, y por mucho que sepa que ellos me querrán y me apoyarán siempre, lo cierto es que estoy cansada de no sentirme orgullosa de nada de lo que hago. Llevo toda mi vida viendo cómo la gente a mi alrededor tenía un propósito y luchaba por lograrlo: mi familia entera, amigas y compañeras de piso que han ido y venido, incluso creí que Fiorella había encontrado el suyo al tener a Giuliano..., aunque parece que ahora su propósito es otro, claro está. Pero yo... jamás he tenido nada claro, he saltado de ciudad en ciudad, de país en país, de relación en relación y de trabajo en trabajo, sin tener nunca una ilusión o una motivación real, porque, como bien me dijo mi madre el otro día, he huido siempre antes de que nada llegara a ponerse serio. Y, si soy sincera, ahora que he tenido tiempo para meditarlo, creo que ha sido por miedo a que alguien pudiera corroborar lo que yo ya siento: que, en efecto, no sirvo para nada.

Y si antes ya me daba miedo —aunque fuera un miedo inconsciente, supongo— que alguien pudiera descubrir eso sobre mí, ahora que he conocido a León..., por algún motivo ese miedo se ha convertido en auténtico terror. Al principio, cuando supe su historia, sentí cierta afinidad con él porque, a fin de cuentas, también se había quedado sin un propósito y se había sentido perdido. Pero las cosas no son tan simples; la realidad es que León sí tuvo un propósito, una pasión y una motivación. Y era bueno en lo suyo, muy bueno. Y no solo eso, sino que después del revés que le ha dado la vida, ha sido capaz de reconstruirse, y ahora tiene nuevos objetivos... que también se le dan francamente bien. Pero ¿yo? Yo lo he tenido todo, la vida no me ha dado ningún revés y, aun así, ¿qué he conseguido por mí misma?

Siento que llevo tanto tiempo en esta espiral que, ahora que he encontrado algo que creo que podía apasionarme, el miedo a no ser capaz de hacerlo bien o a abandonarlo antes siquiera de tener ocasión de comprobar si valgo para ello me está sobrepasando.

Sin embargo, no le cuento nada de eso a León porque el pánico a que sea él quien corrobore mis peores temores, a que sea él quien compruebe que, en efecto, no valgo para nada, es demasiado real. Así que en lugar de decir algo, camino hacia el sofá, me siento permitiendo que la camiseta se me suba por los muslos y lo miro con intención y una sonrisa traviesa. Porque una cosa es que me sienta vulnerable por dentro y otra muy distinta que esté dispuesta a mostrarme así ante él.

No. León Lobo no tiene por qué saber hasta qué punto es capaz de remover mis emociones, ni cuánto me importa su aprobación, de modo que ladeo la cabeza y suspiro con aparente impaciencia.

—Gracias. ¿Y bien? ¿Vas a venir a meterme mano o tengo que hacerlo todo yo?

León no responde de inmediato y eso, viniendo de él, es peligroso.

Sus ojos recorren mi cuerpo despacio, sin prisa, como si tuviera todo el tiempo del mundo y supiera exactamente en qué piensa emplearlo. Empuja el mostrador al incorporarse y camina hacia mí sin decir una sola palabra.

—Te pones esa camiseta para sacarme de mis casillas, ¿verdad?

Intento replicar algo ingenioso, pero no me da tiempo. Se sienta a mi lado y su mano se posa en mi rodilla con firmeza. Sube unos centímetros por mi muslo y trago saliva. Si sube un centímetro más, corro el riesgo de olvidar cómo se respira.

—Me pongo esta camiseta porque me gusta. No me visto para ti, gatito, aunque te guste creer que sí.

—No tengo problema con que te vistas para ti —dice sonriendo despacio y de forma letal—. Lo que de verdad me importa es que quieras desvestirte para mí.

Quiero replicar, pero me he quedado en blanco y, además, él no me brinda esa oportunidad, porque tira de mi cuerpo y me coloca sobre el suyo en solo un segundo. Me siento a horcajadas sobre él, que se retrepa contra el respaldo, atrayéndome hacia su pecho. No me besa. No todavía. Me roza el cuello con la nariz, inspira despacio y se detiene ahí, como si supiera que esa espera es peor que cualquier otra cosa.

—Hueles a lavanda... —dice en voz baja mientras pasa las manos por la parte trasera de mis muslos y sube hasta un punto peligrosamente excitante.

—Estás en Casa Lavanda. Todo aquí huele a lo mismo —murmuro sin apenas sentido.

—No. A lo mismo, no. Tú tienes algo distinto. Tú... —Lame el punto que hay justo bajo mi oreja y, cuando gimo, me muerde el lóbulo—. Tú hueles a lavanda y a algo más que no huele nadie. Eres adictiva.

Mi corazón se acelera tanto que dejo escapar una risa nerviosa.

—¿Como la droga?

Aleja la cara de mi cuello y sus labios rozan los míos, por fin. No es un beso profundo. Es lento. Controlado. Una promesa más que un ataque. Cuando se separa, apoya la frente en la mía y sonríe.

—Nunca he tomado drogas, pero sí. Apuesto a que eres más adictiva que la mejor droga del mundo.

—Un día robaré marihuana a mi padre y te la haré probar.

—No me hables de tu padre cuando estoy a punto de quitarte la camiseta, joder.

Me río, nerviosa una vez más, y roto las caderas sobre la erección que percibo bajo mi peso.

—¿Y quién te ha dicho a ti que voy a permitir que me desnudes? Ni siquiera hemos tenido una cita en condiciones.

León suelta una risa baja y grave que noto vibrar justo donde estoy sentada.

—¿Una cita? —repite—. ¿Ahora te preocupan las normas?

—¿Qué puedo decir? Soy una chica de normas, sobre todo cuando puedo saltármelas —respondo con descaro.

Sus manos se clavan un poco más en mis muslos, pero no suben. Me mira como si intentara decidir si hablo en serio o no.

—Tú no eres una chica de normas. Eres... Eres un peligro, Giulia.

—No eres el primero que me lo dice —contesto riéndome. Me inclino hacia delante, apoyo las manos en su pecho y noto cómo se le acelera el pulso bajo la camiseta. Pero no mueve ni un músculo; es curioso que alguien tan grande pueda contenerse tanto—.

Entonces, dime, ¿vas a pedirme una cita, o vas a ser todo un caballero y pedirme por favor que me quite la camiseta?

León inspira hondo. Casi puedo ver cómo se obliga a frenar.

—Voy a besarte —dice—. Despacio. Voy a dejar la camiseta justo donde está, porque no puedo darte una cita ahora, pero está claro que no soy un caballero y no pienso suplicar para que te la quites. Lo que sí haré será tocarte lo justo para que te pases la noche entera acordándote de mí.

—Eso suena cruel.

—Puede, pero es el camino que has decidido tomar.

No soy capaz de responder. León ataca mi boca sin prisa, pero con decisión. Sus manos suben por fin, pero solo hasta mi cintura, sujetándome con firmeza, marcando un límite claro. Nos besamos durante lo que parece una eternidad y, cuando muevo las caderas contra él, intentando frotarme, me detiene de nuevo. Gimo frustrada y excitada a partes iguales, pero eso no lo convence de permitirme más movimiento.

—Eres un cabrón.

—Y tú has dicho que no ibas a dejar que te desnude —responde, con esa media sonrisa que me vuelve loca—. Estoy respetando tus normas.

Me muerdo el labio, enfadada conmigo misma por haberlas mencionado. ¡Nunca he sido de normas! ¿Qué me ocurre? ¿Cómo he conseguido pasar de ser la chica juguetona a la que está a punto de suplicar más caricias, contacto, o lo que sea?

—¿Y qué pasa si me siento rechazada y ya nunca más quiero liarme contigo?

—¿Te sientes rechazada porque estoy respetando tus propias reglas?

—No me hagas parecer una mujer poco razonable, ¿vale?

Se ríe y alza las caderas, clavándose en mi centro y haciéndome gemir antes de volver a besarme y apoyar la frente en la mía.

—En realidad, no es solo por las normas. Tienes razón, es demasiado pronto y quiero que sea distinto cuando nos quitemos la ropa. En una cama, como mínimo.

—Eres de los tradicionales, ¿eh?

—Para empezar, sí. Tú has iniciado esto, Giulia, y ahora yo voy a seguirlo porque, además de querer un sitio más cómodo para desnudarte a placer, quiero que hoy te vayas a la cama pensando en mí.

Mi corazón da un salto absurdo. Le acaricio la cara y me fijo en que tiene un pequeño hoyuelo en la barbilla, escondido por la barba. Por si no era ya lo bastante perfecto físicamente...

—Eso ya lo estaba haciendo antes de que bajáramos al sótano —confieso distraída.

Sonríe de verdad. Sin sarcasmo ni asomo de engreimiento. Es fascinante. Al menos hasta que apoya las manos en mis costados, me incorpora y me separa de su cuerpo, dejándome a un lado y recolocándose la ropa antes de levantarse.

—Misión cumplida, entonces.

—Espera, ¿te vas a ir ya? ¿Y me vas a dejar así?

—La anticipación, *principessa*, es la recompensa de quien sabe ser paciente.

Quiero lanzarle algo a la cara. Me importa una mierda ser paciente y la recompensa. Quiero un orgasmo y lo quiero ahora. No pretendía llegar hasta el final, cierto, pero se pueden hacer muchas cosas sin llegar al final. Se lo digo tal cual, pero eso solo le divierte más, lo que automáticamente hace que yo me enfade más, así que minutos después los dos estamos subiendo los escalones del sótano para que él pueda marcharse, no sin antes despedirse de mis padres con todo el descaro del mundo, como si no le importara que mañana vayan a volverme loca con un interrogatorio amoroso e incómodo. Cuando él se larga, yo vuelvo a la planta superior, me doy una ducha y me meto en la cama con Giuliano y una frustración que estoy conteniendo a duras penas.

En el fondo, León no tiene ni idea de lo que ha hecho. De lo contrario sabría que, si en circunstancias normales soy un poco intensa, cuando me siento impaciente, frustrada y ansiosa, sexualmente hablando, puedo ser un verdadero grano en el culo.

Aunque, bien pensado, supongo que acabamos de entrar en una lucha de poder y estamos a punto de averiguar quién de los dos tiene más resistencia.

La parte buena es que, gane quien gane, el resultado será increíble.

48

Giulia



Hay un término feísimo que usan algunos hombres cuando las mujeres seducen, pero no llegan al final. Es un término horrible, vulgar y del todo inadmisible, así que no entiendo qué hago diciéndoselo a León.

—Eres un calientabragas. —Se ríe, como si lo encontrara gracioso, pero la verdad es que yo no tengo ganas de reírme. Y tampoco sé por qué, no contenta con decirlo una vez, insisto—. En serio. Sabes lo que es, ¿no? Como un calientapollas pero en tío. Tío hetero, se entiende. Si fueras gay, sí podrías ser un calientapollas.

Se ríe más alto. Es oficial. Lo odio.

Me recoloco el vestido sobre los muslos y me retrepo en el sillón de la camioneta, frustrada y excitada como pocas veces en mi vida.

León se lleva a los labios el dedo que hasta hace un instante jugaba entre mis piernas y se lo lame de un modo completamente hipnótico que solo me hace entrecerrar los ojos.

—No sé de qué te quejas. Hace un minuto no parecías tan enfadada.

—Hace un minuto estaba a punto de llegar a un orgasmo que pintaba increíble, si no lo hubieras jodido todo decidiendo que es hora de parar porque no vas a darme mi primer orgasmo contigo en una camioneta.

—Sigo pensando lo mismo.

—Si fuera una mujer insegura, pensaría que no me deseas lo suficiente.

León se ríe entre dientes, me coge la mano y la lleva al punto exacto que demuestra que eso no es verdad.

—¿Te parece que no te deseo lo suficiente?

—He dicho que lo pensaría si fuera una mujer insegura, pero no lo soy. Estoy buenísima y tú no sabes estar cerca de mí sin tener esto así —aprieto y quito la mano—, pero no entiendo por qué estás haciendo que sea tan difícil.

—Porque quiero que, cuando lo hagamos, valga la pena.

—Es sexo, León. Somos jóvenes, atractivos y estamos prácticamente en celo. Valdrá la pena.

—¿No te importaría hacerlo aquí y así?

—No, la verdad es que no.

León me mira como si no me creyera. Luego señala nuestro alrededor como única respuesta. Es viernes noche. Esta tarde hemos estado paseando a caballo todos juntos y ha sido increíble. Giuliano ha montado a Balti y yo finalmente me he atrevido con Ángel, que, para sorpresa de nadie, ha resultado ser tan bueno como prometía León. Él ha subido sobre Luci, y Abi, Samu y Bella nos han acompañado con sus respectivos caballos, aunque León se ha enfadado con su hermana. Después de que dieran la noticia oficial de que está embarazada, él se ha puesto muy crítico con que haga cosas que, según él, no son buenas para el bebé.

La discusión ha concluido cuando Abi le ha dicho que su caballo no es lo único que monta estando embarazada. Samu ha soltado una carcajada tremenda y se ha declarado culpable gustoso y León ha gritado tanto que no sé cómo no se ha quedado afónico. Ha sido bastante divertido. Después hemos parado en casa de Abi y Samu y, mientras ellos han cocinado pizza para los peques, nos han mandado a la ciudad a por *sushi* para los adultos. Esa es la razón por la que estamos volviendo a casa con el asiento trasero lleno de *sushi*.

Aunque la razón por la que León ha parado la camioneta en medio del carril, justo antes de llegar, para meterme mano y dejarme ardiendo, ni la sé ni la comprendo, pero aquí estamos. A punto de cenar con su familia mientras me siento medio desintegrada de excitación.

—¿Un polvo rápido antes de cenar con mi familia? ¿Así quieres que sea? —me pregunta.

Abro la boca para decir que sí, que da igual. Solo es sexo. Pero la cierro, porque de alguna forma sé que estaría mintiendo, al menos en parte.

Quiero que lo de León sea solo sexo sucio, ardiente y sin compromiso. De verdad necesito mantener esa línea muy marcada, pero me gusta pensar que soy una persona honesta consigo misma, y la verdad es que no sé hasta qué punto eso es cierto. Es evidente que nos tenemos cariño, a nuestra manera. No es solo que me excite, es que es... es inteligente, divertido —aunque no lo parezca —, tiene una conversación increíble y lo pasamos genial juntos. Está empezando a convertirse en un gran amigo, y no quiero que eso se estropee. Y sé que, si dejo que esto sea más que sexo, si le dejo ver todo de mí, las probabilidades de perderlo se multiplicarán por mil; lo tuve claro la otra noche, cuando estuve a punto de dejar que advirtiera lo mucho que me importa su aprobación. Sentir que él puede tener tanto poder sobre mí y mi autoestima... No, no estoy preparada. Sobre todo ahora que acabo de descubrir que dicha autoestima está prácticamente por los suelos y que necesito hacer cambios radicales en mi vida. Si me abriera ante León y él confirmara mis peores temores, no sé qué haría. Terminaría de hundirme. No. Ya tengo suficiente con intentar ser una adulta responsable, mantener un propósito real en esta vida y cuidar de Giuliano —y lidiar con la vuelta de Fiorella cuando llegue el momento —. Son demasiadas cosas, así que lo de León tiene que ser puramente físico; mis pobres sentimientos no soportarían nada más. Sin embargo, si algo he comprobado estos últimos días es que no tengo ni idea de cómo introducir el sexo en nuestra relación sin volverlo todo demasiado complicado.

Esta semana ha sido la prueba definitiva de ello. Desde el otro día en el sótano, nos hemos estado viendo a diario y, aunque hemos mantenido el mismo ritual de jugueteo y bromas sexuales, no he podido evitar pensar que lo que tenemos no dista mucho de lo que tendría una pareja real: compartimos nuestras inquietudes y aspiraciones, nos hacemos compañía y anhelamos tocarnos a cada

momento... Y, para colmo, cuando mis padres me sometieron al interrogatorio previsto al día siguiente, me encontré a mí misma boqueando y siendo incapaz de decir que no era más que un lío con fecha de caducidad.

Si a todo eso le sumas el hecho de que su madre está feliz desde que Abi le dijo que nos pilló dándonos el lote en el establo y, por lo tanto, tenemos que fingir más que nunca estar enamorados... Bueno, pues eso: se complica.

—¿Giulia?

—¿Mmm?

—No has respondido.

Suspiro y lo miro. No, no he respondido porque no sé qué responder sin mentir o sin sentir que me abro demasiado.

—Vamos a cenar, ¿vale? Es evidente que no será ahora, así que no tiene sentido discutirlo.

Él me mira en silencio. Por un segundo pienso que va a decir algo, pero al final solo tira de mi mano, me besa los dedos en un gesto rápido y reemprende la marcha.

Llegamos a casa de su hermana y nos encontramos con Bella y Giuliano jugando con los legos en el salón mientras Bambi los vigila e intenta no quedarse dormido sobre la alfombra. En cuanto me ven, Giu y el perro vienen corriendo a saludarme y me río, porque está claro que sé cómo ganarme al género masculino cuando se trata de niños y animales. Con los adultos estoy teniendo más dificultades.

—¿Has comido pizza?

—¡Sí! Abi me ha dejado poner en mi pizza aceitunas negras, verdes y fuet, porque dice que las pizzas pueden ser de lo que uno quiera.

—Abi tiene razón.

—La tiene, salvo cuando le pone piña —dice su marido—. Entonces pierde la razón y mi respeto por completo.

La susodicha saca la lengua y se ríe mientras me acerca un botellín de cerveza y le hace muecas a la suya sin alcohol.

—Entre la cerveza sin alcohol y el *sushi* sin pescado, siento que mi vida carece de sentido.

—Gracias por la parte que me toca —murmura Samu.

—Ay, cielo, cuando tú tengas que estar embarazado nueve meses, parir y ver cómo tus pezones se agrietan podrás sentirte ofendido. Mientras tanto, mímame y deja que los días fluyan. Es lo mejor que puedes hacer por este matrimonio.

Su marido se ríe y, por un instante, me quedo embobada mirándolos. No voy a decir que no he visto nunca algo así, porque no es cierto. Mis padres han tenido siempre sus más y sus menos, pero el respeto y el amor han primado en casa desde que yo tengo uso de razón. No recuerdo una sola época en la que haya dudado de lo que sienten el uno por el otro, así que, en realidad, no entiendo de dónde viene mi incapacidad para siquiera imaginarme teniendo una relación estable. Pero los hechos son los que son, y es que, cada vez que he empezado algo con alguien, me he esforzado por mantenerlo en un plano meramente físico. Imagino que porque en el fondo siempre he sabido que, estuviera donde estuviese, estaba de paso.

Aunque ahora, gracias a Giuliano, hay un lugar en el que me gustaría estar más tiempo... Y justo por eso, no quiero echarlo todo a perder intentando que las cosas con León lleguen más lejos.

Doy un sorbo a mi cerveza y dejo de pensar en ello. No sé mucho de Fiorella, pero lo poco que se comunica es para decirme que volverá para Navidad, más o menos lo que hablamos cuando se marchó. El verano ni siquiera ha llegado oficialmente, aunque falten pocos días. Tengo meses para disfrutar del niño y ayudarlo a seguir ganando seguridad en sí mismo. No sé si todo esto servirá de algo. Las clases de baloncesto, los ratos montando a caballo, las manualidades en casa y los cuentos raros que le hacen reír.

En realidad, sigo dejándome llevar por mi instinto, pero me gusta pensar que, para cuando Fiorella regrese, Giu será lo bastante valiente y estará lo bastante seguro de sí mismo como para poder decirle a su madre lo que quiere y necesita. El problema es que no estoy segura de que Fiorella pueda dárselo; no porque sea un ser maquiavélico, sino porque está claro que la crianza desapegada y fría que ella misma sufrió ha hecho estragos en su forma de entender la maternidad. ¿Cómo se explica si no que haya

abandonado de este modo a un ser tan maravilloso como Giuliano? Cuanto más tiempo paso con él, más me cuesta comprenderlo.

—¿Estás enfadada conmigo? —pregunta León de pronto, interrumpiendo el hilo de mis pensamientos.

Lo miro y me sorprende que su rostro esté serio. Supongo que he estado reflexionando más tiempo del que imaginaba, porque la mesa está puesta con el *sushi*, los niños siguen jugando y yo continúo mirando hacia donde está Giuliano como si no pudiera apartar los ojos de él.

—No, ¿por qué? —Enarca una ceja y me río—. Estoy frustrada, gatito, no enfadada.

—Lo entiendo, pero estoy a punto de arreglarlo.

—Ah, ¿sí?

—Ajá.

—¿Y cómo?

—Ya lo verás.

Se sienta y no dice nada más, así que le sigo el rollo.

Cenamos entre risas, buena charla y una conversación tan fluida que, cuando quiero darme cuenta, Giuliano y Bella se han dormido en el sofá mientras veían una película. Bambi sigue junto a ellos, vigilando. Más que un perro enorme y juguetón, parece un guardián de los niños.

—Hora de volver a casa —murmuro al tiempo que me levanto—. Gracias por todo, chicos. Gatito, ¿nos llevas?

—Es que amo tanto que te llame así... —Abi se ríe mientras mira a su hermano—. Creo que empezaré a hacerlo yo también.

—Ni se te ocurra.

—¿Y por qué ella puede?

—Porque ella lo compensa de formas que tú no puedes, Abigail.

—*Touchée*.

Samuel se ríe y pasa un brazo sobre el respaldo de la silla de Abi.

—A mí puedes llamarme como quieras, amor.

—Lo sé, cielo. Y lo hago.

—Hora de irse —masculla León de mala gana.

Me río, porque es increíble que él sí pueda hacer bromas con su hermana, pero le resulte insoportable imaginarla en cualquier

situación mínimamente íntima con su marido.

Estoy a punto de coger a Giuliano en brazos cuando él me detiene.

—En realidad, él hoy se queda aquí.

—¿Qué? —pregunto confusa.

—Abi y Samu se han ofrecido a quedarse a Giuliano hasta mañana. —Hay una pequeña sonrisa en su rostro mientras lo dice. Como si estuviera contento de darme esta sorpresa y, al mismo tiempo, contenido por si me enfado—. Sé que en tu casa están tus padres, pero incluso ellos agradecerán tener una noche libre. Y Giuliano está acostumbrado a dormir contigo, así que, si se despierta de pronto y te reclama, será más fácil y rápido llegar hasta aquí.

—Será más fácil y rápido porque tú dormirás con mi hermano —interviene Abi.

—Creo que eso estaba bastante claro, joder. Deja de meterte donde no te llaman.

—Estás en mi salón tartamudeando, chico. La culpa es tuya.

—¡Yo no tartamudeo!

Bella se remueve y Abi lo mira mal.

—Si se despierta por tus gritos, se joderá tu plan y el mío, porque vas a quedarte con ella.

Eso hace que León se calle y me mire.

—¿Te parece mal?

Miro al hombre gruñón y huraño que hasta hace unas semanas no sabía hablarme sin ladrar y siento que algo estalla dentro de mí. Podría decírselo. Podría confesar que, cuando hace estas cosas, siento que algo se agita con fuerza en mi interior, pero una vez más hay una vocecilla que me lo impide, de modo que solo suspiro y encojo los hombros con una indiferencia que no siento, ni de lejos.

—Ya que te has esforzado en buscarle a Giu un plan alternativo divertido, supongo que puedo pasar la noche contigo. ¿Has puesto sábanas en la cama del cuarto de invitados para mí?

Abi se ríe, lo que da a entender que sigue con el oído puesto en nuestra charla, y León resopla y se acerca, imposibilitando que nadie más le oiga cuando hable.

—He puesto sábanas en mi cama, pero si las cosas van como yo espero, mañana estarán para cambiarlas de nuevo.

Trago saliva. Vale, eso ha sido muy gráfico. Y me ha gustado mucho. Y, por la manera en que sonríe, pagado de sí mismo, él sabe que me ha encantado, así que carraspeo, le sujeto la mano y tiro de su enorme cuerpo hasta la puerta, porque las palabras sobran. Al menos las que tengo que decirle a él.

—Gracias por quedarte con mi niño, mejor amiga. Te prometo que te haré de canguro una noche para que te hartes de tener sexo guarro con tu marido.

—Giulia, joder —dice León apretándose los ojos con las manos.

—Por eso eres mi mejor amiga y te quiero —responde Abi.

—No eres mi mejor amiga, pero también te quiero por eso —dice Samu.

Suelto una carcajada y León aprovecha para sacarme de una vez por todas de la casa. Cuando ya estamos fuera, me alza para ponerme a la altura de sus ojos, besa con ímpetu mis labios y me mira fijamente.

—No vuelvas a hacer insinuaciones sexuales acerca de mi hermana en mi presencia. De ahora en adelante, tus únicas referencias al sexo serán personales y solo si se tratan de ti y de mí.

—¿De ti y de mí? ¿No quieres que te cuente lo que hago cuando estoy sola y pienso en ti?

León tiene muchas formas de gruñir. De verdad. No es un cliché. Sé que es difícil imaginar a alguien gruñendo por todo, pero tiene distintas tonalidades dependiendo del contexto. Y acabo de presenciar el gruñido que suelta cuando algo le gusta tanto que no encuentra palabras para expresarse.

Podría decir que no es nada excitante, que no me pone y me deja bastante indiferente. Podría, pero estaría mintiendo.

La realidad es que ver y sentir a León así solo hace que me consuma la ansiedad ante la anticipación de una noche que sé, desde ya, que va a dejarme huella.

49

Giulia



No pensé que León fuera de los que ponen música para tener sexo, pero desde que hemos entrado, ha conectado su móvil a los altavoces de la casa, ha ido a su inmensa cocina para sacar una botella de vino, ha servido dos copas y me ha dado una sin intención aparente de arrancarme la ropa con los dientes, que es justo lo que yo venía imaginando que haría.

—No te hacía tan romántico.

—¿Por darte vino y poner música? Cielo, si esto te parece romántico, tus experiencias sentimentales han debido de ser un puto desastre.

—No es verdad. Te recuerdo que yo hice cosas indecentes en una iglesia.

—Tenías quince años. —Sonríe mientras se apoya en la isla de la cocina—. Y dudo que ese idiota pudiera quitarse los pantalones sin correrse encima.

Tiene razón, fue desastroso porque éramos adolescentes salidos intentando ser unos gamberros. Fuimos míticos por atrevernos, no porque el acto en sí mereciera la pena. Pero no me gusta que vaya de sobrado, así que doy un sorbo a mi copa, me quito las sandalias y paseo descalza por la madera oscura mientras observo con atención todo lo que no pude ver la primera vez que estuve aquí: las fotos colgadas en las pocas paredes que no tienen cristalera hacia el bosque. León con sus padres. León con su hermana. León con su sobrina. León con sus caballos. León en todas sus versiones, menos esa que se empeña en eliminar de su vida. Ni una sola foto jugando

al baloncesto. Nada que indique que es un exjugador profesional, de los buenos, además. Nada, excepto la caja que sigue sobre la mesa del salón.

Podría ir de lista, preguntarle al respecto y pretender ser el tipo de mujer que quiere curar los traumas de un hombre antes de acostarse con él, pero eso no encajaría en mis planes de evitar complicaciones.

Yo no estoy aquí para curar las heridas emocionales de nadie y estoy más que de acuerdo en no mencionar traumas pasados y limitarnos a la parte divertida, sin charlatanería sentimental, porque si caemos en eso, lo más probable es que él espere que yo también le abra mi corazón y le cuente mis inquietudes, y por ese aro sí que no pienso entrar.

—¿Pasa mucha gente por esta parte del bosque? —pregunto mirando hacia los árboles.

—Es un terreno privado, así que no.

—Mmm.

—¿Por?

—Mmm.

Siento los pasos de León, más que verlos. Yo estoy de cara a la cristalera y él se acerca por detrás, pero no me sobresalto cuando su pecho roza mi espalda. Me dejo caer contra él y noto su erección de inmediato.

—Dime en qué estás pensando, *principessa*.

Podría hacerme la remolona o la chica tímida que disimula. Podría armar todo un plan de seducción, pero la realidad es que no creo que haga falta. No quiero ser otra persona más que yo misma. E intuyo que León no pretende ser el tipo que no es, tampoco.

—Estoy imaginando cómo sería hacerlo contra la cristalera, y me gusta todo, menos la parte en la que puedan vernos.

Mis palabras le afectan. Lo noto en su cuerpo, en la forma en que su respiración se altera y en cómo me besa el cuello antes de contestar.

—Nadie nos verá, y menos aún de noche. Pero primero mi cama.

—Chico recto, serio y tradicional... —canturreo para meterme con él.

—Chico de casi dos metros que quiere estar cómodo la primera vez que empuje dentro de ti, más bien.

Me río, pero esta vez soy yo quien siente la respiración alterada. Reconozco los acordes de *Movement*, de Hozier. No me sorprende; conozco los gustos musicales de León gracias a los paseos en su coche. Lo que sí me sorprende es que encaje tan bien en este momento.

—Dime, por favor, que no has hecho una lista de reproducción específica para esta noche.

—¿Crees que soy alguien que haría ese tipo de cosas?

Me giro entre sus brazos, lo miro a los ojos y sonrío.

—Creo que eres alguien capaz de hacer cualquier cosa, por irracional y loca que parezca. Otra cosa es que luego pongas cara de niño bueno y serio para disimular.

Su sonrisa se extiende por su rostro lentamente. Es letal. Mi cuerpo reacciona, pero eso no es raro. Mi cuerpo reacciona a cualquier movimiento de León y, desde hace días, vivo en estado de excitación casi permanente.

Me alza en brazos, enroscando mi cuerpo en torno al suyo, y camina hacia su habitación como si yo no pesara más que una pluma.

—¿No vas a responder? —insisto.

León entra en el dormitorio, me lleva a la cama, me tumba y se arrodilla entre mis piernas. Cuando ve que mi vestido se ha subido y que mi ropa interior está al descubierto, echa un vistazo y suspira.

—Ese tanga lo compraste en el centro comercial el día que fuimos juntos. Antes, en la camioneta, me ha parecido verlo, pero ahora...

Me sujeta los muslos y me abre las piernas para mirar de una forma tan descarada que, si fuera otro tipo de mujer, me cohibiría. Por suerte para él, soy el tipo de mujer que colabora abriéndolas más y elevando las caderas para ofrecerle una vista completa.

—Sigues sin responder mi pregunta, pero da igual, porque creo que estás a punto de hacer algo que va a encantarme.

—Ah, ¿sí? ¿Eso crees? —Asiento y él se ríe. Se levanta y se coloca a cuatro patas sobre mí, sin dejarse caer sobre mi cuerpo, sin rozar ninguna parte de su anatomía con la mía, salvo su nariz, que

acaricia la mía un segundo antes de besarme—. Lo haré, pero solo porque llevo soñando con ello desde hace semanas, no porque tú me lo digas.

—Queda claro —gimo cuando me mordisquea el cuello y baja por mi cuerpo, besando mi torso sobre la tela de mi vestido.

No tarda mucho en llegar de nuevo a mi tanga. Pensé que me lo quitaría para dedicarse a acabar lo que ha empezado con los dedos antes de la cena, en medio de ese carril, pero León tiene otros planes. Aparta la tela y la usa para presionar sobre mi clítoris, haciéndome gemir más alto de lo que acostumbro. Eso lo enerva, en el buen sentido. Suspira, como si no pudiera contenerse más, y pasa la lengua a través de mis pliegues sin preámbulos. Sin pararse a tentar y sin ser suave, porque no me ha hecho esto antes, pero sabe muy bien que la delicadeza no va conmigo.

Abro las piernas tanto como puedo, enredo la mano en sus rizos y lo guío para llevarlo al punto exacto que me desintegra de placer.

No sé en qué momento dejo de pensar. Mi cabeza se apaga de tal forma que sentiría pánico, si no fuera porque León no para de murmurar cuánto ha deseado esto, cuánto le gusta hacerlo y las ganas que tiene de repetirlo, aunque aún no haya acabado.

Me arqueo sin vergüenza ni contención. Sin miedo a exponerme, porque él está tan entregado como yo. La calma no estará presente esta noche. León me sujeta el vientre para obligarme a permanecer anclada al colchón y sentir cada una de sus caricias. El placer es tan intenso que hay instantes en los que temo romperme en mil pedazos.

Hay algo profundamente injusto en lo bien que se le da hacerme esto para ser la primera vez. Me pierdo por completo y mis intentos de resistirme para no ponérselo tan fácil no sirven de nada, porque en apenas unos minutos gimo su nombre y me elevo hacia un orgasmo que me deja temblando y devastada del todo.

—León... —le digo, pero no sé qué quiero pedirle.

Él levanta la cabeza solo lo justo para mirarme. Sus ojos están oscuros. Hambrientos. No hay rastro del hombre que vive conteniéndose por todo.

—Shhh —murmura—. Deja que me ocupe.

Y lo hace. Se ocupa de besarme los muslos antes de incorporarse, sentarme en la cama y quitarme el vestido con mimo. No me desnuda con prisa, ni a tirones, aunque es evidente que él no ha tenido alivio y está deseando seguir adelante.

Se ocupa de todo y me dejo, porque es maravilloso ceder el control cuando sabes que al otro lado hay alguien dispuesto a tomarlo con confianza. Cuando ya estoy en ropa interior, se queda ahí un instante, mirándome de un modo que me hace sentir valorada como nunca y, al mismo tiempo, nerviosa, porque me observa como quien tiene delante el mejor regalo del mundo. Se incorpora despacio, se quita la camiseta, se tumba a mi lado y me atrae contra su pecho, sin invadirme, sin exigirme nada más. Su mano dibuja líneas lentas en mi espalda mientras me besa y tengo la sensación de que no irá más allá hasta que yo dé muestras de estar lista de nuevo. Su paciencia es algo fuera de lo común. Si alguien me lo hubiera dicho hace unas semanas, no lo habría creído. El interior de este hombre no tiene nada que ver con lo que él le muestra al mundo.

Me arrodillo en la cama y busco el botón de sus vaqueros. Lo bajo por sus muslos y contengo una sonrisa cuando rozo su erección y sisea, como si se hubiera quemado.

—¿Todo bien, campeón?

—Increíble —susurra mientras inspira—. ¿Qué marca de pintalabios es esa que no se borra por más besos que te dé?

Termino de quitarle los vaqueros y calcetines y, cuando ya está en bóxer, y gloriosamente semidesnudo, elevo las cejas.

—Estoy desnudándote mientras llevo un tanga y un sujetador a juego... ¿y me preguntas por mi barra de labios?

—No quiero quitar mérito a tu increíble ropa interior, *principessa*, pero estoy obsesionado con esa boca desde que te vi. La culpa es tuya.

Me río y me subo en la cama. Gateo, obligándolo a tumbarse, y me coloco a horcajadas sobre sus abdominales. Pensaba hacerlo unos centímetros más abajo, pero quiero tentarlo y volverlo tan loco como él me vuelve a mí.

—Es un pintalabios permanente, pero además me lo retoco cada vez que puedo.

—¿Por qué?

—Porque me gusta.

Y porque hace que me sienta más segura, como si fuera un escudo. Hay algo..., no lo sé. Me he acostumbrado a llevarlo a diario y ahora, sin nada, me siento desnuda aunque lleve la ropa puesta.

—A mí también me gusta... —murmura distraído antes de incorporarse lo justo para abrazarme, morderme el labio y, de paso, recolocarme justo encima de su erección. Me acaricia la espalda desde la base y sube hasta sujetarme por la nuca para que lo mire a los ojos—. ¿Te acuerdas de todas las veces que te he dicho que, cuando quisiera una mamada, te lo haría saber?

—Ajá.

La sonrisa que se extiende por su cara es tan increíble que siento cómo me contraigo. Y él también lo siente, porque sigo encima de su...

—Giulia, la quiero.

—¿Ahora?

—Ahora. He fantaseado demasiadas veces con esos labios rojos sobre mí.

Trago saliva. Nunca he sido tímida en el sexo, pero no sé por qué esperaba que León sí lo fuera. O, más que tímido, esperaba que fuera comedido y tranquilo, no sé muy bien por qué. Imagino que porque he visto su capacidad para contenerse cuando la situación lo requiere. Sin embargo, León no es nada de eso. León es... No diré que es un volcán. Él directamente es la ebullición. Sabe cómo ser demandante sin resultar invasivo o intransigente.

Le beso el mentón, coloco las manos en sus pectorales y lo empujo para que vuelva a tumbarse. León gime y obedece. Yo bajo, dejando un reguero de besos por su cuerpo, y no me pasa inadvertido el tatuaje de su costado. Lo acaricio, pero se tensa, así que decido que no es momento de molestarlo con algo que, evidentemente, lo incomoda. Sigo bajando y, cuando llego a la cinturilla del bóxer, me relamo de anticipación. Eso hace que gima más alto. Una de sus manos encuentra mi nuca, pero, en vez de

guiar mis movimientos, se limita a acariciarla, como si necesitara tocarme, pero no estuviera dispuesto a obligarme a hacer nada que no quiera.

—¿Lo imaginaste así? —pregunto mientras bajo la tela y descubro su erección.

Un siseo es su única respuesta, y cuando lamo su glande cierra los ojos y echa la cabeza hacia atrás, como si no pudiera soportar verlo. No diré que mi autoestima depende de sus reacciones, porque no es así, pero ver la forma en que le afecto hace que me empodere más, si cabe.

—Mira aquí, gatito. No quieres perderte esto.

León obedece y, cuando sus ojos se posan en los míos, me lo llevo hasta el fondo de la garganta. Suelta un montón de palabras sucias que me encantan y solo me animan a hacerlo mejor. En apenas unos instantes, sus dos manos se concentran en mí: una en mi mejilla y la otra en mi nuca. Se me hace corto. Cortísimo. Cuando tira de mi cuello para apartarme, apenas siento que llevo unos segundos deleitándome con su sabor, pero su respiración está entrecortada y tiene los labios tan secos que no le queda más remedio que relamerse antes de hablar.

—No quiero acabar así. Es un sueño, pero para otro momento.

—¿Y cómo quieres acabar? —pregunto al tiempo que lo acaricio de arriba abajo.

—Dentro de ti. Contigo. Ven aquí...

Tira de mis hombros y me tumba en la cama. Me besa unos instantes y después se estira y saca un condón de la mesita de noche. Mi sujetador y mi tanga vuelan mientras él se encarga de ponérselo y, para cuando vuelvo a tumbarme, León está entre mis piernas, acercándose y acariciando cada parcela de piel que queda próxima a sus manos o labios.

Se desliza en mi interior con tanta facilidad que, si fuera una romántica, pensaría que está hecho para mí. Su boca se cierne sobre mis pezones y, cuando le reclamo un beso, no se hace de rogar ni un segundo.

—Eres perfecta, joder —murmura a la vez que empuja dentro de mí, y los dos sentimos que la respiración se nos entrecorta.

No sé en qué momento dejamos de ser personas racionales, pero hay un punto en el que solo somos dos cuerpos desmadejados en busca del placer más increíble del mundo. Beso, lamo y muerdo todo lo que hallo a mi paso y, cuando León gruñe y me dice que no puede aguantar mucho más, le pido que cambie de postura. Hago que se siente contra el cabecero de la cama, me subo sobre él y me ensarto de tal modo que los dos gemimos al unísono. Desde ahí, la carrera es desenfrenada y la fricción insoportable.

No sé quién de los dos alcanza el orgasmo antes, no podría decirlo ni aunque quisiera, porque todo en lo que consigo pensar es en lo increíble que es esto y el miedo que siento al desear que jamás se acabe.

León tiembla entre mis brazos y creo que yo tiemblo entre los suyos. Exhala mi nombre con una necesidad que me consume. Y me parece que hago lo mismo. Clava los dedos en mis caderas y me dejo llevar por el placer más grande que he sentido nunca.

Cuando acabamos me tumba con delicadeza, me abraza y besa mi cuello con tanta dulzura que sé, sin ningún atisbo de duda, que acabo de meterme en un lío enorme, porque esto tenía que ser sexo rápido, fácil y sucio, pero ni el ser más necio del mundo puede negar que aquí hay más. Mucho más.

Aunque me aterrorice pensar en ello.

50

León



Resulta que Giulia del Valle es de esas mujeres que después del sexo se sienten como si se hubieran tomado una bebida energética con cocaína. La miro a través de la bruma de las aguas termales y ella se pasa la lengua por los labios y me dedica una sonrisa tan descarada que me pondría duro de nuevo, si no fuera porque es de madrugada y hemos tenido ya tres rondas.

—Provocadora... —murmuro.

Ella se ríe y se retrepa más, cierra los ojos un segundo mientras suspira y los abre de nuevo para mirar al cielo estrellado y completamente despejado. Estamos a mediados de junio; de día hace calor, pero de noche suele hacer frío. Por suerte, las aguas están tan calientes que no lo notamos.

—Esto es impresionante. Te daría a mi primogénito solo para que me dejaras bañarme aquí siempre.

Me río, pero por un instante sí la imagino dándome a un primogénito y quedándose aquí para siempre.

Una tontería, lo sé. No le pediría eso y sé bien que esto que tenemos es, sobre todo, sexo sin ataduras. Giulia no es de las que prometen amor eterno y yo, hasta ahora, tampoco. Ella es demasiado libre, demasiado suya. Y está bien, me encanta eso. Pero no me hago ilusiones: sé que nunca ha permanecido mucho tiempo en un mismo sitio y, aunque ahora Giuliano la ate a Valdelila, cuando Fiorella regrese ya no habrá ningún motivo para que se quede. Yo, desde luego, no tengo nada que ofrecerle lo suficientemente

tentador como para que permanezca aquí. Aunque me encantaría tenerlo.

—¿En qué piensas tan serio? —pregunta con curiosidad—. Y más te vale que no sea en ponerme mala nota en el sexo. Soy fantástica.

—Lo eres.

—Maravillosa.

—Lo eres.

—Tú tampoco estás mal.

—¡Eh!

Se ríe y atraviesa las aguas, moviéndose hasta colocarse a horcajadas sobre mí. La acojo de inmediato, estaría loco si no lo hiciera.

—En realidad eres increíble —admite—, pero no quiero que se te infle tanto el ego que tengamos que salir de aquí por falta de espacio.

—Bueno, pues a mí me importa una mierda que se te infle el ego hasta el infinito. Eres fantástica, maravillosa y una puta locura follando.

—Tienes una boca tan sucia... —dice mientras chasquea la lengua.

—A ti te encanta mi boca sucia. O eso decías hace un rato.

Se ríe de nuevo y me mordisquea la barbilla antes de besarme.

—Tiene un punto, sí... Dicho esto, como imagino que no estás listo para la cuarta ronda, ha llegado el momento de las confesiones.

—¿Confesiones sobre qué?

—Tu tatuaje.

Suspiro. Peino su larga melena con los dedos y me deleito en el hecho de que se le haya corrido un poco la barra de labios. No soy un idiota. Sé que ha entrado en el baño a retocarse varias veces y, aunque podría parecerme absurdo, deduzco que hay cierto componente emocional en ese ritual suyo de llevarlos siempre perfectos. Sin embargo, no pienso preguntar: en primer lugar, porque ya lo he hecho hace un rato y me ha quedado claro que no quería explicármelo, y en segundo lugar, porque no me importa besarla con ese pintalabios ni lo más mínimo.

—Si te esfuerzas y te mueves lo suficiente, quizás esté listo para una cuarta ronda.

—Qué cobarde eres.

—No se trata de cobardía, sino de... de que no tengo ganas de hablar de eso.

—¿Por qué?

—Porque fue una estupidez.

—¿Tatuarte?

—Tatuarme esto, sí. Es de fracasados.

—Lo dudo mucho.

—Te lo digo de verdad. —Ella me mira seria, sin decir nada, pero sus dedos pasan de mis pectorales a mi costado, donde tengo el tatuaje—. Es un lobo con una luna.

—Es algo más que eso. Si no me lo quieres contar, está bien, porque los tatuajes son algo muy personal y yo soy la primera que no está dispuesta a hablar de ciertos temas, pero no me mientas.

Guardo silencio unos instantes, la beso, porque tenerla tan cerca y no hacerlo no parece una posibilidad, y en algún punto empiezo a pensar que, en realidad, no me importa que lo sepa. No es para tanto, y Giulia tiene sus propios demonios, claramente. Puede ser muy inmadura y a veces se comporta como una niña mimada, pero no es de las que juzgan a la ligera.

—El lobo es por mi apellido, eso está claro. La luna solo simboliza lo cerca que estuve de tocar la gloria. Y la fecha en números romanos que hay dentro es el día que jodí mi futuro profesional y mi vida entera. —Trago saliva y retiro un mechón de pelo de su frente mientras ella me mira con tanta intensidad que me pone nervioso—. Es una tontería.

—¿Por qué está a dos patas?

—¿Qué?

—El lobo está a dos patas. ¿Por qué?

Inhalo y exhalo, no pensaba que fuera tan observadora.

—Porque intenta alcanzar la luna. Porque cree que puede cazarla y quedársela, por imposible que parezca. El lobo soy yo y la luna es el montón de metas que ya nunca podré alcanzar. Nada más.

Giulia me mira durante lo que me parece una eternidad y, cuando habla, lo hace acompañando sus palabras de un suave masaje en mi

costado, como si pudiera aliviar mi dolor acariciando las líneas de la tinta que me recorre.

—No eres ningún fracasado, León Lobo. Eres, de hecho, uno de los tipos menos fracasados que he conocido nunca.

—Eso no habla muy bien de los tipos que conoces.

Se ríe y besa mis labios, abrazándome por detrás de la nuca e invitándome a hacer lo mismo. La rodeo con los brazos y me sorprende, una vez más, lo bien que encaja en mi cuerpo.

—Pero habla muy bien de ti, gatito. —Sonrío, aunque ella no permite que piense demasiado en el tema del tatuaje—. ¿Sabes que soy una masajista increíble?

Y solo con eso ha conseguido conquistarme para lo que resta de noche. Salimos de las aguas termales, entramos en el gimnasio y, desde ahí, corremos hasta la casa. Giulia pretende obligarme a tumbarme en la cama, pero no lo hago sin antes entrar en el baño un momento. Abro un cajón, cojo el frasquito que me llevé de su sótano hace días y vuelvo a la habitación para enseñárselo.

—Hazme el masaje con esto.

Lo tiro solo para poner a prueba sus reflejos. Lo coge al vuelo, me fulmina con la mirada y luego se concentra en el tarrito de cristal.

—Esto es mío.

—No, porque está en mi casa.

—¡Está en tu casa porque te lo llevaste sin permiso! Es una de las pruebas que he hecho estos días con aceites y lavanda.

—Puede ser.

—¡Ladrón!

—Fue por una buena causa.

—¿Cuál?

—La quería —digo encogiéndome de hombros.

Su boca se abre por la sorpresa antes de soltar una carcajada que no me esperaba para nada.

—León Lobo, el honorable vecino de Valdelila que roba aceites privados de Casa Lavanda. ¿Qué te parece mi titular?

Camino y me tumbo boca abajo en la cama. Los dos estamos desnudos y me sorprende lo fácil que nos ha resultado mostrarnos

así, incluso cuando no estamos teniendo sexo. Le guiño un ojo antes de colocar la frente sobre los brazos.

—León Lobo, el honorable y atractivo vecino de Valdelila que tiene visión de futuro y se lleva aceites con los que pretende ser masajeado en algún momento por la mismísima creadora.

Oigo su exclamación indignada y me río, pero solo hasta que noto el cachete que me da. No es juguetón, pica como el infierno y me hace maldecir antes de mirarla mal.

—Uy, se me ha ido. Pero no pasa nada, porque pienso masajearlo muy muy bien: prometido.

Gruño algo en respuesta, pero pierdo el hilo enseguida, porque sus manos me acarician el trasero y poco después se sube sobre mi cuerpo, lista para masajearme.

Son más de las cuatro de la madrugada, estamos agotados y lo hemos hecho tantas veces que pensaba que no podríamos repetir hasta tener unas horas de descanso, pero algo me dice que este masaje va a acabar de un modo increíblemente satisfactorio para ambos.

Mañana estaremos destrozados y ella, además, tendrá que cuidar de Giuliano, pero ahora mismo lo único que me importa es sentir sus manos en mi cuerpo.

Lo que de verdad quiero es no pensar en nada, salvo en lo agradecido que estoy de que Giulia apareciera en Valdelila diez años después de ponerlo patas arriba para terminar de convertirlo en un auténtico caos.

Al menos en lo que a mí respecta.

51

Giulia



Me despierto con el aroma a café. Ha sido una noche tan intensa que me cuesta unos segundos tomar conciencia de la realidad. Estoy desnuda en la cama de León después de una noche increíble. Más que increíble, diría yo. No solo por el sexo, sino también porque reímos, charlamos y me agradeció el masaje que le di de formas muy específicas y placenteras.

No sé qué hora era cuando me dormí, pero sé que intenté separarme de León y él me lo impidió, arrastrándome hacia su enorme cuerpo. Resulta que es un gruñón con ramalazos de osito de peluche cuando sabes cómo llevarlo al límite y dejarlo agotado.

—Café —murmuro aún con los ojos cerrados—. Dime que hay mucho. Una cafetera entera para mí.

Oigo su risa justo antes de sentir un beso en mi mejilla. Abro un ojo y lo veo acuclillado junto a la cama, con una taza enorme de café entre las manos.

—Tengo todo el que quieras. Buenos días, *principessa*.

—Buenos días, gatito —susurro poniéndome boca arriba y haciendo que la sábana resbale por mi cuerpo. León aprovecha para acariciarme el pecho de inmediato, pero no pasa de un leve roce.

—Pese a lo mucho que me gustan las vistas, tengo que advertirte que mi hermana ha llamado diciendo que Bella y Giuliano están desayunando tortitas con chocolate y quieren saber qué haremos hoy.

—Dios, espero que nada demasiado intenso. Estoy destrozada.

—Gracias.

—Eres un creído.

—Realista. A mí no me importa decir que estoy destrozado gracias a ti.

—Es que soy un portento en la cama, ¿verdad? Pregúntale a Rubén.

Su protesta es tan específica y vulgar que me río y me incorporo, contenta al darme cuenta de lo fácil que sigue siendo picarlo. Es evidente que entre Rubén y yo no hay nada y, sinceramente, lo que hubo fue hace tanto y éramos tan pequeños que ni siquiera tiene importancia, pero eso no significa que a León no le moleste. Y tampoco significa que a mí no me encante provocarlo.

Tomamos café a sorbos grandes, concentrados en recuperar energía, y después nos damos una ducha rápida por separado, porque no nos fiamos demasiado de poder hacerlo juntos sin acabar haciendo cosas indecentes contra las baldosas.

Para cuando llegamos a casa de Abi son casi las once y Giuliano está tan nervioso que, en cuanto me ve, frunce el ceño y viene hacia mí enfadado.

—Ey, Giu —le digo con una sonrisa.

—Ey, Giu. —Su ceño se frunce más, pero responde al saludo utilizando el diminutivo, así que igualmente me alegro. Claro que enseguida pone de manifiesto su malestar—. Has tardado mucho.

—Lo sé, cielo, perdona.

—¿Dónde estabas?

Es curioso. En mis veinticinco años de vida nunca nadie, ni siquiera mis padres, me han interrogado de esta forma. Es curioso y un poco divertido, en realidad, pero me cuido mucho de no mostrar ni una sonrisa para no ofender a mi pequeño chico territorial.

—Se me ha complicado la mañana.

—¿Por qué?

—Porque conduzco fatal, ya lo sabes.

—Tu coche no se ha movido de aquí. Lo he mirado muchas veces por la ventana.

Oigo una risa ahogada y, cuando miro atrás, veo a León acariciar la cabeza de Bambi con aire inocente.

—Consuela a tu perro, ¿quieres? Se nota que te ha echado de menos.

—¿Por qué Bambi ha dormido aquí? —insiste el niño.

No voy a explicarle que el perro se ha quedado aquí porque, en nuestras prisas por llegar a la cabaña, preferimos que se quedara vigilándolos a él y a Bella. No voy a explicarle eso, ni que me genera incomodidad pensar en tener sexo mientras Bambi nos mira. Primero, porque Giuliano ya tiene traumas más que suficientes, y segundo porque..., bueno, joder, porque yo soy la adulta y decido qué cuento y qué no.

—Bambi quería estar en la fiesta de pijamas. ¿No ha sido divertido? Estás un poco gruñón.

—Claro que ha sido divertido —dice Bella—. ¡Yo soy muy divertida!

Giu se enfurruña más, pero cuando abro los brazos, en una clara invitación sin palabras, se estira para que lo alce en volandas. Lo hago sin pensarlo y contengo una sonrisa al pensar que hace un mes ni siquiera sabía cómo tratar con él. Ahora ya casi nunca le ofrezco comidas insanas. Casi nunca me corrige y casi nunca la cago. Soy la reina de los «casi nunca» en la crianza.

—Cuéntame qué has hecho con Bella, anda.

Eso lo disuade del todo. Me habla de los legos que ha construido, lo que ha visto en la tele y lo que ha desayunado con tanto entusiasmo que, cuando acaba, he tenido que sentarme con él en el sofá porque me pesaba mucho en brazos.

León se ha acomodado a mi lado mientras Bella le cuenta cosas, pero no como las que me cuenta Giu a mí.

—Y cuando vayamos al centro comercial otra vez, me vas a comprar un vestido rosa con tutú y brillantina.

—Ya tienes muchos.

—Pero quiero más.

—Que te los compre tu papá.

—Es que mi papá dice que te lo pida a ti, que para eso eres el rico de la familia.

León enarca una ceja mirando a Abi, que se ríe sin disimulo desde un sillón.

—¿Qué puedo decir? Me casé con un hombre inteligente.

—Y después, tito guapo, me vas a comprar pintauñas rosa con brillantina.

—Ajá.

—Y después diademas.

—Déjame adivinar: rosas con brillantina.

—¡Sí!

Me río, lo que hace que León pase una mano por detrás de mi espalda y pellizque mi costado con disimulo, pero no puedo evitarlo. Es hipnotizador ver hasta qué punto Isabela Lobo tiene a su tío bailando sobre la palma de su mano.

Pasamos un rato más jugando hasta que llegan Rafa y Carmen. Eso no es sorprendente, porque a fin de cuentas esta es la casa de su hija. Lo que me deja con la boca abierta es que mis padres vienen con ellos.

—¿Y esto? —pregunto.

—Carmen nos ha llamado para invitarnos a comer arroz. Nunca digo que no a un buen arroz —dice mi madre.

—Y Rafa dice que tiene unos puros que son mejores que mis... medicinas naturales. —Mi padre sonríe tanto que se le marcan las arrugas de los ojos y las mejillas—. Tú sabes cuánto me gustan a mí unas buenas medicinas, *principessa*.

—Sí, *principessa*, tú lo sabes... —murmura León solo para picarme.

Pongo los ojos en blanco y, cuando quiero darme cuenta, me están arrastrando al patio trasero de los Lobo mientras me endosan la tarea de ir a arrancar unas ramitas de romero para el arroz.

—Voy contigo —dice León.

—Creo que puedo cortar el romero yo solita.

—He dicho que voy contigo, no que no puedas cortar romero. Yo no pensaba hacerlo.

—¿Y qué piensas hacer, entonces?

—Meterte mano, por supuesto.

—Por supuesto —respondo riéndome, sin querer mostrar que ese simple comentario ha hecho que algo salte en mi estómago.

Cortamos el romero, o más bien lo corto yo mientras León me besuquea el cuello y me promete que nadie puede vernos desde donde están. Me roba algunos besos que me dejan temblando de

excitación y, para cuando volvemos, todos nos miran con una sonrisa bobalicona en la cara. Todos menos los niños, que están jugando con pistolas de agua en un barreño que Carmen les ha puesto. La misma Carmen que casi se tiene que secar las lágrimas de emoción mientras León le pide que haga el favor de comportarse.

—Es que estoy tan feliz de verte enamorado. Pensé que no viviría para ver este día.

—Mamá, joder, ¿no te das cuenta de que me haces parecer un fracasado?

—Ay, cariño, perdona. Lo que quería decir es que pensé que te quedarías solo siempre por amargado y gruñón, no por fracasado, que no lo eres.

Suelto tal carcajada que tengo que taparme la cara con las dos manos. Él gruñe, pero creo que no es en serio. O sí, yo qué sé. Y qué más da. Lo bonito de esto es que ha llegado un punto en el que todos los presentes hemos entendido que, por mucho que ladre, de todos nosotros León es, posiblemente, quien menos muerde.



La comida transcurre con normalidad, salvo por el hecho de que mi padre y Rafa parecen amigos íntimos y Carmen no deja de insistirme en que debería reabrir oficialmente la empresa familiar.

—No voy a ponerme a vender productos que ni siquiera estoy fabricando de forma profesional.

—Bueno, pues véndelos poco a poco en el pueblo.

—Mmm, no sé. Es verdad que mucha gente en Valdelila ya me habla, pero no creo que confíen en mí tanto como para comprar aceites o jabones hechos por mí.

Es cierto. Desde la fiesta de cumpleaños de Giu me he sentido un poco más integrada en el pueblo. Ya conozco a la mayoría de las madres del cole y, aunque Martina sigue siendo fría y seca conmigo, no parece que el resto de las mujeres se estén dejando influenciar. De hecho, sospecho que entre eso y mi reconciliación con Rafa Lobo, mi fama ha empezado a cambiar porque incluso he visto ciertas

sonrisas amables cuando me he acercado a alguno de los comercios a comprar.

—Bobadas —dice Carmen—, pero si ese es el problema, trae lo que hagas aquí, lo venderemos en la clínica veterinaria.

Sonrío en agradecimiento, pero la verdad es que, de momento, no estoy lista para pensar en vender nada de lo que hago en el sótano de casa. Pruebo recetas, juego con los ingredientes y me fascina ver que puedo hacerlo sin que algo salga ardiendo. Pero profesionalizarlo ahora mismo es demasiado arriesgado. No estoy preparada y, si por culpa de las prisas lo echara a perder, no me lo perdonaría. Aunque reconozco que la idea de probar en la clínica de los Lobo suena un poco menos aterradora...

—Ya veremos —digo finalmente sin perder la sonrisa.

—Hace un aceite de lavanda impresionante, sobre todo para los masajes —dice León como si nada.

—Ah, ¿sí? Cuéntanos más, hermanito.

León mira mal a Abigail mientras toda la familia se ríe. Si fuera tímida, me pondría colorada al ver a mis padres reírse de un comentario así, pero creo que a estas alturas ya todos entendemos que no son unos padres al uso.

Pasamos el día entre risas, anécdotas y un café exquisito. Al atardecer vuelvo a casa, baño a Giuliano y nos metemos en la cama para inventar historias hasta que nos dormimos los dos. Me despierto con los golpes de la puerta del balcón y, cuando abro los ojos, me encuentro a León al otro lado. Sonrío, aunque me duele todo el cuerpo por el ejercicio de las últimas veinticuatro horas. Y, sin embargo, cuando me levanto, abro y me besa, sé que estoy más que lista para otra ronda.

—Vamos al sótano —murmura—. Tengo que enseñarte algo.

—¿El qué?

León me mira en silencio, como si no se esperara mi pregunta. Después se encoge de hombros y suspira.

—Mi cuerpo desnudo.

Me río tan alto que él me tapa la boca con la mano y mira a Giuliano, por si mis carcajadas lo despiertan. Por suerte, no lo hacen, así que lo arrastro escaleras abajo, hasta el sótano, y allí dejo

que León me enseñe todo lo que quiere, le enseño lo mismo y después, entre los dos, aprendemos de cuántas formas más podemos llevarnos a la extenuación de puro placer.

52

León



Aparco la camioneta en el patio de entrada de Casa Lavanda. Ha pasado un mes desde que Giulia y yo nos acostamos por primera vez y algo más de dos desde que llegó, y los cambios en esta finca son tan grandes que uno no sabe ni por dónde comenzar a enumerarlos.

Para empezar, el huerto tiene señales de vida. Si bien es cierto que en los últimos tiempos había gente trabajando tanto en él como en los campos de lavanda, era raro ver movimiento. De hecho, según tengo entendido, los propios trabajadores eran quienes se quedaban con la mayor parte de la cosecha, porque Fiorella usaba más bien poco. Giulia, en cambio, siempre anda inventando recetas, troceando verdura para congelarla y dando uso tanto al huerto como a la cocina. No es que de pronto se haya vuelto una enamorada de los fogones, pero la mujer que a primera hora le proponía a Giuliano cenar chocolate ahora se preocupa por darle una alimentación sana y variada. Todavía tiene sus ramalazos; el otro día, sin ir más lejos, preparó para desayunar tortitas con nubes y gominolas, pero ahora son días puntuales y no la norma. El crío se ha relajado y ya no vive pendiente de ver vídeos que puedan enseñarle cómo criarse. Por fin se deja llevar por ella y eso es increíble. Y me hace pensar en la capacidad tan grande de adaptación que tienen los niños.

Los campos de lavanda, por su parte, también están en todo su esplendor. El color de los alrededores de Casa Lavanda es tan intenso que, conforme te acercas, te quedas hipnotizado. En plena temporada, Giulia se ha puesto las pilas con sus experimentos.

Hasta la fecha ha conseguido que el aceite corporal de lavanda sea todo un éxito. Mi madre y mi hermana están como locas y han logrado que ella se preste a embotellarlo y venderlo en la clínica a modo de prueba, al igual que unos jabones que todavía no salen perfectos, pero casi.

Sin embargo, lo que más está funcionando de momento es el tema de las velas de cera vegetal. Empezó haciéndolas en tazas viejas y descascarilladas que tenía por casa. Luca, su padre, se dio cuenta de que tenían potencial, porque huelen bien sin abrumar y estéticamente tienen algo original y rústico. Él fue quien le dijo que, en realidad, hay algo muy bonito en hacer velas en tazas viejas o tarros reutilizados. Giulia se lo tomó como un cumplido, sin más, hasta que Luca y su madre hablaron con mi familia y entre todos llegaron a la conclusión de que también debería probar a venderlas en la clínica. Para ese punto, dar de alta de nuevo la empresa era casi una obligación, porque tenía que empezar a hacer facturas si no quería terminar teniendo problemas legales. Ella se resistió mucho y aún insiste en que todo esto no es un negocio, sino un «experimento recreativo». No obstante, el miedo a la ley y la insistencia de ambas familias pudieron con ella, así que acabó rindiéndose e inició los trámites necesarios. Dado que Giulia odia todo el papeleo, me ofrecí a ayudarla a gestionar toda la documentación, y poco después comencé a ejercer de gestor intuitivo, porque Casa Lavanda resultó tener un montón de información que poner al día.

No ha sido fácil. Giulia todavía duda mucho de todo lo que está haciendo, principalmente porque dice que no tiene sentido armar tanto lío cuando esto es poco más que un pasatiempo hasta que Fiorella regrese y ella se marche. Yo solo guardo silencio e intento que no se me trague la ansiedad cada vez que ella habla de irse, aunque no tenga muy claro adónde, porque en Los Ángeles ya no tiene el piso que compartía con algunas compañeras y, la verdad, no es que hable con demasiada ilusión de la ciudad. No quiero ser yo quien se lo diga, parecería egoísta y un cabrón que pretende encerrarla en un pueblo, pero la realidad es que no soy el único que piensa que Giulia parece increíblemente feliz cuando se mete en el

sótano a trabajar y distante e impersonal cuando habla de su futuro incierto fuera de Valdelila.

Y no solo eso: me consta que tampoco soy el único que piensa que parece muy feliz cuando estamos juntos. Tanto sus padres como los míos lo dicen a menudo, y Abi no deja de repetir lo contenta que está de que todo haya salido como ella había previsto. Lo cierto es que yo sí me siento feliz cuando estamos juntos, muy feliz. Más de lo que creí que podía llegar a ser después de perder mi futuro. Y eso que no sé muy bien qué es esto que tenemos, pero después de esa primera noche juntos, fue muy fácil continuar con la dinámica de mantener «la farsa» de una relación frente a todos, solo que... poco a poco ha dejado de sentirse como una farsa y hemos empezado a parecer una pareja de verdad. Al menos, de cara al mundo, eso es lo que somos. Y no seré yo quien rompa este espejismo en mil pedazos antes de tiempo.

Intento no pensar en eso ahora. Tengo el día libre, mañana es mi cumpleaños y lo único que me apetece ahora mismo es disfrutar de Giulia.

Encontrarla no me supone un problema, principalmente porque vengo acompañado de Bella y Bambi, que siguen el sonido de los gritos y recorren el patio lateral para llegar a la parte trasera, donde está la piscina y, más allá, los campos de lavanda.

Giulia y Giuliano están cogiendo carrerilla cuando los veo. Saltan en el aire y caen al agua con tal estruendo que Bella y Bambi se vuelven locos. El perro salta tras ellos de inmediato sin que yo pueda hacer nada para remediarlo. Si la niña no lo sigue es porque la tengo sujeta por la camiseta.

—¡Yo quiero! —grita enfurruñada.

Le quito la ropa a toda prisa y dejo que salga disparada para unirse a la fiesta. Yo me quedo aquí, mirando a la mujer a la que llevo desnudando un mes. ¿Cómo puede ser que conozca cada lunar de su cuerpo y, aun así, verla en biquini me ponga al borde del infarto? Trago saliva mientras la veo reír y recolocarse la parte del pecho con una carcajada. Sus labios no están pintados de rojo y, aunque también me gusta cuando se los pinta, valoro muchísimo más que haya alcanzado el grado de confianza suficiente como para

pasar días enteros sin la necesidad de maquillarse para ponerse una máscara ante el mundo.

Giuliano ya no está pendiente de ella, sino del perro y de su mejor amiga, lo que me deja margen para acercarme, sacarla del agua y estrecharla contra mí, aunque yo esté vestido. La beso sin importarme que Bella se ría de mí con descaro y Giuliano haga sonidos de asco.

Él fue el único con el que tuvimos más cuidado cuando empezamos a tener muestras de afecto reales en público; a fin de cuentas, los demás ya creían que estábamos en una relación. Pero con Giuliano fue distinto, porque no queríamos sumarle más motivos de ansiedad o preocupación. Sin embargo, el niño preguntó un día, un poco de la nada, si Giulia y yo éramos novios. Dije que sí, aunque ella me mirara con mala cara e hiperventilara un poco, y no volvió a preguntar más. Calmar a su cuidadora, en cambio, me costó más. Ese día comenzó a decir que no somos novios realmente, que no podemos complicar esto y que solo es sexo. Le dije a todo que sí, que por supuesto. Le prometí que yo no pienso que seamos novios de verdad y que esa parte sigue siendo una farsa, pese a que la realidad es que dormimos juntos varias veces a la semana, pasamos casi todo nuestro tiempo libre buscándonos y nuestras familias se han integrado la una con la otra hasta el punto en el que Valdelila ya nos considera una sola. Aun así, no le estaba mintiendo cuando le dije eso: sé que no somos novios, no podemos serlo, porque no es lo que Giulia quiere y porque ¿qué tipo de futuro puede tener una pareja con fecha de caducidad?

Y aun sabiendo todo eso..., soy tan idiota que no puedo dejar de pensar en Giulia como mi novia.

Suena un poco infantil, ¿no? Mañana cumplo treinta y un años y aquí estoy, jugando a eso de «esta chica es mi novia, solo que ella no lo sabe». Bueno... ¿Qué puedo decir? Prefiero tragarme mis verdaderos sentimientos antes que espantarla y perderla.

Y, vale, es indiscutible que ella se marchará, pero no será hoy, ni mañana. Fiorella no volverá hasta Navidad, así que todavía tengo unos meses para disfrutar de ella. Pensar más allá de eso es inútil y desgastante, por lo que intento no hacerlo, una vez más.

—Te voy a empapar.

—No te preocupes, pretendo hacer lo mismo contigo más tarde.

Giulia suelta una carcajada y me muerde el brazo de forma juguetona antes de mirar atrás y asegurarse de que los niños no nos oyen.

—Eres un guarro.

—Es que mañana cumplo años. Estoy haciéndome mayor, cielo.

—¿Y por eso pretendes mutar en un viejo verde?

—No soy un viejo verde. Esos les dicen guarradas a todas. Yo solo te las digo a ti.

—Qué romántico.

—¿Verdad? —Sonrío y la beso de nuevo—. ¿Cómo estás?

—Genial. En realidad estaba deseando que llegaras para enseñarte algo. —Enarco una ceja y se ríe—. Ese «algo» te lo enseñaré esta noche, si me invitas a tu casa. Mis padres vuelven hoy, así que podrán quedarse con Giu.

Sonrío, encantado. Sus padres han pasado unos días en Italia gestionando las inversiones y negocios que Luca tiene allí antes de volver aquí para pasar el verano. En un principio solo iban a quedarse hasta que Giulia se entendiera mejor con el niño, pero yo creo que están en una situación parecida a la de su hija. Luca contó que, desde que sus padres murieron, este sitio le provocaba mucho dolor, pero pasar un tiempo aquí le está devolviendo la ilusión por Casa Lavanda.

—Estás invitada a mi casa siempre. Pero entonces, ¿qué quieres enseñarme?

—Mi madre me llamó ayer. Me dijo que ha encontrado en Italia una tela de saco increíble a buen precio y que sería buena idea probar a bordarla y poner dentro lavanda seca, quizás mezclada con pequeños jabones para que el olor perdure más y sirvan de ambientadores naturales en armarios o vestidores.

—Suena bien. ¿Tienes la mezcla pensada?

—He hecho varias pruebas. Comemos y, si conseguimos que se enganchen a una peli después, bajamos y te lo enseño.

—Vale, pero después yo voy a enseñarte otra cosa.

—¿Esa cosa es sexual?

—Por supuesto.

—Ya lo suponía —dice riéndose.

Me río y, cuando ella tira de mi camiseta y me insta a bañarme, me tiro sin molestarme en quitarme la ropa. En realidad, antes habría sido impensable que hiciera algo tan espontáneo de tan buena gana, pero supongo que es solo una de las consecuencias de estar perdiendo la cabeza por una chica medio italiana, lista como el hambre, algo caprichosa y sexi como el infierno.

53

Giulia



La vida es maravillosa, sobre todo en verano.

Desde que Giu no tiene que ir al cole todo es mucho más sencillo. Sé que en septiembre habrá que volver a adaptarse a los madrugones y preparar mochila, ropa y, además, intentar no llegar tarde para que Martina no nos taladre con la mirada, pero ahora mismo lo único que me importa es que todavía nos quedan casi dos meses de levantarnos tarde, desayunar con calma, pasear, bañarnos en la piscina, hacer excursiones, montar a caballo y jugar al baloncesto con cierto exjugador profesional y buenorro. Y sí, ya sé que todo eso lo podemos hacer también en época escolar, pero no es lo mismo. Ahora no tenemos horarios fijos y estrictos. Los planes fluyen según las ganas que tengamos de hacer las cosas, y aunque es cierto que dedico mucho tiempo a trabajar en el sótano, incluso eso es mejor desde que Giu puede acompañarme mientras me cuenta historias y me ayuda a remover, rellenar y envasar productos.

Además, soy una mujer orgullosa de mí misma desde que mis padres decidieron marcharse a Italia unos días y no solo no entré en pánico cuando me lo dijeron, sino que supe que podría cuidar de Giu sin ayuda. No es que quiera hacerlo, disfruto mucho más cuando estamos todos juntos, pero he perdido el miedo a quedarme a solas con él por si meto la pata, y eso es increíble.

También he perdido el miedo a enfrentar a Fiorella por ciertas cosas. Le escribí hace un par de semanas y le dije que me gustaría que Giuliano vea a un psicólogo infantil a partir de septiembre, porque pienso que, aunque el niño está bien en términos generales,

hay cosas que yo no puedo ayudarle a gestionar o entender. No está de más que alguien trate con él la herida del abandono que evidentemente sigue abierta, por más que parezca un niño feliz la mayor parte del tiempo: solo hay que ver cómo se puso la primera noche que pasé con León o lo ansioso que está cada vez que vuelvo tras una noche separados. La respuesta de mi prima fue: «Claro, haz lo que consideres». Al menos no se negó, pero aun así me sentó fatal porque... porque parece que no le importa.

Sí, he conseguido que le envíe vídeos a Giuliano en lugar de escuetos mensajes a través de mí, pero en la mayoría lo único que hace es excusarse: le repite que la cobertura es inestable en el sitio de turno en el que se encuentra, y que por eso no puede hacer videollamadas con él. Le habla de los monumentos que está visitando y le dice que algún día lo llevará. Ahí es donde me enervo, porque es evidente que no lo dice en serio. Creo que incluso Giuliano es consciente de ello, pero nunca lo comenta porque sospecho que puede percibir mi enfado y no quiere que me disguste aún más. Una cosa tengo que concederle a mi prima, y es que ha conseguido traer al mundo al niño más empático que he conocido nunca. Y eso, viniendo de ella y del entorno gélido en el que se ha criado, es mucho.

Con el paso de las semanas, me ha quedado claro que Fiorella trata a su hijo como si fuera un conocido al que quiere agradar, nada más. No hay nada maternal en su forma de comportarse, y no sé cómo asumir que, sin importar cómo lo trate, volverá en Navidad y se quedará con él para siempre. Lo sé, ese fue el trato. No es eso lo que me molesta, sino el pensamiento recurrente de que no sé cómo evitar que convierta la vida y las emociones de Giu en un desastre.

—Estás demasiado callada —murmura León a mi lado.

Los niños están arriba viendo la tele junto con Bambi, aunque los vigilamos por la cámara de todos modos. Y nosotros estamos en el sótano, donde le he enseñado mis próximos planes a León... y luego he dejado que me suba al mostrador, eche el biquini a un lado y me lama hasta casi hacerme perder el sentido. Le he devuelto el favor con creces y ahora estamos abrazados en el sofá unos minutos

antes de volver arriba y fingir que hemos hecho cosas profesionales y para nada pervertidas.

—Estaba pensando en cosas que no debía —admito.

—¿Qué cosas?

Suspiro y niego con la cabeza. No quiero compartir mis pensamientos sobre Fiorella con nadie. Ni siquiera con León. Siento que de alguna forma eso haría que la gente la odie más y yo no quiero eso. No le deseo ningún mal a mi prima, aunque no esté de acuerdo con casi nada de lo que hace; a fin de cuentas, sigue siendo la madre de Giu, y quiero que él sea feliz y tenga una vida maravillosa. Si las cosas se complican para Fio en Valdelila, se complicarán también para él, sin duda.

—Tu cumple —miento, pero solo a medias, porque lo cierto es que sí he pasado mucho tiempo de mis últimos días pensando en ello—. Me preguntaba si de verdad estás seguro de no querer celebrarlo.

—Sí que quiero celebrarlo, pero solo contigo y, a poder ser, mientras los dos estamos desnudos.

—Pero querrás regalo.

—Puedes ponerte un lazo a ti misma.

Me río y le golpeo el pecho.

—Lo digo en serio.

—Y yo, *principessa*. Si encuentras la manera de envolverte en un lazo, serás el mejor regalo de cumpleaños.

Estoy a punto de decirle que eso no puede ser cuando mis padres nos llaman desde la planta superior. Sonrío y miro a León, que me devuelve el gesto antes de levantarse.

—Voy a preguntarles si pueden hacer de abuelos postizos para que yo pueda pasar la noche contigo.

—Y yo voy a ser alguien majísimo para que acepten.

—Tú no sabes ser alguien majísimo, gatito.

Se ríe entre dientes y encoge los hombros, asumiendo que tengo razón. No, definitivamente León no enamora por lo simpático que pueda ser de primeras, pero sí por lo leal, sincero y bueno que es cuando lo conoces. Y sé que mis padres, igual que yo, han sabido ver todo eso y más en él. Lo adoran.

Subimos al fin, saludamos a mis padres, que me miran con toda la intención del mundo, preguntándome qué hemos estado haciendo abajo. Juro que nada y, después de tomar un café con ellos, les pregunto sin paños calientes si pueden ocuparse del niño esta noche.

—Por supuesto, ¡fiesta de pijamas! —dice mi madre—. ¿Qué te parece, Giu?

El pequeño me mira y, por un instante, pienso que va a negarse, pero es increíble la forma en que ha aprendido a confiar en más personas en estos meses. Asiente y señala a Bella.

—¿Puede quedarse ella?

—Podemos preguntarle a su madre —propone mi padre—. ¿Os encargáis vosotros?

—Yo me ocupo —contesta León sacando el teléfono de su bolsillo y señalándolo mientras sale al porche.

—¿Lo tienes todo listo para mañana? —pregunta mi madre.

—Ajá.

—¿Y estás segura de que no va a enfadarse?

—Oh, se enfadará muchísimo, pero si soy lista y juego bien mis cartas, buscaré la forma de compensarlo y hacer que me perdone de inmediato.

—Intuyo que en esa frase hay una connotación sexual, hija, y déjame decirte que, aunque me parece fantástico, preferiría no conocer los detalles —dice mi padre.

Me río y, justo cuando estoy a punto de responder, León entra diciendo que Abi ha dado el visto bueno y Bella puede quedarse, así que subo a mi habitación, meto en una mochila ropa limpia y bajo. León y Bambi están en la camioneta esperándome, pero antes de salir voy al sótano un instante, cojo un lazo de organza que tengo para los envoltorios y lo meto en la mochila.

Dos horas después, mientras León me espera en las aguas termales y yo me hago la remolona en el gimnasio, decido darle su primer regalo de cumpleaños por anticipado. Me envuelvo en el lazo como puedo, abro la puerta y bajo las escaleras de piedra mientras la brisa nocturna de julio me acaricia la piel desnuda.

La forma en que me mira... Nunca lo reconoceré, pero a veces, cuando me mira así, temo por mi cordura, porque sé que, en un momento de debilidad, una mirada de esas puede convencerme de cometer una locura de magnitudes inimaginables.

Una locura como, por ejemplo, atreverme a soñar que esto puede ser algo más que un pasatiempo.

—Feliz cumple, gatito.

—Es, oficialmente, el mejor cumpleaños de mi puta vida.

Me río, entro en las aguas termales y dejo que León, sus manos, su boca y su cuerpo me demuestren cuánto le ha gustado su primer regalo.

54

León



Voy a matarla.

De verdad, es curioso este pensamiento porque hace una hora su boca rodeaba mi erección cuando todavía estaba durmiendo una increíble siesta. He despertado pensando en lo maravillosa que es esta mujer. En eso y en que creo que ya no estoy perdiendo la cabeza por ella... No. Ya la he perdido.

O eso creía hasta que he llegado al patio de mis padres después de comer y me he encontrado con todo Valdelila aquí y una pancarta en la que se lee EL GATITO MÁS FIERO DE VALDELILA CUMPLE AÑOS.

La parte positiva es que los vecinos todavía no nos han visto llegar. Pero eso va a cambiar muy pronto, así que la miro deseando que me dé una explicación antes de que nos encontremos rodeados de gente. Hemos pasado la mañana entera en mi cabaña, entre las aguas termales y mi cama, y ha sido increíble, la verdad. Hasta el momento, la mejor celebración de cumpleaños de mi vida.

—No puedes enfadarte porque te he hecho la mamada de tu vida. Lo has dicho tú mismo hace un ratito de nada.

Bate las pestañas como si fuera el ser más inocente del mundo.

—Creo que dije muchas veces que no quería una fiesta —murmuro con la voz tan contenida como puedo.

—Esto no es una fiesta. Es una reunión de vecinos.

—Hay globos.

—Insisto: es una reunión de vecinos que casualmente se celebra el día de tu cumple. Una merienda tonta.

—Hay una puta pancarta.

—No sé quién la ha puesto ahí.

—Giulia, por favor. ¡Hay una tarta! —grito señalando la mesa central en la que hay una tarta inmensa y haciendo que, ahora sí, muchos nos miren.

Mi madre, en concreto, me mira de ese modo que quiere decir «no hagas que me avergüence de haberte criado», pero da igual, Giulia ni siquiera se altera con mi tono de voz. Mi carácter de mierda no le afecta, es algo que hemos descubierto los dos. Claro que últimamente estoy mucho menos gruñón y eso hasta ella tiene que reconocerlo.

—¿Desde cuándo necesita nadie una excusa para comer tarta?

—¡Has hecho que mi cara esté impresa encima!

Se ríe a carcajadas, como si acabara de contarle el chiste más bueno del mundo, mientras todo Valdelila nos mira y yo la miro embobado, porque se ha saltado mi supuesto deseo de no tener una fiesta y ha reunido aquí a toda la gente del pueblo solo para celebrar que cumplo años. Podría enfadarme en serio, reprocharle que lo haya hecho, pero es la primera vez que celebro mi cumpleaños con una fiesta desde que volví y... y no sé. Quizás no esté tan mal.

Recuerdo a mi madre y a mi hermana pidiéndome durante años que hiciéramos una fiesta como esta para celebrarme a mí. Mi vida. Me negué en cada ocasión porque no me veía capaz de enfrentarme al pueblo cuando sentía que había fallado a todo el mundo al no alcanzar la gloria completa. Nadie aquí me ha recriminado jamás mi fracaso; al revés, me acogieron con los brazos abiertos a mi regreso, pero sé que, durante mi tiempo como jugador profesional, me convertí en el orgullo de Valdelila, todos tenían grandes esperanzas depositadas en mí. Y, cuando tuve que volver..., bueno, la vergüenza que sentía se multiplicó por mil al saber que los había decepcionado a todos ellos.

Pero aquí está Giulia, ignorando las partes de mí que hacen que quiera enterrar la cabeza bajo tierra para no enfrentarme al escrutinio del pueblo. Y aquí está mi pueblo, observando en silencio, pero deseando poder celebrar una fiesta en mi honor, porque da igual lo que ocurriera en el pasado: no importa que no pudiera llevar

el nombre de mi familia y de este sitio a la cima de una montaña infinita, esta gente está aquí dispuesta a honrar mi vida, sin más. Sin contar mis errores y fracasos. Solo porque estoy aquí y soy uno de ellos. Y eso, en realidad, es precioso, aunque no haya querido verlo hasta ahora.

—He comprado tu cerveza favorita, ¿sabes? —dice Giulia, seguramente pensando que mi silencio se debe a que estoy enfadado.

—Eres un bicho.

—Un bicho con un gusto exquisito para la cerveza y las pancartas de cumpleaños.

Me río, la atraigo hacia mí y la beso. Me importa una mierda que el pueblo entero esté mirándonos. Me da igual incluso que haya personas que se dediquen a corear nuestro nombre. Lo único que quiero es sentir más cerca a la mujer que va a conseguir volverme loco en todos los aspectos posibles.

—Gracias —murmuro contra sus labios—. Y perdón por ser tan ogro.

—Me encanta que seas un ogro, León Lobo. Eso me da la excusa perfecta para bajarte los humos.

Sonrío, la beso de nuevo y entrelazo sus dedos con los míos antes de adentrarme en el jardín y empezar a saludar a la gente. Veo que a mi madre se le saltan las lágrimas de la emoción.

—Tienes que calmarte. La preñada es Abi y eres tú quien se pasa el día emocionándose por todo.

—Ay, hijo, es que soy muy feliz de verte enamorado al fin.

Me doy cuenta de inmediato de que, hasta no hace mucho, mi primer impulso era negar que yo estuviera enamorado de Giulia. Si no lo hacía era porque todo esto empezó justamente para que mi madre me dejara respirar tranquilo. Sin embargo, desde hace ya unas semanas, cuando dice esas cosas no siento la necesidad de corregirla.

En realidad, desde hace semanas lo único en lo que pienso es en que pasar tiempo con Giulia es la mejor parte de mi día a día. En eso, y en que no sé qué se supone que debe sentir un hombre cuando está enamorado, pero sospecho que la falta de aire cuando

me besa, los latidos descompasados cuando la veo y la sensación de que podría subir al acantilado más grande de Valdelila sin arnés si ella me lo pidiera significan algo.

También debe de significar algo que, al soplar las velas de la tarta que ha encargado con mi cara, la quiera a mi lado, sujetándome la mano para anclarme a este instante.

La única razón por la que me niego a recrearme en todo lo que esto significa es porque sé bien que, por mucho que le sujete la mano, ella se irá en algún momento. No estará aquí para siempre, lo sé, lo supe desde un principio y, aun así, creo que he cometido el error de enamorarme de ella como no me he enamorado nunca de nadie.

Ella piensa que todo en Valdelila tiene fecha de caducidad: su estancia en Casa Lavanda, la empresa familiar, el cuidado de Giuliano y yo. Y yo no hablo porque quiero respetar sus deseos por encima de todo, pero si de mí dependiera...

Si de mí dependiera esto no acabaría con el regreso de Fiorella, porque no dejo de pensar que ya he perdido demasiadas cosas en la vida y estoy cansándome de sentir que no puedo volver a tener sueños de los buenos; de esos grandes, inmensos, que lo cambian todo.

Un sueño de esos que te dejan temblando de anticipación y anhelo.

Un sueño como el de tener a Giulia del Valle a mi lado durante mucho más que unos meses de mi vida.

55

Giulia



El día del cumpleaños de León ocurren varias cosas que cambian mi vida para siempre.

La primera llega con el atardecer, cuando Giuliano se cae y se raspa las rodillas, haciéndose sangre por primera vez en mi presencia. El niño llora desconsolado y yo lo paseo en brazos de un lado a otro susurrando palabras tranquilizadoras en su oído que no le hacen efecto ni a él ni a mí. No me importa que Samuel, en su sabiduría de veterinario, diga que no tiene nada grave y solo son heridas superficiales. Sus rodillas han sangrado y yo he tenido ganas de arrancar hasta el último gramo de tierra del suelo y hacerlo arder en el infierno. Eso, a su vez, es lo que me ha llevado a pensar que quizás, y solo quizás, me he implicado de tantas formas en la crianza de Giuliano que estoy poniéndome en riesgo a mí misma, porque si no soporto que el crío se raspe las rodillas, ¿cómo se supone que voy a aguantar todo lo que está por venir? El niño me pide cada noche que no me vaya nunca. Y cada noche le prometo que no me iré todavía...

Él no entiende el matiz del «todavía» y yo me siento como una mentirosa tramposa y traicionera, pero soy tan cobarde que aún no he encontrado otra alternativa y me consuelo diciendo que tengo meses para ayudarle a gestionar mi marcha.

Mi marcha...

Aquí viene la segunda cosa. Voy a irme de Valdelila. Es un hecho. Fiorella regresará en unos meses y tendré que recordar que Giuliano no me pertenece. Como tampoco pueden pertenecerme Valdelila ni

León ni Casa Lavanda. Porque ¿a qué estoy jugando con esto del niño, la empresa, la casa y el novio...? ¿A quién quiero engañar? La realidad es que estoy viviendo una vida que no es mía: el niño es de mi prima; la casa, de la familia, no es mía; el negocio..., ¿qué negocio? Si solo estoy vendiendo productos caseros en la clínica veterinaria de unos amigos, básicamente. Por favor, ¿en qué momento he creído que esto podía convertirse en algo serio? Llevar una empresa es algo muchísimo más complejo que jugar a hacer jabones y esencias; si ni siquiera he sido capaz de hacerme cargo del papeleo, lo ha tenido que hacer todo León.

Y en cuanto a León, el supuesto «novio», esa es la broma más grande de todas. Una relación que ha empezado como una farsa y ahora se ha convertido en..., no sé muy bien qué. Pero no en una relación real. No puede serlo cuando se ha construido en torno a una vida que no lo es. Porque León me ha conocido siendo quien se supone que soy en Valdelila. Pero ¿qué pensará cuando Fiorella vuelva y yo tenga que encontrarme a mí misma por enésima vez en la vida? Cuando no me vea como una adulta semirresponsable —seamos realistas, tampoco lo he engañado tanto como para que piense que soy responsable de verdad— capaz de cuidar de un crío y de emprender un negocio. Cuando vea que en realidad no tengo ni idea de lo que estoy haciendo y no la he tenido nunca.

No soportaría ver cómo se apaga la chispa de sus ojos al mirarme. No soportaría que descubriera que, al contrario de lo que piensa, él no es en absoluto un fracaso, pero yo sí. Porque habiéndolo tenido todo, no he sido capaz de construir nada jamás.

Imposible, mi corazón se haría pedazos, así que no, no puedo quedarme en Valdelila más tiempo del que me ha concedido el destino. Por mucho que eso también rompa mi corazón en mil pedazos.

—¿Te has enterado, mejor amiga? —pregunta Abi acercándose y sacándome de mis cavilaciones.

Lo agradezco, la verdad, porque no sé qué pasa hoy ni por qué de pronto necesito ponerme a reflexionar sobre cosas que no me hacen bien.

—¿De qué?

—Martina y Rubén se han liado.

—¿¿Qué?? —Busco a los protagonistas del cotilleo por el patio. Están separados, ella junto a los sándwiches y él hablando con Samu en una esquina—. ¿Quién te lo ha dicho?

—Los han pillado follando bajo las gradas del patio del cole. La que iba de chica de moralidad superior, ¿eh? Si es que las tontas son las peores.

Abro tanto la boca que temo que mi barbilla toque el suelo.

—No jodas.

—Al parecer, a Rubén no se le ha ido el gusto por pervertir los distintos escenarios de Valdelila.

Me río y estoy a punto de ir hacia él para chincharlo, pero León llega hasta nosotras, me abraza y me lleva a un aparte con el ceño fruncido.

—¿Qué pasa, gatito? ¿Has visto a un niño ser feliz y tu alma oscura no ha podido soportarlo?

—Mi madre quiere que me ponga a abrir regalos delante de todo el mundo como un idiota.

—¿Los que abren regalos delante de sus seres queridos son idiotas? —pregunto.

Él encoge los hombros y yo sonrío, porque no es que crea que son idiotas, sino que su sentido del ridículo se junta con el hecho de que sea tan discreto que parece de mentira. León preferiría estar en cualquier lugar antes que siendo el centro de atención, lo que es curioso, porque he visto vídeos suyos jugando y me es imposible despegar los ojos de él.

—No pienso dar un discurso haciendo el imbécil.

—Ni abrir regalos como un idiota, ni dar discursos como un imbécil.

—No te rías, no es gracioso.

—Un poco, sí. —Me mira mal y hago un esfuerzo por dejar de sonreír—. Vale, ¿y qué tengo que hacer yo? ¿Quieres que vaya a defender tu imagen de ogro?

—Vámonos.

—León...

—Oye, he estado un montón de tiempo, está atardeciendo, hemos comido, he soplado las putas velas y he sonreído mientras me hacían fotos.

—Lo que tú llamas «sonrisa» yo lo llamo «mueca»; hazme caso, estaba a tu lado.

—Giulia...

—Abres los regalos y nos vamos.

—No, nos vamos ya.

—No puedo volver a dormir contigo, tengo a Giuliano.

—Nos lo llevamos. Tengo un juego de mesa que seguro que le encanta. O vemos una peli los tres y Bambi. O me voy contigo a Casa Lavanda. —Se queda un momento en silencio y asiente—. Mucho mejor, así no viene nadie de mi familia a tocarme los...

—No podemos, gatito.

—Pero ¿por qué no?

—Porque es tu cumple y toda esta gente quiere celebrarlo contigo.

—Toda esta gente quiere comer y beber gratis. Muchos ni siquiera me han saludado.

—Eso es porque das miedo.

—Yo no doy miedo. Soy un amor. —Me río y se ofende—. ¿No soy un amor?

—Para mí, sí.

—Suficiente. Lo que piense el resto del mundo me importa una mierda, así que...

—¿Y lo que piense yo no te importa una mierda?

—No.

—¿Por qué?

—Porque quiero que quieras estar conmigo tanto como yo contigo. Lo único que me preocupa es que un día te hartes de mí. Cualquier persona de esta fiesta podría desaparecer y yo no me daría ni cuenta, pero si tú te pierdes dos minutos de mi vista voy a buscarte sin descanso.

Vaya, no me esperaba este arranque de sinceridad por su parte. Desde que pasamos de la farsa a la relación-no-relación que tenemos ahora, León no se ha molestado en ocultar el cariño y el deseo que siente por mí, y yo tampoco lo he hecho: ambos nos

mostramos empalagosos con el otro, aunque seguimos picándonos mutuamente a menudo, y damos rienda suelta a nuestra lujuria casi a cada minuto del día. Pero oírle decir algo que suena tan definitivo... Mierda, dejar Valdelila va a ser mucho más difícil de lo que jamás habría imaginado.

—Ay, León...

—Vámonos. Deja que te rapte, *principessa*.

Ay. ¿Por qué mi corazón tiene que acelerarse cuando dice esas cosas? Trago saliva y me digo a mí misma que es normal, porque es guapo, folla como los ángeles y tiene una gran personalidad. Claro que me va a resultar difícil renunciar a algo así, pero eso no significa que vaya a cometer el mayor error de mi vida al dejarlo atrás, ¿no?

—Giulia.

—Oye, gatito, sé que estás harto, pero no podemos irnos porque es tu cumple.

—Giulia.

—Tienes que abrir los regalos. Contenta a tu madre, hombre, ¿qué más te da? Un minuto y listo.

—Giulia.

—Si de todas formas...

—Giulia, gírate, joder.

Miro a León a los ojos, pero él no está mirándome a mí, sino a un punto justo por encima de mi cabeza. Me giro, esperando encontrarme con que Rubén y Martina han decidido dar un espectáculo gratis o con que alguien se ha caído de una forma cómica, pero no veo nada de eso.

Lo que sí veo es a mi prima Fiorella acercándose a Giuliano mientras sonríe y abre los brazos para alzar en volandas al que es su hijo, aunque yo no deje de llamarlo «mío».

Y ahí está: el golpe de gracia y la tercera cosa que hoy cambiará mi vida para siempre.

56

León



No sé qué significa exactamente la aparición de Fiorella, pero sé que no es bueno. Giulia está como en shock. Miramos cómo su prima coge en brazos a Giuliano y, aunque el niño no se niega, no está ni la mitad de receptivo que cuando lo coge Giulia. De hecho, no para de mirar por todo el patio hasta que encuentra el punto exacto en el que estamos.

Sin embargo, no nos movemos. Miro a la mujer que, hasta hace un segundo, sonreía y bromeaba conmigo. No hay ni rastro de ella. Me gustaría decir que sé lo que está sintiendo y a qué se debe su reacción, pero no es así, porque su cara se ha quedado en blanco. Podría estar sosteniendo las emociones del maldito mundo y yo no lo sabría porque así es Giulia, tiene un don para esconder lo que de verdad siente.

—¿Nos acercamos? —pregunto incómodo en un momento dado.

Básicamente porque todo el mundo está sin saber qué hacer. Todos nos miran a nosotros y a Fiorella como si estuviéramos en un partido de tenis. Joder, hasta la propia Fiorella nos mira, pero Giulia no hace... nada. Es una estatua.

—Giulia... —insisto—. ¿Vamos?

—¿Para qué? —pregunta encogiendo los hombros.

Como primera reacción, no es la que esperaba, ni de lejos, pero quiero pensar que está nerviosa.

—¿Para saludar? —sugiero.

—Ah. Bueno.

Ahora mismo desearía ser más elocuente. De verdad, no sé cómo gestionar esto y, cuando busco a Abi con la mirada, parece tan tensa como yo. De todos modos, tampoco querría que fuera mi hermana quien la ayudase a pasar por esto. Mis sentimientos por Giulia incluyen unas ansias de protección que, a veces, ni siquiera yo entiendo, así que le sujeto la mano y, poco a poco, la acerco hasta donde están Fiorella y Giuliano, pero cuando llegamos no la suelto, tal vez porque una parte de mí tiene miedo de que, si la suelto ahora, eche a correr y no mire atrás ni una sola vez.

Su prima sonríe, como si no fuera consciente del tsunami de emociones que ha traído consigo.

—¿Qué tal, Giulia?

—No te esperaba aún. Dijiste que volverías en Navidad.

Fiorella se queda un poco cohibida, seguramente porque no imaginaba esa reacción. Giulia suena cortante, pero de todas formas su prima intenta reponerse rápido.

—Bueno, ¡sorpresa! ¿Podemos hablar en privado?

El niño, que seguía en brazos de su madre, baja y camina hacia Giulia, abrazándola por la cintura sin decir nada, como quien intuye que su vida está a punto de dar un nuevo giro de ciento ochenta grados.

—Entremos —murmuro—. En la casa estaremos más cómodos. ¿Os parece?

Las dos se muestran de acuerdo y, para cuando queremos movernos, Giuliano sigue pegado a Giulia y esta tiene que acuclillarse, cogerle por los brazos y separarlo de su cuerpo haciendo un poco de fuerza.

—Vengo enseguida, ¿vale?

—¿Vas a irte?

—No, cielo. Solo voy a entrar en la casa para hablar con mamá.

—No te vayas.

Los ojos del pequeño se llenan de lágrimas tan rápido que Giulia le sostiene las mejillas y lo obliga a mirarla.

—No voy a irme todavía, Giu. Quédate tranquilo.

«Todavía». He oído tantas veces esa palabra en estos dos meses que he empezado a aborrecerla con toda mi alma.

Consigue separarse del niño, sobre todo porque Abi aparece y, esta vez, sí interviene. Junto con Bella, logra distraer a Giuliano y llevarlo a otro punto de la fiesta. Mi madre, por su lado, se ha dedicado a entretener a los vecinos para que no estén tan pendientes de nosotros o, como mínimo, disimulen más. Los padres de Giulia no hablan, pero se acercan, dejándonos claro que no piensan permitir que vayamos a ninguna parte sin ellos.

Giulia, sus padres, Fiorella y yo, que tampoco pienso irme ni aunque me echen, entramos en casa de mis padres. Las puertas del salón se cierran y, por amplio que sea, que lo es, siento que las paredes y los muebles podrían asfixiarme de la tensión que se respira en el ambiente.

—¿Qué está pasando, Fiorella? —pregunta Giulia entonces—. ¿Por qué no has avisado de que venías? Habría preparado a Giuliano.

—¿Prepararlo para qué? ¿Para ver a su madre? —Giulia no responde y Fiorella sonríe, no con malicia, sino con nerviosismo—. Es mi hijo, prima. No hay nada que preparar.

—Para él es una sorpresa. Hace dos meses que no te ve.

—He enviado mensajes.

—Apenas.

—También os he mandado vídeos, pero viendo tus respuestas, no me ha dado la sensación de que el niño quisiera hablar mucho conmigo. ¿Qué querías que hiciera? ¿Obligarlo?

Giulia no responde. Han sido varias las veces que hemos hablado del tema y a mí siempre me ha dicho que Fiorella manda esos vídeos porque ella se los pide, pero que en ellos solo habla de sí misma y jamás pregunta por su hijo.

—Entonces, ¿ya está? ¿Has vuelto para quedarte?

—Oh, no. He vuelto porque necesito coger algunas cosas de casa antes de emprender mi nuevo proyecto.

—¿Proyecto?

—Vamos a ir a Australia. Mi chico y yo. —Fiorella sonríe nerviosa —. No he estado nunca y creo que me vendrá bien. Es un plan un poco loco, pero... pero me hace falta. Una gran aventura.

—Una gran aventura... —repite Giulia antes de inspirar hondo—. Entiendo.

Yo no entiendo nada. Giulia debería tener otro tipo de reacción. No sé. Debería parecer como mínimo sorprendida, pero solo parece tensa y recelosa.

—Volveré en Navidad, como hablamos, no te preocupes por eso.

—No me preocupo por eso —contesta—. ¿Qué cosas necesitas? Me lo podrías haber dicho y te las habría enviado por correo.

—Oh, eso... —Fiorella mira a su prima y, de nuevo, veo ese atisbo de inseguridad en ella.

Pese a lo que ha hecho, viéndola así ahora, no parece una mala persona. De verdad no creo que lo sea, pero es evidente que está muy perdida y tiene problemas que debería gestionar de una forma mucho más seria que yendo a Australia en busca de aventuras.

—Sí, eso. Dime, Fio, ¿qué necesitas?

Tarda unos instantes, pero no es tonta. Sabe que, si no habla ahora, las cosas van a ponerse mucho más difíciles.

—Mis padres han anulado mis tarjetas. Me dejaron la cuenta corriente, pero viajar es carísimo y no me queda mucho. Están siendo muy injustos.

—¿Has venido a por dinero?

—Más o menos. Tengo unas joyas que podría vender por una buena cantidad. —Giulia se envara y Fiorella se retuerce las manos, nerviosa—. Son joyas mías. Jamás me llevaría algo de Valdelila o de los abuelos.

—Gracias por especificarlo, pero yo no te he acusado de eso.

—No, pero estás ahí mirándome como si fuera una ladrona. Igual que tus padres.

—Eso no es cierto, cariño —dice Luca con suavidad—. Nadie te mira como si fueras una ladrona, pero creo que todos coincidimos en que estamos preocupados por ti.

—No tenéis por qué. Estoy bien, solo quiero... algo de liquidez. Eso no es malo. Y así de paso veía a mi hijo.

—Cielo, ¿de verdad tienes tantas ganas de ir a Australia? —pregunta la madre de Giulia con suavidad—. Podrías ir en unas vacaciones y tal vez llevar al pequeño, y...

—No.

—¿No? —pregunta Giulia enarcando una ceja—. ¿No podrías ir en el futuro o no podrías llevar al pequeño?

—Ninguna de las dos cosas. Quiero ir sola. Quiero... vivir aventuras sola antes de volver aquí y ser la madre que Giuliano merece. Quiero ocuparme de hacer las cosas que debería haber hecho pero no pude, primero por el internado y después por quedarme embarazada.

—Eso está muy bien, Fio, pero es que la vida no funciona así.

—¿Y cómo funciona? —pregunta ella molesta—. Dime, prima. Porque tú eres la primera que se ha dedicado a fundirse el dinero de sus padres. No te he conocido ni un trabajo serio.

—Hizo un anuncio para la tele —interviene Luca.

—Por eso he dicho «serio», tío.

Hasta yo aprieto los dientes. Esto es una mierda. Esta chica parece tener un discurso programado por el cual piensa que puede vivir como una adolescente rica, aunque no sea lo primero y pronto deje de ser lo segundo, si sigue gastando así.

No sé mucho acerca de los padres de Fiorella, aunque por lo que me ha contado Giulia, no creo que me fueran a caer demasiado bien, pero entiendo que le hayan cortado el grifo. Y es cierto que Giulia ha vivido siempre cómodamente gracias al dinero de sus padres, pero, en contra de lo que yo di por hecho al conocerla, no se comporta en absoluto como si fuera una niña mimada y caprichosa..., salvo cuando va de compras. E incluso así, disfruta más gastando dinero para Giu que para sí misma.

—Mira, Fio, haz lo que quieras con tus joyas y con tu dinero, pero dime cuándo te vas y qué le digo al crío.

—Nada, ¿qué vas a decirle? Yo soy su madre. Hablaré con él y le explicaré las cosas, igual que ya hice la primera vez que me fui.

Según me contó Giulia, había averiguado a través del niño que Fiorella lo sentó y le explicó que se iba a marchar porque sentía que la vida la superaba y ser madre era demasiado para ella. Giulia me lo contó ardiendo de rabia porque decía que Fiorella debería haber respetado la inocencia de su hijo y no cargarle con culpas que no le pertenecen, porque no pidió nacer. Y no puedo estar más de acuerdo con ella, así que no es de extrañar que ahora mismo mi

chica —porque es mi chica, aunque ella no lo sepa— esté envarada solo de pensar en que Fiorella pueda soltarle un discurso parecido a Giuliano de nuevo.

—¿Qué te parece si hablo yo con él?

—¿Por qué? ¿Crees que lo haré mal?

—Para nada, pero tienes razón, ¿sabes? Te mereces unas buenas vacaciones y Giuliano últimamente está un poco llorón y demandante. No quiero que te haga sentir culpable por irte. Es obvio que necesitas hacer esto.

El modo en que intenta usar la psicología con ella es tan absurdo que pienso que su prima no caerá, pero esta, en su desesperación por librarse de cualquier responsabilidad, asiente y carraspea, sonriendo un poco.

—Sí, a eso me refiero. Yo sabía que podía contar contigo. Si alguien puede entenderme, eres tú.

—Claro que sí. No te preocupes por nada, todo está controlado. Tú coge lo que necesites, haz las maletas de nuevo y vete. Yo me ocupo de Giuliano.

—Te debo una enorme. Cuando vuelva nos vamos a ir de fiesta, como en los viejos tiempos, ¿te acuerdas?

Giulia sonríe y asiente, pero no dice nada. Y yo empiezo a helarme por dentro, porque hay algo en la forma de mirar a su prima..., algo que me dice que no está bien. Nada lo está. No sé qué está sintiendo, pero sé que no es bueno y está arrasando con ella.

Y, cuando un rato después se marcha de mi fiesta de cumpleaños y de mi casa sin apenas mirarme a la cara, lo confirmo. No sé qué está pasando, pero sé que, sea lo que sea, está poniendo nuestra vida al completo en jaque mate.

57

Giulia



Dos días después de que el huracán de Fiorella llegara, está lista para marcharse. En realidad podría haberse largado el mismo día que vino, teniendo en cuenta que lo único que quería era dinero, pero hay una razón muy potente para que no lo haya hecho. Una razón que debería haber sido su hijo, pero no.

El motivo por el que ha tardado dos días en hacer maletas nuevas es que ese es el tiempo que ha tardado en vender algunas de sus joyas más caras en la ciudad. Y ni siquiera ha tenido la decencia de esconderse o tratar de justificarse. En su cabeza, lo que está haciendo es lógico. Eso es lo que peor me tiene. Fiorella no entiende que está rompiendo el corazón de un niño de seis años porque, para ella, el único corazón que importa es el suyo.

Necesita priorizarse por primera vez en la vida, dice. Que no lo ha hecho nunca, porque toda su niñez la pasó buscando la aprobación de sus padres y después se quedó embarazada y abandonó la adolescencia cuando no le tocaba. Me sorprende que, en todos los discursos que ha dado en estas cuarenta y ocho horas, ni una sola vez se ha responsabilizado de nada.

Mis tíos son unos bichos, sobre todo mi tía, y es verdad que no son ni de lejos buenos padres. Mi prima ha tenido una infancia sobrante de cosas materiales y dinero y carente de cariño y apego. Hasta ahí estamos de acuerdo. E incluso podría respetar su decisión de vivir como le dé la gana, ahora que es adulta.

La podría respetar si no hubiera un niño de por medio. Porque cuando hay niños, la cosa cambia por completo.

Yo entiendo que hay mujeres que no quieren ser madres. Yo misma he albergado dudas a menudo. Estoy a favor de que, quien no quiera tener hijos, no los tenga. Pero una vez que decides tenerlos, debes aceptar que son una responsabilidad para toda la vida. Aquí es donde no puedo estar de acuerdo con Fiorella. Ella culpa a Giuliano de haber terminado de joder su vida cuando, en realidad, fue ella quien tomó la decisión de seguir adelante con el embarazo —supongo que en un arranque de rebeldía contra mis tíos —. O tal vez quería convencerse de que podía ser diferente a ellos. No lo sé, lo que sí sé es que ahora hay un niño pagando las consecuencias de sus actos. Y, si bien entiendo que no es feliz y es obvio que no está bien psicológicamente hablando, no puedo respetar ni justificar su comportamiento con Giuliano.

El niño ha vuelto a ser taciturno, serio y escaso de palabras. Solo le han bastado dos días para dar pasos de gigante hacia atrás, demostrando la forma en que todo esto le afecta. ¿Y qué ha hecho mi prima? No acercarse a él. Decirme una y otra vez que no sabe cómo conectar con él, que no lo entiende y que no es como los demás niños.

—Es el único de su clase que disfruta leyendo en vez de jugando.

—Eso no lo convierte en un niño raro, Fiorella. Lo convierte en un niño curioso y de mente activa. Es listísimo.

—No le gusta hacer deporte.

—Quiso apuntarse a baloncesto y no se lo permitiste.

Me mira mal. Estamos en el porche, cada una con un botellín de cerveza. Giuliano duerme con mis padres, que, por una vez, no están en el jardín a estas horas. Supongo que están dándonos espacio para hablar de lo que sea que se suponga que tenemos que hablar, teniendo en cuenta que Fiorella se va a marchar por la mañana.

—No necesita ir a clases para jugar al baloncesto. Me ofrecí a comprarle una canasta y no quiso.

—Porque él no quería el baloncesto tanto como el contacto con otros niños. Eso es importante.

—Pero si a él no le gusta estar con otros niños. Iba a las funciones del colegio y nunca quería bailar ni relacionarse.

Dios mío, tengo tantas ganas de darle en la cabeza con el botellín que me sorprende que mi único gesto sea apretar el cristal con fuerza y respirar hondo.

—Eso no quiere decir que no le guste estar con otros niños. Simplemente le cuesta un poco al principio. A ti te ocurría lo mismo.

—No es verdad —me dice como si le hubiera dedicado el mayor insulto del mundo.

—De pequeña odiabas las fiestas. Tenía que arrastrarte por ahí a todas.

—Pero porque yo era muy tímida por culpa de mis padres. Nada más.

—Bueno, pues resulta que Giuliano también lo es —contesto entre dientes, soportando esta conversación a duras penas—. Y no por eso deja de ser un niño increíble. Tendrías que verlo montar a caballo, por ejemplo. Se le da bien, dice que quiere ser veterinario.

—Mis padres jamás me habrían permitido ser veterinaria.

Suspiro. Otra vez. Da igual qué diga o haga, porque ella todo lo convierte en un tema suyo. Es egoísta, pero estoy segura de que, si se lo dijera, se ofendería muchísimo. En su cabeza, ella es víctima de todo y de todos. El resto del mundo ni le importa ni lo tiene en cuenta. Y eso incluye a su hijo.

—Por suerte, Giu te tiene a ti, que respetarás sus gustos porque sabes lo mucho que duele que te nieguen algo que quieres con todo tu corazón.

La miro de reojo, pero está concentrada en el jardín y hace como si no me hubiera oído.

—Te has dado una paliza en el sótano para nada —me dice después de un rato—. No pienso seguir con el negocio cuando vuelva.

—No tienes que hacerlo, igual que no cuidaste tú de los campos de lavanda.

—¿Y entonces? ¿Quién lo hará todo cuando yo vuelva y tú te vayas?

Siempre he presumido de no saber cómo es tener el corazón roto, hasta hoy.

No es lo que dice, sino lo que significa. Porque yo ya lo sabía, pero esto es la constatación de que llevo dos meses construyendo un castillo sobre arenas movedizas.

—Nadie. Ha sido solo un experimento que terminará cuando yo deje Valdelila —digo, pese a lo mucho que me duele imaginar un futuro así. Luego, sin poderme controlar, añado en tono cortante—: Y si decido continuar con ello en la distancia, no te preocupes, que ya contrataré a alguien. Si necesito dinero para pagarle, siempre puedo vender unas cuantas joyas.

Sus mejillas se tiñen de rosa, no por la vergüenza, sino por el enfado, pero se calla, claro que se calla. Sabe que está a punto de largarse y dejarme a Giuliano de nuevo. Lo que ella no entiende es que, aunque al principio no tenía ni idea de cómo cuidarlo, ahora mismo esa tarea me parece un auténtico privilegio. Para ella Giuliano es una piedra en el zapato que no la deja caminar tanto como quiere, ahora que ha decidido, por fin, rebelarse contra sus padres. Para mí, ese niño es un tesoro que me ha robado el corazón y ha vuelto mi vida del revés, porque, aunque yo vaya a marcharme en unos meses, nunca podré ser la misma gracias a él.

Pero no le explico nada de eso a Fiorella; no merece la pena. Como tampoco merece la pena explicarle que, por dentro, estoy desangrándome al imaginar el momento en que tenga que decirle adiós a su hijo. En lugar de eso, me acabo mi cerveza, hablamos acerca de todo lo que necesito saber de cara al inicio del curso y le aseguro que no tiene que dejarme dinero para cubrir los gastos de Giuliano. Yo me encargo.

No mucho después, subo las escaleras y entro en el cuarto que comparto con Giu. Él duerme mientras mis padres ven una serie en la tablet en tono bajo. Me miran y no sé qué ven, pero se levantan, besan mis mejillas y me dejan a solas con el niño dormido. Me meto en la cama, lo abrazo con cuidado y siento, por primera vez en mis veinticinco años de vida, que podría deshidratarme llorando si me diera permiso a mí misma.

—No te preocupes, Giu —susurra él sobresaltándome. Alza la carita y clava sus preciosos ojos verdes en mí—. Tranquila, tengo un plan.

—¿Para qué, amiguito?

—Mamá me ha dicho que volverá en Navidad, así que no hay problema.

Sonríe ilusionado y no sé si es por el shock o por la tristeza que me ahoga, pero no lo entiendo.

—No te entiendo, Giu.

—En Navidad también vienen Papá Noel y los Reyes Magos. Voy a pedirles a todos ellos que tú seas mi mamá, así dará igual si ella vuelve o no, porque yo seré tuyo y ya no tendrás que irte.

No sé qué esperaba sentir y no sé qué quiere Giu que diga, pero las lágrimas que he sostenido a duras penas salen y, aunque el niño me mira preocupado, me apresuro a limpiármelas y prometerle que son lágrimas de emoción.

—Es que me pone muy contenta pensar en Papá Noel y los Reyes.

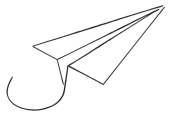
—¿Te gusta mi idea?

Debería decirle que no. Tengo que contarle que cuando llegue Navidad su madre vendrá, yo me iré y no hay seres mágicos que puedan ayudarnos, pero creo que es suficiente con que solo sea mi corazón el que esté roto. El suyo puede esperar un poquito más. Solo un poquito porque, si no puedo evitar que nuestros caminos se separen, dedicaré los cuatro meses que nos quedan juntos a hacerlo el niño más feliz del mundo.

—Es una gran idea —le digo.

Porque Giuliano no tiene por qué saber que, en secreto, yo también desearía que fuera hijo mío y no de Fiorella. No tiene por qué saber que nunca en mi vida he deseado tanto volver a creer en la magia como ahora.

Fiorella



Observo el pesebre de la iglesia a la que mi madre me ha traído para la misa de medianoche. Es, oficialmente, Navidad, pero todo lo que puedo pensar mientras miro la estatua del niño Jesús en la cuna es que en pocos meses yo tendré un niño de verdad.

Y no quiero.

Inspiro hondo y me pregunto, no por primera vez, cómo es que me siento tan abandonada a mi suerte. Cómo he podido cometer un error tan grande. Dos, en realidad.

El primero fue quedarme embarazada de la manera más absurda e irresponsable en una de las poquísimas noches de fiesta que he tenido en mi vida. Y con alguien que ni de lejos es una buena opción para ser padre.

El segundo, contárselo a mis padres.

No sé qué esperaba. O sí, claro que lo sé. Quería abortar. Quería que me dijeran que, aunque había sido idiota, íbamos a solucionarlo. La histeria me cegó, porque si lo hubiera pensado bien habría sabido que eso, para mi madre, no era una opción.

Tendría que haber recurrido a Giulia, pero desde que mis abuelos murieron hace tres años apenas hablamos. Apenas nos vemos, tampoco. Y aun así... debería haber recurrido a ella. Es la única que de verdad se habría preocupado por mí y no solo por el bebé que viene en camino.

No lo quiero. Se lo dije a mi madre, que no lo quería, pero solo me dijo que los hijos son una responsabilidad y que aprendería a quererlo con el tiempo. Quise preguntarle si a ella le pasó eso. De verdad ansié preguntarle si aprendió a quererme, porque no lo creo,

pero lo cierto es que no me atreví porque, en realidad, solo soy una chica cobarde y estúpida que tiró por la borda la única oportunidad que tuvo para ser feliz.

Tengo dieciocho años, debería estar celebrando mi libertad. Dejando de envidiar a mi prima Giulia cada vez que veo sus redes sociales y viviendo mi propia vida. Viendo mundo. Viajando. Soñando. Disfrutando. Alejándome de mis padres para siempre.

Pero de alguna manera estoy más cerca de ellos que nunca, porque, cuando se enteraron de lo de mi embarazo, decidieron que por primera vez en años podía vivir en su casa, y ahora controlan cada paso que doy.

¿Quién iba a decir que acabaría echando de menos el internado?

Acaricio mi vientre, que ya empieza a abultarse. Estoy de cuatro meses. Ya no puedo abortar. Lo sé porque me he informado.

Voy a tener un bebé y él o ella será tan infeliz como yo, porque empiezo a darme cuenta de que mi madre es quien pretende tejer la red en la que quedará atrapado, del mismo modo que hizo conmigo. Ya habla de niñeras y futuros internados como si no fuera más que un muñeco de arcilla.

—Fiorella, vamos —me dice—. No podemos estar aquí toda la noche.

No protesto. Me dejo arrastrar hacia casa porque, en realidad, me siento igual de entumecida en esta iglesia que en cualquier otra parte del mundo.

No. Eso no es cierto. Hay una parte del mundo en la que no me he sentido nunca entumecida, pero es un lugar al que no he vuelto desde que mis abuelos murieron.

Vuelvo a mirar mi vientre hinchado. No quiero este bebé, no quiero ser madre, pero ya está hecho, va a venir, será responsabilidad mía y, por más que mi madre quiera manejar los hilos, soy yo quien va a tenerlo.

—Yo no quiero vivir en vuestra casa —digo desde la parte trasera del coche.

Observo las nucas de mis padres, pero ninguno hace gesto alguno. En mi padre es normal, porque no suele hablar casi nunca. Pero en mi madre...

—He dicho que no quiero... —insisto.

—Ya te hemos oído —dice mi madre—. Simplemente estamos dándote tiempo de rectificar para que no vuelvas a decir semejante estupidez.

—No es una estupidez.

Mi madre guarda silencio. Otra vez. No es raro, en realidad, me han aplicado la ley de hielo cada vez que he intentado tener una opinión firme sobre algo. Hacemos el resto del trayecto en silencio, entramos en casa en silencio y, cuando suben las escaleras para ir a su habitación, los detengo.

No he sido valiente casi nunca, no es algo que me enorgullezca, pero es la verdad. Sin embargo, tal vez pueda serlo una vez. Solo una vez en mi vida.

—Voy a irme a Valdelila, a casa de los abuelos.

Mi madre se gira y su mirada es tan fría que me estremezco.

—No, no lo harás.

—Sí. No tenéis que estar de acuerdo, pero si es así, si no me apoyáis, pediré ayuda al tío Luca y la tía Mariella. La mitad de la casa es suya y estoy segura de que me la dejarán.

Mencionar a mi tío Luca es como mencionar a Lucifer en mi casa. Mi madre lo odia. Siempre dice que no entiende a quién ha salido, pero la realidad es que mi padre es el raro de la familia. Mis abuelos eran un poco excéntricos pero unas bellísimas personas. Mi padre en cambio es una marioneta. Alguien que solo vive para acatar las órdenes de mi madre. Y, al parecer, yo he salido a él, porque he sido así toda mi vida, pero no pienso seguir así.

—Tengo dieciocho años, puedo hacerlo —insisto en un alarde de valentía.

O tal vez estoy comportándome como una kamikaze. No sé.

Mi madre se desata. Me grita, me echa en cara que no haya logrado ser nunca la hija perfecta que ella moldeó. No con esas palabras, claro, pero el mensaje es esencialmente ese. Me dice cosas horribles con el propósito de herirme y hacerme caer en una espiral de dolor que termine conmigo bajo su yugo, pero no cedo.

Me mantengo firme e inexpresiva mientras ella dice barbaridades y yo pienso que no quiero ser madre, pero aun así voy a hacer por mi

bebé mucho más de lo que nadie hizo nunca por mí: voy a alejarlo de esta casa.

A lo mejor es el mayor error de mi vida. Tal vez me arrepienta en algún momento, pero si una cosa tengo clara es que, una vez tomada la decisión, no puedo volver atrás.

Volver a pedirles ayuda a mis padres no es una opción. Acercar mi bebé a ellos para que le destrocen la vida, menos. Estoy sola, para bien y para mal.

Y si las cosas van muy mal... siempre puedo recurrir a las únicas personas de esta familia capaces de dar amor sin maltratar a cambio.

Los únicos que sé que soportarán mis errores sin preguntar y querrán a mi bebé si me pasa algo.

Aunque ese algo sea yo misma tomando decisiones equivocadas.

58

León



Llego a Casa Lavanda tan temprano que me quedo en el coche un rato, por si me he pasado. Por suerte, en algún momento Mariella, la madre de Giulia, sale con dos tazas de café en las manos y me ofrece una.

—Entra, estamos todos en la cocina.

—¿Fiorella?

—A punto de irse.

Asiento y salgo del coche, acepto la taza y doy un sorbo mientras caminamos juntos hacia la casa.

No he visto a Giulia desde que llegó su prima. No ha sido porque me haya ignorado, de hecho ha respondido a todos mis mensajes, pero está rara. No quiero pensarlo demasiado. Imagino que para ella la vuelta de Fiorella es un dolor de cabeza, pero algo me dice que hay algo más, que las cosas no van como deberían.

Y cuando entro en la casa lo confirmo, porque Giulia me ve, sonríe, pero no se acerca a besarme ni se mete conmigo. No hace nada, salvo acariciar el pelo de Giuliano, que desayuna en silencio a su lado.

—Buenos días.

—Oh, hola, León —dice Fiorella—. No esperaba verte, y menos tan temprano.

—Ya, bueno, he venido a ver si Giuliano quería ir a montar a Balti antes de que apriete el calor.

No es mentira. De verdad creo que al niño puede venirle bien la distracción, y compruebo que estoy en lo cierto en cuanto él me mira sonriente y asiente.

—¿Me esperas a que desayune superrápido?

—Claro, campeón, no hay problema.

Giulia vuelve a observarme, pero sigue sin decir nada.

—¿Quieres venir? Ángel te echa de menos.

«Yo te echo de menos», ansío decir, pero no me atrevo, porque no sé cuál va a ser la respuesta.

Es una mierda vivir así. No quiero ser un tipo inseguro, pero es inevitable, si tenemos en cuenta que he perdido la cabeza por alguien que la mayoría de las veces sale por derroteros que me pillan desprevenido. Nunca sé qué esperar de Giulia y eso me enamora y me acojona a partes iguales. Estoy muy jodido.

La despedida entre Fiorella y Giulia es fría, pero no más que la de Giuliano con su madre. Es como ver a una estatua y a un árbol intentando despedirse. No hay *feeling* de ningún tipo. Tanto es así que, cuando Fiorella sube al coche de alquiler que ha traído y se marcha, el niño suspira con un alivio tal que me estremezco.

—Por fin —murmura a nadie en particular.

A su lado, Giulia retiene el aire de una forma tan evidente que puedo verlo, porque un segundo después lo suelta de golpe y acaricia los hombros de Giuliano.

—Ve a vestirte, ¿vale? Si quieres montar a Balti no puedes hacerlo en pijama.

El niño no protesta y entra con los padres de Giulia. Pensé que tendría un momento a solas con ella, pero se mete en casa sin mirarme y, cuando vuelve a salir, lo hace con un pantalón vaquero, camiseta de manga corta, una coleta y los labios más rojos que le he visto nunca. Y llámame «tonto», pero entre su frialdad y ese gesto, que equivale a levantar un muro infinito entre ambos, me siento como si me hubiera dado un puñetazo en la boca del estómago.

El camino hasta la finca lo hacemos en silencio y, al llegar, Giulia no está mucho más comunicativa.

—¿Cómo ha ido con Fiorella?

—Nada nuevo, todo lo que te conté por mensaje.

No quiero decirle que por mensaje se limitó a contar que su prima es una imbécil, algo con lo que estoy de acuerdo, pero aun así...

—¿Cómo se ha tomado Giuliano todo esto?

—Bien.

Bueno, pues ya podemos confirmar que está igual de comunicativa que yo cuando llegué aquí y me pasaba los días gruñéndole a todo el mundo. La única parte positiva es que eso me ayuda a entender a mi familia un poco más. Me hago una nota mental para comprarles algo bonito por soportarme tanto tiempo sin mandarme a la mierda.

No es que piense mandar a Giulia a la mierda, pero se hace muy complicado conversar con una persona cuando claramente no quiere hablar y, de por sí, tú ya eres introvertido y de pocas palabras.

El paseo es tranquilo. Giu se lo pasa en grande y no para de hablar de todo lo que quiere hacer lo que resta de verano, antes de volver al cole. Parece feliz. Tan feliz que sospecho que hay algo que no sé. Por eso, cuando terminamos, le pido que entre en casa de mi hermana para saludar a Bella y, sin salir aún de las caballerizas, le pregunto a Giulia sin rodeos:

—¿Por qué está Giu así de contento? ¿De verdad no le importa que su madre se haya vuelto a marchar?

Para mi sorpresa, esta vez ella no evita responderme.

—Tiene un plan. Va a pedirles a Papá Noel y a los Reyes Magos que yo sea su madre.

La miro con la boca abierta.

—Oh.

—Sí. Oh.

—Es una mierda.

—Lo es.

Estoy cansado, lo reconozco, y también nervioso; la paciencia no es lo mío en este sentido, así que pregunto sin más miramientos:

—¿Está todo bien? Entre nosotros, digo.

—Sí, claro.

—No lo parece.

—¿No?

—No.

—¿Y eso por qué?

—No sé. Estás callada, borde y seria.

—O sea, estoy como estás tú la mayor parte del tiempo.

Touché.

Me quedo en silencio porque no sé qué decir. Pensé que con ella era distinto, últimamente lo era, pero a lo mejor me lo tengo merecido, quién sabe.

—Bueno, si necesitas hablar o lo que sea...

—Estoy bien, gracias.

No se me ocurre cómo continuar con la conversación, y ella está tan cortante que me da miedo despertar a la bestia, porque así es como se siente hablar con Giulia ahora mismo, como si fuera una olla a presión a puntito de reventar. Por eso me sorprendo cuando, al salir de los establos, se acerca y me besa.

—¿Vienes esta noche? Podemos bajar al sótano.

La pregunta no tiene muchas interpretaciones posibles: es evidente que quiere sexo.

Y está bien, de verdad, hasta no hace mucho yo habría estado feliz con este tipo de relación y trato, pero ahora mismo me siento... sucio. Como si hubiera algo aquí que no encajara.

—Puedo ir..., pero antes me gustaría tener una charla acerca de lo que ha pasado.

—¿Otra vez, gatito? Ya te he dicho que nada.

—No te creo.

—Pues tienes que hacerlo. No ha pasado nada que no esperase. Fiorella ha venido, se ha comportado como una capulla y me ha recordado que todo esto es pasajero. Tengo unos meses más para disfrutar del entretenimiento que suponen Giuliano, Casa Lavanda y tú. Y luego haré las maletas y me marcharé a donde sea que pueda empezar de cero.

De todas las cosas que ha dicho, no sé cuál es la que me ha dolido más. Tal vez la que confirma mis peores temores: que, al revés de lo que me sucede a mí, ella no ha desarrollado ningún tipo de sentimiento por mí más allá del cariño y la química que se necesitan para que dos personas tengan un sexo increíble.

Siento una presión en el pecho tan grande que no puedo evitar mis siguientes palabras.

—¿Eso es todo lo que soy? —pregunto en tono tranquilo, como si por dentro no estuviera resquebrajando los cimientos de todo lo que creía haber construido en estos meses—. ¿Un entretenimiento? —Giulia no responde. Y eso es motivo suficiente para terminar de romperme. Podría haber dicho algo, lo que fuera, y yo me habría aferrado a eso como a un clavo ardiendo sin importar que no tuviera sentido. Pero el silencio..., el silencio puede doler tanto como las palabras más crueles del mundo. Quizás más—. Está bien —digo asintiendo—. Vale.

—Oye, León...

—No, lo entiendo. De verdad. Me queda claro.

—Siempre supimos que era algo pasajero. Nos hemos divertido, ¿no?

—Claro.

—¿Para qué complicarlo? Vienes a casa o voy a tu cabaña, nos regalamos unos orgasmos increíbles y luego cada uno sigue con lo suyo. —Me muerdo el labio y la miro asintiendo, pero no porque esté de acuerdo, sino porque no puedo creer que esté siendo tan fría—. Divertido y casual, justo como nos gusta.

Intenta sonreír, pero a mí todo esto me asfixia tanto que no puedo seguirle la corriente, así que señalo un punto inexacto por encima de mi hombro y hago una mueca que bien podría ser de sonrisa, de asco o de enfado.

—Acabo de acordarme de que he dejado algo sin hacer en casa.

No me cree. Claro que no me cree. Es una excusa de mierda, pero es mejor que desmoronarme delante de ella y confesar que, por primera vez en años, había comenzado a creer que existía algo capaz de lograr que me ilusionara de nuevo. Alguien que me hacía sentir vivo, después de todo.

No puedo confesarle que algunas noches, mientras ella dormía en mis brazos, me he sentido el puto rey del mundo y me he desvelado pensando en la forma de conseguir que no fueran unas cuantas noches, sino todas las que me quedan.

No. No puedo decirle nada de eso porque si algo me ha dejado claro Giulia es que mi estancia en su vida tiene una fecha de

caducidad muy clara y luego me echará de una patada sin el menor remordimiento.

Y ni siquiera puedo enfadarme con ella porque, en el fondo, nunca me ha mentido a ese respecto. He sido yo quien ha creído, como un iluso, que las cosas podrían cambiar.

Por eso hago lo único que sé: irme a casa sin aspavientos, sin grandes dramas ni discursos larguísimos. Sin hacer ruido.

Irme a casa y lamerme las heridas en solitario, como he hecho siempre. Como debería haber seguido haciendo.

59

Giulia



Dos días después de que León me mirase como si yo fuera una villana de película, todavía no he sabido nada de él. Y no lo entiendo. No entiendo por qué no ha venido y tampoco entiendo por qué parecía tan dolido con lo que dije. Nuestro final era previsible, estaba escrito desde el principio y él lo sabía. Yo no he mentido ni he sido deshonesta a lo largo de estas semanas: dejé muy claro en todo momento que no éramos pareja, que esto era temporal, así que no tiene sentido que me mirase y me tratase así. Igual que tampoco lo tiene que yo me sienta, de hecho, como una villana.

No debería sentirme así cuando no he engañado a nadie, ni siquiera a mí misma; siempre he sabido que las cosas con León terminarían tarde o temprano.

Y no debería dolerme su ausencia, pero me duele, maldita sea.

Lo único que lo ha hecho soportable es mi obsesión por hacer todo tipo de actividades con Giuliano. El niño está saturado, creo, porque anoche me dijo que hoy podía ir a dar una vuelta con mis amigos, si quería. Intuyo que eso significa que está harto de hacer manualidades, darse baños en la piscina, hacer senderismo, ver películas o jugar en el patio. Desde que me quedé a su cargo hemos estado haciendo todo eso y más, desde luego, pero no a este nivel. No con esta necesidad de estar cada minuto con él y, al mismo tiempo, sentir que me duele el pecho cada vez que lo miro porque soy más consciente que nunca de que el tiempo no perdona. Tenemos sobre nuestras cabezas un reloj de arena corriendo al que cada vez le queda menos, pero eso él lo desconoce.

Él, de hecho, sigue convencidísimo de que Papá Noel y los Reyes Magos se encargarán de solucionarlo todo.

—¿Qué harás hoy? —pregunta mi madre.

Estamos en la cocina, Giuliano todavía no se ha despertado, porque anoche nos dormimos tarde viendo una película proyectada en el jardín. Mis padres han sido vitales a la hora de sobrellevar esta situación, pero ni siquiera sus intentos de ánimo han surtido efecto porque, cada vez que sacan el tema de Fiorella, me cierro en banda y me niego a hablar.

No quiero hablar de nada de esto con nadie. No me siento capaz ni serviría para nada, porque ¿qué se puede hacer? No soy su madre y esta no es mi casa, no es mi vida. Simplemente he sido lo bastante tonta como para dejarme llevar y creer que sí que lo era. Así que no, no quiero hablarlo, lo único que quiero es disfrutar del niño y coleccionar tantos recuerdos como sea posible para llevármelos conmigo cuando llegue la hora.

—Poca cosa —admito—. Ayer compré arcilla de secado al aire y quería hacer figuras con Giuliano. Creo que puede ser divertido. —Mi madre no responde, pero me mira—. ¿Qué?

—¿Y el trabajo?

—¿Qué trabajo?

—El sótano. Hace días que no bajas.

—Ah. Bueno, es que no estoy inspirada.

—No tienes que estar inspirada para bajar. Tenías pendiente imprimir las etiquetas de prueba para las velas, ¿no?

—Ya lo haré en otro momento. ¡La arcilla no puede esperar! —exclamo con falsa alegría.

Y entonces, creo que por primera vez en mi vida, mi madre frunce el ceño y niega con la cabeza.

—Deberías prestar atención a las etiquetas.

—Mamá, ni que fuera de vital importancia. —No lo son. De hecho, cuanto antes empiece a despedirme del sótano y todo este absurdo negocio, mejor. A fin de cuentas, también está destinado a terminar en unos pocos meses.

—Lo es, pero no por las etiquetas, sino por lo que implican.

—¿Y qué implican, a ver?

—Estás huyendo, Giulia.

—¡No es verdad!

Mi madre me mira con tanta lástima que me ofendo. No me importa que se enfade o que me diga lo que opina acerca de cualquier cosa que haga, pero que me mire sintiendo lástima de mí es algo que me supera.

—Sé que la visita de Fiorella ha levantado un huracán de emociones. Soy tu madre, he intentado apoyarte y entenderte siempre, pero no estás gestionando esto bien, hija.

—No tengo tiempo de hablar de esto —murmuro mientras me levanto—. Voy a despertar a Giu.

—Hija...

—No, mamá, de verdad. Esto no es algo de lo que vayamos a hablar, lo siento.

Se queda en silencio. Supongo que no es fácil para ella llevarme la contraria cuando no lo ha hecho en veinticinco años. Tampoco es fácil para mí ver cómo lo intenta, así que hago lo que mejor se me da: irme.

Subo a la habitación y, cuando recibo un mensaje de Abi invitándome a pasar la mañana en la piscina de la Finca Lobo con ella y los niños, no lo pienso. Es la salida perfecta para esquivar el sótano, a mis padres y mis propias responsabilidades.

Despierto a Giu con la noticia de que vamos a ir con Bella y eso hace que el niño se vista a toda prisa. No queda mucho rastro del crío que juraba que Isabela Lobo lo obligaba a jugar. Es increíble cómo ha aprendido a ponerle límites a su amiga, pero, sobre todo, cómo se ha abierto a ella y al resto de los niños de su cole. No es el niño más extrovertido de su clase, ni muchísimo menos. No lo será nunca porque Giuliano tiende a ser tímido y serio, pero ya no tiene miedo de mostrarse al mundo y creo que ese es un gran avance.



Llegamos a la Finca Lobo, aparco el coche frente a la casa de Abi y no puedo evitar que mis ojos se vayan hacia el fondo de los terrenos, donde la cabaña de León parece sacada de un cuento. El

río a un lado, los prados y el bosque al otro y, en medio, una casa que, si bien no es inmensa ni lujosa, tiene todo lo que cualquiera pudiera desear, comenzando por su propietario.

Realmente me duele no haber sabido nada de él y, en parte, tengo que reconocerme a mí misma que he venido porque con un poco de suerte podré verlo por aquí. Provocarlo, arrancar algún tipo de reacción en él para recuperar la normalidad que teníamos hace una semana. Con más suerte aún, podré convencerlo de retomar nuestra relación en el punto en el que estaba, antes de que todo se fuera a la mierda. Porque no hay motivo para que no disfrutemos el uno del otro en los meses que nos quedan, ¿no?

—¡Mejor amiga! ¿Entras o qué? —Miro a Abi, con vaqueros cortos, una camiseta holgada que tapa su incipiente tripa de embarazada y un moño deshecho. Está descalza y se apoya en el quicio de la puerta con naturalidad. Es preciosa y tengo una suerte inmensa de haberla conocido mejor en estos meses. Trago saliva, porque voy a echarla de menos cuando me vaya, pero no se lo digo porque Abi embarazada está muchísimo más emocional que de costumbre y llora por todo, así que me limito a abrazarla cuando llego a su altura.

—¿Y esto? —pregunta ella antes de devolverme el gesto—. No es que me queje, pero pensaba que el miembro de mi familia que se llevaba todos tus abrazos era mi querido hermano y no yo.

—Tu hermano no está muy dispuesto a dejarse abrazar por mí, creo.

Abi frunce el ceño y chasquea la lengua.

—No creo que exista un mundo en el que León no quiera un abrazo tuyo. Lo tienes completamente loco, amiguita.

La adrenalina que siento, igual que sube, baja. Y la bajada es durísima y muchísimo más infernal que la subida, porque ahí es donde me doy cuenta de que tampoco existe un mundo en el que yo no quiera un abrazo de León, pese a que, en unos meses, estaré obligada a vivir sin verlo, ni tocarlo, ni mucho menos abrazarlo o besarlo.

No respondo a Abi y, por suerte, no hace falta, porque los niños se encargan de armar tanto barullo que los seguimos y nos ocupamos de ellos y de temas mucho más triviales.

Pasamos la mañana en la piscina familiar y, aunque me paso las horas mirando a mi alrededor, el único que aparece y se me echa encima como un loco es Bambi. En ese instante miro rápidamente en todas las direcciones, pero no hay ni rastro de León, y es imposible. Su perro jamás anda muy lejos de él. Está por aquí, lo sé, y sé que ha tenido que ver mi coche, pero no se acerca y eso... me duele. Joder, cómo me duele que me esté evitando.

Me quedo a comer, porque soy una persona con tendencia a revolcarme en la mierda, según parece, y necesito constatar de todas las formas posibles que León pasa de mí.

De hecho, Samu se une a la comida y, para el café, Carmen y Rafa aparecen con una bandeja de pasteles y la confirmación de que León está en su casa, pero no quiere salir.

—Tendrá un mal día. ¿Habéis discutido, cariño? —me pregunta.

No sé qué decir. La verdad es demasiado compleja y, además, no quiero fastidiar a León, pese a todo, y romper la burbuja de Carmen de que somos la pareja perfecta, así que encojo los hombros y sonrío como puedo.

—Hemos tenido algunas diferencias.

—Bueno, las peleas de enamorados son normales. Yo con mi Rafa discutía mucho también; eso mantiene viva la pasión.

—Mamá, por favor, no hables de tu pasión con papá en mi presencia.

—Ay, hija, no seas mojigata. Tienes una niña y un bebé en camino: entiendes de pasiones más que nadie.

—Carmen, por favor, no quiero saber nada de mi hijita en ese sentido —dice Rafa en tono lastimero.

Samuel se ríe, superdivertido con todo esto, y la conversación toma otros derroteros, por fortuna.

Es ya por la tarde cuando le pido a Giuliano que vaya recogiendo todo lo que Bella y él han dejado tirado por ahí; mientras lo hacen, me quedo a solas con Abi. Me sirve un café y habla sin tapujos.

—¿Qué vas a hacer?

—¿Con qué?

—¿Cómo que con qué? Con todo, Giulia. Con Giuliano, con mi hermano, con tu vida. Con todo, nena.

Es tan rotunda que tengo la sensación de que lleva todo el día esperando este momento. Abro la boca para decir algo, lo que sea, pero me doy cuenta de que la ansiedad me tapona el pecho y hablar me cuesta demasiado.

—Lo que tengo que hacer, supongo —digo sin más, incapaz de elaborar más mi respuesta.

—Ah, muy bien, qué específico. ¿Y puedes decirme qué es lo que tienes que hacer, según tú?

—Cuidar de Giuliano hasta Navidad y luego marcharme y dejarlo con su madre.

—Su madre, que ha vendido joyas para largarse a Australia.

—No deja de ser su madre por eso, Abi. Egoísta, sí, pero su madre de todas maneras.

—No se entiende con el niño, es evidente.

—¿Y qué? ¿Sabes cuántas madres hay por ahí que no se entienden con sus hijos?

—Lo sé, pero ella no le tiene apego al crío. No va a saber llevarlo.

—Repito: es su madre.

—¡Bueno, joder, pues no debería! Lo ha parido, sí, pero no todas las que paren son madres, Giulia. Ni todas las madres que crían han parido, tampoco.

—¿Adónde quieres llegar? —pregunto en tono cansado.

—Podrías quedarte con él. Creo que Fiorella incluso agradecería que le propusieras alargar este pacto.

—¿De qué hablas?

—De que luches por lo que quieres. Por Giuliano, por mi hermano y por quedarte.

—Tú no sabes lo que quiero —contesto con la respiración acelerada, porque la simple idea hace que me maree.

Abi me mira exasperada, como si estuviera harta de tener paciencia conmigo.

—Sé que ese niño ha conseguido en dos meses contigo mucho más de lo que ha conseguido con tu prima en seis años. Sé que tú misma has cambiado desde que llegaste; se te ve más relajada, más tranquila y feliz. Sé que lo quieres muchísimo y sé que te estás muriendo por dentro porque la visita de tu prima te ha recordado

que Giuliano no es tuyo, aunque estés actuando como si lo fuera. Por eso pienso que debes hacer lo posible para convertirlo en una realidad. Por tu felicidad, pero sobre todo por el bien del niño. Necesita una madre.

—Ya tiene una madre —le respondo, porque no sé qué más decir, no sé cómo enfrentarme al hecho de que Abi haya sabido leer mis emociones con tanta claridad.

—Una madre de verdad, Giulia —me rebate ella—. Una con la que compartir mucho más que ADN. Necesita que lo críes, eduques y motives de la forma en que una buena madre lo hace.

—Abi, yo sé que tus intenciones son buenas —digo interrumpiéndola, porque de verdad siento que todo esto me está superando—. Sé que quieres la felicidad de Giuliano, yo también, pero su madre es Fiorella y, cuando vuelva en Navidad, se hará cargo del niño y yo me iré. Así es como está estipulado y así es como tiene que ser.

—Pero si tú quisieras...

—¿Y quién ha dicho que quiera? —exploto—. ¿Por qué todo el mundo da por hecho, de pronto, que mi felicidad consiste en quedarme aquí y jugar a las casitas con un niño que no es mío, una empresa que ni siquiera existe y un hombre que tampoco es para mí?

Es como si le hubiera dado un puñetazo a Abi, pero nos hubiera hecho efecto a las dos. Tal y como las palabras salen de mi cuerpo siento que me muero por dentro, pero, por más que quiera, no soy capaz de reconocerle mis miedos y anhelos más profundos.

No puedo confesar que en estos dos meses cuidando de Giuliano, limpiando y poniendo al día el sótano y entregándome a León he sido más feliz que en mis veinticinco años de locuras y descontrol. No puedo, porque admitir eso en voz alta me obligaría a hacer algo al respecto, y la realidad es que soy una cobarde. No soportaría luchar por Giuliano y que Fiorella se resistiera; no soportaría ilusionarme de nuevo y sentir que lo pierdo una vez más. Como tampoco soportaría intentar que las cosas con la empresa y con León funcionaran para luego terminar fracasando como siempre.

—Está bien —dice Abi con voz sorprendentemente calmada—. No pasa nada, Giulia. Perdóname por haberlo sugerido.

Me quedo en silencio, porque sus palabras solo sirven para hacer más pesada mi carga, aunque no tengan esa intención. Me acabo mi café tan rápido como puedo y le pido que, por favor, avise a Giuliano de que nos vamos. Ella no se pone difícil, ni insiste más, y una parte de mí también se enfada por eso.

Joder, no me entiendo ni yo. Me molesta que me insistan en hacer algo con respecto a mi situación y me molesta aún más que no me digan nada. ¿Qué se supone que tiene que hacer la gente a mi alrededor para no sentir que caminan sobre cáscaras de huevo cuando estoy cerca? ¿Y qué se supone que tengo que hacer yo para dejar de sentirme así?

Recojo el bolso con las toallas que he traído y, cuando Abi vuelve, estoy más que lista para marcharme, porque lo cierto es que siento mucha vergüenza por mi comportamiento.

—Giulia...

—No quiero discutir —murmuro sin mirarla.

—Giulia... —Algo en su tono hace que la mire. Está lívida y, antes de que pueda preguntar, alza una mano con un papel—. Giuliano y Bella no están.

—¿Cómo que no están?

—Han desaparecido.

Oigo sus palabras, pero me río, porque ni siquiera soy capaz de concebir que puedan ir en serio.

—Bueno, será como la otra vez. Vamos a mirar en el jardín y...

—Giulia. —Agita la mano con el papel y se acerca—. Lee.

Lo hago. Tomo la hoja medio arrugada y leo la letra inconfundible de mi sobrino. Todavía no sabe escribir con fluidez, pero hemos estado todo el verano practicando con pequeños dictados. Reconocería esa letra en cualquier lugar del mundo.

Yo no quiero esa mamá. Me boy para siempre

El mundo no se detiene. Es algo que me sorprende. El aire acondicionado sigue zumbando, la tele de fondo suena como

siempre y nada parece agitarse. Todo continúa estático. Todo menos yo. Mi sangre bulle ante la imagen de Giu escuchando la conversación que acabo de mantener con Abi.

Siento que me consumo ante la idea de perder a Giuliano y un sinfín de escenarios catastróficos comienzan a pasar frente a mis ojos mientras Abi se pone en marcha, saca el teléfono y empieza a llamar a gente, porque yo, al parecer, me he convertido en una estatua por fuera.

Y en un volcán de lava y pánico por dentro.

60

León



La echo de menos, joder. La echo tanto de menos que siento que no respiro bien, por eso estoy en el gimnasio, sudando y esforzándome para que entrenar duro me ayude a olvidar que está a solo unos pasos de distancia. Mi perro ha volado en cuanto ha visto el descapotable de Giulia y yo he controlado las ansias de pasar por casa de mi hermana a duras penas.

Después de dos días sin verla ni hablar con ella quiero plantarme frente a su cara y decirle que la quiero. La quiero tanto que haría cualquier locura por ella, por disparatada que fuera. La quiero tanto que lo gritaría a los cuatro vientos en la plaza de Valdelila, con todo el maldito pueblo de testigo.

La quiero tanto que voy a respetar sus deseos, aunque estén consumiéndome por dentro, y voy a quedarme aquí sin atosigarla con mis sentimientos porque doy por hecho que emociones, a Giulia, le sobran ahora mismo. Podrá mostrarse tan fría como le apetezca, pero a mí no me engaña: la visita de Fiorella ha removido algo muy oscuro dentro de ella.

No necesita a un tipo intenso diciéndole que ha confundido las cosas y se ha enamorado como un idiota. No lo necesita, aunque me muera de ganas.

Por eso, cuando mi madre aparece en el gimnasio, estoy más que dispuesto a contarle la verdad. Si viene a insistir en que Giulia y yo estamos raros, le diré que, en realidad, nunca hubo una relación. Que fingimos salir para que ella me dejara tranquilo y que en algún

momento nos dejamos llevar y traspasamos la línea de lo físico, pero que para Giulia no ha sido más que eso: sexo y diversión.

Y después mentiré de nuevo, pero no sobre mi relación con Giulia, sino sobre mis sentimientos por ella, porque mi madre no tiene por qué saber que siento que, por segunda vez en la vida, se me niega la oportunidad de tener lo que más quiero.

Primero fue el baloncesto. Ahora Giulia del Valle.

Supongo que algunos nacemos con la misión de vivir creyendo que podemos alcanzar el cielo y perderlo todo justo cuando nuestros dedos apenas empiezan a rozarlo.

—Hijo, Giulia...

—Mira, mamá, si vienes a calentarme la cabeza con algo sobre nuestra relación, déjame decirte que...

—León —me interrumpe—. Mírame.

Lo hago. La miro y me basta un segundo para saber que algo anda mal. Tiene los ojos embargados de angustia, se retuerce las manos y su respiración es irregular, así que dejo las pesas de inmediato y voy hacia ella.

—¿Qué pasa?

—Giuliano y Bella se han ido.

—¿Se han ido? ¿Cómo que se han ido? ¿Adónde?

Mi madre me cuenta por encima la situación. La nota, la desaparición y que no los encuentran en los alrededores.

—No pueden haberse marchado tan lejos —murmuro mientras cojo la camiseta que me había quitado para entrenar y me la pongo —. Son dos críos de seis años, por Dios. No tienen las piernas tan largas.

—Hijo... —La voz de mi madre se rompe en un sollozo que me hace mirarla de inmediato—. Balti tampoco está.

Yo pensé que sabía lo que era el miedo, pero no tenía ni idea.

No sabía que el miedo, cuando brota de las entrañas, se siente como un demonio que lo ocupa todo.

Como si no dejara espacio para nada más que el pánico.

Quiero gritar. Quiero correr. Quiero reaccionar, pero lo único que hago es mirar a mi madre y desear con todas mis fuerzas haber oído mal.

Tiene que ser eso.
Esto no... esto no puede estar pasando.

61

Giulia



Me vuelvo loca.

Sé que me vuelvo loca porque hay un momento en que mi madre me mira a los ojos y me pide que me centre, pero yo ni siquiera sé cuándo ha llegado.

Miro a mi alrededor y veo a muchos de los vecinos de Valdelila en el patio de los Lobo. Todo el mundo está buscando a Bella y Giuliano. Todo el mundo menos yo, que estoy aquí quieta porque nadie me deja salir al bosque.

—Tú no lo entiendes —le digo a mi madre—. Está a punto de anochecer, mamá. ¡Y van en un caballo!

Me siento como si no estuviera dentro de mi cuerpo. Como si estuviera fuera, observando cómo se desarrolla todo esto mientras yo respiro con dificultad e intento hacer entender a todo el que me retiene que no puedo quedarme aquí, porque es vital que Giuliano y Bella aparezcan AHORA MISMO.

—Hija, Balti es muy noble —dice mi padre—. Cuidará de ellos.

—¡Es un caballo, papá! Un caballo que Giuliano ya sabe montar y al que Bella domina a la perfección. Hará lo que los niños digan y no se cuestionará nada, porque es un animal, no un ser humano con capacidad de cuidarlos de verdad.

Respiro peor y entonces lo noto: el desgarro. El mundo haciéndose pedazos mientras las primeras lágrimas brotan y mi padre me abraza con fuerza.

En medio de los peores sentimientos que he tenido nunca, oigo su voz a mi espalda.

—Giulia.

Me giro y veo a León, que a su vez me mira sin reproches ni enfados. Lo único que hay en su cara es el mismo terror que debe de haber en la mía. Suelto a mi padre y camino hacia él por inercia, porque tocarlo no hará que me sienta mejor, pero de algún modo me reconforta como nada más puede hacerlo.

Lo abrazo por la cintura y León no solo me devuelve el gesto, sino que me estrecha con fuerza, intentando infundirme un ánimo que ninguno de los dos siente.

—Voy a salir con mi caballo junto con Samu —murmura.

—León...

—Los voy a encontrar, te lo prometo.

—Pueden estar muy lejos. No entiendo cómo se han ido sin que nos diéramos cuenta —sollozo.

—Balti es un buen caballo. Es noble y tiene experiencia, no los pondrá en peligro.

Quiero volver a gritar que Balti no es más que un animal, pero si León confía tanto en el que es su caballo desde niño, yo no puedo ser menos, así que asiento y me separo de él.

—Quiero ir con vosotros.

—No.

—Pero...

—Solo nos retrasarías. —Su franqueza es tan habitual como siempre, incluso aunque duela. Enmarca mis mejillas entre las manos y se asegura de que lo mire a los ojos antes de hablar—. Tienes que quedarte aquí, no por ti, sino porque cuando Giuliano vuelva vas a ser la primera persona con la que querrá estar. La única.

Acabo de descubrir algo sobre mí misma: resulta que eso de que no soy una persona dada a llorar era mentira. Una mentira enorme. Sí, es cierto que en los últimos meses me he emocionado más de lo normal, pero pensaba que era una excepción por las circunstancias tan particulares en las que me hallaba. Sin embargo..., no, no era eso; ahora sé que no es que no fuera dada a llorar, es que nunca he tenido motivos suficientes para hacerlo. Pero ahora... ahora mis lágrimas brotan por todo. Por Giuliano, por el miedo, por León y

porque... porque estoy locamente enamorada de él y creo que no hay un peor momento que este para darse cuenta. Pero así es la vida, no espera a que estés lista para tirarte jarros de agua fría por encima.

La vida arrasa y no pregunta. Llega, se impone y a ti, como ser humano, solo te toca aceptarlo y seguir adelante como buenamente puedas.

León se va mientras yo siento que me desintegro. Miro su espalda y me pregunto cómo he podido mentirle y mentirme de un modo tan descarado. Sabía que mis sentimientos por él iban más allá del simple aprecio y de la atracción, no soy tan ingenua como para haberme engañado a ese nivel, pero esto que siento ahora mismo es tan potente que no me explico cómo he podido ignorarlo durante todo este tiempo. No estoy enamorada porque ahora esté buscando a mi sobrino y su sobrina como un loco. No es eso.

Estoy enamorada porque siempre ha sido igual de honesto y honrado con todo. Sé que lo quiero porque, de entre todas las personas que hay aquí, que son muchas, es el único al que necesito pedirle que me toque y me haga promesas, aunque sean en vano.

Sé que lo quiero porque dentro de mí existe la certeza absoluta de que León no es solo un gruñón con un pasado un poco tormentoso, sino alguien increíble que ha convertido mis días en Valdelila en un pasaje de película de esos que se quedan para siempre.

Lo quiero porque es una pieza fundamental del sueño que no sabía que tenía hasta que llegué aquí.

Lo quiero, pero no puedo decírselo. No ahora, cuando todo se está desmoronando de un modo tan crudo. Ahora lo único en lo que puedo pensar es en que él nunca me ha defraudado. Encontrará a los niños sanos y salvos y luego lo celebraremos a lo grande y nos olvidaremos de este terror que siento ahora.

Sí, eso es exactamente lo que ocurrirá.

Pero cuando pasan las horas, cae la noche y sigo sin tener noticias, ni de León ni de los niños, la poca esperanza que albergo se desvanece y todo lo que queda es la certeza de que la vida, a veces, es injusta sin motivos.

Porque yo no he sido la mejor cuidadora, ni la mejor trabajadora, ni siquiera la mejor novia, si es que puede decirse que alguna vez fui novia de León.

No, nunca he sido la mejor en nada, pero eso no significa que merezca esto. Nadie merece pasar por esto. Y en medio de esta tormenta me descubro preguntándome si debería avisar a Fiorella.

Y si la desaparición de su hijo va a importarle lo suficiente como para volver.

Me pregunto eso, y si no es muy triste albergar siquiera la duda, sea cual sea la respuesta.

62

León



Troto sobre Luci barriendo los bosques con la linterna mientras Samu hace lo mismo peinando el otro extremo de esta zona.

En casa, mi hermana, Giulia y el resto de la familia intentan sobrevivir al pánico como pueden. Aquí, Samu y yo tratamos de no hacer correr a los caballos y buscar paso a paso, tramo a tramo. Con una paciencia y una calma que estamos muy lejos de sentir. No hablamos, salvo para acabar de rastrear un área y comenzar en otra. Tampoco hace falta que ninguno de los dos diga algo, porque no tenemos más que mirarnos a los ojos para sentir cómo se nos hiela la sangre.

La noche es calurosa. Es la única parte positiva de todo esto. Aunque los niños estén fuera sin abrigo no pasarán frío, a no ser que caigan al río. Y, si caen al río, el frío es el menor de sus problemas. Dependiendo de la zona en la que estén hay pozas naturales, cascadas y corrientes demasiado peligrosas para dos críos de seis años.

Trago saliva e intento apartar la imagen mental de Bella y Giuliano siendo arrastrados por la corriente, porque no necesito congelarme de miedo más de lo que ya estoy.

El bosque es denso y oscuro, de noche hay animales que de día no se ven, bajan de la cima de la montaña buscando comida y dos niños pequeños son demasiado golosos. Lo único que me tranquiliza es que Balti es un caballo mayor, pero eso los animales salvajes lo

ignoran. Sabrá imponerse si hay un enfrentamiento, aunque lo ideal es que no lo haya.

Joder, lo ideal sería que a ninguno de los dos les hubiera parecido buena idea marcharse de casa sobre un caballo. He leído la nota, entiendo el sentimiento de Giu, pero vivo rezando para que aparezcan —pese a ser un hombre poco espiritual—, y fantaseo con la idea de hacer la mayor fiesta jamás vista en Valdelila para celebrar que están sanos y salvos.

Grito sus nombres una y otra vez mientras avanzo, y no es hasta pasada una hora cuando un grito de Samu me alerta.

—¡León!

Giro el cuerpo hacia el sonido de su voz y, desde ahí, no pienso, cabalgo hasta donde está con la esperanza de que sus gritos sean para ayudarme a encontrarlo y no porque la situación sea desesperada.

Hallo rápido a mi cuñado, pero no me concentro en él, sino en Bella y Balti, que están a su lado. La niña llora y el caballo parece alterado.

—¡Giuliano! —dice mi cuñado.

Lo miro desencajado por su tono de voz y, cuando me señala el pequeño barranco, siento que la sangre me baja a los pies. Corro y me asomo solo para comprobar la altura. No es mucha, por suerte; alumbro con la linterna y calculo unos tres metros, pero si tienes seis años puede ser un abismo. El niño está sentado abajo, llorando y chillando, histérico. Alzo la voz para decirle que no se preocupe porque estoy aquí, pero no atiende a razones y sigue gritando. Al principio me agobio, pero pasado medio minuto me concentro en la ley no escrita de que, si un niño tiene fuerza suficiente para llorar y gritar, es que no está muriéndose.

Sacamos las riendas de Luci, Balti y el caballo de mi cuñado y las atamos para crear una cuerda lo bastante fuerte como para bajar. Bella también llora, pero Samu la obliga a sentarse sobre Balti y quedarse quieta. Después se ancla con la cuerda a un árbol robusto y asiente mirándome, dándome luz verde.

Me arrodillo al borde del barranco y miro abajo, enfocando al niño con mi linterna.

—Oye, campeón, sé que tienes miedo, pero voy a bajar a por ti, ¿vale?

—¡Me duele mucho, León!

No sé qué es lo que le duele mucho, no lo veo bien desde aquí, pero contengo el miedo y contesto.

—Lo sé, Giu, pero ya casi estoy contigo.

El niño no responde y yo inspiro hondo y me agarro al borde del barranco un segundo, porque no puedo desestabilizarme ahora. No todavía.

Me levanto y busco la forma de empezar a bajar. Desde luego deberíamos tener un material mejor y más fuerte, pero esto es lo que hay y no pienso dejar a Giuliano llorando en ese estado de nervios ni un minuto más. Me pongo la linterna en la boca, me envuelvo la cuerda en las muñecas e inicio el descenso procurando ir despacio y apoyando bien los pies. Me recuerdo a mí mismo que voy lento para ir seguro y para no caerme encima de él. Está bien, está vivo, lo demás lo iremos viendo.

No sé cuántos minutos tardo en bajar, pero juro que cada uno de ellos se me hace eterno y en todos imagino la cara de Giulia si tuviera que volver y contarle que no he sido capaz de salvar al niño que se ha convertido en toda su existencia en apenas dos meses.

En cuanto puedo tocarlo, siento cómo me invade el alivio. Giuliano llora, tiembla y se estremece cuando intento estrecharlo contra mí y le toco el brazo. Lo enfoco con la linterna y no me hace falta ser médico para saber que tiene la muñeca rota.

—Me duele mucho —insiste llorando.

Le limpio las mejillas con cuidado y le beso la frente antes de alzarlo en brazos y acercarlo a mi pecho con cuidado de no tocar su mano herida.

—Vamos a llevarte al médico como la otra vez, cuando te pusiste malito, ¿te acuerdas? —Asiente contra mí, pero sigue temblando—. Te pondrán una escayola que podremos firmar y decorar con dibujos. Va a ser genial, ya verás. Ningún niño de Valdelila ha tenido antes una escayola en el brazo. Eres el primero, Giu; ¿tienes idea de lo suertudo que eres?

Él se despega de mí y me mira con los ojos verdes e inmensos.

—¿El primero?

Bendita inocencia. Sonrío con una tranquilidad que estoy muy lejos de sentir y asiento.

—Sí, es un honor para ti. Seguro que, si hablamos con el alcalde, hasta podemos hacerte una medalla. —No sé si esto es verdad o no, pero deben de vender medallas de todo tipo por internet y pienso comprar una en cuanto todo esto pase. Después obligaré al alcalde a dársela—. ¿Qué te parece? Pero ahora tienes que ser muy valiente. Vamos a subir y necesito que te agarres a mí muy fuerte.

—¡Pero no puedo agarrarme con esta mano!

—No, pero tienes la otra y te ataré a mí de una forma superchula.

No es superchula. Es infernal, y consiste en quitarme la camiseta y hacer una especie de arnés que ato a mi cuerpo. Lo meto dentro y después le grito a Samu para que tire de mí tanto como pueda mientras me impulso y subo despacio, intentando que Giuliano no haga esfuerzos y tirando sobre todo de un brazo.

Para cuando llego arriba estoy exhausto, pero no me detengo. Samu sujeta al niño mientras yo suelto la cuerda, ato a Balti y a Luci y subo antes de estirar los brazos.

—Dámelo.

Samu me lo devuelve. Después sube a su propio caballo con Bella y regresamos a casa.

Una muñeca rota y una caída por un pequeño barranco no parecerán gran cosa cuando la adrenalina baje, pero ahora mismo me siento como si Giuliano se hubiera perdido en lo alto de un rascacielos y yo hubiese tenido que trepar para alcanzarlo.

Llegamos a la casa y el revuelo es tal que tengo que pedirles a algunos vecinos que se aparten, porque están poniendo nervioso a Luci.

—¡Giuliano! —El grito ensordecedor de Giulia me hiela la sangre.

La veo correr hacia nosotros, con el rostro desencajado y los ojos fijos en el niño. No se detiene hasta que no lo tiene entre sus brazos y, aunque el pequeño llora, se aferra a ella como no se aferra a nadie más, ni siquiera a mí mientras lo subía por el barranco.

Trago saliva y contemplo la escena con una especie de alegría mezclada con dolor, porque me encanta haber ayudado a encontrar

a Giu, pero también soy muy consciente de que no pertenezco al cuadro que se representa frente a mí.

En un mundo idílico, yo me quedaría con la chica y con el niño. Formaríamos una familia que no sería perfecta para mucha gente, pero sí para mí.

En el mundo real, sin embargo, me toca quedarme aquí y mirar desde lejos, una vez más, cómo este sueño tampoco va a cumplirse.

63

Giulia



Llego a casa en la parte trasera del descapotable con Giu atado y dormido en la silla. Le han puesto una escayola, lo han revisado de arriba abajo y me han asegurado que no tiene nada grave, si no contamos con que se ha roto la muñeca por dos sitios diferentes.

Mi padre conduce, mi madre va de copiloto y yo no dejo de pensar que todo ha pasado, pero podría haber sido mucho peor. Si León no lo hubiese encontrado..., no quiero ni imaginarme cuál habría sido el resultado. No ha querido contarme mucho sobre el barranco por el que ha caído Giuliano. No ha hablado mucho, en realidad, muy en su línea; se ha limitado a mirarnos con una intensidad devastadora mientras pensaba en mil cosas y no decía ninguna. Porque así es León, no habla si cree que no debe hacerlo, pero tiene más mundo interior que la mayoría de las personas, y se adentrará en el bosque, sin pensarlo, por los suyos.

Ha respetado mi tiempo con Giuliano y mi deseo de ir corriendo al hospital para que lo revisaran. Abi, Samu y Bella también han ido, aunque la niña está bien, por suerte. Nos hemos despedido en la puerta del hospital y ahora que por fin estamos en casa, no puedo dejar de pensar que debería despertarlo, ducharlo y ponerle el pijama, pero estoy demasiado agotada, y él también, así que decido que un poco de tierra sucia no va a suponer una gran diferencia en la lista de grandes traumas de Giuliano del Valle.

—Hija, ya estamos en casa —murmura mi madre con dulzura, como si le provocara ternura que no me haya dado cuenta.

Me he dado cuenta. Es solo que... que estoy tan cansada que apenas puedo moverme. Inspiro hondo y asiento, armándome de valor. Afortunadamente, mi padre parece intuir cómo me siento, porque desabrocha a Giu y lo carga en brazos para que no tenga que hacerlo yo.

Entramos, subimos las escaleras en silencio y, cuando lo dejan sobre mi cama, siento que el mundo se me cae encima y me falta el aire. Sollozo, no sé ni por qué. Porque está aquí a salvo. Porque podría no estarlo. Porque he sentido que la vida se me iba mientras esperaba saber algo de él. Porque no es mío, pero estaba a mi cargo y casi lo pierdo para siempre.

—Date una ducha, cielo. Estás exhausta y los bajones de adrenalina son infernales —dice mi madre—. Nosotros nos quedamos aquí con él mientras tanto.

No me niego. Necesito sentir el agua caliente para despejarme. Necesito..., no sé ni lo que necesito. Dormir, abrazar a Giuliano, que alguien me haga un contrato blindado en el que jure que ese niño no sufrirá nunca más, porque estoy temiendo el momento de llevarlo a un psicólogo y que se den cuenta de hasta qué punto mi familia ha destrozado su vida.

No sé cuánto dura la ducha, pero cuando salgo tengo la piel enrojecida y el pelo empapado, aunque ni siquiera me molesto en secarlo. Mis padres salen de la habitación después de abrazarme y me dejan a solas con un Giuliano que está dormido, pero incluso en sueños se queja de dolor.

—Shhh, ya estoy aquí —susurro abrazándolo, aunque sé que no me oye.

No sé qué hora es, ni cuánto tiempo ha pasado desde que lo ha encontrado León, ni el tiempo que ha estado tirado en el barranco. No sé nada y tampoco me importa ahora mismo, porque lo único que quiero es abrazarlo y convencerme de que todo está bien. El peligro ha pasado.

Me duermo, pero despierto poco después, sobresaltada por su llanto. Lo abrazo con fuerza y beso su pelo y su frente una y otra vez mientras solloza.

—Lo siento, Giu, perdóname —me dice sin parar.

—Tranquilo, cariño, todo está bien. Todo está genial, Giu, te lo prometo.

Él no parece creerme, solo llora, tiembla y balbucea frases inconexas.

—Tenía mucho miedo de no volver a estar contigo, aunque no quieras ser mi mamá.

—Ay, Giuliano... —Aprieto los ojos porque de verdad que no puedo ponerme a llorar ahora. He de ser su sostén, joder, ya tendré tiempo de dejarme llevar más tarde por lo que siento—. Oye, mírame.

Intento separarlo de mi cuerpo, pero se resiste un poco hasta que, al final, lo consigo. Sus ojitos están rojos y agotados, pero no puede rendirse al cansancio, es evidente.

—¿Estás muy enfadada?

—No, cielo, no estoy nada enfadada.

—Pero he sido malo.

—No has sido malo. Te has escapado y eso me pone muy triste, porque yo quiero que, cuando tengas un problema, lo hables conmigo y no te vayas. Eso se llama «huir» y no lleva a nada bueno.

Trago saliva conforme termino de hablar. Hablando de hipocresía... ¿Cómo es eso de decirle al niño que no huya, cuando yo llevo veinticinco años haciéndolo?

—No voy a hacerlo más, te lo prometo. Ni siquiera cuando mi madre venga, aunque no la quiera ni ella a mí.

Intento ser cauta. Alimentar sus malos sentimientos por Fiorella no va a reportarme nada, ni a él tampoco. Lo que yo deseo es que esté tranquilo y sea feliz, y si para eso tengo que venderle una madre increíble y buenísima que no existe, lo haré. Al menos mientras encuentro otra forma de ayudarlo.

—Tu mamá sí te quiere, Giu. Te quiere mucho; simplemente necesitaba un poco de tiempo para poder ser la mamá que tú mereces, porque tú eres el mejor niño del mundo y te mereces a la mejor madre del mundo.

—¿En serio?

—Sí, claro que sí. ¿Sabes qué? Yo nunca he pensado en tener hijos, nunca he sabido si quería o no, pero si quisiera uno, sería como tú. Igualito a ti. No dudes de eso jamás.

Él se queda callado un momento. Después me rompe el corazón. Otra vez.

—Y si soy tan bueno y el mejor hijo del mundo, ¿por qué no quieres ser mi mamá?

—No es que no quiera, Giu. Es que las cosas son complicadas. Yo estoy cuidándote y me encanta, pero tu mamá es Fiorella, ¿entiendes? Uno no puede elegir quién desea que sea su mamá. Ella te llevó dentro, te trajo a este mundo.

—Pero a veces las mamás son mamás de corazón. La seño Martina nos lo explicó. A veces las mamás son mamás aunque no te lleven dentro.

Lo miro fijamente. Sé bien lo que intenta decirme y sé bien cómo me siento yo al respecto.

—Tienes razón —murmuro con voz temblorosa—. Y si yo pudiera elegir ser tu mamá de corazón, lo sería sin pensarlo.

—No, porque te vas a ir. Te escuché cuando lo decías.

Se me encoge el pecho de nuevo al imaginar a Giuliano oyendo todas esas palabras tan terribles para él.

—Pero volveré cada vez que me necesites —le aseguro.

—Te necesito siempre.

—Entonces estaré cerquita siempre.

Lo digo sin pensar, solo porque necesito que se aferre a algo bueno y bonito. Algo que le haga conciliar el sueño y descansar de un día que se ha hecho eterno para los dos, y no es hasta que veo cómo sonríe y se duerme que me doy cuenta de lo que he hecho.

Debería sentirme mal, pensar en ello y en la forma de rectificar mañana, pero cuando intento reflexionar, lo único que siento es que llego tarde a todo esto.

La casa.

La empresa.

El niño.

El hombre.

Llego tarde a todo.

Pero... llegar tarde no es lo mismo que no llegar, ¿no?

64

León



Salgo de la ducha, me envuelvo una toalla alrededor de las caderas y voy hasta la cocina para tomarme el café más cargado que sea capaz de hacer.

La noche ha sido infernal, eterna, un completo desastre.

Primero intenté meterme en la cama y dormir, pero eso duró poco. Después de la tercera vuelta y de darme cuenta de que el nudo de ansiedad de mi pecho no iba a aflojarse, decidí hacer lo menos recomendable: ponerme a ver partidos y recopilaciones de los mejores momentos de cuando jugaba al baloncesto.

No es que anoche estuviera triste ni mal por no poder seguir jugando, esos días ya están lejos, pero el ser humano tiende a regodearse en la miseria cuando siente que está en la ruina emocional. Es como lo de poner canciones melancólicas cuando estás triste. Yo pongo mis partidos y me busco en distintos clips de redes sociales. Vídeos de personas que me admiran y recuerdan mis jugadas editándolas con una música increíble y haciéndome parecer el héroe que nunca he sido ni seré. Por lo general, no caigo en este tipo de trampas sentimentales, porque para cuando acabo de empaparme de todo lo que se dice de mí en internet, bueno y malo, estoy exhausto, pero anoche no pude remediarlo. Era eso o salir corriendo a Casa Lavanda, trepar por el balcón y humillarme hasta que Giulia entienda que quiero estar a su lado hoy, mañana, siempre. Y que haría cualquier cosa para que se quedara en Valdelila.

Y sé que estoy jodido porque, aun después de una noche sin dormir, sigo tentado de hacerlo.

Mientras la cafetera hace lo suyo voy a la habitación, abro el armario y me pongo un pantalón corto de deporte y una camiseta cualquiera que ni siquiera sé si conjunta. Me da igual, no puedo mirar demasiado tiempo mi ropa, porque entonces me pongo a recordar todas las veces que Giulia se ha paseado por esta misma habitación con una camiseta mía y nada más. O las veces que me ha robado mis calcetines porque, sin importar que sea verano, necesita tener los pies calentitos para dormir.

No, mirar el armario no es una opción, pero casi nada en esta casa lo es. Me he dado cuenta de que esa mujer ha conseguido, en solo dos meses, impregnar cada estancia de su esencia. Hay recuerdos suyos por cada rincón y lo peor es que, si me dieran a elegir, no querría eliminarlos. Esta casa siempre ha sido bonita y práctica, yo pensé que la había convertido en un refugio, pero no fue hasta que llegó ella que me di cuenta de que no era un refugio, sino un escondite.

Voy a la cocina, me lleno una taza y doy un sorbo tan largo que vacío la mitad. La cafeína debería hacer lo suyo y, si no, me tocará entrenar hasta que vaya a la clínica y Samuel o mi padre se encarguen de darme trabajo, porque en invierno tengo las clases de equitación y baloncesto, pero en verano todo se suspende por el calor y lo único que me quedan son algunas clases al amanecer y un montón de tiempo libre que ya antes no me venía nada bien, o sea que ni quiero imaginar cómo me sentará ahora.

Vuelvo al salón, veo la caja vacía en la que voy metiendo las cosas que mi madre y mi hermana se empeñan en sacar y, por primera vez, decido echar un ojo al interior. Por lo general la tengo ahí como quien tiene un cubo de basura sobre la mesa: el contenedor en el que echo rigurosamente cada recuerdo que mi familia insiste en exponer para recordarme mis logros.

La camiseta de los Denver Blaze, el equipo de la NBA para el que jugaba, entradas vip que utilizó mi familia para verme, recortes de periódicos y premios. En realidad, es lo de siempre; he visto esto mil veces porque lo he quitado de mis paredes y mi nevera otras mil. Y

aun así, me sorprende darme cuenta de que hay notas que no recuerdo, que no he visto antes. Saco un folio doblado por la mitad y, al abrirlo, me encuentro con un titular.

> León Lobo, el buenorro de Valdelila que debería tener todos los premios del mundo a mejor amante solo por lo bien que se le da usar la lengua.

Frunzo el ceño. Obviamente, no es una noticia real. La foto mía que aparece mientras entreno en el gimnasio y sin camiseta, en cambio, sí que es muy real. El montaje es sencillo y parece hecho en Canva por una niña de diez años, pero me hace reír.

Miro la caja de nuevo y me encuentro con que son varios los folios doblados y colocados estratégicamente dentro, de tal manera que no se ven a simple vista, pero si te asomas y te fijas un poco ahí están, esperando a que alguien los abra. Elijo otro al azar, lo abro y leo:

> Milagro en Valdelila: León Lobo sabe sonreír. El soltero de oro del pueblo ha sido pillado in fraganti mientras sonreía a cámara. Este diario se ha cerciorado de que no ha habido daños en sus mejillas y, para tranquilidad de sus habitantes, corrobora que, sonriendo, sigue estando igual de bueno que siempre. Puede que más.

Ni siquiera recuerdo la foto en la que salgo sonriendo, pero es evidente que soy yo. Como también lo es que mi sonrisa no era para la cámara, sino para Giulia. No recuerdo qué estaba diciendo ese día, ni cuándo fue, pero se me ve relajado y feliz. Es... es increíble verme a mí mismo desde este prisma.

Saco un folio más y esta vez no hay foto, pero sí que veo el papel estampado con varios besos de un rojo muy intenso y muy muy muy reconocible.

Abajo del todo, se lee:

> Confirmado: León Lobo tiene obsesión por mis labios. Este diario o, para ser más exactos, esta reportera está segura de que podría convencerlo de que me pagase esta barra de labios durante el resto de mi vida y lo haría feliz.

Me río entre dientes, pero lo cierto es que tiene razón. Elijo uno más, lo abro y trago saliva, porque solo con ver la foto en la que

aparezco tumbado en el suelo, con Bella a un lado, Giuliano al otro y Bambi a mis pies, sé que esto va a doler.

León Lobo: especialista en buscar formas en las nubes, cuidar, proteger y calmar. Y especialista en hacerme suspirar con solo mirarlo.

Hay más notas, pero no puedo seguir, porque esta mujer, que jura que lo nuestro no fue más que un pasatiempo, ha dedicado sus días a llenar mi caja de los horrores con recuerdos bonitos y notas que me hacen sonreír.

Ella, que intenta convencerme y convencerse de que lo nuestro solo es sexo, ha invertido su tiempo en demostrar todo lo contrario.

Me quiere, joder. Claro que me quiere. Si no me quisiera no habría hecho esto, pero no es solo eso. Si no me quisiera, no me miraría como lo hace cuando la beso. No me abrazaría por las noches, aun entre protestas, dejando claro que le encanta dormir acurrucada a mi lado. Si no me quisiera, no me habría dejado formar parte de la restauración de su sótano. Giulia me quiere, aunque no quiera, y va a tener que aceptar que esto nuestro es mucho más que sexo.

Me bebo el resto del café de un trago y me dirijo a la puerta para ir a su casa. Cuando perdí el baloncesto me dediqué a regodearme porque no había nada que pudiera hacer, pero esta vez es distinto. Ella no está perdida, no lo está.

No voy a pedirle que se quede solo por mí, no haría algo así, pero si quiere irse a la otra punta del mundo a continuar con sus intentos de ser actriz, aunque resulte evidente que no es lo suyo y que tampoco le gusta tanto, la acompañaré.

Si de pronto decide que quiere ir a Egipto y excavar tumbas, también la seguiré.

Si se le antoja irse a la selva y dedicarse a vivir desconectada del mundo, me marcharé con ella.

Joder, haría lo que fuera por tenerla cerca y, si al final resulta que ella no quiere, respetaré la decisión, pero lo mínimo que puedo hacer es decírselo. Dejarle claro que si el problema es que no se ve capaz de quedarse en Valdelila cuando vuelva Fiorella —porque es evidente que la perspectiva de perder a Giuliano la mata, aunque no

quiera admitirlo en voz alta—, no es un problema real, porque yo iría al fin del mundo por estar a su lado.

Abro la puerta dispuesto a llamar a Bambi y subir a la camioneta, pero me freno en seco al darme cuenta de que un descapotable amarillo acaba de aparcar frente a mi casa.

65

Giulia



Mierda. ¿Qué hace fuera? Necesitaba un minuto para calmarme antes de llamar a su puerta. ¿Era tanto pedir? ¿Por qué este tío tiene que ponérmelo todo tan difícil siempre?

Está ahí con su café, su pelo mojado de una ducha que ha debido de darse cuando ni siquiera era de día, tan serio, tan intenso y guapo como siempre, mientras yo llevo una coleta mal hecha, un vaquero cualquiera y las ojeras más grandes que me he visto nunca.

Ni siquiera me he puesto mi pintalabios rojo y eso sí que es inadmisible. Me he acordado a medio camino y algo me decía que, si me volvía, igual no encontraría el valor para salir de nuevo.

Me siento como uno de esos calcetines que Bambi atrapa y destroza sin que hayan hecho nada para merecerlo.

Es horrible. Apenas he conseguido pegar ojo y, durante esas escasas horas, no he dejado de tener pesadillas sobre Giuliano y lo que habría pasado si León no lo hubiese encontrado. El niño, por el contrario, ha dormido mucho mejor de lo que yo esperaba, teniendo en cuenta que su bracito debe de dolerle. Lo he dejado acostado aún, con mis padres vigilándolo.

Podría haber esperado a que despertara antes de venir, pero tenía miedo de perder el coraje. Además, no quería que León se me escapara; sé que se las ingenia para mantenerse ocupado todos los días. No tiene un trabajo fijo como tal, pero no para de hacer cosas. Una noche me confesó que lo único que busca es tener la mente ocupada para no pensar en lo que no debe. Ahora lo entiendo más

que nunca, porque esta noche ha sido tan eterna que no podía esperar a que amaneciera para ponerme en movimiento.

Doy un paso adelante y me meto las manos en los bolsillos porque, de pronto, no sé qué hacer con ellas.

—Tienes pinta de necesitar un café tanto o más que yo —dice León a modo de saludo mientras me ofrece su taza.

Ahí está: es solo una de las razones por las que ha conseguido que me enamore de él. No es por el café en sí, sino porque renuncia a él sin pensarlo solo para que yo esté bien. Porque es capaz de renunciar a todo con tal de que los demás estén bien siempre.

—¿Tienes más?

—Sí, la cafetera está llena. Ten —insiste.

Lo acepto y, cuando doy el primer sorbo, me acuerdo irremediablemente de todas las veces que he tomado café en su cocina antes de volver a casa. O todas las veces que lo he invitado a café en Casa Lavanda. Eso ha estado pasando hasta hace nada, en realidad, y, sin embargo, los días se sienten lejanos. Como si hiciera un siglo desde la última vez que me senté en la encimera medio desnuda mientras él hacía café para los dos.

León entra en casa y yo aprovecho para sentarme en el balancín, porque no sé qué hacer ni cómo empezar esta conversación, pero hace fresco y, a finales de julio, ese es un regalo bien preciado. En pocas horas, el calor será insoportable, así que quiero aprovecharlo mientras dure. Además, aquí fuera siento que respiro mejor. Si entro en su casa, los recuerdos me atosigarán.

Cuando vuelve con una taza propia entre las manos, se sienta a mi lado y mira al horizonte en silencio, esperando a que yo inicie esta conversación pendiente. Me tomo mi tiempo, no porque esté incómoda, sino todo lo contrario. Los primeros rayos del sol comienzan a posarse en el río y Bambi corre de un lado a otro, seguramente intentando cazar alguna mariposa. Es bonito. Es precioso y me ayuda a calmarme.

—¿Llamaste a Fiorella? —pregunta él al final.

Aprieto la taza por instinto, porque solo oír el nombre de mi prima sirve para tensarme.

—Le mandé un mensaje anoche, porque no sabía si estaría disponible. Me respondió al instante porque, con el cambio horario, en Australia ya era por la mañana.

—¿Y?

—Me preguntó si se había hecho mucho daño y, cuando le dije que no, pero que se ha roto la muñeca, me dijo que no merecía la pena que volviera solo por eso, pero que si yo quería lo haría. —Bufo —. «Si yo quería». En serio, joder, ¿crees que yo respondería eso si me llamara alguien diciéndome que Giuliano se ha hecho daño? Me importaría una mierda lo que quisiera el resto del mundo. Volaría para estar con él y punto, pero supongo que un brazo roto y el susto de mi vida no son suficientemente alarmantes para ella. —Cierro los ojos, frustrada—. Lo siento, ha sido una noche de mierda.

Su mano se coloca sobre mi muslo con naturalidad, como tantas otras veces, pero siento que el contacto directo me arde.

—Es normal que te enerves. Si quieres mi opinión, creo que tienes bastante autocontrol. Yo ya habría insultado a tu prima muchas veces y de formas muy originales.

—Gatito, tú insultas mucho, pero original para hacerlo no eres. Te limitas a repetir tu repertorio de tacos y ya está.

Lo miro de reojo y veo cómo aprieta los labios para no sonreír. Entonces retira la mano y me siento... vacía. Dios, estoy enamorada hasta las trancas de este tío y me parece un milagro que no se haya dado cuenta.

—Anoche, cuando vi que Giuliano se había caído por el barranco... —León no me mira, pero la gravedad en su voz sirve para estremecerme—. Sentí que me moría, así que no puedo imaginar cómo estarías tú. Me he pasado la noche dando vueltas y pensando en vosotros.

Así de fácil y simple. Él tiene sentimientos, los suelta y no parece costarle nada. Yo, en cambio, soy una cobarde, o lo he sido hasta ahora, porque si estoy aquí es para dejar de huir por miedo al fracaso. Es hora de intentarlo, al menos.

—León...

—Te quiero, Giulia. —Me mira a los ojos y me pilla tan desprevenida que siento que me mareo—. Me he enamorado de ti. Y

sé que a lo mejor no es lo que quieres oír, pero es lo que hay. Te quiero y necesito que sepas que estaba a punto de ir a buscarte para decirte que, si no entra en tus planes quedarte en Valdelila, pero me quieres, aunque sea un poco, yo estaría dispuesto a dejarlo todo y seguirte adondequiera que vayas.

—¿Aunque sea un poco?

—Si me quieres aunque sea un poco de lo que yo te quiero a ti, me doy por satisfecho.

Trago saliva, porque la inmensidad de los sentimientos de León me supera. Es honesto y leal hasta la muerte y está aquí, diciéndome que dejaría a su familia, su casa y todo lo que le aporta calma para seguirme, aun sin saber adónde. Si no supiera ya que estoy loca por él, este sería el momento en el que me habría dado cuenta.

—No voy a irme de Valdelila, gatito —murmuro.

—¿No? —Su tono es tan esperanzado que él mismo se da cuenta y carraspea—. ¿Y eso?

Suena receloso, desconfiado. No puedo juzgarlo. Este hombre se ha pasado meses haciendo de todo por mí sin cuestionarme nunca nada y yo me he portado como una capulla solo porque estaba asustada y no pensaba con claridad. Pero eso se acabó.

—Tengo un negocio que creo que puede ser muy próspero ¿sabes? Me ha costado aceptarlo, pero por fin puedo decir que, aunque tenga pánico a que salga mal, quiero intentar reabrir la empresa familiar. Cuando pienso en volver a Los Ángeles, o a cualquier otra parte del mundo, todo lo que siento es pereza. Pereza y pena. No quiero irme. Me gusta vivir en Valdelila, me gusta trabajar en el sótano y me encanta vivir en Casa Lavanda.

—Eso es genial —musita.

—Y luego está Giuliano, que es lo más importante. Me da igual que Fiorella vuelva en Navidad con ganas de ser la madre del siglo. La casa es de las dos, o más bien de nuestros padres, así que no puede echarme, y ella no se va a ir porque, seamos sinceros, no soportará empezar de cero y tirando del niño en otro lugar.

—Entonces, ¿tu plan consiste en vivir en Casa Lavanda para mantenerte cerca de Giuliano?

—Y del sótano, sí.

—Es lógico —dice asintiendo.

Estoy tentada de reír a carcajadas. Acaba de declararse, mi respuesta está siendo hablar de cualquier otra cosa y, aun así, aguanta como un héroe a que le llegue su turno. Yo, a estas alturas, ya me habría enfadado y montado una pataleta, pero así están las cosas: he conseguido enamorar al hombre más paciente y decente del mundo. Es increíble, una maldita lotería, pero así es.

—Además, resulta que me he enamorado del tipo más borde, terco e intratable de Valdelila. —León, que hasta el momento tenía los ojos puestos en el horizonte, me mira tan rápido que sospecho que más tarde va a dolerle el cuello—. No sé si lo conoces. Dicen que fue jugador de baloncesto en la NBA, pero él nunca habla de ello, aunque creo que debería hacerlo. También creo que debería dejar que me ponga la camiseta del equipo alguna vez. Quizás si hacemos cosas indecentes con ella puesta le ayude a crear nuevos y buenos recuerdos.

—Giulia.

—La parte positiva es que, cuando nadie lo ve, es como un osito de peluche. La mala es que es un poco territorial, aunque creo que no es nada que no pueda manejar.

—Giulia.

—Por otro lado, deberíamos hablar del hecho de que no pienso separarme nunca de Giuliano, lo quiera su madre o no. Y no sé qué le parecerá a él estar con una chica que se autoproclama madre postiza de un niño que ya tiene madre.

—*Principessa*.

Lo miro intentando no reírme y, cuando me doy cuenta de hasta qué punto parece emocionado, le acaricio la barba con los dedos y acerco la frente a la suya.

—Te quiero, León. Te quiero tanto que no entiendo cómo no has podido averiguarlo tú solito, la verdad. Se ve que yo soy muy cobarde y tú estás muy ciego, pero si quieres, podemos intentar poner remedio a las dos cosas juntos.

—¿Estás hablando en serio?

—Jamás bromearía con algo así. Quiero quedarme y lo quiero todo: la casa, el niño, el negocio... y el gruñón. —Acaricio su nariz

con la mía e inspiro hondo para intentar calmarme—. Por si tienes dudas, tú eres el gruñón.

Su risa es tan bronca y sincera que, si quedaba alguna partícula en mí sin emocionarse, ha caído rendida en el acto. Su mano enmarca mi mejilla y gira la cara lo justo para que nuestros labios queden a escasos centímetros, pero sin llegar a rozarse.

—La casa que sea, mientras tú estés dentro. El niño que ya hay y los que tú quieras que lleguen, el perro, tu negocio... y la chica loca. —Sus labios rozan los míos, por fin, y sonrío cuando muerde el inferior—. Por si tienes dudas, la chica loca eres tú.

—Vas a pagar por eso.

—Estoy deseándolo, cariño —me susurra, y luego añade—: Ah, y una cosa más.

—¿Sí?

—Tú sí eres una cobarde, pero yo no estoy ciego. —Lo miro sin comprender, y continúa con una sonrisa de medio lado—: Ya sabía que te habías enamorado de mí, ¿sabes? Es imposible no darse cuenta, viendo cómo me miras.

Me río, me siento sobre él y así, con una naturalidad que me sorprende incluso a mí, arranco el primer día de mi nueva vida. Nueva, porque es la que llevo viviendo dos meses, pero ahora sé que es definitivo. No estoy de vacaciones, ni de paso.

Valdelila es mi pueblo; Giuliano, mi niño; Casa Lavanda, mi casa; y León Lobo, definitivamente, el único sitio al que quiero llamar «hogar».

66

León



Cinco meses después

Como siga caminando por la alfombra con ese ímpetu va a dejarle marca. Se lo digo, pero solo me mira mal y me enseña el dedo corazón.

—Y yo que pensé que anoche te había calmado a base de...

—Gatito, que están mis padres a tu lado. Un poquito de respeto, hombre, que no tienen que saber que anoche te hice cosas indecentes. Lo pueden imaginar, pero ya está.

Me río, porque Luca y Mariella no van a espantarse de nada que diga y, cuando los miro, lo corroboro. Los dos se ríen y su padre, además, se retrepa en el sofá, como si estuviera supercómodo.

—El sexo es una cosa natural. Yo me alegro de que lo practiquéis mucho porque algún día me tendréis que dar nietos.

—Papá, no es el mejor momento para ponerte con esas tonterías.

—Mis futuros hijos no son una tontería —respondo con el ceño fruncido.

—Ay, gatito... —Giulia se ríe, exasperada, antes de besarme—. Tú me entiendes, ¿verdad?

—Siempre.

—No debería haber tomado medicinas con el café de esta mañana —dice Luca de pronto.

—¡Desde luego que no deberías haberlo hecho, papá! —contesta Giulia indignada—. Es el día más importante de los últimos meses. ¿Así piensas ayudar?

—En mi defensa diré que lo hago porque aguantar a mi cuñada sin estar colocado se me hace insoportable.

Giulia murmura algo, pero sé que, en el fondo, está de acuerdo.

Es el día de Nochebuena y estamos esperando a que Fiorella y sus padres lleguen, cada uno desde una punta distinta del mundo. La primera ha estado en Australia con su novio todos estos meses. Los segundos vienen de la casa de Italia porque, como bien dice el pacto que tienen con su hija, poseen el derecho de ver a Giuliano en fechas marcadas y específicas. Y hoy es una de esas fechas.

El motivo por el que Giulia está de los nervios es evidente: no le ha dicho a su prima que el negocio está a pleno funcionamiento ya y que no piensa irse de esta casa. Sus tíos tampoco lo saben. Los únicos enterados somos los aquí presentes y todo Valdelila, que se ha tomado muy en serio —para bien— que Casa Lavanda vuelva a estar en todo su esplendor. No tenemos muchos comercios, pero puedo decir con orgullo que todos venden los productos que hace mi chica con mimo. Y la cosa está marchando de maravilla; están siendo todo un éxito.

Giuliano está fuera con Bambi, aprovechando las últimas horas de sol antes de que caiga la noche. Y seguramente pendiente de la puerta para venir corriendo a avisarnos cuando lleguen su madre o sus abuelos. Está nervioso. Ayer me preguntó si de verdad tiene que llamar a su madre «mamá» aunque no quiera y a sus abuelos como tal, aunque tampoco quiera. Le dije que haga lo que le apetezca y me importó una mierda todo lo demás. Si el niño no se siente cómodo llamando a su madre por el apelativo cariñoso más universal del mundo, es más problema de la madre que del niño. Que se pregunte Fiorella por qué pasa eso.

En cambio, tengo la sospecha de que a Giuliano le encantaría llamar «mamá» a Giulia. Ese crío está loco por ella y puedo entender por qué. En los casi siete meses que ha estado bajo su cuidado, ha conseguido vencer en gran parte su timidez, integrarse mejor en el colegio, apuntarse a clases extraescolares que le encantan y

encontrar el valor de decir qué le gusta y qué no sin miedo a que lo rechacen o infravaloren por ello.

Su personalidad no es distinta, pero no teme ser él mismo y esa es la gran diferencia. Giulia ha logrado sacar su esencia y pulirla, como un diamantito en bruto, y todo lo ha hecho desde el cariño y la paciencia infinitos.

No es que haya sido un camino de rosas, pocas cosas en la vida lo son, pero ha enfrentado las dificultades con aplomo, sin amedrentarse y demostrándole al niño que no va a marcharse a ningún lado. Incluso le ha contado que planea quedarse aquí, aunque también esté su mamá, y que viviremos todos juntos si hace falta, porque no piensa alejarse de él. El niño lloró y se abrazó a ella con fuerza nada más escuchar sus palabras.

Se ha tomado bastante bien que me mudara con ellos, pero eso es porque ha sido todo muy natural y progresivo. Empezamos a pasar noches alternas aquí y en mi casa, pero si Giuliano se levanta por las noches y Giulia no está, se pone nervioso, aunque estén Luca y Mariella, así que al final la chica loca que temía los compromisos acabó pidiéndome que viniera a vivir con ella y yo me lo pensé durante el tiempo exacto de medio segundo.

No tenía sentido pensarlo más. Y estaba bastante harto de que me hiciera trepar por el balcón solo porque le parece romántico. Todavía lo hago de vez en cuando, pero ahora con fines totalmente eróticos. Y luego no he de vestirme e irme, lo cual es un plus enorme.

Además, no he tenido que renunciar a mi casa en la Finca Lobo. Gracias a que dispongo de ahorros de sobra y a que las inversiones que hice hace años siguen funcionando, puedo mantenerla abierta sin problemas y sin que suponga un gasto extra para mi familia, de modo que también hemos convertido en rutina lo de escaparnos de vez en cuando allí a pasar el rato, entrenar en el gimnasio y disfrutar de las aguas termales juntos. Lo cierto es que apenas nos separamos unas horas a la semana, sobre todo porque últimamente, aparte de mis clases de equitación y baloncesto, he pasado mucho tiempo ayudándola con el negocio. No es que ella lo necesite, pero me encanta echarle una mano. Me ayuda a mantenerme distraído y, en general, a estar de mucho mejor humor.

Que se lo digan a mi familia, si no. Mi madre lloró el día que supo que me mudaba y nos compró a Giulia y a mí un centro de flores tan grande que, hoy por hoy, todavía lo vamos cambiando y moviendo por la casa, porque donde lo pongamos se traga el espacio.

Mi hermana también lloró, pero es que las hormonas del embarazo la tienen medio loca. Ahora que está a punto de dar a luz a mi sobrino, lo único que pido es que se estabilice y que el niño no sea igual de intenso que Bella. Claro que, con mi suerte, será peor.

—Ven aquí —murmuro tirando de la mano de Giulia cuando me canso de verla pasear. Se deja caer en mi regazo sin esfuerzo y beso su hombro en un intento de calmarla—. Todo va a ir bien. Tienes el apoyo de tus padres, el de Giuliano y el mío. Tú ya has ganado, *principessa*.

—¡Exacto! —grita mi padre—. Muy bien dicho, yerno.

Sonreímos y parece que Giulia se calma, pero solo hasta que Giuliano entra en el salón, blanco como la pared, y señala la puerta.

—Ya están aquí.

La tensión se apodera de la estancia. Giulia se levanta tan envarada que temo que se parta en dos. Yo también me levanto, pero solo porque quiero intimidar a Fiorella y sus padres. ¿Soy un cabrón que usa la altura en beneficio propio? Sí. ¿Me avergüenzo? Ni lo más mínimo.

Llegan juntos, no sé si porque se han encontrado en el aeropuerto o en el camino de entrada a Casa Lavanda, pero tampoco preguntamos.

Fiorella abraza a su prima. Está más morena y sonriente de lo que la recuerdo. Sus padres, en cambio, permanecen tan tiesos como palos de escoba. Ya me había avisado Giulia de que eran unos estirados.

—Maria Giulia —dice su tía mirando a mi chica con todo el desdén del mundo.

—Tía Bianca. ¿Qué tal todo?

—No sé, cuéntanoslo tú, que eres quien se ha apropiado de nuestra casa y nuestro nieto.

—La casa no es tuya, Bianca, sino de mi hermano y mía —dice Luca sin inmutarse—. Y el niño tampoco te pertenece.

—Es mi nieto.

—Solo de sangre.

Sonrío, porque me encanta mi suegro, joder. Es el mejor tipo del mundo hasta cuando va colocado.

—Y tú, ¿quién eres? —pregunta Bianca mirándome por primera vez.

El padre de Fiorella se ha sentado en un sofá y ha sacado el móvil para consultar a saber qué, porque es evidente que preferiría estar en cualquier otro sitio antes que aquí.

—Soy el novio de Maria Giulia. Encantado. —Estiro la mano y, cuando no me la da, sonrío aún más, porque intuyo que eso va a molestarle, y llegados a este punto estoy bastante interesado en sacar de quicio a esta señora tan fría y antipática.

—Vayamos al grano, tengo mucho que hacer y el viaje ha sido agotador. Necesito ir a mi habitación y refrescarme un poco.

—Vale, pero deberías saber que tu habitación ahora es el cuarto de juegos de Giuliano. Hemos mantenido la cama, pero poco más —dice Giulia.

Su cara... es como si le hubieran dicho que le han quitado un diamante del tamaño de esta casa.

—¿Estás de broma? ¡No puedes tocar mi habitación sin mi permiso!

—Sí, puede. Esta casa es mitad mía —insiste Luca antes de mirar a su hermano—. En serio, ¿qué le viste?

Giorgio encoge los hombros y vuelve la atención al móvil sin contestar siquiera. La verdad es que después de conocer a sus padres, Fiorella me parece hasta normal.

La susodicha, por cierto, no reacciona ni para bien ni para mal al hecho de que Giulia le haya montado un cuarto de juegos a su hijo. El reencuentro con el niño, de hecho, ha debido de ser más bien frío, porque él no se separa del lado de Giulia y su madre ni siquiera lo mira más que para lanzarle alguna que otra sonrisa fugaz.

—¿Qué tal por Australia? —pregunta Giulia a su prima.

—Bien, te he ido manteniendo informada, así que lo sabes todo, más o menos.

Giulia asiente. Yo creo que Fiorella no quiere hablar mucho más porque sabe que sus padres no apoyan su decisión de haberse tomado unos meses para viajar y vivir la vida de cualquier chica de veinticinco años... sin hijos.

En cualquier caso, Giulia lo respeta y, tras unos minutos de charla anodina e incómoda, todos conseguimos sentarnos en los sofás. Aquí nadie ha preparado una cena de Nochebuena como tal. Giulia y sus padres cenarán en casa de mis padres con toda mi familia. Tenemos la esperanza de que Fiorella no lo ponga difícil para permitir que Giuliano venga con nosotros. Incluso ella puede venir, si quiere. Sus padres, en cambio, no están invitados. Es algo que está más que consensuado, pero ahora lo más importante no es eso, sino hablar de cómo están las cosas y, sobre todo, de cómo van a estar.

Mandamos a Giuliano y a Bambi al cuarto de juegos y Giulia se asegura de que permanezcan ahí, vigilándolos por la cámara que tiene instalada. El niño ya ha oído demasiadas cosas que no debería a lo largo de su corta vida. Una de las primeras medidas que adoptó Giulia en septiembre fue buscar un psicólogo infantil que lo acompañara en la vuelta al cole y la gestión de todo lo que ha cambiado en su vida en los últimos meses. Ha sido vital. Incluso Martina, la profesora, apoyó esa decisión. No es que ahora Giulia y ella se lleven bien, pero desde que Martina empezó una relación seria con Rubén y se dio cuenta de que Giulia realmente se preocupa por el bienestar de Giuliano, las cosas han ido bastante mejor.

—Me viene bien que estéis todos aquí, en realidad —comienza diciendo Fiorella, sorprendiéndonos a todos—. Sé que varios no apoyáis mi decisión de irme de viaje dejando a Giuliano atrás, pero yo creo que lo necesitaba. Ha sido como una pausa, como abrir una ventana para asomarme y ver lo que podría haber sido mi vida si hubiera sido lo bastante valiente como para abortar cuando supe que estaba embarazada.

—El aborto es pecado —declara Bianca, su madre.

—Tener un hijo con dieciocho años sin estar preparada, sin medios y sin salud psicológica también debería considerarse pecado, pero eso no pareció importarte.

Yo me retrepo en el sillón, impactado por la crudeza de las palabras de Fiorella. No sé qué ha estado haciendo fuera, pero es evidente que se ha ocupado de empoderarse lo bastante como para hablar claro, por una vez en su vida.

—Mira, hija...

—No, mamá. Tengo varias cosas que decir y es mejor que las diga ya, porque cuando acabe no querré hablar mucho más contigo. —Suspira, como si estuviera dándose ánimos a sí misma, y sigue—: Sé que he sido egoísta al irme. He cargado con una responsabilidad enorme a Giulia y no debería haberlo hecho, pero también sé que es la única persona con la que podía contar. Siempre la habéis criticado por ser inmadura y caprichosa, pero lo cierto es que los pocos momentos buenos que recuerdo haber vivido los he pasado con ella.

Giulia carraspea emocionada, y yo me doy cuenta, una vez más, de lo compleja que es la vida. No se trata de que Fiorella sea una mujer mala malísima que no merezca a Giuliano. Se trata de que las personas y sus traumas son complicados y, aunque nunca estaré de acuerdo con su forma de proceder con el niño, está claro que ella misma ha sido víctima de la crianza de sus padres. Supongo que, al final, repetir ciertos patrones de comportamiento con pequeñas variables es casi inevitable.

—Quedarme con Giuliano ha sido un honor —dice Giulia con la voz temblorosa—. Tienes un hijo increíble, Fio. Yo no sé si quiero ser madre algún día, pero si me atrevo, solo le pido a la vida que me salga un niño la mitad de maravilloso que él. De verdad, con eso me conformaría.

—Él te adora. —Fiorella sonríe con tristeza antes de volver a suspirar—. Me bastó con lo que vi en mi última visita para saberlo. Te respeta, te hace caso y te ve como a un referente. A mí me miraba como si... como si yo fuera una impostora. Y sospecho que será aún peor cuando tú te marches y tenga que quedarse conmigo de nuevo.

No creo que el niño la mirara así, pero sí que creo que Fiorella tiene muchos problemas que resolver antes de poder reparar su relación con Giuliano.

—Eres su madre. Siempre vas a serlo, esa es tu suerte —murmura Giulia—, pero no voy a irme, Fio. —Esta vez es ella quien suspira—. Quiero quedarme aquí. He reabierto el negocio familiar, estoy ocupándome de dar vida a la lavanda de nuevo y quiero trabajar desde esta casa. Igual que quiero quedarme cerca de Giuliano.

—¿Quieres vivir aquí... de modo permanente? —pregunta Fiorella sorprendida.

—Sí. La mitad de la casa es de tu padre y la otra mitad, del mío. Me encantaría que esto te pareciera bien porque quiero que haya buen ambiente, pero no estoy pidiéndote permiso, prima. Debes tener eso claro.

Fiorella guarda silencio durante tanto tiempo que empiezo a removerme en mi sitio. No puedo ni imaginar qué estará pasando por la cabeza de Giulia, pero sospecho que debe de tener el corazón frenético. Por una vez, ni los padres de una ni los de la otra se meten. Solo están las dos primas mirándose a los ojos, evaluándose, manteniendo una conversación tácita.

—No soy un monstruo —musita Fiorella al fin, con voz temblorosa —. Yo quiero a Giuliano... a mi manera.

—Lo sé —dice Giulia con suavidad.

—Pero no sé si puedo ser la madre que necesita.

—Puedes intentarlo. Yo estaré aquí para ayudarte. Y para cuidarlo, si me lo permites.

—¿Quieres quedarte a mi hijo para siempre?

—No. O sea, sería un privilegio tener a Giuliano para siempre, pero esto no es una película mala en la que te quito su custodia por capricho. Eres su madre, Fiorella. Puedes ser una buena madre, si te lo propones y trabajas en ello. Y esta vez no tienes que hacerlo sola porque yo estaré aquí.

Fiorella derrama algunas lágrimas que se limpia de inmediato con vergüenza.

—Podría viajar en algún momento si surge, ¿verdad? No tendría que estar aquí encerrada con él día y noche.

Giulia aprieta la mandíbula un solo segundo y sé que intenta tragarse la rabia que le da que su prima no sea capaz de anteponer

las necesidades del niño a nada. Aun así, asiente y se mantiene con la cabeza fría, tal y como hemos hablado un montón de veces.

—Por supuesto. Yo estaré aquí para él siempre que lo necesite.

—Del negocio no quiero saber nada.

—Lo he reabierto a mi nombre —contesta mi chica—. No tienes que hacer nada, pero si tus padres no te apoyan en el tema económico, tendrás que buscar la forma de salir adelante. Lo de ser dos niñas ricas y mantenidas se acabó, Fio.

—Por fin alguien dice algo coherente —murmura Bianca antes de reírse secamente—. ¿De verdad estáis planteando formar una comuna para criar al niño? Todos estos problemas se solucionan con un buen internado.

—Ay, cállate, cielo. —Nos quedamos todos con la boca abierta, porque quien habla es Giorgio—. A la niña la metimos en un internado y mira cómo nos ha salido. No estás para dar consejos de nada.

Contengo una sonrisa y, cuando miro a mi alrededor, me doy cuenta de que Luca, Mariella y Giulia están como yo. La única que no se ríe es Fiorella, que parece impactada por recibir un mínimo apoyo de su padre. En realidad, es bastante triste cuando me detengo a pensarlo.

A partir de ahí, la conversación es relativamente fácil. Las dos primas establecen las bases principales para convivir y, aunque es evidente que quedan muchos puntos por hablar y estoy seguro de que Fiorella no será una figura materna ideal para Giuliano, no lo pone complicado para claudicar y aceptar que Giulia se quede. De hecho, parece bastante aliviada ante la perspectiva de recibir ayuda con la crianza de Giu.

Yo, por mi parte, trato de imaginar nuestra vida de aquí en adelante y sé que no será perfecta. Hay muchas cosas que no hemos hablado: si vamos a tener hijos, si no, cómo lo haremos para compaginarlo todo y, en especial, cómo se le explicará todo esto a Giuliano, pero confío en que la terapia y el amor de Giulia solventen la mayoría de ellas.

Porque la terapia y el amor de Giulia están solventando la mayoría de mis problemas, así que es una pócima en la que tengo que creer

con fe ciega.



Una hora después, cuando aparcamos frente a la casa de mis padres, lo hacemos solos en mi camioneta. En el descapotable amarillo van los padres de Giulia, Fiorella y Giuliano. Bianca y Giorgio han montado un drama enorme por no estar invitados —bueno, solo Bianca—, pero nos ha dado igual.

Fiorella parece cohibida y ha murmurado que después ha quedado con su novio para una fiesta en la ciudad, cuando Giuliano se duerma. No sé cómo tomarme que ya tuviera ese plan antes de entrar en la casa y que le contáramos nuestros planes de futuro, pero supongo que confirma lo que ya sabíamos: Fiorella será una madre intermitente para Giuliano. Y nosotros tendremos que encontrar la forma de criarlo y hacerlo feliz, pese a ello.

—Es verdad que no es un monstruo —murmura Giulia mientras miramos hacia la casa en la que mi familia ya tiene puesta la música a todo volumen—. No creo que Fiorella sea un monstruo, pero no sabe ser madre. O no quiere. O no puede. Y ha tenido una familia tan fría y disfuncional que ni siquiera me siento bien juzgándola, aunque tampoco la entienda. —Suspira y apoya la nuca en el respaldo antes de mirarme—. Ay, gatito, qué difícil es la vida.

Le acaricio la mejilla, me acerco y beso sus labios con suavidad antes de hablar.

—Es difícil, pero haremos que valga la pena todo: cuidar de Giuliano, la convivencia y lo que sea que venga en el futuro. Sobrellevaremos a Fiorella como podamos, *principessa*. No te preocupes.

—No puedo odiarla —insiste—. No puedo, porque su decisión de mierda me ha dado la oportunidad de sentirme en casa por primera vez. Y me ha dado un niño maravilloso. E, indirectamente, me ha llevado hasta ti, que eres el hombre de mi vida. ¿Cómo podría odiarla, si sus decisiones y locuras han derivado en que yo sea más feliz que nunca?

Me derrito. Sé que no es la declaración más romántica de la historia, pero también sé que Giulia está sintiendo un mundo de emociones y, aun así, no se olvida de dejarme claro cada vez que puede lo mucho que me quiere. Eso ya es valioso en sí mismo, pero lo es aún más cuando has sido toda la vida una persona acostumbrada a huir de las emociones en vez de enfrentarlas, como es su caso.

—Eres la suerte de mi vida, Giulia del Valle.

—Me alegro, porque pienso convertirte en parte imprescindible de mi futuro, así que no vas a librarte de mí.

Me río, la beso de nuevo y, cuando alguien golpea con los puños en los cristales, miramos a Giuliano, impaciente.

—¡Vamos! ¡Bella me está esperando!

Bajamos del coche riendo, cogemos cada uno una mano de Giuliano y damos el primer paso de muchos hacia nuestro futuro. Estoy seguro de que nos aguarda una vida caótica, poco convencional y llena de aventuras, pero lo estoy aún más de que no hay nada que valga más la pena que esto.

No hay nada que valga más la pena que Giulia.

Epílogo

Giuliano



El mes de mayo tiene algo especial.

La primavera, la lavanda dando muestras de estar lista para empezar a florecer de aquí a pocas semanas, mi cumpleaños y el recuerdo de que, hace muchos años, un mes de mayo entró en casa una chica con mochila y labios rojos preguntándome si podía esconderse conmigo del resto de nuestra familia.

Un mes de mayo cambió mi vida para siempre, así que tiene sentido que hayamos elegido inaugurar el centro de terapia ocupacional en este mes.

La cima de la montaña que divide los terrenos de Casa Lavanda y Finca Lobo ya no existe; ahora se diluye gracias a un centro al que vendrán un montón de personas con ganas de ayudar y un montón de niños con ansias de encontrar algo que los ayude.

No hemos inventado nada; los Lobo han trabajado con caballos y niños desde siempre, León y Balti hicieron magia conmigo y mi autoestima, así que decir que Bella y yo hemos creado el primer centro de terapia ocupacional oficial de Valdelila es un poco pretencioso, pero aquí estamos.

Bella se empeña en decir que somos pioneros. Yo estoy contento porque, sea como sea, hemos creado un sitio en el que los niños van a sentirse a salvo. O eso espero.

—Deberías dar un discurso —me dice ella en un momento dado.

Nuestras familias y el pueblo entero están aquí arriba visitando a los caballos y los espacios adaptados para ellos. Muchos se han

llevado los programas y espero que sirva para algo más que para cotillear, porque ahora necesitamos hacernos eco de este lugar para que empiecen a conocernos y venir.

—¿Por qué no lo haces tú? Ya sabes lo poco que me gusta hablar en público.

—Eres el alma de esto, Giu.

—Lo somos los dos.

—No, yo soy tu socia y la veterinaria buenorra que te ayuda en todo, pero tú eres el psicólogo especializado en trauma infantil y terapia asistida con caballos. ¿Tengo razón o no?

—¿En lo de ser una veterinaria buenorra? Toda la del mundo —digo mientras la atraigo hacia mí y la beso en los labios.

Bella se ríe, me acaricia la mejilla y consigue que me estremezca, como si no lleváramos prácticamente toda la vida juntos, primero como amigos y luego como algo más.

Descubrir que estaba enamorado de ella no me resultó raro. Creo que esta mujer me encandiló cuando todavía no medía un metro de altura. Lo difícil fue todo lo que pasamos los dos hasta darnos cuenta de que nos sentíamos igual, pero ninguno hablaba por miedo a estropear nuestra amistad.

Fuimos tan tontos que no empezamos a salir hasta que estuvimos en la universidad. Para entonces, a mí ya se me partía el corazón en dos cada vez que Bella salía con otro, y la única cita que yo tuve con otra chica terminó de forma abrupta cuando Bella llegó y «accidentalmente» derramó un café sobre el vestido de la pobre muchacha. Por suerte, era un café con hielo.

Nunca ha sido muy de pensar las cosas en frío, mi Bella, pero eso no es un problema, teniendo en cuenta que yo soy de pensarlo todo demasiado. De alguna forma encontramos el equilibrio perfecto.

—En serio, Giu. Un pequeño discurso para la gente que nos ha visto crecer y está aquí para celebrar este logro con nosotros.

Inspiro hondo y miro a mi alrededor, buscando a la persona que más ansias ha tenido siempre de celebrar mis logros.

Giulia está discutiendo con uno de mis hermanos acerca de algo que no alcanzo a oír, gesticulando como si el mundo fuera a acabarse si no lleva la razón. León la abraza por la cintura con esa

calma suya con la que siempre consigue poner orden sin decir una palabra. Apoyándola, sosteniéndola y siendo su pilar central. El modo en que se quieren siempre será una meta que perseguir.

Nunca he conocido a nadie que sepa querer como ellos. De esa forma tan pura, generosa e incondicional. Primero lo demostraron conmigo. Luego con otros niños que necesitaban un sitio al que llamar «casa». A veces la gente se sorprende al saber que sus tres hijos son adoptados, pero yo no. Para mí siempre tuvo sentido que dos personas que saben querer sin límites acabaran siendo padres de quienes más lo necesitaban.

Me acerco justo cuando el más pequeño de mis hermanos sale corriendo y sonrío con calma a la mujer que me enseñó que el amor maternal e infinito no siempre viene de la persona que te trajo al mundo.

—Mírate —me dice antes de inspirar con orgullo y palmear el pecho de León—. Fíjate, gatito. Esto lo he creado yo. Bueno, y tú un poco.

León suelta una carcajada y besa la coronilla de su mujer antes de hablar.

—Claro que sí, cielo. Tú tienes absolutamente todo el mérito de que Giuliano haya conseguido convertirse en el increíble hombre que es.

Me guiña un ojo por encima de la cabeza de Giulia, dejándome claro que está bromeando, y yo sonrío en respuesta y abrazo a la que considero mi madre desde hace tanto tiempo ya, pese a que no empecé a llamarla «mamá» hasta que tuve ocho años, porque siempre he sido de procesos lentos y reafirmación segura. Y porque no quería herir los sentimientos de mi madre biológica, a pesar de todo, pero después de dos años conviviendo todos, con más o menos armonía, fue la propia Fiorella la que me sentó en el escalón del porche y, desde su pragmatismo frío e impersonal, me dijo que entendía que necesitara llamar «mamá» a Giulia, porque se había portado como una madre conmigo, mucho más que ella misma. También me pidió perdón por no saber quererme como yo necesitaba.

En ese momento no lo entendí y después Giulia tuvo una gran discusión con ella, porque Fiorella mantenía que podía hablarme sin rodeos y Giulia insistía en que era un niño, y que respetar mi inocencia a la hora de hablarme era vital.

Presencié muchas discusiones por el estilo. Fue una infancia un tanto caótica y, desde luego, atípica, pero ahora que soy adulto no la cambiaría por nada, porque entendí, con el tiempo, que no hay un solo patrón familiar que funcione.

Hay niños, muchos, que tienen madres que morirían por ellos sin pensarlo, pero también hay niños con madres que no quieren serlo. Niños con madres que no saben serlo. Niños con madres rotas que intentan buscar su propio hueco en el mundo. Y, aunque una parte de mí, la infantil e inocente, siempre se pregunte por qué no fui suficiente para Fiorella, la versión adulta hizo un esfuerzo por comprender que el problema no fui yo, sino ella misma y su manera de entender el mundo.

Por eso necesitaba huir durante meses de vez en cuando.

Y por eso yo agradecí tanto tener a Giulia, porque ella fue madre en todo momento. No renunció ni un solo día y sacrificó parte de su vida para tenerme a su lado, aunque jure y perjure que nada la ha hecho más feliz que tomar esa decisión.

—Bella quiere que dé un discurso para expresar nuestro agradecimiento a la gente del pueblo y eso —le digo—. Voy a mencionarte, y vas a llorar, pero está bien, no te preocupes porque yo te vea hacerlo, ¿vale?

Los ojos de Giulia se empañan y León se ríe y la abraza con más cariño.

—Y pensar que cuando te conocí jurabas que tú no eras una mujer dada a las lágrimas... —murmura antes de besarla en los labios—. Vamos, *principessa*. Respira hondo y anima a nuestro niño a dar el mejor discurso de su vida.

Eso la emociona de nuevo, pero no más que el día que llamé «papá» a León. Claro que ese día él también lloró. Creo que fue más emotivo porque yo seguía siendo un niño, pero ya entendía lo suficiente como para saber que era mi padre por derecho y amor, no por razones biológicas. Comprendí, en algún punto, que tuve unos

padres increíbles que llegaron a mi vida cuando ya tenía varios años, y aun así me consideré afortunado, porque incluso entonces supe que hay niños que pasan su vida entera sin esa clase de apoyo.

Porque no todo el mundo tiene una Giulia a su lado, ni un León dispuesto a ser tierra firme en todo momento. Y es una realidad que no podemos olvidar.

Por eso camino hacia donde está Bella, la abrazo y dejo que ella silbe con todas sus fuerzas para acallar a todo el mundo.

Al fondo, los campos de lavanda me recuerdan de dónde vengo. A un lado, los caballos y el centro de terapia me recuerdan hacia dónde voy.

—No voy a extenderme, así que no os preocupéis. Gracias a todos por estar aquí, no solo hoy, sino toda mi vida. —Miro a Bella, que sonríe intentando darme ánimos—. A ti, por existir. —Pongo los ojos en Giulia y León. La primera ya llora y el segundo me dedica una sonrisa alentadora desde la distancia—. A vosotros, por demostrarme que el amor incondicional existe y sana más que cualquier otra cosa en el mundo. Si estoy aquí y soy el hombre que soy, es porque supisteis encontrarme y quedaros a mi lado. Ojalá este centro consiga hacer un poco de la magia que vosotros hicisteis conmigo.

Los aplausos estallan, Bella me abraza y después me veo envuelto por el cariño del resto de mi familia. Mis abuelos, los tres hermanos que me dieron Giulia y León, los padres de Bella, sus abuelos y su hermano, e incluso los perros que han ido llegando a nuestras casas con el paso de los años.

Falta Fiorella. Está de viaje en la India, pero me ha enviado un audio precioso en el que me desea lo mejor. Supongo que eso define bastante bien nuestra relación. Ella me desea lo mejor, yo solo quiero que sea feliz, y los dos tenemos claro que, aunque me trajo al mundo, mi madre siempre será la chica que llegó con una mochila al hombro y ganas de huir de todo, hasta de sí misma.

Mi madre siempre será la mujer que luchó contra sus propios miedos para quedarse y darme la infancia que cualquier niño merece. La que me limpió las lágrimas, celebró mis logros y me hizo tener sueños propios.

Mi madre siempre será Giulia del Valle.

FIN

AGRADECIMIENTOS

Quienes me habéis leído a menudo ya sabéis que este apartado, para mí, es de los más complicados de escribir. Vivo con el miedo de olvidarme de alguien vital porque la verdad es que tengo la suerte de estar rodeada de personas increíbles sin las que mi vida no sería lo que es, ni por asomo.

A mi madre, que tiene las manos que sostienen mi mundo a menudo. No sé qué sería de mí sin ti como madre, pero tampoco como mujer. Gracias por ayudarme a cumplir mis sueños, no solo con palabras, sino con hechos. Gracias por ayudarme a criar dando ejemplo, presencia y apoyo permanente. Gracias por ser guía permanente en mi vida. Ojalá no me faltes nunca.

A mi padre, al que ya no puedo ver, pero que siento conmigo en cada paso del camino.

A mi marido, porque no es fácil vivir con alguien que tiende a bucear en mundos inexistentes de un modo constante. Parece divertido hasta que decido llenar la casa de pósits, llorar por personajes ficticios como si fueran de nuestra familia o comprar muchos más libros de los que voy a ser capaz de leer. Gracias por apoyar este sueño desde el principio sin dudar ni un momento, ni siquiera cuando yo lo hago.

A mis hijas, que me ponen los pies en la tierra y me impulsan a querer ser mejor todo: mejor madre, mejor escritora, mejor persona. Teneros me enseñó que puedes amar a un ser humano mucho más que a ti misma y, al mismo tiempo, darte cuenta del enorme sacrificio que supone criar. Y aun así, mi vida no sería nada sin vosotras.

A mi hermana, mi cuñado y mis sobrinos, compañeros constantes en mi vida. Gracias por cada día de vida compartido.

A todas mis amigas. Las que decidieron que no quieren ser madres. Las que no pueden. Las que están en la lucha por serlo y las que lo son y comparten crianza día a día conmigo. Sois mi tribu y aire fresco y constante en mi vida.

A todos los familiares y amigos que se han encargado de ayudarme a conciliar lidiando con extraescolares, parques, cumpleaños y lo que ha hecho falta para que pudiera acabar este libro: GRACIAS.

A Pablo, mi agente, y a Editabundo por ayudarme a colocarme dentro de este mundo tan raro y complicado a veces. Y por mirar por mí siempre, incluso cuando yo no lo hago.

A Lola, mi editora, por creer en este proyecto y en mí.

A Elena, por ayudarme a pulir este libro de una forma tan increíble.

A Planeta, por darme la oportunidad de volver a la romántica adulta con un libro que llevaba mucho tiempo en mi mente. Gracias por ayudarme a dar vida a Giulia.

A todas las personas cerca de mí que, de un modo u otro, contribuyen a que yo sea escritora.

A mis compañeras y amigas dentro del mundo de los libros: estamos locas y a veces no nos entendemos ni nosotras, pero no sé qué haría si no pudiera recurrir a vosotras.

A las redes sociales y a las personas que tenéis cuentas dedicadas a comentar, valorar y proyectar nuestro trabajo: os veo y os agradezco cada día lo que hacéis por mí.

Y a vosotras, mis lectoras, siempre. Porque este libro no iría a ninguna parte sin vuestro apoyo. Y yo tampoco. Gracias por impulsar una y otra vez las alas que me ayudan a surcar el sueño loco y eterno de ser escritora.

Nos vemos por los libros. =)

Giulia, el amor y un puñado de lavanda
Cherry Chic

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este ebook estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En Grupo Planeta agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.
Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar, escanear, distribuir o poner a disposición algún fragmento de esta obra (www.cedro.org; 91 702 19 70 / 93 272 04 45).
Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.

Ilustraciones del interior: © Salomart
Ilustración de la cubierta: © Miriam Bauer
Diseño de la colección: Planeta Arte & Diseño

© Cherry Chic, 2026
Autora representada por EDITABUNDO S.L., Agencia literaria

© Editorial Planeta, S. A., 2026
Av. Diagonal, 662-664 - 08034 Barcelona (España)
www.editorialplaneta.es
www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): junio de 2026

ISBN: 978-84-08-32127-9 (epub)

Conversión a libro electrónico: Realización Planeta